

S. BERNARDO DE CLARAVAL
S. AMADEO DE LAUSANA

HOMILIAS MARIANAS



PADRES CISTERCIENSES

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

San Bernardo (1090-1153) es un gran escritor, un gran teólogo, un gran reformador de la vida monástica y una gran figura de su siglo: un gran santo —todo entrega a Dios y su Iglesia— a quien el misterio de la existencia humana sensibilizó intelectual y espiritualmente. En María, descubierta a la luz de Cristo, Bernardo profundiza su conocimiento de Dios y abre una puerta para la comprensión de la Encarnación de Cristo. Las Homilias **En Alabanza de la Virgen Madre**, que san Bernardo dedicó tempranamente a comentar el pasaje de la Anunciación, aparecen en este volumen acompañadas —en primera edición castellana— por el breve **Comentario de Magnificat**. Las dos obras sintetizan el pensamiento mariano de un autor inconfundiblemente bíblico y cristológico.

SAN AMADEO DE LAUSANA

San Amadeo (1110-1159) fue vástago de una noble familia de su tiempo. Formado por los benedictinos y en la Corte del futuro Emperador Conrado III, ingresó a Claraval en su pleno apogeo (1125). Nombrado abad por Bernardo, el Papa lo nombró obispo de Lausana en 1145. Hombre de cultura clásica, su obra no ha sido conservada sino en una pequeña proporción. Sobresalen en ésta las **Ocho Homilias Marianas**, verdadero tratado de las glorias de María, a quien el autor describe inseparablemente unida a Cristo: "Toda alabanza de la Madre pertenece al Hijo".

El presente volumen ha sido enriquecido con dieciséis dibujos originales de Guillermo Buitrago.

HOMILIAS MARIANAS

S. BERNARDO DE CLARAVAL
S. AMADEO DE LAUSANA

HOMILIAS MARIANAS



PADRES CISTERCIENSES

*Coedición del Monasterio Trapense de Nuestra Señora de los
Ángeles (Azul, Rep. Arg.) y Editorial Claretiana — Buenos
Aires — MCMLXXX*

Este volumen ha sido publicado con la ayuda
de "Aide inter-monastères"

IMPRIMATUR:

Mons. Manuel Marengo,
obispo de Azul,
Azul, 7 de diciembre de 1980.

Diseño de la tapa:

Monjas benedictinas de Sta. Escolástica,
sobre dibujo de Guillermo Buitrago

Ilustraciones: dibujos originales de Guillermo Buitrago

- © de la traducción de *San Bernardo*, de Dom J. Leclercq, o.s.b., by
MONJES TRAPENSES (Azul, R.A.), 1980
- © de la traducción de *En Alabanza de la Virgen Madre, Sentencia III:
127, Comentario al Magnificat y Ocho Homilias Marianas* de san
Amadeo de Lausana, by MONJES TRAPENSES (Azul, R.A.), 1980
- © de los dibujos, by MONJES TRAPENSES (Azul, R. A.), 1980
- © de las introducciones a las obras del volumen, by MONJES TRAPENSES
(Azul, R. A.), 1980
- © de las características de esta edición, by MONJES TRAPENSES y EDI-
TORIAL CLARETIANA, 1980

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que previene la ley

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

Primera edición, 1980

Composición mecánica y armado:

Linotipia "Elektron"

Pringles 1249, 85-8829

1183 - Buenos Aires

Monasterio de Nuestra Señora de los Angeles

Monjes Trapenses

Casilla de Correo N° 34

7300 Azul (B.A.)

República Argentina

monasterio
trapense

Biblioteca
P241.71 1CLA

Editorial Claretiana

Lima 1360

1138 Buenos Aires

República Argentina

Tels. 27-9250 / 26-9597

CONTENIDO

SIGLAS Y ABREVIATURAS	VIII
NOTA DE LOS EDITORES	IX
SAN BERNARDO	
por Dom Jean Leclercq, o.s.b.	I
EN ALABANZA DE LA VIRGEN MADRE, de Bernardo de Cla- raval	
Introducción y notas por el P. Bernardo Olivera, o.c.s.o.; tra- dujo: Hna. Estefanía Tamburini, o.s.b.	17
SENTENCIA III: 127, Comentario al Magnificat, de Bernardo de Claraval	
Introducción: P. Bernardo Olivera, o.c.s.o. Traducción: Monjas benedictinas de Rafaela, R. Argentina	121
OCHO HOMILIAS MARIANAS, de Amadeo de Lausana	
Introducción y traducción del P. Enrique Contreras, o.s.b.	137
BIBLIOGRAFÍAS SELECTAS	263
LAS ILUSTRACIONES	265
INDICE DE CITAS BÍBLICAS	267
INDICE GENERAL	277

SIGLAS

Adv:	S. en el Adviento del Señor
Ann:	S. en la fiesta de la Anunciación de la BVM
Asc:	S. en la Ascensión del Señor
Asspt:	S. en la Asunción de la BVM
Bapt:	C. sobre algunas cuestiones propuestas por H. de San Victor
Circ:	S. en la Circuncisión del Señor
Ded:	S. en la Dedicación de la Iglesia
Div:	S. Varios
Ep:	Cartas
Epi:	S. en la Epifanía del Señor
Hum:	L. de los Grados de la Humildad y de la Soberbia
JB:	S. en la Natividad de San Juan Bautista
Mart:	S. en la fiesta de San Martín, Obispo
Miss:	H. en Alabanza de la Virgen Madre
Nat:	S. en la Natividad del Señor
Nat BVM:	S. en la Natividad de la BVM
O Asspt:	S. en el Domingo dentro de la Octava de la Asunción de BVM
Pasc:	S. en el día de la Pascua y tiempo de Resurrección
p Epi:	S. en el Domingo primero después de Epifanía
Pent:	S. en la fiesta de Pentecostés
IV p P:	S. en el Domingo IV después de Pentecostés
Pur:	S. en la Purificación de la BVM
Sup Cant:	S. sobre el Cantar de los Cantares
Sent:	Sentencias
V Nat:	S. en la vigilia de la Natividad del Señor

ABREVIATURAS

ASOC:	<i>Analecta Sacris Ordinis Cisterciensis</i> , Roma.
A.A.S.:	<i>Acta Apostolicae Sedis</i> , Roma.
BAC:	Biblioteca Autores Cristianos, Madrid
CF:	Cisterciens Fathers Series, Ed. Cistercian Publications, Michigan.
Dz:	<i>El Magisterio de la Iglesia</i> , Denzinger, Ed. Herder, Barcelona.
PG:	Patrología Griega, Ed. J. B. Migne, París.
PL:	Patrología Latina, Ed. J. B. Migne, París.
RB:	Regla de san Benito.
SC:	Colección Sources Chrétiennes, Ed. du Cerf. París.

NOTA DE LOS EDITORES



PARA muchos, seguramente, los nombres de María y Bernardo de Claraval se unen con tanta naturalidad como el de la misma María se asocia al de su Hijo. La razón no se esconde demasiado: el lazo de unión es de la misma naturaleza en ambas relaciones; es el amor desbordante de la Alianza eterna en la Persona de Cristo a un tiempo Dios y hombre.

Bernardo se une a María porque María está indisolublemente unida a Cristo. La vida de Bernardo es vida en Cristo, y por este enclave el monje descubre a María y la saluda y adorna con todo el color de su siglo. Y el color de aquel renaciente siglo XII —como por otra parte de toda la Edad Media— es el juego de maravillas, el tapiz incesante, el canto policromo de las Escrituras.

Bernardo ha encontrado a María viva en la vida de la Iglesia que se la presenta en el tesoro de la Página Sagrada, en la liturgia que la celebra y en la fe de los Padres que la enaltecen y señalan. En ese ambiente, deslumbrado ante el misterio de la Madre de Dios, joven todavía, la devoción lo impulsa a explayarse sobre el admirable pasaje de Lucas en que la formidable fuerza de lo Alto es anunciada a la muchacha de Nazaret, en que ésta la acepta y en que el Verbo se encarna para nuestra Salvación. Bernardo intentará pues la redacción de una "obra" que "a menudo golpeaba a las puertas de [su] pensamiento". La "obra" había de ser su mejor trabajo sobre el tema, el corazón mariano de la obra de un doctor mariano, y lo mucho que añadirá más tarde se contiene ya de algún modo en estas "Alabanzas de la Virgen Madre" de sus primeros años de edad.

Pero su comentario no perderá de vista la utilidad de sus hermanos, que como abad tiene por hijos; y así propondrá a esta Estrella no sólo a la contemplación de los monjes, sino también a la necesidad de todo hombre.

La actualidad de Bernardo —indiscutida— reside sin duda en la sinceridad de su entrega a Dios. Su actitud respecto a la Iglesia de su tiempo, el vigor de sus doctrinas, la elegancia de su estilo, la salud de su espiritualidad, su mística, la consistencia de su mariología, su dependencia de los padres, su teología, en fin, dependen de su condición de hombre de Dios, enamorado de la Palabra y repleto del Espíritu Santo.

Con las salvedades del caso, valga lo dicho también para la Sentencia III, 127 que presentamos en este volumen, por primera vez en nuestra lengua. Casi un borrador, un apunte, nada falta en este comentario del Cántico de María de lo que constituye tanto al Bernardo de los eruditos como al predicador que ha encantado durante siglos a los cristianos sencillos: belleza de forma, arrebató estilístico, densidad escrituraria, hondura de concepción.

El volumen Nº 7 de Padres Cistercienses se cierra con otra joya. Totalmente desconocidas en nuestra lengua, las homilias marianas de San Amadeo de Lausana nos proponen el dolor, el gozo y la gloria de María con viveza, concisión y sentido dramático. Obra de un pastor, esta serie de predicaciones escritas puede iluminar la reflexión y la contemplación del misterio de María con su doble característica central: su atrevimiento formal y su precisión doctrinal.

A riesgo de extendernos, nos vemos obligados a señalar las características de este libro de nuestra colección, con la esperanza de que su especial condición nos justifique a los ojos del lector.

En primer lugar señalamos el hecho de que el volumen aparezca cuando nuestro país, por convocatoria expresa de sus obispos, vive un Año mariano nacional, que —no debe perderse de vista— es solamente un eslabón de todo un *proceso de marianización* que el Episcopado y el mismo Papa desean para América Latina y el mundo. Sea esta nuestra gozosa adhesión a tal esfuerzo, evangelizador y redentor.

Nos preguntamos ahora: ¿qué sentido tiene editar a san Bernardo y a san Amadeo cuando lo que se necesita —aparentemente— es atender a las carencias pastorales, y aun humanas, más inmediatas de nuestro pueblo?

Creemos sin embargo que justamente este trabajo de recuperación de las fuentes de la piedad mariana es fundamental para nuestros agentes de evangelización. Recordemos la naturaleza de la piedad mariana medieval. Ésta hunde sus raíces en el hombre del Medioevo, con su peculiar conformación social y psicológica, de acuerdo a las coordenadas propias de aquel período.

El hombre medieval se sabe esencialmente dependiente. Constantemente amenazado por el medio hostil, se conoce a sí mismo, no obstante, como *parte* de un orden socio-religioso en el cual son públicas ciertas actividades que para el hombre moderno pertenecen al ámbito privado y aun a la zona del pudor personal.

Pero estas características generan en el alma medieval una *reverencia fundamental*: lo superior se vuelve supremo, Dios mismo corre el riesgo de convertirse en el Inalcanzable; crece así el poder de la noche, de la muerte y lo desconocido mientras se agigantan los espectros del infantilismo y el fanatismo con sus naturales consecuentes: la mundanidad satisfecha, la superficialidad, la crueldad.

Aquí interviene providencialmente la figura de María: es la Mediadora, bajo los grandes títulos de Señora, Reina, Madre, *Advocata*. La Virgen es un puente —vivo— entre el hombre y el cielo, entre la criatura y su Creador, como lo son en diverso grado los santos y santas. María es la intercesión: es Ama poderosa, pero sus ojos son misericordiosos; es una Estrella “singular y esclarecida”, como escribe Bernardo, pero es un astro al que se puede acudir con esperanza. Ella es el rostro que contempla al hombre medieval cuando éste busca el cielo, ella es la forma en que la inmensa e insoportable metáfora viviente de la *Je salén celeste* se presenta a sus ojos.

El interés por el Medioevo se justifica sobre todo por los procesos que su posterior catástrofe dejó inconclusos. Notamos así que con las palabras del párrafo anterior casi hemos rozado las expresiones del Episcopado latinoamericano en Puebla: “Desde los orígenes [de la evangelización en el Continente], María constituyó el gran signo, el rostro maternal y misericordioso de la cercanía del Padre y de Cristo, con quienes ella nos invita a entrar en comunión” (nº 282). El pueblo fiel acude a María porque la sabe Madre. Recurre a ella porque reverencia su realeza. Implora su auxilio porque reconoce la intimidad de su unión con Cristo. En este recurso a María, los cristianos de nuestro continente han seguido encontrando, por medio de la Virgen, la vida de la Iglesia y el vigor del mundo sacramental, de los cuales tantas otras cosas los apartan.

En este momento en que la renovación de la espiritualidad y el culto marianos conocen un momento de crecimiento, es necesario recurrir a los autores que dieron forma y expresión humanas a las realidades invisibles de la relación de Cristo y su Madre, y lograron vivirlas con particular salud y vigor evangélico. No siempre tenemos en cuenta estos hechos.

Bernardo, Amadeo, Guerrico, Elredo... Todos ellos acentuaron el hecho de la perfección con que María cumplió las virtudes cristianas. Ejemplo de vírgenes, modelo de esposas, espejo de madres, de amigas y parientes, testimonio de creyente y practicante, ejemplo sobre todo de atención y asentimiento a la Palabra de Dios, los autores del siglo XII presentan la misma imagen de María que hoy, creadoramente, debe seguir siendo presentada a los hombres.

Hemos de señalar en segundo lugar nuestro agradecimiento hacia el Prof. Guillermo Buitrago, de quien son las numerosas ilustraciones que realzan esta edición. Dios y la Virgen retribuyan su generosidad.

También es grande nuestra gratitud con Dom Jean Leclercq, a quien pertenece la presentación a la figura y acción de san Bernardo que abre, como "una especie de pórtico", este volumen que el lector tiene en sus manos. Redactadas con todo el amor de un hijo, con todo el reconocimiento que un vástago fecundo debe al tronco paterno, con toda la ciencia y el sabor de una erudición que no requiere nuestro comentario, estas páginas contraen para nuestra colección una deuda que sólo la intervención de lo Alto podrá saldar. Que el *tenero padre* que tuvo la misión de guiar a Dante hasta lo más elevado del cielo (*Paradiso*, XXXI, 63) interceda ante María por todas sus intenciones y necesidades.

Esta es la primera traducción castellana de las homilias *En Alabanza de la Virgen Madre* elaborada a partir de la edición crítica. La traductora ha sido la Hna Martha Tamburini, o.s.b. Siempre en esta obra, la introducción y las notas han estado a cargo del P. Bernardo Olivera, o.c.s.o., quien también presenta el comentario bernardino del Magnificat (*Sentencia III*, 127), cuya traducción fue preparada por las monjas benedictinas de Rafaela (R. Argentina). Nos pertenecen los subtítulos añadidos al *En Alabanza de la Virgen Madre*, que ayudarán en la comprensión de un texto no siempre sencillo, y la numeración de párrafos con que presentamos la *Sentencia III*, 127. El P. Enrique Contreras, o.s.b., elaboró la traducción y la introducción de las *Ocho Homilias Marianas* de san Amadeo de Lausana. Las traducciones de las obras de san Bernardo contenidas en este volumen se han realizado —como anteriormente lo mencionamos— sobre el texto crítico, establecido por J. Leclercq, o.s.b., y Henri Rochais, o.s.b. (*Sancti Bernardi Opera*, IV, Ed. Cistercienses, Roma, 1966, págs. 15-58), mientras que para la versión española de las homilias de Amadeo se trabajó sobre el texto crítico latino presentado por Jean Deshusses, o.s.b., en *Huit Homélies Mariales*, SC n° 72, Ed. Du Cerf (París, 1960). Agradecemos finalmente el auxilio económico de *Aides-inter-monastères*, sin el cual habría sido imposible para el Monasterio de Azul encarar la edición.

SAN BERNARDO

I. COMPLEJIDAD Y DIFICULTAD DE SAN BERNARDO

SAN BERNARDO nos excede por ser grande. El es, además, difícil de comprender. Algunos historiadores lo juzgan severamente, sobre todo los que lo conocen poco: los que lo han estudiado lo valoran mejor, aun en el caso de que no simpatizan con su personalidad. Los que se interesan en la vida espiritual siempre lo han apreciado. Pero, dado que Bernardo es difícil, se han puesto bajo su nombre escritos más cómodamente accesibles y menos ricos en doctrina, y sobre estos apócrifos se funda parte de su reputación. Es muy difícil desarraigar estas ideas carentes de control, sobre todo entre los que más lo aman y particularmente en la orden cisterciense.

Sin embargo, la identificación de sus obras auténticas es ahora segura. Pero la piedad se nutre a veces de subproductos, que más complacen a la afectividad que alimentan la fe. Por esto es necesario reiterar que san Bernardo no es un "autor piadoso" de suerte que una lectura superficial bastaría para "edificar". Es un teólogo; este es un aspecto de su obra del cual tenían clara conciencia sus contemporáneos, aunque pronto se lo haya perdido más o menos de vista, sobre todo en el siglo XIX, para redescubrírsele posteriormente en las generaciones recientes.

Bernardo es además un poeta, un escritor extraordinariamente admirable, pero en quien el estilo es de tal modo refi-

nado, que las riquezas de su talento no resaltan siempre a primera vista.

Por todas estas razones merece ser comprendido con precisión; la primera condición para que ello sea posible será conocerlo y darlo a conocer. No podemos menos que regocijarnos de verlo traducido al español en América Latina.

Las introducciones especiales a cada una de sus obras ayudarán a abordárlas. Aquí hemos de limitarnos a levantar una especie de pórtico, más allá del cual, si se acepta atravesarlo, se podrá penetrar en su pensamiento con fruto y alegría. No será posible resumir en pocas páginas ni su vida ni los rasgos de su carácter, ni su doctrina, sino, solamente, proponer algunas directrices que orienten a los que tengan el valor de aventurarse en el descubrimiento de este mundo infinitamente vasto y variado —y todavía no totalmente explorado—, que es Bernardo de Claraval.

II. UN CAMBIO DE VIDA

La vida de san Bernardo parece haber sido semejante a la de muchos de sus contemporáneos hasta el momento en que Dios exige de él que se haga monje. El mismo ha guardado una discreción extrema sobre su existencia anterior, pero algunos que escribieron al respecto no han hecho más que proyectar sobre él sus propios problemas: Guillermo de Saint-Thierry, en el Libro I de la Vita Prima, lo hace como panegirista; Berengario de Poitiers, en su Apología, como autor satírico. Ambos tienen talento, pero carecemos de medios para verificar sus pareceres.

Sin embargo, nos lo podemos imaginar muy fácilmente, sin inventar nada extraordinario.

Bernardo nace en una familia de señores borgoñones en 1090. Desde que llega a la edad de comenzar los estudios, es puesto en una escuela de la que sólo conocemos el nombre —la que tenían los canónigos de Saint-Vorles, cerca de Dijón—.

Al salir de la adolescencia, comparte la vida cotidiana de sus hermanos y de los jóvenes nobles de su medio. Durante el día, justas, vagabundeos, asedio de castillos vecinos; durante la tarde y la noche, diversos entretenimientos, comprendidos los que consisten en escuchar, o aun componer, canciones cortesanas sobre amores y batallas.

Pero Dios ya se apodera de él y Bernardo se deja asir, aunque no sin lucha, según parece. Su rica naturaleza y la gracia de su vocación le impiden ser feliz en la soledad completa; así, dueño de una personalidad radiante, seduce a su familia y a sus compañeros, y los gana para Dios. En 1112, a la edad de 22 años, arrastra consigo a una banda de jóvenes a Cister, monasterio fundado recientemente y todavía pobre. Tres años más tarde se convierte en abad de este grupo y es enviado con ellos para implantar en Claraval (Champagne) una comunidad del mismo género.

Allí comienza a enseñar; se le pide que ponga por escrito lo que enseña. Toda la provincia colindante, que ya sabía de él, oye de nuevo hablar de Bernardo y de todos los que él atrae. Se le escribe y responde. Su reputación ha salido de la clausura y ya no se la podrá detener. Pronto llegan consultas desde otras regiones de Francia, y de tal modo se lo obliga a intervenir en la vida política de la Iglesia, en los conflictos entre príncipes, nobles y obispos, en la reforma del monacato, del clero, de la caballería y en las disputas doctrinales.

Cuando en 1130 un cisma que había de durar ocho años divide a la Iglesia romana, se lo llama a desempeñar un papel decisivo en favor de Inocencio II, contra el antipapa Anacleto. Por tal motivo realiza dos viajes a Italia donde posteriormente permanecerá año y medio. En 1140 se ve envuelto en la controversia suscitada por las enseñanzas de Abelardo y en 1148 ocurrirá lo mismo en la que provoca con su doctrina un importante obispo de Poitiers, Gilberto de la Porrée. Entre tanto, Eugenio III, primer papa cisterciense, le encarga llevar a cabo el proyecto de una segunda Cruzada a Tierra Santa: pasa 1146 y 1147 recorriendo Francia, Flandes, Renania y Baviera en un intento por poner de acuerdo a los príncipes cris-

tianos. Sólo se retira entonces en parte y por poco tiempo; la empresa fracasa y algunos lo juzgan responsable, lo que es parcialmente cierto: este monje ardiente e idealista no poseía ni la preparación política ni la información estratégica imprescindibles. Y, con todo, se sigue requiriendo su ayuda contra los herejes del mediodía francés y en diversas causas. Ya gravemente enfermo, en la primavera de 1153 se le llega a pedir que vaya a resolver un conflicto en Lorena. Tiene aún la fuerza necesaria para ir y vuelve para morir en Claraval, el 20 de agosto de 1153.

Nos asombra de Bernardo que, en medio de una actividad tal, que podría haber degenerado en agitación, haya tenido tiempo de dictar y revisar luego, una o varias veces, con cuidado extremo, una obra escrita de alrededor de tres mil quinientas páginas, comprendidos ocho tratados, dos centenares de sermones, una extensa obra sobre el Cantar de los Cantares. . . , en fin, un gran número de cartas, de las que unas quinientas se nos han conservado y algunas de las cuales constituyen verdaderos tratados.

A su muerte tenía fundadas sesenta y ocho filiales de Claraval, otras ciento sesenta y cuatro abadías cistercienses dependían más o menos de su autoridad y la Orden entera —en gran parte gracias al prestigio de Bernardo— contaba con cerca de trescientos cincuenta casas.

Cada una de sus ocupaciones, la de abad y fundador, la de reformador, la de hombre comprometido al servicio de la Iglesia, la de teólogo, bastaría para haberlo agotado física, psíquica y espiritualmente. El hecho de que logre conciliar todas sus actividades, mantenga sobre ellas su control y fecunde las unas con las otras, prueba su condición de persona fuera de lo común: Bernardo es un hombre unificado o, como hoy se dice, integrado. No se deja dispersar. En el centro de su persona hay plantado un amor que florece en todas sus obras diversas: Bernardo está totalmente entregado a Jesucristo, poseído por su Espíritu y, por ellos, unido al Padre.

Incluso la propia experiencia de la intimidad con Dios lo devuelve a los hombres y lo impulsa a compartir con todos, en la Iglesia, lo que ha recibido. Nos será imposible captar

su personalidad o su enseñanza si no nos situamos en este "corazón" de su ser. Bernardo solamente quiere comunicar este amor y en ello emplea sus dones de naturaleza y de gracia. Para comprenderlo se requiere que lo leamos con sus mismas disposiciones. Como él lo ha declarado, sólo el enamorado entiende el lenguaje del amor (Sup Cant 79,1); si alguien canta, no es sino con el canto que lo escuchamos: este cántico, "sólo el alma que canta lo comprende" (Sup Cant 1,11).

III. UN HOMBRE DE DIOS QUE SIGUE SIENDO UN HOMBRE

Bernardo es uno porque está unido a Dios. No carece acaso de problemas o conflictos. "Soy un hombre —decía— esclavo del pecado, entregado a la muerte, expuesto al castigo y a las pruebas" (Sup Cant 26,9). Pero este hombre es un hombre de Dios. Escribe Bernardo: "Dios es tranquilo y lo tranquiliza todo" (Sup Cant 23,19). La gracia no suprime los movimientos de la naturaleza, pero nos permite "desentendernos" en el sentido propio del término: tomar distancia respecto a tales movimientos de la naturaleza, aceptarlos sin que sean ya para nosotros causa de turbación. Puede ocurrir que cedamos, que nos dejemos arrastrar por ellos más de lo que la caridad exige. Pero la gracia ilumina también la conciencia; hace que ella se humille, se arrepienta y retome con coraje el camino hacia una santidad que no se alcanzará sino en el más allá, en la gloria de Cristo resucitado; este esfuerzo, esta tendencia y esta forma presente del amor que se llama deseo de Dios habrán asegurado la unidad de una vida a través de sus altibajos.

No es posible esbozar aquí, ni aun superficialmente, la caracterología de san Bernardo, según lo que se puede entrever a partir de sus escritos y del testimonio de sus contemporáneos. Nos consuela constatar al menos que si san Bernardo no fue un hombre ordinario, era sí un hombre normal, en el sentido de no haberse hallado exento de las tensiones,

dificultades, contrariedades, penas y alegrías que son herencia común de todos los humanos; más aún, no cabe duda de que las experimentó más intensamente, porque su naturaleza era más rica en vitalidad y talentos, con la tentación que fácilmente trae esto aparejada de abusar de tales dones en interés propio y no para la gloria de Dios.

Bernardo poseyó en alto grado esta agresividad, que es un bien y una fuente de energía, pero que nunca es fácil de dominar. En este punto, como en todos los otros, comprobamos que no se empeña en represión alguna: Bernardo no busca ni negar ni suprimir sus tendencias espontáneas; intenta en cambio controlarlas y ponerlas al servicio de causas que lo trascienden.

Esto no quiere decir que haya triunfado siempre. Llega a mostrarse irascible, dominador, posesivo, violento, irónico hasta el sarcasmo. Sabe echar mano de todos los recursos para hacer prevalecer su parecer. Exagera para presentar un caso del modo que más favorece a su opinión. Es capaz de contradecirse a propósito de un mismo asunto. A veces está lleno de contrastes. Sólo Dios es juez de sus intenciones. Algunos de sus textos sugieren lo que Bernardo quiso ser, pero otros permiten constatar que no siempre lo consiguió. Cometió faltas como todo el mundo, pero lo propio del santo es saberse pecador y, cuando no se ha mantenido en el elevado nivel de desinterés y pureza de corazón donde debió permanecer, reconocerlo lúcidamente delante de Dios y de los hombres, íntima y públicamente, para luego procurar remediarlo y reparar los daños causados. Citemos un sólo ejemplo: la supresión antes de su publicación de ciertos pasajes de las cartas, en los que había cedido a la invectiva y faltado a la justicia y a la caridad. Bernardo nos muestra que se puede ser un hombre de Dios sin dejar de ser un hombre.

Sin duda alguna, esta humildad radical, esta caridad intensa, esta inmensa capacidad de compasión hacia las debilidades ajenas, son la causa de que Bernardo tuviera un número infinitamente más grande de amigos, discípulos y admiradores, que de adversarios y enemigos. Desde su juventud conquistadora a su pacificadora vejez, infundió en todos los

que de lejos o de cerca lo conocían aquello que él llamó la "devoción alegre", gracias a poseerla él mismo en abundancia, ese encanto comunicativo, esa jovialidad contagiosa nacidas de un hombre feliz: seguro en su fe, firme en la esperanza y ardiente en el amor.

Cuando siente que se comporta demasiado humanamente, verifica sus intenciones, las rectifica si hace falta y se expresa al respecto con humor. Bernardo sabe tomarse en solfa. No puede evitar la comprobación de su importancia: se lo dice todo el mundo, todos siguen su ejemplo o se ponen a su disposición. Pero él no se toma en serio. Sabe que una sola es la Realidad que importa: la vida de Jesucristo, por su Espíritu, en él. Esta presencia determinará más o menos sus motivaciones conscientes, pero a través de sus debilidades y límites Bernardo delata la gran pasión que lo llena. Los que buscan a Dios no se dejan engañar por la apariencia de saltimbanqui que Bernardo adopta de cuando en cuando.

IV. ANÁLISIS TEOLÓGICO DE UNA EXPERIENCIA

La obra doctrinal de san Bernardo sólo nos ofrece una reflexión sobre su propia experiencia; él sabe que ésta es una experiencia común a todo cristiano, pero sentida en Bernardo con más viva intensidad, esclarecida por una luz más alta y cuyas soluciones son las mismas que él extrae de la Palabra de Dios.

Bernardo es esencialmente un doctor bíblico: habla el lenguaje bíblico como la lengua materna porque lo ha aprendido de lo que la Iglesia le transmite por su antigua tradición y su liturgia siempre viviente. Pero es bíblico sobre todo porque a través de estas frases inspiradas modifica, convierte, purifica, eleva y transforma de mil modos sus propias palabras y sus imágenes espontáneas. Bernardo confiere así a su estilo un poder evocador —en cierto sentido sacramental— y una especie de dinamismo, más convincentes y

eficaces que todos los razonamientos humanos, aun cuando su estilo pueda parecer desconcertante, como la sabiduría de Dios manifestada en la locura de la Cruz.

Bernardo es bíblico porque toda su vida y su reflexión entera están penetradas por el misterio central que la Escritura no cesa de anunciar: Cristo, al precio de su muerte, en su gloria de resucitado, envía el Espíritu que conduce a los hombres hacia el Padre. Si Bernardo no fuera al mismo tiempo tan paulino, podríamos afirmar que es esencialmente evangélico, en tanto cuanto esta palabra designa todo el conjunto de la buena noticia de salvación. Los textos que mejor ha asimilado son el Evangelio según san Juan y las cartas de san Pablo, sobre todo la epístola a los Romanos.

En este último texto Bernardo descubre una síntesis del misterio de la revelación de Dios en el misterio de Cristo, pero también encuentra una clave para interpretar el misterio que él es para sí mismo. San Pablo parte de su experiencia, del conflicto que experimenta entre la ley de la carne, privativa de su condición de pecador, y las exigencias del Espíritu de Cristo que habla en él. De la gracia de Dios viene la conciliación. Y esto vale para Bernardo tanto como para cada uno de nosotros.

La cruz está plantada en el corazón de la existencia humana: Cristo ha aceptado la finitud humana, propia de la naturaleza que el Verbo había asumido y aquella que por su parte los hombres, pecadores, le han hecho sufrir. Así, el cristiano debe pasar por la experiencia de su "misericordia". Siendo una criatura "noble", pues es capaz de Dios, en lugar de encontrarse espontáneamente dirigido hacia Dios, este hombre está doblado, vuelto sobre sí mismo, centrado sobre su egoísmo. Y como carece de medios para satisfacerlo se siente inquieto y sin reposo: lo agitan tendencias contrarias.

La humildad consiste en ser lúcido sobre esta verdad del yo, sobre esta concupiscencia que reside en el "corazón"—no en el cuerpo—, pero envuelve todo el ser carnal; y la humildad consiste también en ser lúcido acerca de esta dignidad de imagen de Dios siempre pronta a reaparecer. La humildad abre una brecha por la que se derrama, abun-

dantemente, la "misericordia" de Dios: el perdón, la fuerza, la compasión. Así como Dios tiene piedad de nosotros, de la misma forma debemos comprender que nuestra miseria es la de todos y nos quita el derecho de juzgar con superioridad sobre los otros. La humildad es ya una forma de la caridad que Cristo, por el ejemplo eficaz de sus misterios, ha venido a manifestar como Camino, a enseñar como Verdad y a realizar como Vida. La ascesis cristiana es un medio para poner nuestra conducta en consonancia con esta evidencia de fe—si podemos expresarnos así— o, si se prefiere, con esta convicción que la meditación sobre Cristo consolida cada vez más en nosotros.

En este punto ya hemos comenzado a amar: a nosotros mismos; con nuestra corporeidad, por mediación de la cual recibimos, nos damos y entramos en comunicación con el mundo y los otros seres humanos; a los demás, con cuya naturaleza y condición de pecadores comulgamos: el amor "carnal" se vuelve necesariamente "social". Y juntos amamos a Dios.

A veces él da a algunos el amarlo tan intensa y puramente que en raras ocasiones y por breves momentos están como fuera de sí mismos, en ex-stase, excessus, anticipando ya, de manera misteriosa, la unión total con el Señor resucitado, si no todavía su visión. Pero para todos es posible habitualmente una actitud contemplativa y oscura, aunque continua y pacificante. Recompensa de la ascesis que hace aun más profunda la humildad, ella es fuente de alegría que nos urge al servicio de los demás según la condición y la vocación de cada uno. Tal es el otro aspecto del itinerario que nos lleva hacia Dios: participar de la resurrección de Cristo, poseer su Espíritu, cantar al Padre un himno de acción de gracias.

V. LA "FILOSOFÍA" DE BERNARDO

Para reflexionar sobre el conjunto del misterio cristiano es necesario meditar, estudiar y contemplar en su totalidad el misterio de Cristo; éste se convierte de tal modo en la única

sabiduría, en la única "filosofía" por la cual es posible apasionarse. Bernardo, representante del "cristianismo clásico" de los Padres de la Iglesia y de la liturgia, evita insistir exclusivamente sobre un misterio particular, un momento de la vida de Cristo o una devoción especial y limitada. En ese gran comentario del año litúrgico que constituye su extensa colección de Sermones durante el año, Bernardo dirige la atención de sus lectores hacia las aspiraciones y preparaciones proféticas, hacia la experiencia de María, con lo que ésta implica de humildad y privilegio, hacia todos los aspectos de la vida, pasión y glorificación de Jesús, hacia el Espíritu, la Trinidad, la Iglesia, los sacramentos.

A través de la tentación, la angustia, el sufrimiento y la muerte, Cristo ha debido pasar, dolorosamente, de su condición carnal, en la que el Verbo se había hecho semejante a nosotros, a la vida según el Espíritu de la resurrección: el punto culminante de esta transformación está simbolizado por su ascensión, que para los apóstoles fue, al mismo tiempo, ocasión de desprendimiento. Por la fuerza de los sacramentos, de las celebraciones litúrgicas, de la conmemoración y representación que la lectura meditativa y orante de la Escritura hace posible, podemos introducir de veras en nuestras existencias personales todas estas realidades objetivas y universalmente valederas.

Y esta gracia nos lleva a su vez a discernir y aceptar las exigencias de una ascesis práctica, concreta y cotidiana. De aquí la insistencia de Bernardo sobre el carácter "social" de la existencia cristiana y monástica, sobre el servicio mutuo, sobre "la ayuda y el consejo" que todos deben a todos, por el ejemplo, las enseñanzas y la asistencia espiritual, cada uno según su estado. Esta "practicidad" de la teología bernardina se manifiesta sobre todo en las Sentencias, que contienen el resumen de la predicación cotidiana de Bernardo a sus monjes, y en las numerosas cartas de simpatía, compasión, consuelo y recomendación.

Como todos los grandes testigos de Dios, Bernardo poseyó en grado eminente el sentido del pobre: supo sentirse cercano de toda debilidad y de toda indigencia. Sus cartas más

importantes no son sin duda aquellas en las que trata problemas doctrinales o política eclesiástica ni las que dirige a los grandes, sino las que revelan la atención que profesa a los pequeños que en las cosas de todos los días o en las duras pruebas ocasionales padecen aquella finitud radical de toda experiencia humana que no se ahorró ni al mismo Jesucristo.

Con su conducta práctica, por esta conducta de la que da ejemplo y predica, Bernardo manifiesta que la resurrección es una realidad para aquí abajo: el Espíritu está obrando y es el único que puede transformar nuestras vidas.

En fin, hay una eclesología de san Bernardo en la que se unifican todos los otros datos de su teología. Esta doctrina está marcada por su psicología de monje, miembro de una orden todavía joven y plenamente vigorosa, y es expresión de la reforma que la Iglesia había llevado felizmente a cabo en sí misma después que la pusiera en marcha el monje Hildebrando, convertido en Gregorio VII en la segunda mitad del siglo XI.

Bernardo cree firmemente en el misterio de la Iglesia, en la presencia de Cristo en ella por su Espíritu y por esta causa quiere verla en cada uno de sus miembros tan parecida como sea posible a la imagen que la Iglesia ofrecía en sus orígenes, en el tiempo de Jesús y luego en el de los Apóstoles. Este monje es un reformador encarnizado que denuncia los abusos siempre tendientes a reducir el misterio en todo lo que ya no sería secular, en todos los niveles: en el papado, en la corte romana, en el episcopado, en el clero, en el monacato y la caballería. Habla francamente a todos, arriesgándose a comprometer su reputación tanto como los intereses de su monasterio y de sus fundaciones. Permanece libre respecto a los papas en el mismo grado en que honra al papado como símbolo y medio de unidad; trabaja por la unión en torno a cada uno de ellos en la misma medida en que se muestra reservado en relación a la centralización de la curia. Pero su mensaje es recibido, aun cuando sus intervenciones molesten, porque se lo sabe hasta tal extremo lleno de amor por la esposa de Cristo.

VI. LIBERACIÓN Y NO-VIOLENCIA

Toda la doctrina sobre la libertad que Bernardo expone en su tratado *Sobre la gracia y el libre albedrío* es recordada en otros muchos pasajes; en ellos extrae consecuencias prácticas y resulta interesante examinar de qué manera defiende la libertad del Evangelio frente a las diversas empresas de los príncipes.

Muchos se han preguntado, en los tiempos modernos, cómo un hombre de Dios, un doctor de la vida mística, un teólogo de la caridad hacia Dios y el prójimo, se ha podido comprometer tan ardientemente en una guerra. Bernardo no fue solamente teólogo de la Cruzada: en el tratado dirigido a los Templarios, el abad dota a la milicia de estos últimos de una ideología propia y aparece así, por más de un motivo, como el teorizador de la "guerra justa" y aun de la "guerra santa", dos nociones que hoy se batan en retirada.

¿Cómo conciliar esta actitud con lo que se ha dado en llamar "el Evangelio de la no-violencia"? ¿Bastará decir que en aquella sociedad todo el mundo, o casi todo el mundo, era violento? Bernardo se habría hecho así todo para todos, violento con los violentos.

Ciertamente, para comprenderlo es menester situar a Bernardo en un medio socio-cultural que le pertenecía y en una tradición que no era creación suya. Se destaca entonces con más claridad todo aquello que él ha conservado sin más trámite de esta herencia del pasado, y también lo que aporta de nuevo. No es ni el inventor ni el primer teorizador de la "guerra santa": ésta era muy anterior a él. En la Edad Media como en la antigüedad se hacía intervenir en toda guerra ya a las divinidades, ya a Dios, según la religión que se profesaba. También los musulmanes se batían en una "guerra santa" y la reconquista cristiana de España había sido considerada como tal. En Occidente, tanto en el siglo XII como antes, se estaba en pie de guerra casi permanentemente: era parte de

la vida social, una especie de institución. Se vivía en una sociedad de "órdenes", y una de ellas era la militar. Rechazar la guerra habría sido tanto como rechazar la vida social. La perspectiva de la guerra estaba siempre presente y, con ella, la de la muerte.

¿Cómo se sitúa Bernardo en este contexto? Su papel no consiste en sacralizar la guerra —cosa que ya había sido hecha antes de él—, sino en espiritualizar la carrera militar.

En su tratado *Sobre la milicia del Temple*, el monje enseña a los guerreros profesionales que su función es un servicio de Iglesia. La originalidad de su enseñanza no reside en explicar que la lucha armada que desarrollaban en Tierra Santa, y que es continuación de la primera Cruzada, es una guerra santa; esto ya era conocido. El meollo de su tratado consiste en relativizar el oficio militar al unirlo a la vida de oración y aun subordinarlo a ella: "la nueva milicia" tiene por fin no sólo la guerra, sino la oración. E incluso es esto último lo más importante. La guerra es secundaria. Ella obliga a los caballeros a tener presente la perspectiva de la muerte y esta consideración es primordial, porque la grandeza de la carrera militar estriba en que se corre el riesgo de morir. Bernardo recuerda que el reencuentro con Dios se da en la muerte. Así orienta la guerra hacia un punto distinto de ella misma.

Toda su conducta precedente había consistido en reducir la violencia. Cuando a los veinte años decide entrar en Cister, Bernardo había de encontrarse con su padre y sus hermanos a punto de sitiar un castillo de los alrededores; persuade entonces a su tío y a varios de sus hermanos, no obstante el desacuerdo de su padre, a deponer las armas en aquel mismo lugar y prepararse a seguirlo al monasterio. Luego no dejará de mandar multitud de jóvenes hacia aquellas comunidades de no-violencia que son Claraval y sus fundaciones. En el tiempo del cisma de Anacleto, toda su política en Italia consiste en evitar la guerra entre las ciudades del Norte. En la conducción de la Cruzada, él se levanta contra la masacre de los judíos. Sin duda aconseja la violencia para extirpar la herejía en el Mediodía de Francia. Da tal vez pruebas de violencia en el dominio de las ideas, especialmente con

respecto a Abelardo y Pedro el Venerable, pero no pierde de vista la amistad; de tal modo busca un encuentro personal con sus adversarios, con la mirada puesta en una posible reconciliación.

Hay en él una mezcla de violencia y no-violencia, con predominio de esta última. Participa de la mentalidad de su tiempo y es en relación a ella que debemos preguntarnos en qué medida es un pacificador. En una sociedad violenta, donde la guerra no está solamente institucionalizada, sino también sacralizada, sabrá hablar de la violencia a los guerreros con el objeto de relativizarla: no reconoce para ella más que un lugar secundario en una vasta concepción espiritual de las relaciones entre los hombres. Reclutando un ejército pacífico de miles de monjes cistercienses y favoreciendo a las otras órdenes monásticas y de canónigos, Bernardo se revela como el mayor líder no-violento de su tiempo.

¡Cuánto habla sobre la paciencia! En un mundo guerrero lleno de turbaciones continuas, donde cada hombre debía utilizar las armas para defenderse a sí mismo y a su familia, él multiplica los remansos de paz donde gente de todos los medios, especialmente jóvenes caballeros, se reagrupan y rehúsan portar armas. En el interior de una sociedad violenta, incluso salvaje, en una medida que nos es difícil imaginar, crea otra sociedad enteramente no-violenta, una de cuyas funciones es la hospitalidad, la recepción del desconocido al que se admite como un hermano.

Bernardo sabía que este género de vida es el más conforme al Evangelio. Admite la legitimidad de ciertas guerras de su tiempo y tenemos derecho de disentir con sus posturas políticas, pero no podemos negarle ni el mérito de haberse sabido ocupar de los problemas de las personas, ni la capacidad de la paciencia, ni una gran atención a la posible evolución de sus adversarios y a una eventual reconciliación con ellos. Toda su correspondencia testimonía la enorme red de relaciones amistosas que teje. Su encíclica en favor de la segunda Cruzada sólo adquiere todo su sentido a la luz de este conjunto de textos y hechos; ella nos revela en él el ideal elevado del hombre de Dios y los límites del hombre político.

VII. CONCLUSIÓN: POETA Y PROFETA

La lectura de sus textos lo pondrá en evidencia: este monje, este pensador, este hombre de acción, es un artista, un letrado, un poeta, sensible a toda belleza, feliz cuando logra utilizar para hablar de Dios todo lo que en las imágenes que ofrece la vida es capaz de transmitir el mensaje del Dios que se hizo Palabra encarnada, de la Imagen del Padre vuelta visible e imitable sobre la tierra.

Hay en sus escritos una fantasía desbordante que puede llegar incluso a escandalizar a algunos espíritus. Símbolos bíblicos, parábolas tomadas en préstamo de los combates de los caballeros, alegorías del amor, evocación de las relaciones conjugales; Bernardo juega como un melabarista con todo este lenguaje figurado. Lo hace con una exuberancia que denuncia su familiaridad con la Sagrada Escritura: su juego bíblico es índice de su amor por aquel que lo ha inspirado, una tentativa para trascender el contenido de las palabras.

Por el uso de "lo imaginario", se acerca a los filósofos y teólogos de nuestro tiempo, que redescubren la necesidad del simbolismo y la insuficiencia del pensamiento abstracto. Por la importancia que concede a la experiencia, está de acuerdo con los que recurren a la fenomenología y a las ciencias humanas para penetrar hasta las profundidades de la psiquis.

Bernardo no está desprovisto de actualidad: por ser tradicional —ligado a las fuentes cristianas que son la Biblia, los Padres y la liturgia—, es contemporáneo de todas las generaciones; pero es posible que lo sea sobre todo de la nuestra.

Siendo poeta, es también profeta en el doble sentido de la palabra. Como los Profetas del Antiguo Testamento y de todos los siglos de la Iglesia, lo deja insatisfecho el estado de imperfección en que yacen la Iglesia y sus miembros. Se indigna contra todo lo que en él, en todos, en todo, es inferior al ideal cristiano. Inclinado a la protesta, Bernardo será un permanente fastidio, nunca contento, reformador infatigable. Pero es igualmente profeta en el sentido de que está lleno

del Espíritu de Dios: precisamente su fervor, su ardor, su amor y su compasión hacen aceptar su mensaje. Sabe y declara el precio de la alegría, pero la promete y la da. Muestra en qué dirección es necesario mantener la mirada: la Jerusalén de arriba, aquella que, más allá del tiempo, aparece como la Esposa preparada para la gloria del Señor Jesucristo resucitado. Aquella cuya presencia en nosotros, a nuestro alrededor, en toda la Iglesia y en el universo depende desde ahora de nosotros.

JEAN LECLERCQ, O.S.B.
Monje de Clerveaux, Luxemburgo

SAN BERNARDO DE CLARAVALL

EN ALABANZA DE LA VIRGEN MADRE

Introducción y notas:

P. Bernardo Olivera, o.c.s.o.

Traducción:

Hna. Estefanía Tamburini, o.s.b.

INTRODUCCION

INTRODUCCIÓN A LA MARIOLOGÍA DE SAN BERNARDO

LA teología de Bernardo de Claraval puede ser considerada como *monástica* en cuanto a su método, *mística* en lo referente a su objeto y *mistagógica* por lo que hace a su intención.

Bernardo, monje y padre de monjes, se acerca a la fuente de la Sagrada Escritura y bebe de ella con un método epistemológico concreto: la *lectio divina* que permite gustar los diferentes sentidos de la Palabra de Dios. A saber:

- El sentido *literal*, la letra, fijado gracias a una atenta lectura del texto.
- El sentido *analógico*, basado en la unidad y analogía de los dos Testamentos, lo cual hace posible una recíproca comprensión e iluminación de la realidad indicada en la letra, mediante una asidua meditación.
- El sentido *tropológico*, captado también por la meditación y que permite la aplicación moral de la normatividad de la historia salvífica comprendida según la analogía.
- El sentido *anagógico*, en el que la historia de la salvación, vivida como historia de la unión con Dios, se convierte, por la oración y la contemplación, en un “ya” en tensión hacia la plenitud que aún no es.

Ahora bien, el objeto de la teología de san Bernardo es el misterio cristiano en su conjunto, tal como lo presenta la

Sagrada Escritura, o sea, en una perspectiva histórico salvífica. Pero, y nos apresuramos a aclararlo, no se trata de un misterio abstracto o de una historia pasada, sino tal como se realizan en él y en cada hombre. La historia de salvación que Bernardo confronta en la Escritura es nuestra propia historia. Su teología es inseparable de la experiencia cristiana. Su obra nos ofrece una teología del misterio de la fe en cuanto vivido. Y este misterio, para usar palabras de san Pablo, no es otro que "Cristo en nosotros, la esperanza de nuestra gloria".¹ De aquí que hablemos de una teología mística, de una teología del amor que une y transforma interiormente.

La intención del abad de Claraval, finalmente, no es otra que comunicar e introducir a otros en la vivencia de dicho misterio.

El mismo nos confiesa:

No pongo tanto empeño en explicar las palabras propuestas como en tocar y penetrar en los corazones.²

Y de una manera indirecta:

*El Rey me ha introducido en sus bodegas: confiad y dad por seguro que entraréis también vosotras [dice la esposa a las doncellitas]. Parece que no he sido introducida aquí más que yo; pero me aprovecharé de ello para favoreceros: mi adelantamiento será también el vuestro. Para ayudaros adelante yo en perfección, y después os daré participación de las gracias extraordinarias que merezca recibir de mi Esposo.*³

En este sentido hablamos de *mistagogía*, es decir, *pedagogía del misterio* o arte de la conducción e introducción en el misterio.

Todo lo que acabamos de expresar se aplica asimismo a la mariología de san Bernardo. Se trata, ante todo, de una doctrina eminentemente bíblica y, consecuentemente, patris-

¹ Cf. Col. 1, 27.

² Sup Cant 16,1.

³ Ibid. 23,2.

tica y litúrgica. Doctrina vivida y engarzada en el conjunto de la experiencia cristiana y de su enseñanza espiritual. Y, por último, comunicada con un fervor, un arte literario y recursos particulares que ponen al lector, como pusieron a los oyentes, en presencia de María y la entronizan en sus corazones.

Pero depongamos toda falsa expectativa. No juzguemos sin más la mariología de Bernardo por la alta estima en que se la tuvo durante los tiempos pasados. Estima basada, muchas veces, en textos inauténticos y leyendas infundadas. No obstante, todo esto no carece absolutamente de valor, es índice de que algo había. Bernardo es, sí, un *mariólogo*, pero lo es por ser un *mariófilo*. Hay acuerdo en llamarlo "Doctor Mariano". Y también, por parte de alguno, "Doctor de los Doctores Marianos". Bien, pero ¿cuáles son los méritos y motivos para tal doctorado?

Ningún lector atento de la obra mariana del abad de Claraval habrá podido evitar ciertas sorpresas. No se trata de una obra demasiado extensa: cuatro homilias en alabanza de la Virgen Madre; la carta 174 a los canónigos de Lyón; el sermón del "acueducto" compuesto para la fiesta de la Natividad de María; los sermones para la fiesta de la Asunción, más otro para su Octava. A estos textos principales habría que agregar un par de docenas de textos y fragmentos secundarios. Quizá pueda también sorprender el hecho de que san Bernardo haya podido predicar sobre la Asunción sin mencionar explícitamente a María... y esta obra tampoco se caracteriza por la originalidad de su contenido. Hasta parece que Bernardo desconfía de originalidades e innovaciones; esto explicaría su oposición a la Inmaculada, al menos a la forma en que esta doctrina era presentada en sus días;⁴ su ambigüedad respecto a la Asunción corpórea de María a los cielos;⁵ y el hecho de que en su doctrina implícita sobre la maternidad espiritual nunca llame a María "Madre nuestra", ni se llame a sí mismo ni a los hombres

⁴ Cf. Ep 174; Asspt 2,8; Pent 2,4; Sent 3,111. 127.

⁵ Cf. Asspt 1,1. 4.

con el título de "hijos de María".⁶ Esta falta de originalidad no se reduce al contenido doctrinal; se extiende también a los símbolos, imágenes y figuras marianas: todos ellos, salvo el del acueducto, están tomados de la Escritura y la Tradición. Podemos también agregar, aunque no deseamos cargar las tintas, que su doctrina carece de sistematización y todo intento de encuadrarla en nuestros patrones lógicos y teológicos corre el riesgo de deformarla y abortar sus méritos.

Pero la "caja de sorpresas" no se agota con lo dicho. Nos encontramos ante una enseñanza sólida, sobria y segura; no en vano está asentada sobre los cimientos incommovibles de la Escritura y la Tradición. Estas páginas marianas transparentan la vivencia de alguien que descubrió íntimamente el rostro mariano del misterio de Cristo y la Iglesia. Por esto sus palabras llegan al corazón, encienden la devoción, invitan a la imitación y al servicio, nos acercan a María. La prosa de san Bernardo se convierte fácilmente en poesía bíblica, en el cántico de una fe enamorada que busca enamorar. Y en todo esto no hubo predecesor ni contemporáneo que lo superase.

Bernardo de Claraval no es un mero copista o plagiador. Le sobraba personalidad y talento para serlo. Puso una impronta particular e inconfundible a las adquisiciones mariológicas de los siglos XI y XII. Supo expresar lo antiguo con un estilo nuevo y un fervor inigualable. Perteneció a la edad patrística, la termina y, en cierto modo, la perfecciona: *Ultimus inter Patres, et primis certe non impar*. Es, pues, el testigo de la fe de los Padres y de su época: ha fijado un momento histórico de la devoción y doctrina marianas. Esto explica su influencia a lo largo de los siglos hasta el hoy en que nosotros vivimos. Por ser el "Doctor Común", bien podemos otorgarle el título de Doctor de los Doctores Marianos.

⁶ Cf. Ep 393, 1, 3; Sent 3,87: "Ella hizo a Dios Padre Padre de nosotros. Ella ora y ruega al Señor por los siervos, al Hijo por los hijos, al Hijo natural por los hijos adoptivos."

Escuchémosle recitar su credo:

La Virgen regia no necesita un falso honor, cargada, como está, de títulos verdaderos y de infusas de dignidades. Honra la integridad de la carne, la santidad de la vida; admira la fecundidad en la Virgen; venera la divina prole; ensalza a la que no experimentó ni concupiscencia al concebir ni dolor al dar a luz; encomia a la reverenciada por los ángeles, a la deseada de las gentes, a la prevista por los patriarcas y los profetas, a la elegida de todos, a la preferida a todos; engrandece a la inventora de la gracia, a la medianera de la salvación a la restauradora de los siglos; exalta, en fin, a la exaltada sobre los coros de los ángeles en el reino celestial. Estas cosas me canta de ella la Iglesia, y las mismas me manda que las cante. Por tanto, mantengo y transmito seguro lo que he recibido de ella; lo que no, confieso que lo admitiría con grandes escrúpulos... Cuanto he dicho, lo sea sin oposición a un dictamen más sabio. Principalmente reservo esto, como todas las demás cosas, a la autoridad y examen de la Iglesia romana, dispuesto a enmendar cuanto no esté conforme con su juicio.⁷

Y vengamos al cometido que se nos ha encomendado: escribir una introducción a la mariología de san Bernardo y, en especial, a sus homilias en alabanza de la Virgen Madre y a su comentario sobre el Magníficat. Consideramos que introducir es invitar y ayudar a entrar. Lo primero es relativamente fácil; lo segundo, arduo trabajo que, a su vez, condiciona la invitación. En conformidad con las pautas fundamentales ya establecidas, creemos que esta ayuda puede concretarse en la explicación de los siguientes temas:

- La Sagrada Escritura en la mariología de san Bernardo.
- La espiritualidad mariana del abad de Claraval.
- El arte de la comunicación...
- Las homilias *En Alabanza de la Virgen Madre*.

⁷ Ep 174, 2, 9.

I. "REVUELVE CON CUIDADO TODA LA SERIE DE LA HISTORIA EVANGÉLICA"¹

Ya hemos dicho que la Escritura es la fuente de la teología de Bernardo. Este considera la Sagrada Escritura como historia de la salvación; como panal en el que se encuentra cera y miel: "Así como la miel se oculta en la cera, así la devoción en la letra."² A quien hace fluir la miel de la cera, es decir, a quien interpreta el sentido espiritual de la Escritura, se le llama, con razón, *Mellifluus*. Es precisamente en este sentido, más que por la dulzura de su Palabra, que Bernardo de Claraval es el Doctor Melifluo de la Iglesia. Así lo ha reconocido el papa Pío XII en su Carta Encíclica al conmemorar el VIII aniversario de la muerte del Santo.

El abad Bernardo nos enseña a usar la Sagrada Escritura. No es que haga exégesis "científica" o que enseñe primordialmente a determinar el sentido literal de los textos: esto sólo le interesa en función del sentido espiritual. San Bernardo es un doctor bíblico porque nos enseña a contemplar en la Biblia los misterios de la salvación. Nos invita, pues, a una verdadera *lectio divina*, lectura en el Espíritu, de la Palabra de Dios.

Bernardo encuentra a María allí donde Dios ha querido revelarla: en la Escritura. Toma de ella no sólo el contenido de su doctrina, sino también su forma. Y es sobre estos aspectos particulares que querríamos ahora detenernos.

Al igual que los autores de todos los tiempos, Bernardo comenta los textos del Nuevo Testamento referentes a la Virgen, aunque tiene predilección por algunos de ellos: los que la liturgia presenta en las fiestas de María. Ya sabemos de las cuatro homilias en alabanza de la Virgen Madre, o *Super Missus est*, en las que comenta el texto lucano de la Anunciación. En los sermones para la fiesta de la Asunción se empeña en interpretar —¿acomodar?— el evangelio del

día: "Entró Jesús en un pueblo y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa..."³ Y el domingo dentro de la Octava de la Asunción nos regala un precioso sermón basado en el Apocalipsis 12,1: "Un portento grande apareció en el cielo, una mujer estaba cubierta con el sol, y la luna a sus pies y en su cabeza tenía una corona de doce estrellas." En un interesante párrafo de este sermón nos redondea su credo mariano:

¿Quién enumerará a estas estrellas con que está fabricada la diadema real de María? Supera la capacidad del hombre dar idea de esta corona y explicar su composición. Con todo eso, nosotros, según nuestra cordedad, absteniéndonos del peligroso examen de los secretos, podremos acaso sin inconveniente entender en estas doce estrellas doce prerrogativas de gracias con que María singularmente está adornada. Porque se encuentran en María prerrogativas del cielo, prerrogativas del cuerpo y prerrogativas del corazón; y si este ternario se multiplica por cuatro, tenemos quizá las doce estrellas con que la real diadema de María resplandece sobre todos.

Para mí brilla un singular resplandor, primero, en la generación de María; segundo, en la salutación del ángel; tercero, en la venida del Espíritu Santo sobre ella; cuarto, en la indecible concepción del Hijo de Dios. Así, en estas mismas cosas también resplandece un soberano honor, por haber sido ella la primera en la virginidad, por haber sido fecunda sin corrupción, por haber estado encinta sin opresión, por haber dado a luz sin dolor. No menos también con un especial resplandor brillan en María la mansedumbre del pudor, la devoción de la humildad, la magnanimidad de la fe, el martirio del corazón.⁴

Pero san Bernardo aplica a María, más que muchos otros, la analogía tipológica veterotestamentaria. Recordemos que él considera siempre los misterios cristianos en clave histórica; de allí que su doctrina esté basada en la dialéctica de ambos testamentos. En el párrafo 11 de la segunda homilía sobre *Missus est*, Bernardo resalta la unidad de inspiración que, en el Antiguo Testamento, bajo diferentes signos

³ Lc. 10,38 ss.

⁴ O Asspt 7.

¹ O Asspt 2.

² Sup Cant 7,5; Cf. p Epi 2,1; Sent 3,111; Asc 5,11.

y circunstancias, anuncia el milagro que se realizó en María. El texto merece ser citado por entero:

Sin duda era uno sólo el espíritu de los profetas y, siendo ellos también diversos, pero no con diverso espíritu, en diversas maneras, signos y tiempos, previeron y predijeron una misma cosa. Lo que se mostró a Moisés en la zarza y en el fuego,⁵ a Aarón en la vara y en la flor,⁶ a Gedeón en el vellochino y el rocío;⁷ eso mismo, abiertamente, predijo Salomón en la mujer fuerte y en su precio,⁸ con más evidencia lo cantó anticipadamente Jeremías de una mujer y de un varón,⁹ y en plenitud de luz lo anunció Isaías de una virgen y de Dios.¹⁰ En fin, eso mismo lo mostró Gabriel en la Virgen, saludándola, porque esta misma es de quien dice el Evangelista ahora: *Fue enviado el ángel a una virgen desposada.*¹¹

En el sermón ya mencionado para el domingo dentro de la Octava de la Asunción, encontramos un pasaje paralelo al recién citado. Con la excepción de la profecía de Ezequiel,¹² de las alusiones al protoevangelio¹³ y del "prodigio grande" que apareció en el cielo,¹⁴ el elenco es igual al anterior.¹⁵ Finalmente, en la Sentencia 87 de la III serie se vuelve a repetir la lista con dos nuevas adiciones: "Fue mostrada... a David en la hija que escucha y ve y olvida a su pueblo,¹⁶ a Salomón en el trono de marfil."¹⁷ Y si deseamos ser completos tendríamos que agregar como prefiguraciones de María "el árbol de la vida,"¹⁸ la "mujer victoriosa de la

5 Ex. 3,2; cf. Miss 2,5; Sent 2,57.

6 Nm. 17,8; cf. Miss 2,5; O Asspt 8.

7 Jue. 6,36 ss; cf. Miss 2,7; Ann 3,8; O Asspt 5, 8; Nat BMV 6.

8 Prov. 31,10; cf. Miss 2,5; Nat BMV 4; Div 52,3.

9 Jer. 31,22; cf. Miss 2,8-10; Pur 3,1; O Asspt 6.

10 Is. 7,14; cf. Miss 2,11; O Asspt 8; Adv 1,11.

11 Lc. 1,26-27.

12 Ez. 44,1-3; cf. Pur 3,1; O Asspt 8.

13 Gén. 3,15; cf. Miss 2,4; O Asspt 4; Div 52,3; Sup Cant 85, 8, etc.

14 Apoc. 12,1; cf. O Asspt 3.

15 O Asspt 8.

16 Sal. 44,11.

17 I Cró. 10,18.

18 Gén. 2,9; cf. Adv 2,4.

serpiente,"¹⁹ Rebeca,²⁰ el "jardín cerrado,"²¹ la "ley mosaica de la purificación,"²² "Jerusalén lavada con agua, purificada de la sangre, ungida con óleo y vestida con diversos colores,"²³ el "arca de la alianza"²⁴ y la "escala de Jacob."²⁵

Una de las figuras bíblicas que Bernardo evoca con más frecuencia y gusto es la de Isaías 11,1: "Un retoño brotará de la raíz de Jesé..." La encontramos en las homilías del presente volumen (pág. 67). En torno a esta figura mayor, al igual que de otras, san Bernardo encuentra y reubica toda una constelación de figuras e imágenes menores. De todo este conjunto resplandeciente desprende una brillante doctrina relacionada con los misterios de Jesús y María.²⁶

La Sagrada Escritura, además del contenido doctrinal, le ofrece a Bernardo una forma de expresión. La cultura bíblica de san Bernardo es asombrosa; ella es fuente de su "psicología bíblica", la cual, a su turno, se manifiesta en un vocabulario, una prosa, una poesía y un estilo bíblicos.

Antes de interpretar las palabras de la Biblia, Bernardo se las apropia. Luego se expresa con ellas, las habla y escribe.²⁷ Esto lo hace no sólo en el sentido preciso, sino también en un contexto semejante del cual las tomó: su memoria no recuerda palabras aisladas sino en contexto, recuerda pasajes y hasta páginas enteras. Los ejemplos a este respecto serían incontables. Además, con frecuencia su prosa, no carente de poesía, es un conjunto de fórmulas bíblicas agrupadas como si fueran un precioso mosaico.²⁸

Pero esta cultura y psicología bíblicas, fuentes de su estilo bíblico, pueden dar lugar a aparentes artificialidades.

19 Ibid. 3,15.

20 Ibid. 24,15-20; cf. O Asspt 15; Div 46.

21 Cant. 4,12 cf. Nat BMV 9.

22 Lev. 12,2; cf. Pur 3,1.

23 Ez. 16,9-10; cf. Sent 3,111.

24 Ex. 25,11; cf. Sent 2,57.

25 Gén. 28,12; cf. Sent 2,57.

26 Cf. Adv 2,4; Miss 2,5; O Asspt 8; Sup Cant 35,4-5; 45,9; etc.

27 Cf. Miss 1,7; 2,9; etc.

28 Cf. Ibid. 1,1; 3,2,7 y 2,16.

Más de una vez Bernardo cita un versículo de la Escritura en un sentido opuesto al sentido y contexto bíblicos del cual lo ha tomado. Basten como muestras un par de botones: En el párrafo 9 de la III homilía sobre *Missus est* (pág. 95) aplica a las vírgenes lo que san Pablo dice respecto de las viudas.²⁹ En otro lugar³⁰ hace decir a Adán, a propósito de María, las palabras que éste había dicho a Eva, pero con un cambio esencial: "La mujer que has dado me dio del fruto del árbol de la vida y comí."³¹ ¿Qué decir de estas arbitrariedades? Nos inclinamos a pensar que a Bernardo —*ioculator* del Señor y amante de la *iucunda devotio*³²— le sobraba buen humor y libertad de hijo de Dios para permitirse jugar y divertirse hasta con la misma Palabra inspirada. Él mismo nos dice en la *excusatio* con que concluye sus homilias:

...No he pretendido tanto exponer el Evangelio, como tomar ocasión del Evangelio para hablar lo que era deleite de mi alma (ver pág. 119).

Bernardo utiliza, pues, frecuentísimamente la Escritura. En su arrebatado himno sobre el nombre de María con el cual termina la segunda homilía sobre *Missus est*, le debe, no obstante, muy poco. Pero, concluyendo su vuelo lírico, aterriza en la Biblia y cita explícitamente el texto de Lucas: "Y el nombre de la Virgen era María."³³ Luego parece disculparse, como si hubiese hablado demasiado por sí mismo; se siente incómodo de ello y da la palabra al evangelista Mateo: "Bueno es que nos detengamos aquí..."³⁴ Casi podemos decir que cuando el abad de Claraval habla y escribe lenguaje bíblico encuentra la mejor expresión para lo que bulle y arde en su corazón. Cuando no recurre a citas y evocaciones bíblicas, su fuego corre el riesgo de entibiarse.

29 Cf. I Tim. 5,3 y 16.

30 Miss 2,3.

31 Cf. Gén. 3,12.

32 Ep 87; p Epi 2,9.

33 Lc 1,27.

34 Mt. 17,4.

se: este parece ser el caso de algunos pasajes de *Missus est*, sobre todo en la cuarta homilía.

Pero no sólo utiliza la Escritura con frecuencia inusitada, sino también con arte de maestro consumado. Los textos, como ya hemos dicho, se ordenan entre sí y, generalmente, como pétalos de una flor, coronan una cita dominante. El lector atento lo comprobará fácilmente.

Pero alguien podrá pensar: ¿a qué viene todo este artificio? ¿Acaso no se dificulta con ello la lectura? Recordemos, con todo, que san Bernardo considera que sus oyentes y lectores tienen hambre de la Palabra de Vida. De allí que cite, evoque, sugiera y proponga abundantemente a la reflexión temas bíblicos de riqueza insondable e inagotable:

... Es menester que yo, en la medida de mis escasas luces, satisfaga a esas almas —que buscan al Señor con todos sus pensamientos y afectos— y responda a sus dudas inquietantes, sacando de la Sagrada Escritura enseñanzas saludables, tanto más vitales cuanto más espirituales, a fin de que las pobres puedan saciar su hambre y nutrir con ellas sus corazones.³⁵

Además hay que tener en cuenta que los autores inspirados, en especial los evangelistas, no han pronunciado ni una sola palabra superflua:

Todas están llenas de altísimos misterios... para quien las escrute con diligencia y sepa extraer miel de la peña y aceite del peñazco durísimo.³⁶

No dudamos en afirmar que Bernardo estudió y se expresó con la Biblia durante toda su vida. Y no sólo mediante un contacto directo con ella, sino también por medio de la lectura de los Padres de la Iglesia, de los autores monásticos, la Regla de san Benito y, sobre todo, la sagrada liturgia. Esto explica por qué tantas veces sus citas bíblicas no corresponden con el texto de la Vulgata: ha citado de memoria o se ha basado en textos citados por los Padres y cantados por la liturgia.

35 Sup Cant 75,2.

36 Miss 1,1; cf. Sup Cant 1,6; 72,6; 16,1; 63,1; 17,2; IV p P 2.

Nuestro maestro y abad Bernardo se pone decididamente bajo el magisterio de los Padres, expositores de la Escritura. Su testimonio a este respecto es explícito y contundente:

... Diré lo que antes de mí ha parecido a los Padres... Oye también en esto no mi sentencia, sino la de los Padres... Después que los padres han explicado exhaustivamente este asunto, me he atrevido yo, como nuevo expositor, a poner mi mano en lo mismo; pero si he dicho algo después de los Padres que, sin embargo, no es contra los Padres, juzgo que ni a los Padres ni a otro alguno debe desagradar; donde he dicho lo mismo que he tomado de los Padres, esté muy lejos de mí el aire de presunción para que no me falte el fruto de la devoción...³⁷

Las preguntas que caben a este respecto serían: ¿a cuántos ha leído y cómo se ha inspirado en ellos?

Una atenta lectura de la obra mariológica de Bernardo nos permite desentrañar, aunque con trabajo, sus fuentes. Algunas de sus expresiones ofrecen ciertas afinidades con Ireneo, Orígenes, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Fulgencio, Efrén (latino), Sedulio, Venancio Fortunato, Gregorio Magno, Isidoro, Ildefonso, Beda, Autperto, Notguero, Hartmann, Odilón, Fulberto, Pedro Damián, Anselmo, Franco de Afflighem y otros autores benedictinos de los siglos X y XI. En pocas palabras, san Bernardo conoció y utilizó todo lo que un monje occidental del siglo XII podía llegar a conocer de las fuentes mariológicas. La biblioteca de Claraval, en el tiempo de Bernardo, estaba por cierto bien provista. No obstante, si tenemos que reconocer una dependencia particular de algunos autores, estos no serían otros que san Ambrosio y san Agustín, "las dos grandes columnas de la Iglesia", de quienes Bernardo no se aparta.³⁸

Aun en esto se muestra la originalidad de Bernardo. Jamás copia, casi nunca cita. Da testimonio de fidelidad a sus fuentes, pero se muestra independiente de ellas: deja de

37 Miss 2,12, 14; conclusión; cf. Ep 174,1; Bapt, pref.; 2,7; Hum, retractación.

38 Bapt 2,7-8; cf. pref.

lado lo que no le interesa y transforma genialmente lo que asume.

Para concluir, una palabra sobre la mediación de la liturgia. La liturgia mariana en los días de san Bernardo constaba de cuatro fiestas: Purificación; Asunción, con su Octava; Anunciación y Natividad de María. San Bernardo cita con mucha frecuencia textos del oficio divino: antífonas, himnos, responsorios, lecciones. Es permeable a toda la liturgia, ella es fuente de devoción. En sus sermones marianos no se ciñe a los textos del día, sino que se explaya y acude por inspiración a otros textos festivos. Tal es su familiaridad y conformación con la liturgia que, al igual que con la Escritura, canta como ella: prefiere confesar, alabar y adorar, más que razonar, deducir y concluir.

II. "MEDIADORA DEL MEDIADOR"¹

La doctrina mariana de san Bernardo no admite divisiones internas ni que se la desgaje del misterio cristiano en su conjunto. María está entretejida en la urdimbre de la historia de salvación. La reflexión sobre el dato revelado y la experiencia cristiana implican, implícita o explícitamente, un matiz y un sabor marianos.

María es la Madre Virgen del Hijo de Dios.² Por este motivo, en el día de su nacimiento

descendió sobre ella una bendición santificadora abundantísima, que no sólo hizo santo su nacimiento, sino que también la guardó inmune durante su vida de todo pecado, lo cual no se cree que se haya dado a ningún otro...³

De aquí entonces su plenitud de gracia⁴ y su exaltación sobre toda criatura en los cielos.⁵ Por ser Madre Virgen de

1 O Asspt 2.

2 Ibid. 6; Nat BMV 2; Asspt 4,5.

3 Ep 174,5.

4 Cf. Miss 3,2.

5 Cf. Asspt; Miss 1,7.

Dios es "el punto céntrico de la tierra", "causa de las cosas". "Señora del mundo", "Reina del cielo",⁶ "Madre de la caridad",⁷ "Madre de la vida," "Madre de la salud,"⁸ "Tesoro de Dios"⁹...

Encontramos, pues, en la doctrina de Bernardo un primer principio en torno al cual se podrían organizar los otros privilegios de María. Clarísimamente: "La gloria de María está en que Dios fue su Hijo."¹⁰ Pero Bernardo no llevó a cabo la sistematización. Si nosotros la hacemos podemos perder lo más propio y cautivante de su enseñanza. La mariología de Bernardo es una doctrina de vida, es decir: vivida y para ser vivida. Casi nos atrevemos a decir que sería mejor hablar de espiritualidad mariana que de mariología.

A Bernardo de Claraval le fascina admirar y "contemplar dulcemente en el silencio"¹¹ el misterio de María. Y se goza en alabarla.¹² Sabe, al mismo tiempo, que toda alabanza es inadecuada, por eso su temor,¹³ pues Dios ha hecho maravillas en María.¹⁴ Pero no tiene falsos reparos en prodigarle sus alabanzas, conoce perfectamente que

cuanto proferimos en alabanza de la Virgen Madre pertenece al Hijo; y que igualmente cuando honramos al Hijo no nos apartamos de la gloria de la Madre.¹⁵

Y una alabanza digna implica reforma de la propia vida e imitación de las virtudes de María.¹⁶ Además, para obtener la ayuda de su intercesión hemos de tener en cuenta el ejemplo de su vida,¹⁷ hemos de correr tras el olor de sus perfu-

mes.¹⁸ Si bien algunas de las prerrogativas de la Virgen Madre son para ser admiradas, otras son para ser imitadas: sus virtudes escondidas se ofrecen como modelo para todo cristiano, especialmente para los monjes.¹⁹ Y si alguna virtud resplandece insigne en María, esta es la humildad. Por la humildad agradó a Dios, concibió a su Hijo y fue elevada a la más sublime contemplación.²⁰ María es nuestro modelo y guía, es nuestra "estrella" en el tumultuoso mar de esta vida.²¹ Ella es "modelo, forma, espejo y ejemplo de una vida digna de Dios".²² En santa María resplandecían de modo especial tanto la vida activa cuanto la contemplativa.²³

Pero nosotros somos débiles, pecadores y estamos lejos de Dios. El sentimiento de nuestra indignidad puede velar a nuestros ojos la infinita misericordia del Padre. Para llegar a él precisamos a María: "Escala de pecadores",²⁴ "Camino real",²⁵ "Acueducto que, recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos la franquea a nosotros",²⁶ "Abogada" que, como "Madre del Juez" y "Madre de misericordia", trata los negocios de nuestra salud devota y eficazmente.²⁷ En fin, "nada ha querido Dios que tengamos que no pase por las manos de María".²⁸ No nos extrañemos, entonces, si Bernardo ora diciendo:

En ti y por ti y de ti, oh María, la benigna mano del Omnipotente rehizo todo lo que había creado... Señora nuestra, Mediadora nuestra, Abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo, encomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo.²⁹

18 Cf. Asspt 1,1.

19 Cf. O Asspt 10-11; Div 52.

20 Cf. Miss 1,5,9; 2,1. 2; 3,10; 4,9; Adv 2,4; Asspt 4,7; O Asspt 12; Nat BMV 8-9. 18; Mart 1; V Nat 1,5; Ann 3,9; Div 46; 87,3.

21 Miss 2,17.

22 Sent 3,87.

23 Ibid.; cf. Asspt 2,8.

24 Nat BMV 6-7.

25 Adv 2,5.

26 Nat BMV 4.

27 Asspt 1,1.

28 V Nat 3,10.

29 Adv 2,5.

6 Pent 2,4.

7 Sup Cant 29,8.

8 Adv 2,5.

9 Ann 3,7.

10 Cf. Ann 2,2.

11 Miss 1,7; 2,17; cf. O Asspt 9; V Nat 4,3-6.

12 Cf. Asspt 1,4; Ep 174,2 etc.

13 Cf. Asspt 4,5; Sent 3,87; 111.

14 Cf. Miss 1,9; Sent 3,127.

15 Miss 4,1.

16 Cf. Asspt 1,1,4.

17 Cf. Miss 2,17; Ann 3,9.

El recurso a María, por consiguiente, nos ubica en la verdad delante de Dios: pecadores perdonados, pero siempre indignos de la gracia. El recurso a María nos ayuda a reencontrar al Salvador.

La índole eminentemente espiritual de la doctrina mariana de Bernardo permite que ésta se integre armoniosamente en el conjunto de sus enseñanzas. Bernardo busca a Dios y enseña a buscarlo. María lo conduce a Cristo y éste al Padre. María ocupa un lugar privilegiado: "No tiene primera semejante ni otra segunda que la siga."³⁰ Pero no un lugar primordial: ella es la Mediadora ante el Mediador.³¹ Si san Bernardo es el Doctor Mariano, esto se debe también a que es el Doctor del Amor:

Hay también una espada escogida, que es la del amor a Jesucristo, la cual no sólo hizo su herida en el alma de María, sino que la traspasó de parte a parte a fin de que no hubiese en su corazón virginal parte alguna que estuviese vacía de amor... y a fin de que al mismo tiempo estuviese llena de gracia. Esa espada traspasó el corazón de la Virgen para que por medio de ella llegase hasta nosotros y recibiéramos todos alguna parte de la plenitud de gracia que estaba en ella; a fin de que, de esta suerte, fuese ella constituida Madre de la caridad, cuyo Padre es Dios... Todo esto se ha cumplido por María, que dio a luz en carne visible al Invisible...³²

Es interesante constatar cómo Bernardo interpreta el hecho de la maternidad divina a la luz de su teología y experiencia místicas.

En el sermón 52 *De Diversis*, comentando el pasaje de Proverbios 9,1, "la Sabiduría edificó para sí una casa", trata de la unión de Dios con María. Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios, preparó para sí a la Virgen María, su Madre. Y la preparó haciendo de ella una digna morada mediante la fe y las buenas obras. Es decir, la fe en la Santísima Trinidad, que permitió la presencia de majestad del Padre y del Es-

30 V Nat 3,9

31 O Asspt 2

32 Sup Cant 29,8; Asspt 1,2.

píritu Santo y la del Hijo por asunción de su humanidad,³³ y las obras de la fortaleza, templanza, prudencia y justicia:

Fue, pues, la bienaventurada Virgen María fuerte en el propósito, templada en el silencio, prudente en la interrogación, justa en la confesión. Por tanto, con estas cuatro columnas y las tres predichas de la fe construyó en ella la Sabiduría celestial una casa para sí. La cual Sabiduría de tal modo llenó la mente, que de su plenitud se fecundó la carne, y con ella cubrió la Virgen, mediante una gracia singular, a la misma Sabiduría, que antes había concebido en la mente pura. También nosotros, si queremos ser hechos casa de esta Sabiduría, debemos tallar en nosotros las mismas siete columnas, esto es, nos debemos preparar para ella con la fe y las costumbres.³⁴

El texto recién citado nos está diciendo claramente que la Encarnación fue fruto de la Sabiduría o, si se quiere, de las virtudes contemplativas de María. Y aun más. Puesta en la "escuela del Espíritu Santo", su "unción" y la propia experiencia se lo enseñaban todo.³⁵ La Palabra de Dios, viva y eficaz, al convertirse primero en Maestro suyo antes que en Hijo, instruyó su mente antes de vestirse de su carne.³⁶ Y fue así como "la sabiduría ha vencido a la malicia" de los primeros padres.³⁷

La virginidad y humildad de María tuvieron también función protagónica en el misterio de la Encarnación.³⁸ Pero fue asimismo muy importante su amor expresado en los ardientes deseos de su oración por la venida del Mesías.³⁹ En el momento de la Anunciación, María coopera libremente con un "hágase", manifestación de su lúcido e ígneo deseo por la venida corporal de Dios a su seno.⁴⁰

33 Cf. Miss 3,4.

34 Div 52,4; cf. Sent 3,111; Ded 2,2; Asspt 2,2.

35 Bapt 5,21-22; Epi 1,3.

36 Cf. Miss 3,7.

37 Miss 2,2; cf. Sup Cant 80,8.

38 Cf. Miss 1,5. 9; 2,1-2; Div 46; Sent 3,87.

39 Cf. Miss 4,8; Nat BMV 5-11. 18.

40 Miss 4,11.

Y el consenso de voluntades —razón formal del matrimonio místico— entre Dios y María fue tan íntimo y estrecho que produjo entre ellos la unión en una sola carne: la humanidad de Cristo. Si no es indecente para Dios querer lo que los buenos quieren, por lo mismo que no se apartan de su voluntad, tampoco tuvo a menos ser lo que María es y por eso se encarnó en su seno virginal.⁴¹ En cualquier parte que María esté, está el corazón de Dios.⁴²

Pero la unión mística y la contemplación no son frutos de la humana voluntad, sino del don divino, de igual manera que el misterio de la Encarnación se realizó por la abundancia de la divina gracia.⁴³

Detengámonos unos momentos a considerar cómo María es Mediadora del amor contemplativo. En los textos que comentan las bodas de Caná, san Bernardo nos lo da sobriamente a entender. Lo que importa no es tanto la “narración” cuanto su “significado espiritual”, que es como “la flor y médula del trigo”, alimento “sólido y suave” para los que están “más ejercitados en las cosas espirituales”.⁴⁴

Las bodas de Caná significan nuestras bodas con Cristo: la “cena de bodas” celestial donde seremos embriagados con el abundantísimo vino de la caridad de Dios, y la “comida de bodas” en la que recibimos el vino del “fervor de la caridad y la gracia de la devoción” que nos sostienen en el camino.⁴⁵ En todo esto María intercede por nosotros. No en vano ella es “fuente de piedad”.⁴⁶ E intercede por nosotros con todo el “ardor de su corazón y fervor de su afecto”,⁴⁷ pues desea que nada falte a nuestras bodas, dado que le “agradan y pertenecen” más que las de Caná.⁴⁸ En palabras del mismo Bernardo:

41 Cf. Miss 3,4.

42 Cf. Ann 3,7.

43 Div 87,3.

44 p Epi 2,1.

45 Ibid. 2,4 cf. Div 56.

46 Ibid. 1,2.

47 Hum 22,53.

48 p Epi 2,2,4.

¡Cuántas veces me es necesario, hermanos míos, después de vuestras llorosas quejas, rogar a la Madre de misericordia que diga a su benignísimo Hijo que no tenéis vino! Con toda seguridad os digo que, si piadosamente la llamamos, no nos faltará en nuestra necesidad, porque es misericordiosa y Madre de misericordia.⁴⁹

En fin, si Dios ha querido que “todo lo recibiéramos por María”,⁵⁰ la gracia del amor místico no puede ser excepción al influjo de su presencia mediadora. La sabiduría de María reforma la deformidad de nuestro ser pecador, sana y repara el paladar de nuestro corazón para que podamos saborear la Sabiduría misma.⁵¹ Constituida Mediadora entre la Iglesia y Cristo, Sol de Justicia, en su luz vemos la Luz de ese resplandeciente Sol.⁵²

Todos debemos prepararnos para que el Señor nazca en nosotros como nació en María. Sin embargo,

si algún alma adelanta tanto ... que llegue a ser virgen fecunda, que sea estrella del mar, que esté llena de gracia y tenga también al Espíritu Santo que venga sobre ella, pienso que no se desdenará de nacer no sólo en ella, sino de ella. Ninguno presume atribuirse esto a sí mismo, sino aquellos que con especial designación y como con el dedo mostrare el mismo Señor, diciendo: *Ved ahí a mi madre y mis hermanos.*⁵³

Madres en María, podremos ya desempeñar con fruto el ministerio de predicadores y evangelizadores. El que evangeliza, a otros lleva a Jesús en el seno, al igual que María, para darle a luz en otros; de éstos era el bienaventurado Pablo, que en su carta decía a los gálatas: “Hijitos míos, a los que de nuevo doy a luz hasta que se forme Cristo en vosotros ...”⁵⁴

49 Ibid. 2,4.

50 Nat BMV 7.

51 Sup Cant 85,8.

52 O Asspt 15.

53 V Nat 6,11.

54 Cf. Gál. 4,19; Div. 51.

III. "PARA AYUDAROS ADELANTO YO EN PERFECCIÓN"¹

Bernardo de Claraval es un místico; nadie lo discute. Es también un teólogo. Pero esto no significa que sea un profesor de teología según nuestro habitual modo de concebir tales personajes. Es un teólogo en el sentido patristico del término, es decir: contemplativo. Alguien cuya fe busca *amar para entender*. Su teología es la meditación de un creyente enamorado sobre el don, la exigencia y la comunión en el amor. Al regalo de la experiencia, el Señor añadió las gracias de entenderla, explicitarla, comunicarla y arrastrar a otros en pos de sí. Bernardo sabe conducir e introducir en el misterio cristiano; misterio que, por ser de Cristo, Hijo de María, tiene una indeleble impronta mariana.

San Bernardo es una de aquellas personas que corrió el riesgo de amar con todo su ser. Y salió coronado de victoria. Su fuerza de amor, su devoción y fervor espiritual supieron encontrar cauce en la arrebatada belleza de su estilo literario. La prosa mariana de Bernardo tiene, no raramente, una tonalidad himnica y estalla con facilidad en exclamaciones de alabanza. Su belleza encierra ternura, delicadeza, confianza, concisión y humanismo. Pero la hermosura literaria de estos textos no es vana, esconde una particular intención mistagógica.

Lamentablemente, una traducción, por perfecta que sea, no puede reflejar nunca los quilates del original. Sería superfluo estudiar aquí la calidad del estilo de Bernardo en relación con su personalidad de mistagogo. No obstante, otros recursos oratorios y literarios pueden ser considerados desde esta perspectiva. Veámoslos brevemente, ateniéndonos, claro está, a los textos marianos.

Con harta frecuencia nuestro abad interpela directamente a sus presuntos oyentes y lectores. Nos interroga infinitas veces. Invita a la meditación: "Revuelve con cuidado toda la serie de la historia evangélica...";² a la oración: "Abracemos

¹ Sup Cant 23,2.

² O Asspt 2.

las plantas de María, hermanos míos, y postrémonos con devotísimas súplicas a aquellos pies bienaventurados";³ y a la admiración devota: "...Si fielmente la miramos, sin duda concebiremos admiración..., devoción y consolación."⁴

Nos invita asimismo a la imitación de sus virtudes: "Os ruego, hijos amados, imitad esta virtud, si amáis a María, si anheláis agradarle, imitad su modestia...";⁵ "Si no puedes más que admirar la virginidad de María, procura imitar su humildad, y te basta."⁶ Y a la veneración: "Con todo lo íntimo de nuestros corazones, con todos los afectos de las entrañas, y con todos los votos y deseos veneremos a esta María, porque esta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo tuviéramos por María."⁷ Pero, por encima de todo, Bernardo nos aconseja:

¿Quieres tener un abogado igualmente para con él? Pues recurre a María... Busquemos, hermanos, la gracia, y busquemosla por María... Sea lo que sea aquello que dispones ofrecer, acuérdate de encomendarlo a María, para que vuelva la gracia por el mismo cauce por donde corrió, al Dador de la Gracia.⁸

En fin: "No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón..."⁹

Las interpelaciones a personajes bíblicos no son raras. Con espontaneidad se dirige a Adán y Eva;¹⁰ a la serpiente;¹¹ a Moisés;¹² a los Magos;¹³ a san Juan¹⁴ y santa Isabel.¹⁵

³ Ibid. 5.

⁴ Ibid. 9, 7.

⁵ Ibid. 11.

⁶ Miss 1,6.

⁷ Nat BMV 6-7.

⁸ Ibid. 7. 8. 18.

⁹ Miss 2, 17.

¹⁰ Ibid. 2,3.

¹¹ Adv 2,4.

¹² O Asspt 5.

¹³ Epi 1,5.

¹⁴ Pasc 1,12.

¹⁵ JB 4.

Otras veces, siempre en un clima bíblico, generaliza y encarna personificaciones, tales como el virgen soberbio; ¹⁶ el hombre que es polvo y tierra; ¹⁷ las hijas de Eva. ¹⁸ E inclusive le habla a Dios y a Jesús tocante a María:

¡Qué tienes tú con ella, Señor! ¿Acaso no lo mismo que un hijo con su madre? ¿Qué te toca de ella, preguntas, siendo el fruto bendito de su seno inmaculado? ¿Qué? ¿No es esta la misma que, quedando salvo su pudor, te concibió y te dio a luz sin corrupción? ¿No es la misma en cuyo seno virginal habitaste nueve meses, de cuyos pechos virginales manaste y con quien siendo de doce años bajaste desde Jerusalén, y le estabas sometido? Pues ahora, Señor, ¿por qué la molestas diciéndole: *Qué tienes tú conmigo?* ¹⁹

Todo esto no puede dejar de producir en nosotros, lectores, una honda impresión. La Escritura es para Bernardo palabra viva de Dios; él se siente familiar con los actores del drama bíblico. Si la *lectio divina* es un diálogo con el Señor y los suyos, san Bernardo la entendió y practicó a la perfección. Y no sólo dialoga, sino que también nos invita y estimula a dialogar.

Tampoco faltan los textos en que hace hablar a otros. A veces a alguno de sus oyentes. ²⁰ Más comúnmente al arcángel Gabriel, haciéndole explicitar y acelerar el mensaje de Dios a María. ²¹ Y con más frecuencia aún, a la misma Virgen, a fin de que ella nos ayude a entender el sentido de sus palabras, ²² o para hacerle pronunciar las que calló, ²³ o las que podría haber pronunciado en comunión con su Hijo:

... Ya entonces podía decir la Madre a la madre [de Juan Bautista] lo que tanto después dijo el Hijo al hijo: *Deja ahora, así es decente que cumplamos nosotros toda justicia.* ²⁴

16 Miss 1,6.

17 Ibid. 1,8; cf. Nat BMV 6.

18 Ibid. 2,2.

19 p Epi 2,5; cf. Epi 1,6; V Nat 4,3; Asspt 2,2.

20 Cf. Adv. 2,5; etc.

21 Cf. Miss 3,10; 4,4; O Asspt 5; Ann 3,8; Div 46: Nat BMV 5, 10.

22 Cf. Miss 3,2; 22,53; 4,3.11; etc.

23 Cf. Pur 3,2; Hum 22,53; O Asspt 5.

24 Nat BMV 9.

Y el devoto lector, así introducido, ha cruzado el umbral del misterio, ya está a la escucha de la Virgen Madre... Escuchando, e invitado a responder. San Bernardo no es un oyente ocioso. No es amigo de monólogos, sino de diálogos. Sus respuestas no se hacen esperar. Y en ellas nos involucra a cada uno de nosotros. Son suyas, pero desea que aprendamos a hacerlas nuestras. En la sonoridad del silencio aprendió a escuchar y a responder.

Las preguntas dirigidas a María abundan en su obra: algunas veces resulta hasta machacón: "¿Qué harás...? ¿Qué escoges...? ¿Quién te enseñó...? ¿En dónde...? ¿Dónde has oído...?" ²⁵ "¿Acaso no es esto...? ¿Qué haces? ¿Por qué esperas...? ¿Por qué tardas? ¿Qué recelas?" ²⁶

Otras veces se dirige a ella largamente, envasando en su charla verdaderas meditaciones. ²⁷ Pero es con sus exclamaciones, como saetas o jaculatorias, que nos enciende el corazón: "¡Oh mujer singularmente venerable, admirable entre todas las mujeres, reparadora de tus padres y vivificadora de tus descendientes!" ²⁸ "¡Oh Virgen prudente, Virgen devota!" ²⁹ "¡Oh Señora mía!" ³⁰ "¡Oh bienaventurada Virgen, sola bendita entre las mujeres y no maldita; sola libre de la maldición general y exenta del dolor de las que dan a luz!" ³¹ "¡Oh Virgen, vara sublime, a qué altura eleváis vuestra sagrada cima! ¡Oh verdaderamente planta celeste, la más preciosa, la más santa de todas! ¡Oh verdaderamente árbol de vida, que sólo fue digno de llevar el fruto de la salud!" ³² "¡Cuán familiar de él fuiste hecha, Señora! ¡Cuán próxima, más bien, cuán íntima mereciste ser hecha! ¡Cuánta gracia hallaste en Dios!" ³³

25 Miss 3,7.

26 Ibid. 4,8.

27 Cf. Miss 3,10.13; O Asspt 14-15; Pur 3,2; Ann 3,8; etc.

28 Miss 2,3.

29 Ibid. 3,7.

30 Div 46.

31 V Nat 4,3; cf. Asspt 4,8.

32 Adv 2,4.

33 O Asspt 6.

Sin desmerecer nada de lo dicho, debemos afirmar que es sobre todo en sus oraciones donde Bernardo se muestra verdadero mistagogo. No son muchas, pero son suficientes. Bernardo ora para que nosotros oremos.

Algunas de sus oraciones son breves, como perlas crecidas en torno a una cita bíblica o a una doxología litúrgica. El contenido teológico de las mismas es hondo y seguro. Apropiémonos las dos que siguen:

Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu seno virginal. Ofrece para nuestra reconciliación la víctima santa y agradable a Dios. Por todos modos aceptará Dios Padre la nueva ofrenda y preciosísima víctima, de la cual él mismo dice: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.*³⁴

Por esto te llamarán bienaventuradas todas las generaciones. En ti hallan los ángeles la alegría, los justos la gracia, los pecadores el perdón para siempre. Con razón ponen en ti sus ojos todas las criaturas, porque en ti y por ti y de ti la benigna mano del Omnipotente recreó todo lo que había creado.³⁵

Muchos conocen la oración con que concluye el segundo sermón para Adviento; esta composición hace suyo el lenguaje jurídico del mundo feudal para expresar con realismo la mediación de María: *Señora, Mediadora, Abogada... reconcílianos, encomiéndanos, preséntanos...* En algunos lugares se ha utilizado parte de la misma como conclusión añadida al *Sub tuum*, la oración mariana más antigua de la Iglesia:

Por medio de ti podamos llegar a tu Hijo, oh bendita, que hallaste la gracia, Madre de la vida, Madre de la salud, para que por ti nos reciba el que por ti se nos dio a nosotros. Excuse delante del mismo tu integridad las culpas de nuestra corrupción y tu humildad tan grata a Dios alcance el perdón de nuestra vanidad. La copiosa caridad tuya cubra la muchedumbre de nuestros pecados y tu fecundidad gloriosa nos dé la fecundidad de las buenas obras.

³⁴ Pur 3,2.

³⁵ Pent 2,4.

Señora nuestra,
Mediadora nuestra,
Abogada nuestra,
reconcílianos con tu Hijo.
encomiéndanos a tu Hijo,
preséntanos a tu Hijo.

Por la gracia que hallaste,
por el privilegio que mereciste,
por la misericordia que diste a luz,
haz, ¡oh bendita!, que aquel que por medio de ti se dignó hacerse participante de nuestra enfermedad y miseria, por tu intercesión también nos haga participantes de su gloria y bienaventuranza. Jesucristo, Hijo tuyo, nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.³⁶

El inicio de otra oración bernardina, conclusiva del cuarto sermón para la Anunciación, parece haber inspirado la conocida oración del *Memorare*, atribuida luego erróneamente a Bernardo: "Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección... haya sido abandonado de ti." Puede llamar la atención que san Bernardo se considere y nos considere "siervcillos" de María. Recordemos que sus deseos más profundos son imitar en todo, especialmente en la humildad, a quien se llamó a sí misma "sierva del Señor":

Cese de ensalzar tu misericordia, ¡oh bienaventurada Virgen!, quienquiera que, habiéndola invocado en sus necesidades, se acuerde de que no lo has socorrido. Nosotros, siervcillos tuyos, te congratulamos en todas las demás virtudes, pero en tu misericordia más bien nos congratulamos a nosotros mismos... ¿Quién podrá investigar, ¡oh bendita!, la longitud y latitud, la sublimidad y profundidad de tu misericordia?... Por ti el cielo se pobló, el infierno se deshabitó, se instauraron las ruinas de la celestial Jerusalén, a los infelices que esperaban se les dio la vida que habían perdido. Así brilla tu potentísima y piadosa caridad en la compasión y en la eficaz ayuda. Mira, pues, con qué deseos te hemos acompañado, a ti, que subes al Hijo, y te hemos seguido, a lo menos, de lejos, Virgen bendita. Que en adelante tu piedad tome a pecho el

³⁶ Adv 2,5.

hacer manifiesta al mundo la misma gracia que hallaste con Dios, alcanzando con tu intercesión perdón para los culpables, remedio para los enfermos, fortaleza para los débiles de corazón, consuelo para los afligidos, amparo y libertad para los que peligran. Y en éste día que celebramos, con tanta solemnidad y alegría, a estos siervecillos tuyos que invocan con sus alabanzas tu dulcísimo nombre, Reina clemente, alcánzales los dones de la gracia de Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos de los siglos.³⁷

En esta última oración que presentamos se puede apreciar sin dificultad la inspiración bíblica. Citas, alusiones y reminiscencias del Apocalipsis, Malaquías, el Salmo 5, Ezequiel, Ester, el Cantar, el evangelio de Mateo, Génesis y Romanos, se dan amigablemente la mano. Veamos finalmente la oración siguiente; alguien la ha titulado, con acierto, "Oración a María Mediadora":

Y ahora, ¡oh Madre de misericordia!, postrada humildemente a sus pies, como la luna, te ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estás constituida mediadora entre ella y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de tu alma le alcances la gracia de que en tu luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que te amó verdaderamente más que a todas las demás criaturas y te adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en tu cabeza la corona de hermosura. Llena estás de gracia, llena del celestial rocío, sustentada por el amado y rebosando en delicias. Alimenta hoy, Señora, a tus pobres; los mismos cachorrillos también comen de las migajas que caen de la mesa de su Señor; no sólo al criado de Abrahán, sino también a sus camellos dales de beber de tu copiosa hidría, porque tú eres verdaderamente aquella doncella anticipadamente elegida y preparada para el Hijo del Altísimo, el cual es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.³⁸

37 Asspt 4,8-9.

38 O Asspt 15.

IV. "PRETENDO... HABLAR UN POCO EN ALABANZA DE LA VIRGEN MADRE..."¹

Las homilias en alabanza de la Virgen Madre tienen un carácter particular entre toda la obra mariana de Bernardo. No fueron compuestas por motivos prácticos o de utilidad directa, no responden a razones pastorales, sino a la satisfacción de una necesidad: la devoción personal del autor. No obstante, esto no implica que san Bernardo, padre de su comunidad, olvide a sus hermanos e hijos o ignore estar "al servicio de su aprovechamiento".² Su propia devoción va de la mano con la común utilidad.³

El título de la obra, según atribución del mismo Bernardo, es *In laudibus Virginis Matris*. En la carta 89 al canónico Ogerio aparece mencionada, al igual que en la carta 18 al cardenal Pedro. Se la vuelve asimismo a mencionar en la carta 77 a Hugo de San Víctor, que Mabillon publicó con el título de "Tratado sobre el bautismo".⁴ Por la cronología de la correspondencia primeramente mencionada, podemos deducir con certeza que se trata de un opúsculo de juventud; para ser más precisos, es la primera obra mariana del abad de Claraval.

La obrita está constituida por cuatro homilias que comentan la pericopa del evangelio de san Lucas (1, 26-38) que comienza: *Missus est angelus Gabriel...*; de allí que, como ya hemos dicho, se la conozca comúnmente con el título de *Missus est*. Se trata, a decir verdad, de una especie de tratado en forma de sermones precedidos por un prólogo y seguidos de una *excusatio*. El texto conoció tres formas sucesivas que fueron fácilmente identificadas durante las investigaciones para la edición crítica. Ante todo, una recensión breve correspondiente a la primera redacción. Luego, una versión más extensa representada por manuscritos de

1 Miss, prólogo.

2 Ibid.

3 Cf. Ibid., *excusatio*.

4 Bapt 18.

origen germano, provenientes de monasterios relacionados con Morimond, la cuarta casa fundada por Cister. Finalmente, la recensión perfecta, que presenta una serie de mejoras editoriales efectuadas por el mismo Bernardo o bajo su supervisión.

Missus est es la obra más representativa de la mariología de san Bernardo. La mayoría de los temas que desarrollará luego con el correr de los años ya se encuentra esencialmente en ella. Ya sabemos que fue compuesta por motivos devocionales. Pero su causa más remota, al decir de Guillermo de Saint-Thierry, biógrafo de nuestro santo, se hallaría en la infancia de Bernardo. No es este el lugar para discutir la fidelidad histórica de Guillermo ni la historicidad de las hagiografías medievales. Lo que nos interesa es constatar un doble hecho, sea este literario y del biógrafo o vivencial y del protagonista de la biografía. Pese a la duda, nuestra amistad con Bernardo nos lleva a apostar por la vida. Citemos el texto en cuestión:

Era la noche de Navidad, y se preparaban, como de costumbre, para las solemnes vigiliás. Como se retardara algún tanto el comienzo del oficio nocturno, sucedió que Bernardo se durmió un poquito, inclinando la cabeza, mientras estaba sentado y esperaba como los demás. Al instante se le mostró al niño el santo nacimiento del Niño Jesús, incrementando su tierna fe e incoando en él los misterios de la divina contemplación. Se le apareció como un esposo saliendo de su alcoba, el más hermoso hijo de los hombres, atrayendo hacia sí los afectos, de ningún modo pueriles, del santo niño. Quedó profundamente convencido, y hasta hoy mismo lo confiesa, de que aquella era la hora del nacimiento del Señor. A los que frecuentaron su auditorio les es fácil advertir con cuánta bendición le previno el Señor en aquella hora, pues hoy parece poseer un sentido más profundo y un lenguaje más rico en lo concerniente a este sacramento. De ahí que más tarde compusiera un insigne opúsculo, al comienzo de sus obras o tratados, en alabanza de la Madre y del Hijo, y de su santa Natividad, tomando pie del pasaje evangélico donde se lee: *Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea...*⁵

Es de notar cómo la fe del niño Bernardo se abrió a la luz mediante la experiencia del misterio de la Encarnación, dando así lugar en él a la gracia de la contemplación. Es un hecho indiscutible que esta gracia marcó y acompañó a san Bernardo durante el resto de sus días y le dio una particular sensibilidad y expresividad en lo referente al misterio de Jesús Niño. Cualquiera lo puede comprobar mediante una simple lectura de sus sermones para el ciclo de Navidad.

El tratado *En Alabanza de la Madre y del Hijo y de su santa Natividad* encuentra su fuente vital en esta experiencia de los primeros años. Llama también la atención el título que Guillermo da a la obra de su amigo y confidente. En el mismo están íntimamente asociados el Hijo y su Madre mediante el misterio de la Encarnación. El amor de san Bernardo a María está enraizado en su amor a Jesús. Ambos amores están íntimamente unidos, son inseparables como inseparable es el misterio de Dios. La espiritualidad mariana de Bernardo de Claraval es eminentemente cristocéntrica. *Missus est* es un tratado sobre la maternidad divina de la Virgen María.

Veamos brevemente su contenido a fin de confirmar la afirmación precedente. Bernardo comienza exponiendo la preparación moral de María, para su maternidad divina, mediante la humildad y el voto de virginidad.⁶ Luego, por medio del recurso a prefiguraciones del Antiguo Testamento, pone en evidencia la particular maternidad y misión divina de la Virgen Madre.⁷ La misión queda confirmada, sobre todo, por la figura del "vellocino de Gedeón",⁸ aplicado tanto a María como a Cristo. Llegado a este punto, Bernardo irrumpe en un canto ferviente, en una invocación confiada a la "Estrella del mar" y guía por los mares de este mundo tenebroso.⁹ Luego de una pausa, en ocasión del diálogo de María con Gabriel, reemprende, pero sin repetirse, el tema

6 Miss 5-9; 2,1-2; y tanto María como su Hijo son modelos y ejemplos de humildad y virginidad, ver Miss 1, 6.8.9; 4,9-10.

7 Ibid. 2,3-11.

8 Ibid. 2,7.

9 Miss 2,17.

de la maternidad virginal; precisa lo que fue la gracia de María antes de su maternidad¹⁰ y a continuación su función relativa al Salvador.¹¹ Esta función llega a su clímax en la respuesta de la Virgen al misterio de la divina Encarnación: todo está pendiente de su "hágase".¹²

Los temas que se encuentran y desarrollan en *Missus est* son variados. El lector atento los identificará sin dificultad, aun más, con gozo: la predestinación de María y su relación con la Santísima Trinidad; los tipos del Antiguo Testamento y las profecías que se refieren a ella; el misterio de "ser cubierta" por la sombra del Espíritu Santo; María en la economía de la salvación; san José, su justo y casto esposo; las virtudes de humildad y virginidad...

BERNARDO OLIVERA, O.C.S.O.

Monje de Azul

¹⁰ Ibid. 3,1-8.

¹¹ Ibid. 3,10, 13.

¹² Ibid. 4,8-11; cf. 3,6.

PROLOGO

LA devoción me impelía a escribir algo; mis obligaciones me lo impedían. Pero, ya que al presente no puedo seguir con mis hermanos la disciplina común, constreñido por mis achaques, no quiero malgastar este poquito de ocio que, aunque sea sacándolo del sueño, me permiten rescatar de la noche.

Antes que nada, pretendo acometer lo que a menudo golpeaba a las puertas de mi pensamiento: hablar un poco en alabanza de la Virgen Madre a partir de aquella lección evangélica que contiene la historia de la Anunciación del Señor y que Lucas relata.

No emprendo esta obra urgido por alguna necesidad de mis hermanos o movido por su utilidad, aunque estoy al servicio de su aprovechamiento; con todo, si me mantengo dispuesto a atender a sus menores necesidades, pienso que no les debe pesar el que satisfaga mi propia devoción.

PRIMERA HOMILIA

DONDE COMENTA EL ENVÍO DEL ÁNGEL

FUE enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazareth, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la familia de David; y el nombre de la virgen era María.¹

[Santidad de esta revelación. Pedido del Verbo y su inteligencia]

¿Qué se propone el evangelista al referir aquí, tan claramente, los nombres propios de tantas cosas? Creo que se debe a que no quiere que oigamos negligentemente lo que con tanta diligencia intenta narrar. Da el nombre del nuncio que se envía, del Señor que lo envía, de la Virgen a quien es enviado, también del esposo de la Virgen y del linaje de ambos, la ciudad y la región. ¿Por qué? ¿Piensas que alguna de estas cosas se consigna aquí superfluamente? De ninguna manera. Porque si no cae sin causa una hoja del árbol, ni cae un pájaro en tierra sin el consentimiento del Padre de los Cielos,² ¿puedo pensar yo que la boca del santo evangelista pronuncie tan sólo una palabra superflua precisamente al narrar la sagrada historia del Verbo? Juzgo que no. Todas

¹ Lc. 1, 26-27.

² Mt. 10, 29; 6, 26.

están llenas de altísimos misterios y cada una rebosa de dulzura celeste para quien las escrute con diligencia y sepa extraer miel de la peña y aceite del peñasco durísimo.³

Sí, en aquel día⁴ destilaron dulzura los montes y manaron leche y miel de los collados,⁵ cuando, abriéndose los cie-
los, las nubes derramaron al Justo,⁶ se abrió la tierra y gozosa hizo germinar al Salvador; cuando, otorgándonos el Señor su benignidad y volviendo a fructificar nuestra tierra⁷ sobre aquel monte de los montes, fértil y pingüe, salieron al encuentro la misericordia y la verdad y se besaron la justicia y la paz.⁸

También en aquel tiempo⁹ en que este no pequeño monte entre los montes, este bienaventurado evangelista, escribió con estilo dulcísimo el principio de nuestra salud tan deseado por nosotros, soplando el Austro¹⁰ y rayando el sol de justicia¹¹ más cercano, se difundieron de él espirituales aromas.

Ojalá que Dios envíe ahora su Verbo y nos derrita,¹² se nos hagan inteligibles las palabras evangélicas,¹³ sean para nuestro corazón más deseables que el oro y las piedras más preciosas y más dulces que la miel y que el panal.¹⁴

[El ángel]

2. Entonces dice: *Fue enviado el ángel Gabriel por Dios.*¹⁵ No pienso que este ángel sea de los menores. Éstos suelen ser enviados por cualquier motivo con embajadas a la

3 Deut. 32, 13.

4 Es decir, en el día de la Anunciación.

5 Ex. 3, 8; Joel 3, 18.

6 Is. 45, 8.

7 Sal. 66 y 84, 11.

8 Sal. 84, 11. Nótese el precioso mosaico de citas bíblicas.

9 Cuando san Lucas escribe.

10 Cant. 4, 16. El Austro es figura del Espíritu Santo.

11 Mal. 4, 2.

12 Sal. 147, 18.

13 Cf. II Cor. 4, 6.

14 Sal. 18, 11.

15 Lc. 1, 26.

tierra. Mi pensamiento se corrobora claramente en el mismo nombre que se le da y significa fortaleza de Dios y en que no se dice que haya sido enviado —como es costumbre entre los ángeles— por algún otro espíritu más excelente que él, sino por el mismo Dios. Por eso se puso en el Evangelio: *Fue enviado por Dios*; o tal vez se dijo *por Dios*, para que no se piense que, antes que a la Virgen, Dios reveló su designio acerca de la Encarnación ni siquiera a alguno de sus espíritus bienaventurados, exceptuado solamente el arcángel Gabriel; al cual, sin duda, se lo halló de tanta excelencia entre los suyos que fue reputado digno de tal nombre y de tal embajada.

No hay desavenencia entre uno y otra; porque a Cristo, que es la virtud de Dios,¹⁶ ¿quién mejor le podía anunciar que este espíritu a quien honra un nombre semejante? Porque, ¿qué otra cosa es fortaleza, sino virtud? No parezca indecente o impropio que el Señor y el nuncio se nombren de un mismo modo cuando el motivo de llamarse ambos con semejante nombre no deriva de causa semejante. En un sentido se llama Cristo fortaleza o virtud de Dios y en otro el ángel; éste sólo por denominación, aquél en razón de su sustancia. Cristo se llama y es virtud de Dios. Él, viniendo con mayores fuerzas contra aquel fuerte armado que solía guardar en paz el atrio de su casa, lo venció con su propio brazo quitándole todo el botín que había apresado.¹⁷ El ángel Gabriel es llamado fortaleza de Dios por haber merecido la prerrogativa de ser encargado de anunciar la venida de la misma fortaleza, o porque debía confortar a una Virgen naturalmente tímida, sencilla y pudorosa para que no la atemorizase la novedad de tan gran milagro. Tal lo que hizo al decirle: "*No temas, María, has hallado gracia a los ojos de Dios.*"¹⁸ Quizás tampoco sea equivocado creer que, aunque no lo nombró en esa oportunidad el evangelista, este mismo ángel fue quien confortó y libró de dudas a su esposo,

16 I Cor. 1, 24.

17 Lc. 11, 21-22.

18 Lc. 1, 30.

varón en verdad humilde y temeroso de Dios. "José —dijo—, hijo de David, no temas recibir a María por tu esposa."¹⁹ Oportunamente, entonces, es elegido Gabriel para esta obra; o, más bien, por encargársele negocio semejante, se lo designa justamente con tal nombre.

[La Alianza Antigua, semilla del divino conocimiento]

3. Fue enviado, pues, el ángel Gabriel por Dios. ¿Adónde? A una ciudad de Galilea, cuyo nombre era Nazareth.²⁰ Veamos si, como dice Natanael, puede salir de Nazareth algo bueno.²¹ Las revelaciones y promesas hechas a los padres Abrahán, Isaac y Jacob,²² se me presentan como una simiente del conocimiento de Dios, echada desde el cielo a la tierra; simiente de la cual está escrito: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado la simiente, habríamos sido como Sodoma y seríamos semejantes a Gomorra."²³

Floreció esta simiente en las maravillas que se mostraron al salir Israel de Egipto, en las figuras y enigmas misteriosos²⁴ por todo el camino en el desierto hasta la tierra de promisión y, después, en las visiones y vaticinios de los profetas, en la ordenación también del reino y del sacerdocio hasta Cristo.²⁵ Pero no sin razón se entiende que Cristo es el fruto de esta simiente y de estas flores, como dijo David: "Derramará Dios su bendición y nuestra tierra dará su fruto;"²⁶ y otra vez: "Pondré sobre tu silla a un fruto de tu vientre."²⁷ En Nazareth, pues, se anuncia que Cristo ha de nacer,²⁸ porque en la flor se espera el fruto venidero; pero

19 Mt. 1, 20.

20 Lc. 1, 26.

21 Jn. 1, 46.

22 Gén. 50, 23; Éx. 2, 24.

23 Rom. 9, 29.

24 Baste pensar en el "maná", figura de la Eucaristía; cf. Jn. 6, 31-33.

25 Sal. 67, 5-8; 113, 1; I Cor. 10, 6; 13, 12.

26 Sal. 84, 13.

27 Sal. 131, 11.

28 Cf. Mt. 2, 23.

al salir el fruto cae la flor,²⁹ porque, al aparecer en la carne, pasó la figura.³⁰ Por lo cual, también de Nazareth se dice que es *ciudad de Galilea*, esto es, de la transmigración; porque, al nacer Cristo, pasaron todas aquellas cosas que arriba conté; las cuales, como dice el Apóstol: "Les sucedían a ellos en figura."³¹ También nosotros, que tenemos ya el fruto, dejamos atrás las flores que, ya al abrir, se preveía que habían de pasar. Por lo que dijo David: "Pase en la mañana como la hierba, en la mañana florezca y pase; en la tarde caiga, se endurezca y se seque."³² "En la tarde", esto es, cuando vino la plenitud del tiempo en que envió Dios a su Unigénito, nacido de una mujer, nacido bajo la ley,³³ diciendo él mismo: "Mira que hago nuevas todas las cosas,"³⁴ las cosas viejas pasaron y desaparecieron, así como al crecer la novedad del fruto se caen y secan las flores. Sobre lo que se halla escrito: "Se secó el heno y cayó la flor, más la Palabra de Dios permanece para siempre."³⁵ Creo que no dudas de que la palabra es el fruto; pues la Palabra es Cristo...

4. Buen fruto es Cristo, que permanece para siempre. Pero, ¿dónde está el heno que se secó? ¿Dónde la flor que cayó? Responda el profeta: "Toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno."³⁶ Si toda carne es heno, aquel pueblo carnal de los judíos fue heno. ¿Acaso no se secó como el heno cuando el mismo pueblo, vacío de todo jugo del espíritu, se adhirió a la letra seca? ¿No cayó también la flor cuando aquella gloria que tenían en la ley³⁷ desapareció? Si no cayó la flor, ¿dónde está el reino, dónde el sacerdocio, dónde los profetas, dónde el Templo, dónde aquellas grande-

29 Is. 40, 7.

30 I Cor. 7, 31.

31 I Cor. 10, 11.

32 Sal. 89, 6.

33 Gál. 4, 4.

34 Apoc. 21, 5.

35 Is. 40, 8.

36 Ib.

37 Rom. 2, 23.

zas de que solían gloriarse y decir: "Cuántas cosas hemos oído y conocido y nuestros padres nos contaron"? ³⁸ Y también "¡Cuántas cosas mandó a nuestros padres que las enseñaran a sus hijos!" ³⁹

Esto se ha dicho a propósito de [aquellas palabras]: A una ciudad de Galilea, cuyo nombre era Nazareth.

[Humildad y virginidad]

5. A aquella ciudad fue enviado el ángel Gabriel por Dios. ¿A quién? A una virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José.⁴⁰ ¿Qué virgen tan venerable es esta, que un ángel la saluda?; ¿tan humilde, que está desposada con un artesano? Hermosa es la conjunción de la virginidad y la humildad, y no poco agrada a Dios aquella alma en quien la humildad habla de la virginidad y la virginidad adorna a la humildad. Pero, ¿de cuánta veneración te parece que será digna aquella cuya humildad exalta su fecundidad y cuyo parto consagra su virginidad? Oyes hablar de una virgen, oyes hablar de una humilde; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la virgen. Loable virtud es la virginidad, pero más necesaria es la humildad. Aquella se nos aconseja; ésta se nos prescribe. Te invitan a aquella, te obligan a ésta. De aquella se dice: "El que pueda entender, que entienda";⁴¹ de ésta se dice: "El que no se haga como un niño, no entrará en el reino de los cielos."⁴² De modo que aquella es remunerada y ésta, exigida.

Puedes salvarte sin la virginidad, no sin la humildad. Puede agradar la humildad que llora la virginidad perdida; pero sin humildad, me atrevo a decirlo, ni aun la virginidad de María habría sido agradable.



38 Sal. 77, 3.

39 Sal. 77, 5.

40 Lc. 1, 26.

41 Mt. 19, 12.

42 Mt. 18, 3-4.

“¿Sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el humilde y manso?”⁴³ Sobre el humilde, dice, no sobre el virgen. De modo que si María no fuera humilde, no reposaría sobre ella el Espíritu Santo. Si no reposara sobre ella, no concebiría por virtud de él.⁴⁴ Porque, ¿cómo podría concebir de él sin él? Es claro, pues, que para que de él hubiese de concebir, como ella dice: “Miró [Dios] la humildad de su sierva”,⁴⁵ mucho más que su virginidad; y si bien por la virginidad agradó a Dios, fue por la humildad que concibió. De donde consta, fuera de duda, que su humildad hizo agradable su virginidad.

[Grandeza de la humildad]

6. ¿Qué dices, virgen soberbia? ¿María, olvidada de que es virgen, se gloria en la humildad, y tú, siendo negligente en la humildad, te engries en tu virginidad? Dios “miró —dice ella— la humildad de su sierva.”⁴⁶ ¿Quién es ella? Una virgen santa, una virgen sobria, una virgen devota. ¿Acaso eres más casto que ella o más devoto? ¿O será tu pudor más agradable a Dios que la castidad de María, para que baste para agradarle, careciendo tú de humildad, cuando la sola castidad de María no pudo hacerlo? Finalmente, cuanto más digno de honor eres por el don singular de la castidad, tanto mayor injuria te haces a ti mismo al afean en ti su hermosura con la mezcla de tu soberbia. Mejor te estaría no ser virgen que insolentarte por tu virginidad. Ciertamente no es de todos la virginidad, pero es de muchos menos todavía la humildad acompañada de la virginidad. Si no puedes hacer otra cosa que admirar la virginidad de María, procura imitar su humildad, y te es suficiente. Pero si eres virgen y al mismo tiempo humilde, grande eres, cualquiera que seas.

⁴³ Is. 66, 2.

⁴⁴ Lc. 1, 35.

⁴⁵ Lc. 1, 48

⁴⁶ Ib.

[Nuevo motivo de alabanza: la obediencia y la humildad del Verbo]

7. Con todo esto, hay en María otro motivo mayor de admiración: es la fecundidad unida a la virginidad. Jamás se oyó en los siglos que una mujer fuese madre y virgen juntamente. Y si también consideras de quién es madre, ¿adónde te conducirá tu admiración sobre su admirable excelencia? ¿Acaso no te llevará a persuadirte de que ni admirarlo puedes como merece? ¿Acaso, a tu juicio o, más bien, a juicio de la verdad, no será digna de ser ensalzada sobre todos los coros de los ángeles la que tuvo a Dios por hijo suyo, diciéndole: "Hijo, cómo nos has hecho esto"?⁴⁷ ¿Quién de los ángeles se atrevería a llamarlo así? Es bastante para ellos y, siendo espíritus por su creación, tienen por cosa grande, haber sido hechos y llamados ángeles por gracia, como lo testifica David: "El Señor es quien hace ángeles suyos a los espíritus."⁴⁸ Pero María, reconociéndose Madre de aquella majestad a quienes ellos sirven con reverencia, le llama confiadamente hijo suyo, y tampoco desdena Dios ser llamado lo que se dignó ser; pues poco después añade el evangelista: "Y estaba sujeto a ellos."⁴⁹ ¿Quién? ¿A quiénes? Dios a los hombres, aquel a quien los principados y potestades obedecen,⁵⁰ estaba obediente a María, y no sólo a María, sino a José por María. Maravillate de estas dos cosas, y mira cuál es de mayor admiración, si la benignísima dignación del Hijo o la excelentísima dignidad de tal Madre. De ambas partes está el estupor, de ambas el prodigio. Que Dios obedezca a una mujer, es humildad sin parangón, y que una mujer tenga autoridad para mandar a Dios, es excelencia sin igual. En alabanza de los vírgenes se canta como cosa singular que "siguen al Cordero a cualquier parte que vaya."⁵¹ Entonces, ¿de qué alabanzas juzgará digna a la que va delante?

47 Lc. 2, 48.

48 Sal. 103, 4; Heb. 1, 7.

49 Lc. 2, 51.

50 Col. 2, 15.

51 Apoc. 14, 4.

8. Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a sujetarte; aprende, polvo, a someterte. De tu Autor habla el evangelista y dice: "Y estaba sujeto a ellos;"⁵² sin duda a María y José. Avergüénzate, soberbia ceniza: Dios se humilla, ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tú, anhelando dominar a los hombres, te prefieres a tu Autor? Ojalá que a mí, si llego a tener tales pensamientos, se digne el Señor responderme lo que contestó a su Apóstol: "Apártate detrás de mí, Satanás, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios."⁵³ Puesto que, cuantas veces deseo mandar a los hombres, tantas pretendo ir delante de mi Dios, y entonces, verdaderamente, no tengo gusto de las cosas que son de Dios, porque del mismo se dijo: "Y estaba sujeto a ellos." Si desdenas, hombre, imitar el ejemplo de los hombres, ciertamente no será indigno de ti seguir el de tu Autor. Si no puedes seguirlo a todas partes adonde él vaya, síguelo al menos adonde por ti descendió. Es decir: si no puedes subir a la altura de la virginidad, sigue siquiera a tu Dios por el camino segurísimo de la humildad, del cual, si los vírgenes mismos se apartan, ya no seguirán al Cordero en todos sus caminos. El humilde que se manchó sigue al Cordero; también lo sigue el virgen soberbio; pero ni el uno ni el otro a cualquier parte que vaya; porque ni aquél puede subir a la limpieza del Cordero sin mancha, ni éste se digna bajar a la mansedumbre de quien enmudeció paciente, no delante de quien lo esquilaba,⁵⁴ sino delante de quien lo mataba. Sin embargo, más saludable modo de seguirlo eligió el pecador en la humildad que el soberbio en la virginidad, pues la humilde satisfacción de aquél limpia su inmundicia, mientras que la soberbia de éste mancha su castidad.

[María, plenitud de la humildad y cumbre de la virginidad]

9. Pero feliz María, a quien no faltó la humildad ni la virginidad. Y singular virginidad la suya a la que no temió,

52 Lc. 2, 51.

53 Mt. 16, 23.

54 Cf. Is. 53, 7.

sino que honró su fecundidad. Y no menos ilustre humildad a la que no disminuyó, sino que engrandeció su fecunda virginidad. Y enteramente incomparable fecundidad a la que la virginidad y la humildad, juntas, acompañan. ¿Cuál de estas cosas no es admirable? ¿Cuál no es incomparable? ¿Cuál no es singular? Maravilla será si, al ponderarlas, no dudas sobre cuál juzgarás más digna de tu admiración; es decir, si será más estupenda la fecundidad en una virgen o la integridad en una madre, su dignidad por causa de su prole o su humildad con dignidad tan grande. Sin duda que a cada una de estas cosas se deben preferir todas juntas, y es incomparablemente de más excelencia y felicidad haber adquirido todas que algunas.

¿Y por qué admirarnos si Dios, de quien leemos y a quien vemos admirable en sus santos, se ha mostrado más maravilloso en su Madre? Venerad, pues, cónyuges, la integridad de la carne en la carne corruptible;⁵⁵ admirad también vosotros, vírgenes sagradas, la fecundidad de una virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios. Honrad, ángeles santos, a la Madre de vuestro Rey, los que adoráis a la prole de nuestra Virgen, nuestro y vuestro Rey juntamente, reparador de nuestro linaje e instaurador de vuestra ciudad. A quien es entre vosotros tan sublime y tan humilde entre nosotros, sea dada por ambos igualmente la debida reverencia a su dignidad; y a su honra, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

55 Cf. Gal. 6, 8.



SEGUNDA HOMILIA

DONDE PROSIGUE, HASTA LLEGAR AL NOMBRE DE MARÍA

NADIE duda de que aquel cántico nuevo que sólo a las vírgenes se concederá cantar en el reino de Dios lo cantará también la Reina de las vírgenes con ellas o, mejor, la primera de ellas.¹ Pero yo juzgo, además, que con aquel cantar que, como dije, le será común con todas —aunque con solas las vírgenes—, también con otros más dulces y más hermosos versos alegrará la ciudad de Dios.² Sus suavísimos y armoniosos sonos y melodías nadie, ni las vírgenes mismas, será digno de entonar; porque con razón será prerrogativa suya cantarlos sola, cuando ella sola se gloria de un parto y un parto divino. Se gloria, dije, del parto, mas no en sí misma, sino en el mismo a quien dio a luz. Verdaderamente, Dios —pues es a Dios a quien dio a luz—, habiendo de dar a su Madre una gloria singular en el cielo, procuró prevenirla en la tierra con una gracia singular por la cual inefablemente e intacta concibiese y diera a luz incorrupta.

[*María, obra de Dios*]

En verdad, convenía a Dios este nacimiento, no nacer sino de la Virgen, y a la Virgen convenía este parto, no

1 Cf. Apoc. 14, 3-4.

2 Cf. Sal. 45, 5.

dar a luz sino a Dios. Así, el Hacedor de los hombres, para hacerse hombre, siendo preciso nacer del hombre, debía preferir a aquella entre todas o, más bien, formar para Madre suya a la que sabía que le convenía y que le habría de agradar. Quiso que fuese virgen, para proceder inmaculado de la inmaculada, limpiando las manchas de todos; quiso que fuese humilde, de la cual salir manso y humilde de corazón,³ a fin de mostrarnos en sí mismo el necesario y saludabilísimo ejemplo de todas estas virtudes. Dio, pues, a la Virgen el parto, quien ya antes le había inspirado el voto de virginidad y dado el mérito de la humildad. De otro modo, ¿cómo diría el ángel después, que estaba llena de gracia,⁴ si tuviese algo bueno que no procediera de la gracia?

2. Para que fuese santa en el cuerpo la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos, recibió el don de la virginidad; para que lo fuese también en el alma, recibió el de la humildad. La Virgen regia, adornada con estas preciosas piedras de las virtudes, resplandeciendo con la doble belleza de cuerpo y alma, conocida en el cielo por su encanto y hermosura, centró en sí la atención de todos los ciudadanos celestes, de modo que hasta el ánimo del Rey incliné a desearla y sacó de las alturas, hacia sí, al nuncio celestial.⁵ Y esto es lo que el evangelista nos comenta aquí cuando muestra al ángel enviado por Dios a la Virgen. *Por Dios*, dice, *a la Virgen*; ⁶ esto es, por el Altísimo a la humilde; por el Señor a la sierva; por el Criador a la criatura. ¡Cuanta dignación de Dios! ¡Qué excelencia la de la Virgen! Corred, madres, corred, hijas, corred todas las que, después de Eva y por Eva, os acercáis al alumbramiento con tristeza y parís. Llegaos, si podéis, al tálamo virginal, al casto aposento de vuestra hermana.⁷ He aquí que envía Dios su

3 Mt. 11, 29.

4 Cf. Lc. 1, 28.

5 Cf. Sal. 44, 12.

6 Lc. 1, 26 s.

7 Cant. 3, 4.

nuncio a la Virgen, ya le habla el ángel. Pegad el oído a la pared, escuchad lo que anuncia por si acaso oís algo de que os podáis consolar.

[*María repara la culpa de Eva y el pecado de Adán*]

3. Alégrate, padre Adán, pero mucho más exulta tú, madre Eva,⁸ los que así como fuisteis padres de todos, así fuisteis de todo homicidas y, lo que es mayor desgracia, primero homicidas que padres. Consolaos los dos con esta hija y con tal hija, pero principalmente aquella de la que primero nació el mal y cuyo oprobio pasó a las mujeres. Porque ya está cerca el tiempo en que se quitará la afrenta y no tendrá ya de qué quejarse el hombre contra la mujer. El cual, pretendiendo excusarse imprudentemente, no dudó en acusarla cruelmente diciendo: “La mujer que me diste me dio del árbol y comí.”⁹ Por eso, Eva, corre a María; corre, madre, a tu hija. Ella responderá por ti, quitará el oprobio de su misma madre, satisfará a su Padre por su madre, porque he aquí que si el hombre cayó por una mujer, ya no podrá levantarse sino por causa de una mujer. ¿Qué es lo que decías, Adán? “La mujer que me diste me dio del árbol y comí.”

Palabras de malicia son estas que acrecientan tu culpa en vez de borrarla. Sin embargo, la sabiduría ha vencido a la malicia, pues aunque malograste la ocasión que Dios quería darte para el perdón de tu pecado cuando te preguntaba y te hacía cargo de él, ha hallado el modo de hacerlo en el tesoro de su indeficiente piedad. Te da mujer por mujer, prudente por fatua,¹⁰ humilde por soberbia. La cual, en vez del árbol de la muerte, te dará el gusto de la vida y en vez

8 La relación Eva-María es un tema clásico desde los tiempos de san Ireneo († en el 202 ó 203). Por lo que respecta a san Bernardo, ver: Adv 2, 4; Pent 2,3; O Asspt 1-2; Nat BMV 6. Y también Sup Cant 85, 8; V Nat 4, 3. 5; Ann 2, 1; Sent 3, 87.

9 Gén. 3, 12.

10 Cf. Mt. 25, 2.

de aquel venenoso bocado de amargura, parirá la dulzura del fruto eterno. Por tanto, muda las palabras de la inicua acusación por palabras de acción de gracias a Dios y dile: "Señor, la Mujer que has dado me dio el fruto del árbol de la vida y comí, y ha sido más dulce que la miel para mi boca,¹¹ porque en él me has dado la vida."¹² De aquí que para esto *fue enviado el ángel a la Virgen*. ¡Oh mujer singularmente venerable, admirable entre todas las mujeres, reparadora de tus padres y vivificadora de tus descendientes!

[Testimonios de la Escritura]

4. *Fue enviado, dice, el ángel a la Virgen*. Virgen en la carne, virgen en el alma, virgen en la profesión, virgen, finalmente, como dice el Apóstol, santa en el alma y en el cuerpo,¹³ no hallada reciente o fortuitamente, sino escogida desde siempre, conocida con antelación por el Altísimo y preparada para sí mismo; guardada por los ángeles, señalada por los Padres, prometida por los profetas. Escruta las Escrituras y comprueba lo que digo. Pero, ¿quieres que yo también traiga testimonios sobre esto? Para hablar poco de lo mucho, ¿qué otra cosa te parece que predijo Dios cuando dijo a la serpiente: "Pondré enemistad entre tú y la mujer."¹⁴ Y si todavía dudas de que hablase de María, oye lo que sigue: "Ella misma quebrantará tu cabeza."¹⁵ ¿Para quién se guardó esta victoria, sino para María? Ella, sin duda, quebrantó su venenosa cabeza, venciendo y reduciendo a la nada todas las sugerencias del maligno tanto en los deleites del cuerpo cuanto en la soberbia del corazón.

5. ¿A qué otra mujer buscaba Salomón cuando preguntaba: "¿Quién hallará una mujer fuerte?"¹⁶

11 Cf. Sal. 118, 103.

12 Cf. Sal. 118, 93.

13 I Cor. 7, 34.

14 Gén. 3, 15.

15 Ib.

16 Prov. 31, 10.

Conocía el varón sabio la debilidad de este sexo, su frágil cuerpo y su corazón inconstante. Con todo, porque había leído que lo había prometido Dios y sabía que convenía que quien había vencido por una mujer fuese vencido por otra, con vehemente admiración decía: ¿Quién hallará una mujer fuerte? Lo que equivale a decir: va que de la mano de una mujer pende nuestra salud y la de todos, la restitución de la inocencia y la victoria sobre el enemigo, es necesario que la Providencia nos dé una de todos modos fuerte que sea idónea para tal propósito. Pero, "¿quién hallará una mujer fuerte?" Y, para que no se piense que preguntaba esto perdiendo la esperanza de que se encontrase, añade profetizándola: "Su precio llega más allá de los confines de la tierra."¹⁷ Es decir: no es vil ni pequeño ni mediocre; en fin, no es de la tierra, sino del cielo, pero ni siquiera del cielo próximo a la tierra es el precio de esta mujer fuerte, sino de lo más alto del cielo.¹⁸ ¿Qué vaticinaba en otro tiempo aquella zarza de Moisés, echando llamas, pero sin arder,¹⁹ sino a María dando a luz sin sentir dolor? ¿Qué aquella vara florida de Aarón²⁰ no regada, sino a la Virgen, que concebía sin intervención de varón? El mayor misterio de este gran milagro lo explica Isaías diciendo: "Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz subirá una flor",²¹ entendiendo en la vara a la Virgen y el parto de la Virgen en la flor.

[Grandeza de la humildad]

6. Pero, si te parece que el decir ahora que por la flor se entiende a Cristo, contradice la sentencia explicada arriba, cuando decíamos que no lo significaba la flor, sino su fruto, sabe que en la misma vara de Aarón —la cual no sólo flo-

17 Ib.

18 Cf. Sal. 18, 7.

19 Ex. 3, 2.

20 Nm. 17, 8.

21 Is. 11, 1.

reció, sino que también echó flores y fruto— se indica a Cristo, no sólo en la flor o en el fruto, sino también en las hojas mismas. Sabe, igualmente, que lo anunció Moisés,²² no por su fruto ni por la flor, sino por la vara misma; por la que, hiriendo, dividió el agua para que pasase el pueblo y extrajo de la piedra lo que bebiese. No hay inconveniente, entonces, en que Cristo sea figurado en diversas cosas por diferentes causas y que en la vara se entienda su potencia, en la flor su fragancia, en el fruto la dulzura de su sabor²³ y en las hojas su cuidadosa protección, con la que no cesa de amparar bajo la sombra de sus alas a los pequeñuelos²⁴ que se refugian en él al huir del estío de los deseos carnales y de los impíos que los afligen. Buena y deseable sombra²⁵ la que se encuentra bajo las alas²⁶ del dulce Jesús, donde hay refugio seguro para los que escapan y refrigerio amable para los fatigados. “Ten misericordia de mí, Señor Jesús; ten misericordia de mí, porque en ti confía mi alma y a la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad.”²⁷ En este testimonio de Isaías debes entender al Hijo en la flor y a la Madre en la vara. Porque la vara floreció sin renuevo y la Virgen concibió sin varón. No dañó el verdor de la vara la salida de la flor, ni el parto sagrado el pudor de la Virgen.

7. Traigamos otros testimonios de las Escrituras concernientes a la Virgen Madre y a su Hijo Dios. ¿Qué significa el vellocino de Gedeón, rapado de la carne sin hierirla, puesto en la era y que luego el rocío juntamente —lana y era— humedece,²⁸ sino aquella carne tomada de la carne de la Virgen sin detrimento de su virginidad? En ella, verdaderamente, destilando los cielos,²⁹ se infundió toda la plenitud

22 Ex. 14, 16; 17, 6.

23 Cf. Sab. 16, 20-21.

24 Mc. 10, 14.

25 Cant. 2, 3.

26 Sal. 16, 8.

27 Sal. 56, 2.

28 Jue. 6, 37.

29 Sal. 67, 9.

de la divinidad,³⁰ y de esta plenitud hemos recibido todos,³¹ de modo que sin ella no somos otra cosa que una tierra árida. Con este hecho de Gedeón parece cuadrar bellamente el dicho del profeta: “Descenderá como la lluvia sobre el vellocino.”³² Pues, por lo que sigue: “Y como las gotas que destilan sobre la tierra”,³³ se designa lo mismo que por la era, que se encontró humedecida por el rocío. Aquella lluvia voluntaria que destinó Dios para el pueblo, su heredad,³⁴ bajó al seno virginal primero plácidamente y sin estrépito de alguna operación humana, con aquel sosegadísimo descenso propio de ella, pero después fue difundida en todos los rincones de la tierra por la boca de los predicadores, no ya como la lluvia sobre el vellocino, sino como las gotas que destilan sobre la tierra, con el estrépito de las palabras y con el sonido de los milagros. Porque se acordaron las nubes³⁵ de que llevaban la lluvia [y de] que, cuando fueron enviadas, se les había mandado: “Lo que os digo en las tinieblas, decíldo en la luz y lo que escucháis al oído, predicadlo sobre los techos.”³⁶ Lo cual cumplieron, pues “su sonido se extendió a toda la tierra y llegaron sus palabras hasta las extremidades del mundo.”³⁷

8. Oigamos también a Jeremías anunciar a los antiguos cosas nuevas y a quien no podía mostrar todavía presente desear ardientemente que viniese y prometer con toda confianza que vendría. “Una cosa nueva —dice— ha criado Dios sobre la tierra: una mujer rodeará al varón.”³⁸ ¿Quién es esta mujer y quién es este varón? O, si es varón, ¿cómo puede ser rodeado de una mujer? O, si por una mujer es rodeado, ¿cómo puede ser varón? Y, para decirlo más claramente,

30 Col. 2, 9.

31 Jn. 1, 16.

32 Sal. 71, 6. Citado según la Vulgata.

33 Ib.

34 Sal. 67, 10.

35 Las nubes son los apóstoles y los predicadores.

36 Mt. 10, 27.

37 Sal. 18, 5.

38 Jer. 31, 22.

¿cómo puede a un mismo tiempo ser varón³⁹ y estar en el seno de la madre, ya que esto es ser rodeado un varón por una mujer? Hemos conocido varones que, pasando la infancia, la edad pueril, la adolescencia y la juventud, se aproximaron a la senectud. Pero, el que ya es tan grande, ¿cómo podrá ser rodeado por una mujer? Si hubiera dicho: una mujer rodeará a un infante o a un párvulo, no parecería nuevo o maravilloso, pero no poniendo ahora cosa semejante, sino llamándole varón, con razón preguntaremos: ¿qué novedad es esta que Dios ha obrado sobre la tierra, haciendo que una mujer rodee a un varón y que el varón se estreche dentro del pequeño cuerpo de una mujer? ¿Qué prodigio es éste? “¿Puede, acaso, el hombre —como dice Nicodemo— entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?”⁴⁰

[“Luz sin esplendor, verbo infante, agua con sed, pan con hambre”]

9. Pero vuelvo a la consideración de la concepción y parto virginal, por ver si acaso, entre las muchísimas cosas nuevas y admirables que encuentra allí el que con diligencia las busca, puedo encontrar esta novedad que ha referido el profeta. A la verdad, allí se conoce la longitud breve, la latitud angosta, la altura abatida, la profundidad llana.⁴¹ Allí se conoce la luz sin esplendor,⁴² el verbo infante, el agua con sed, el pan con hambre. Si atiendes, verás que la potencia es gobernada, la sabiduría instruida, la fortaleza sustentada. Verás, en fin, a Dios mamando, pero alimentando a los ángeles; oirás sus vagidos, pero estará consolando a los míseros. Si atiendes, verás entristecerse la alegría, asustarse la confianza, la salud padecer, la vida morir y la fortaleza desmayar. Pero, lo que no es menos maravilloso, se ve allí, a un mismo tiem-

39 “Varón”, es decir adulto o maduro en el vigor del ánimo y la virtud; cf. Miss 2, 10, 15, págs. 71-72; 79-80.

40 Jn. 3, 4.

41 Ef. 3, 18.

42 Cf. Jn. 5, 35.

po, la tristeza alegrando, el susto fortalecido, la pasión dando salud, la muerte dando vida, el desmayo comunicando fuerza. ¿Quién no encuentra ya lo que yo buscaba? ¿No te es fácil ya reconocer entre estas cosas a una mujer que rodea a un varón, cuando ves que María abraza en su seno a aquel varón acreditado por Dios, Jesús?⁴³ Jesús era varón antes de nacer, pero en la sabiduría, no en la edad; en el vigor del ánimo, no en las fuerzas del cuerpo; en la madurez de los sentidos, no en la corpulencia de sus miembros. Porque no tuvo menos sabiduría o, por decir mejor, no fue menos la sabiduría misma, Jesús, concebido que nacido, pequeño que grande. Así, escondido en el seno de María, dando vagidos en el pesebre, preguntando a los doctores del Templo —ya más grandecito— o, en la edad perfecta, enseñando delante del pueblo, igualmente, sin duda, lleno del Espíritu Santo.⁴⁴ No hubo hora alguna, en cualquier edad de su vida, en que, de aquella plenitud⁴⁵ que en su concepción recibió, disminuyese algo o se le añadiese algo, sino que desde el principio fue perfecto; desde el principio, reitero, estuvo lleno del Espíritu de sabiduría y de entendimiento, del Espíritu de consejo y de fortaleza, del Espíritu de ciencia y de piedad y del Espíritu de temor del Señor.⁴⁶

10. No te conmueva lo que lees en otro lugar: “Jesús adelantaba en sabiduría, en edad y gracia, delante de Dios y de los hombres,”⁴⁷ porque lo que ahí se dice de la sabiduría y de la gracia, se ha de entender no según lo que en sí mismo era, sino según lo que aparecía; no porque se le aumentara cosa nueva que antes no tuviese, sino porque parecía que se le aumentaba en el tiempo, pues quería el Señor que pareciese así. Tú, hombre, cuando creces, no creces cuanto ni cuando quieres; sino que, sin saberlo tú, se aumenta tu estatura y se dispone tu vida. Mas el niño Jesús, que dispone

43 Hch. 2, 22.

44 Lc. 4, 1.

45 Cf. Jn. 1, 16.

46 Is. 11, 2-3.

47 Lc. 2, 52.

tu vida, disponía también la suya y cuando quería y a quienes quería aparecía sabio; cuando y a quienes quería, más sabio; cuando y a quienes quería, sapientísimo, aunque en sí mismo nunca fue sino sapientísimo. Igualmente también, aunque siempre estuvo lleno de toda gracia, así de la que debía tener delante de Dios como delante de los hombres, con todo eso, a su voluntad, la mostraba más o menos según sabía que convenía a los méritos o a la salud de los que lo miraban. Es claro, entonces, que Jesús tuvo siempre un ánimo varonil, aunque no pareció siempre varón en el cuerpo. En fin, ¿cómo dudaré yo de que fuese ya varón en el seno, cuando no dudo que también era Dios allí? Y menos es ser varón que ser Dios.

[Unidad de las diversas profecías]

11. Pero mira si esta novedad de Jeremías no la manifiesta lúcidamente el profeta Isaías que también nos expuso las flores de Aarón de que hablamos más arriba. "Mira —dice— que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo."⁴⁸ Ya tienes la mujer que es la Virgen. ¿Quieres oír también quién es el varón? "Y será llamado —añade— Emmanuel, es decir, Dios con nosotros."⁴⁹ Así, la mujer que circunda al varón es la Virgen, que concibe a Dios.⁵⁰ ¿Ves qué bella y concorde-mente se ensamblan entre sí los hechos maravillosos de los santos y sus misteriosos dichos? ¿Ves qué estupendo es este solo milagro hecho de la Virgen y en la Virgen, al que precedieron tantos prodigios y prometieron tantos oráculos? Sin duda era uno solo el espíritu de los profetas y, siendo ellos también diversos, pero no con diverso espíritu, en diversas maneras, signos y tiempos, previeron y predijeron una misma cosa.⁵¹ Lo que se mostró a Moisés en la zarza y en el fue-



48 Is. 7, 14.

49 Mt. 1, 23.

50 Jer. 31, 22.

51 Cf. I Cor. 14, 32.

go,⁵² a Aarón en la vara y en la flor,⁵³ a Gedeón en el vello-cino y el rocío,⁵⁴ eso mismo, abiertamente, predijo Salomón en la mujer fuerte y en su precio;⁵⁵ con más evidencia lo cantó anticipadamente Jeremías de una mujer y de un varón⁵⁶ y en plenitud de luz lo anunció Isaías de una Virgen y de Dios.⁵⁷ En fin, eso mismo lo mostró Gabriel en la Virgen, saludándola, porque esta misma es de quien dice el evangelista ahora: *Fue enviado el ángel Gabriel a una virgen desposada.*

[*El desposorio de María con José*]

12. *A una virgen desposada*, dice. ¿Por qué desposada? Siendo ella elegida virgen y, como se ha demostrado, virgen que había de concebir y que había de dar a luz, causa admiración que fuese desposada, no que había de casarse. ¿Habrá acaso quien diga que esto sucedería casualmente? No se hizo casualmente cuando, para hacerse así, se halla causa muy razonable, causa muy útil y necesaria y digna enteramente del consejo divino. Diré lo que a mí me ha parecido o, mejor, lo que antes de mí ha parecido a los Padres.⁵⁸ La causa para que se desposase María fue la misma que hubo para permitir que dudase Tomás. Era costumbre de los judíos que desde el día del desposorio hasta el tiempo de las bodas fuesen entregadas las esposas a sus esposos para ser guardadas,⁵⁹ a fin de que con tanta mayor diligencia guardasen su honestidad cuanto ellos se mantenían más fieles para sí mismos. Así, pues, como Tomás dudando y palpando se hizo constantísimo confesor de la resurrección del Señor,

52 Cf. Ex. 3, 2.

53 Cf. Nm. 17, 8.

54 Cf. Jue. 6, 36 ss.

55 Cf. Prov. 31, 10.

56 Cf. Jer. 31, 22.

57 Cf. Is. 7, 14.

58 Ver, por ejemplo, san Gregorio Magno, *Homilias sobre los Evangelios* XXVI, 7, en PL 76, 68.

59 Cf. Cant. 3, 11.

así también José, desposándose con María y comprobando él mismo su honestísima conducta en el tiempo de su custodia, con más diligencia se hizo fidelísimo testigo de su pureza. Bella congruencia de ambas cosas, esto es, de la duda de Tomás y del desposorio de María. Podía el enemigo ponernos un lazo a nosotros para que cayésemos en el error, dudando de la verdad de la fe en Tomás y de la castidad en María y reduciríase de esta suerte la verdad a sospechas; pero, con prudente y piadoso consejo de Dios, sucedió, por el contrario, que, por donde se temía la sospecha, se volvió más firme nuestra certeza. Porque acerca de la resurrección del Hijo, más pronto sin duda yo, que soy débil, creeré a Tomás que duda y palpa, que a Cefas que lo oye y luego cree,⁶⁰ y sobre la continencia de la Madre más fácilmente creeré a su esposo, que la guarda y experimenta,⁶¹ que creería aun a la misma Virgen si se defendiese con sola su conciencia. Te ruego que me digas, quién, viéndola embarazada sin estar desposada, no diría que era meretriz en vez de virgen. No convenía que se dijese esto de la Madre del Señor, era más tolerable y honesto que por algún tiempo se pensase que Cristo había nacido de matrimonio que no de fornicación.⁶²

13. Pero, dirás, ¿no podía hacer Dios un potente prodigio con que se consiguiese que ni se infamase su nacimiento ni fuese acusada su Madre? Seguramente podía; pero no podía estar oculto a los demonios lo que supiesen los hombres; y convenía que el misterio del consejo divino estuviese algún tiempo encubierto al Príncipe del mundo;⁶³ no porque Dios, si quisiera acometer esta cosa descubiertamente, temiese ser impedido por él, sino porque el mismo Señor, que no sólo poderosa, sino también sabiamente hizo todas las cosas que quiso,⁶⁴ así como en todas las demás obras suyas acostumbró

60 Cf. Jn. 20, 25; Mt. 16, 16.

61 Cf. Mt. 1, 24.

62 Cf. Jn. 8, 41.

63 Cf. Jn. 12, 31.

64 Sal. 113 B, 11.

guardar ciertas congruencias de las cosas o de los tiempos por la hermosura del orden, así, igualmente, en la magnífica obra de nuestra redención, no sólo quiso mostrar su poder, sino también su prudencia. Y, aunque habría podido perfeccionarla del modo que hubiera querido, la agradó más reconciliar consigo al hombre por el modo mismo y orden con que sabía que había caído; para que así como el diablo engañó a la mujer primero y después por la mujer vendió al hombre, así también fuese primeramente engañado por una mujer virgen y después abiertamente vencido por un hombre, que es Cristo; siguiéndose de esto que, burlando el arte de la divina piedad los ardides de la malicia y quebrantando la fortaleza de Cristo las fuerzas del maligno, se viese que es Dios más prudente y más fuerte que el diablo.

Fue muy decoroso que la Sabiduría encarnada triunfase de esta suerte de la malicia espiritual, verificándose así que no sólo alcanza desde una extremidad hasta otra fuertemente, sino que también dispone suavemente todas las cosas.⁶⁵ Llega de un extremo al otro, esto es, desde el cielo hasta el infierno. "Si subiera al cielo —dice—, allí te encuentro; si bajara hasta el infierno, allí estás tú."⁶⁶ Pero en ambas partes fuertemente, pues no sólo expulsó de las alturas al soberbio, sino que en los infiernos despojó al avaro. Convenía, pues, que dispusiese con suavidad todas las cosas del cielo y de la tierra, a fin de que, arrojando de allí al inquieto, asegurase a los demás la paz y, habiendo de vencer aquí al envidioso, nos dejase primero a nosotros el imprescindible ejemplo de su humildad y mansedumbre; y así, por este orden maravilloso de su sabiduría, se mostrase para los suyos suave y para los enemigos fuerte. Porque, ¿de qué nos serviría que el diablo fuese vencido por Cristo, si nosotros permaneciésemos soberbios? Era necesario, entonces, que María fuese desposada con José y de este modo esconder lo santo a los perros,⁶⁷ permitir que su esposo comprobara su virginidad, preservarla del sonrojo

65 Sab. 8, 1.

66 Sal. 138, 8.

67 Cf. Mt. 7, 6.

y proveer a la integridad de su fama. ¿Qué cosa más llena de sabiduría, más digna de la providencia divina? Con tal consejo se admite un fiel testigo a los secretos del cielo, se excluye de ellos al enemigo y se conserva íntegra la fama de la Virgen Madre. De otro modo, ¿habría perdonado el justo a una adúltera? Pero está escrito: "Mas José, su esposo, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla oculta-mente."⁶⁸ ¡Qué bien dicho! "Siendo justo, y no queriendo delatarla." Porque así como de ningún modo habría sido justo si la hubiera admitido conociéndola culpable, igualmente no sería justo si la hubiese delatado conociéndola inocente.

Como fuese, pues, justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla oculta-mente.

[*El asombro sagrado de José*]

14. ¿Por qué quiso dejarla? Oye también en esto, no mi sentencia, sino la de los Padres.⁶⁹ José quería dejar a María por el mismo motivo por el que san Pedro también apartaba de sí al Señor diciéndole: "Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador",⁷⁰ y por la misma causa por la que el centurión no quería que el Señor entrase en su casa diciendo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo."⁷¹ Así José, teniéndose por indigno y pecador, decía dentro de sí mismo que no debía concedérsele ya en adelante la familiar compañía con tal y tan grande criatura, cuya admirable dignidad miraba sobre sí con asombro. Miraba y se llenaba de pavor a la vista de quien llevaba en sí misma una certísima divisa de la presencia divina; y, como no podía penetrar el misterio, quería dejarla. Miró Pedro con pavor la grandeza del poder de Cristo, miró con pavor el centurión la majestad de su presencia. Fue poseído también José, como hombre, de un asombro sagrado ante la novedad de tan gran milagro,

68 Mt. 1, 19.

69 Cf. nota 58.

70 Lc. 5, 8.

71 Lc. 8, 8.

la profundidad de tan gran misterio, y por eso quiso dejarla oculta-mente.

¿Te maravillas de que José se juzgase indigno de la compañía de María, cuando llevaba ya en sus entrañas virginales al Hijo de Dios, oyendo tú que santa Isabel no podía soportar su presencia sin temor y respeto, va que prorrumpe en estas voces: "De dónde a mí esta dicha, que la Madre de mi Señor venga a mí"?⁷² Por ese motivo José quería dejarla. Pero, ¿por qué "oculta-mente" y no a las claras? Para que no se indagase la causa del divorcio y se exigiese la razón del mismo. Porque, ¿qué respondería ese varón justo a un pueblo de dura cerviz, a un pueblo que no creía, sino que contradecía?⁷³ Si decía lo que sentía y lo que había comprobado él mismo en orden a su pureza, ¿no se burlarían de él los incrédulos y crueles judíos y la apedrearían a ella? ¿Crearían a la Verdad callada en el seno, si clamando en el Templo, después, la despreciaron? ¿Qué harían con quien todavía no aparecía los que pusieron en él sus manos impías cuando resplandecía con milagros? Con razón, pues, este varón justo, por no verse obligado a mentir o a infamar a una inocente, quiso dejarla oculta-mente.

15. Pero si alguno siente de diferente modo y porfía en que José, como hombre, dudó y que, dado que era justo, no quería habitar con ella por la sospecha, no queriendo sin embargo, siendo piadoso, descubrir tampoco sus recelos, y que por esto quiso dejarla oculta-mente, brevemente contesto que aun así fue muy necesaria la duda de José, pues mereció ser declarada por el oráculo divino. Así se halla escrito: "Pensando en esto —en dejarla oculta-mente—, se le apareció un ángel en sueños y le dijo: 'José, hijo de David, no temas recibir a María por consorte tuya, pues lo que en sus entrañas está procede del Espíritu Santo.'"⁷⁴ Así, por estas razones, fue desposada María con José o, como dice el evangelista, *con un varón cuyo nom-*

72 Lc. 1, 43.

73 Rom. 10, 21.

74 Mt. 1, 20.

*bre era José.*⁷⁵ Varón le llama, no porque fuese marido, sino porque era hombre de virtud. O, mejor, porque según otro evangelista fue llamado no varón sin más, sino varón de María; con razón se apellida como fue necesario reputarle. Debió, pues, llamarse varón suyo, porque fue necesario reputarlo tal, así como también mereció no serlo en verdad, sino llamarse padre del Salvador, de modo que se pensó que lo era por lo que dice este mismo evangelista: "Tenía Jesús, al comenzar su ministerio, unos treinta años, y se lo creía hijo de José."⁷⁶ Entonces, no fue varón de la Madre ni padre del Hijo, aunque —como se ha dicho—, por una necesaria permisión, así fue llamado y reputado por algún tiempo.⁷⁷

[Alabanza del justo Patriarca san José]

16. Conjetura tú por este título, con el cual por permisión divina mereció ser honrado, llamándosele y creyéndosele por algún tiempo padre de Dios; conjetura, también, por su nombre propio —que sin duda significa "aumento"—, qué hombre y de cuánta virtud era este José. Acuérdate al mismo tiempo de aquel gran patriarca vendido en otro tiempo a Egipto,⁷⁸ y reconocerás que éste no sólo tuvo su mismo nombre, sino su castidad, su inocencia y su gracia. Aquel José, vendido por la envidia de sus hermanos y llevado a Egipto, prefiguró la venta de Cristo;⁷⁹ este José, huyendo de la envidia de Hero-

⁷⁵ Lc. 1, 27.

⁷⁶ Lc. 3, 23.

⁷⁷ La opinión medieval sobre el matrimonio de María se divide en dos corrientes. Unos siguen a san Jerónimo, afirmando que José fue solamente prometido de María, no marido; entre éstos se encuentran Beda, Rabano Mauro, Haymón de Auxerre y el mismo san Bernardo. Otros, en cambio, adoptan la doctrina de san Agustín, defendiendo la verdad del matrimonio de José y María: consortes unidos en perfecto matrimonio, aunque sin unión carnal; a esta doctrina se adhieren Radberto, Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo. Dada la gran autoridad de estos últimos autores, esta doctrina se impone y se hace corriente en la teología posterior hasta nuestros días.

⁷⁸ Gén. 37-50.

⁷⁹ Cf. Mt. 26, 14-16.

des, llevó a Cristo a la tierra de Egipto.⁸⁰ Aquél, guardando fidelidad a su Señor,⁸¹ no quiso consentir a su Señora. Éste, reconociendo Virgen a su Señora, Madre de su Señor, la guardó fidelísimamente, conservándola él mismo en toda castidad. A aquél le fue dada la inteligencia de los misterios de los sueños; éste mereció ser sabedor y participante de los misterios soberanos. Aquél reservó trigo, no para sí, sino para todo el pueblo; éste recibió el pan vivo del cielo⁸² para guardarlo para sí y para todo el mundo. Sin duda, este José con quien se desposó la Madre del Salvador fue hombre bueno y fiel.⁸³ Siervo fiel y prudente, repito, a quien constituyó Dios consuelo de su Madre, proveedor del sustento de su cuerpo y, finalmente, a él sólo sobre la tierra, coadjutor fidelísimo del gran consejo. Llégase a esto, a referirse también que era de la casa de David.⁸⁴ Verdaderamente de la casa de David, verdaderamente de sangre real descende este José, noble en linaje y más noble en la mente. Verdaderamente hijo de David, pues no renegó de David, su padre. Enteramente, reitero, hijo de David, no sólo por la sangre, sino por la fe, por la santidad, por la devoción, a quien halló Dios, como a otro David, según su corazón,⁸⁵ para encomendarle con seguridad el secretísimo y sacratísimo arcano de su corazón; a quien, como a otro David, manifestó los secretos y misterios de su sabiduría⁸⁶ y le dio el conocimiento de aquel misterio que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; a quien, en fin, se concedió no sólo ver y oír al que muchos reyes y profetas queriéndolo ver no vieron y queriéndolo oír no oyeron,⁸⁶ no sólo verlo y oírlo, sino tenerlo en sus brazos, llevarlo de la mano, abrazarlo, alimentarlo y guardarlo. Pero no exclusivamente de José, sino de María también se debe creer que

⁸⁰ Mt. 2, 14.

⁸¹ II Tim. 4, 7.

⁸² Cf. Jn. 6, 41. 51.

⁸³ Cf. Mt. 25, 21-23.

⁸⁴ Mt. 1, 20.

⁸⁵ Cf. I Cor. 2, 7-8.

⁸⁶ Cf. Mt. 13, 17.

⁸⁷ I Sam. 16, 7. (N. del E.)

descendía de la casa de David.⁸⁷ Porque no se habría podido desposar con un varón de la casa de David si ella misma no fuera de la casa de David también. Ambos, pues, eran de la casa de David. Pero en María se cumplió aquella verdad que Dios había jurado a David,⁸⁸ siendo José solamente sabedor y testigo del cumplimiento de la divina promesa.

[“Mira a la estrella, llama a María”]

17. Al fin del versículo dice el evangelista: *Y el nombre de la virgen era María.*⁸⁹ Digamos también, acerca de este nombre, que significa “Estrella del mar” y se adapta a la Virgen Madre convenientemente. Se compara a María con la estrella porque, así como la estrella despide el rayo de su luz sin corrupción de sí misma, así, sin lesión suya, dio a luz la Virgen a su Hijo. Ni el rayo disminuye la claridad de la estrella, ni el Hijo la integridad de la Virgen. Ella es aquella noble estrella nacida de Jacob,⁹⁰ cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos y, alumbrando también a la tierra y calentando más los corazones que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios. Esta misma, reitero, es la esclarecida y singular estrella, necesariamente elevada sobre este mar grande y espacioso, que brilla en sus méritos e ilustra en sus ejemplos.

Cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, fluctuando entre borrascas y tempestades más que andando por tierra, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas!

Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María.

⁸⁷ Lc. 1, 27.

⁸⁸ Cf. Sal. 131, 11.

⁸⁹ Lc. 1, 27.

⁹⁰ Cf. Nm. 24, 17.

Si eres agitado por las olas de la soberbia, de la detracción, de la ambición, de la emulación, mira a la estrella, llama a María.

Si la ira o la avaricia o el deleite carnal impelen violentamente la navecilla de tu alma, mira a María.

Si, turbado ante la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado por la idea del horror del juicio, comienzas a ser sumido en la ciénaga sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María.

En los peligros,⁹¹ en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su oración, no te desvíes de los ejemplos de su virtud.

Siguiéndola, no te desviarás; rogándole, no desesperarás; permaneciendo en ella, no te perderás. Si ella te tiene de la mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia; y así en ti mismo experimentarás con cuánta razón se dijo: *Y el nombre de la virgen era María.*

Pero ya debemos detenernos un poco, no sea que miremos sólo de paso la claridad de tanta luz. Pues, por usar de las palabras del evangelista: “Bueno es que nos detengamos aquí”;⁹² y da gusto contemplar dulcemente en el silencio lo que no basta a explicar la pluma laboriosa. Entre tanto, por la devota contemplación de esta brillante estrella, reco-brará más fervor la exposición de lo que sigue.

⁹¹ Cf. II Cor. 11, 26.

⁹² Mt. 17, 4.



DONDE INVESTIGA EL SALUDO DEL ÁNGEL Y LA TURBACIÓN
DE LA VIRGEN

ME gusta usar las palabras de los santos, cuando se pueden adaptar oportunamente a los asuntos que trato, para que, al menos por la belleza de los vasos, resulten más gratas las cosas que en mis discursos presento al lector. Pero, para comenzar ahora por las expresiones del profeta, "¡ay de mí!", aunque no me puedo quejar como el profeta "porque callé", sino porque he hablado "siendo un hombre de labios impuros."¹ ¡Ay! ¡Cuántas cosas vanas, falsas y torpes me acuerdo de haber vomitado por esta misma y sucísima boca mía, con la que ahora presumo de tratar palabras celestiales! Mucho temo que esté cerca aquel momento en que haya de oír que me dicen: "¿Por qué recitas mis preceptos y tienes siempre en la boca mi Alianza?"² ¡Ojalá que a mí también me trajeran del soberano altar, no una sola ascua, sino un gran globo ígneo que bastase para consumir enteramente la mucha e inveterada inmundicia de mi sucia boca,³ a fin de hacerme digno de repetir los gratos y castos coloquios del ángel con la Virgen y su respuesta!

[La entrada del ángel]

Dice el evangelista: *Y habiendo entrado el ángel a ella—sin duda a María—, le dijo: "Salve, llena de gracia, el Señor*

1 Is. 6, 5.

2 Sal. 49, 16.

3 Cf. Is. 6, 6-7.

es contigo."⁴ ¿Adonde entró? Juzgo que al secreto de su casto aposento en donde, tal vez, cerrada la puerta sobre sí, oraba a su Padre en secreto.⁵ Suelen los ángeles estar presentes a los que oran y deleitarse en los que ven levantar sus manos puras en la oración;⁶ se gozan de ofrecer a Dios el holocausto de la santa devoción como perfume suavísimo.⁷ El ángel, que entrando a ella la saludó con tanta reverencia, mostró así cuánto habían agradado al Altísimo las oraciones de María. No le fue difícil al ángel penetrar por la puerta cerrada hacia la escondida Virgen, pues por la sutileza de su sustancia conviene a su naturaleza el que ni las cerraduras de hierro le puedan estorbar la entrada a cualquier sitio al que su ímpetu lo lleve.⁸ Las paredes no resisten a los espíritus angélicos ante quienes ceden todas las cosas visibles; y todos los cuerpos, por más sólidos y densos que sean, están francos y penetrables para ellos. No se debe sospechar, entonces, de que el ángel encontrase abierta la puertecita de la Virgen, cuyo propósito era evitar la concurrencia de los hombres y huir de sus conversaciones a fin de que no fuese turbado el silencio de su oración o tentada su castidad.⁹ Por tanto, la Virgen prudentísima, en aquella hora, había cerrado su habitación, pero a los hombres, no a los ángeles. Así, aunque pudo entrar el ángel donde estaba, a ningún hombre resultaba fácil el acceso.

4 Lc. 1, 28.

5 Mt. 6, 6.

6 I Tim. 2, 8.

7 Ef. 5, 2.

8 Cf. Ez. 1, 12-20.

9 Afirmación que ha de ser entendida a la luz de Sent 3, 111. Al comentar el texto de Ezequiel 16, 9-10, "purificada de la sangre", san Bernardo escribe: "En este lugar, por la sangre se entiende la mancha de la culpa original que la divina misericordia limpió en la Santísima Virgen de tal manera que ni por el acto ni por el reato pudo permanecer en ella. Así el Hijo de Dios santificó su tabernáculo, de suerte que no quedó en ella ningún incentivo de sensualidad, ningún incitamiento de los vicios..."

[En María reside la plenitud del Dios uno y trino]

2. Habiendo, pues, entrado el ángel a María, le dijo: "*Salve, llena de gracia, el Señor es contigo.*" Leemos en los Hechos de los Apóstoles que san Esteban estuvo lleno de gracia y que los Apóstoles también estuvieron llenos del Espíritu Santo, pero muy lejos de asemejarse a María. Porque, además de otras razones, ni en aquél habitó la plenitud de la divinidad corporalmente,¹⁰ como en María, ni éstos concibieron del Espíritu Santo como ella,¹¹ "*Salve, dice, llena de gracia, el Señor es contigo.*" Si el Señor estaba con ella, ¿qué tiene de asombroso que estuviera llena de gracia?

Lo que más se debe admirar es cómo el mismo que había enviado el ángel a la Virgen fue hallado con la Virgen por el ángel. ¿Fue Dios más veloz que el ángel, de modo que con más celeridad se anticipó a su presuroso nuncio para llegar a la tierra? No hay de qué admirarse, porque, estando el Rey en su lecho, el nardo de la Virgen dio su olor¹² y subió a la presencia de su gloria el aroma de su perfume y halló gracia a los ojos del Señor, clamando los circunstantes: "¿Quién es esta que sube por el desierto como columnita de humo formada de perfumes de mirra e incienso?"¹³ Y al punto el Rey, saliendo de su lugar santo, saltó como un gigante a recorrer su camino.¹⁴ Y aunque fue su salida de lo más alto del cielo, volando en su ardentísimo deseo se adelantó a su nuncio para llegar a la Virgen, a quien había amado, a quien había escogido para sí, cuya hermosura había deseado. Al cual, viéndolo venir de lejos, dándose el parabién y llenándose de gozo, le dice la Iglesia: "Mirad como viene saltando por los montes, pasando por encima de los collados."¹⁵

3. Con razón deseó el Rey la hermosura de la Virgen, pues ella había puesto por obra todo lo que mucho antes le ha-

bía sido prescrito por su padre David cuando le dijo: "Escucha, hija, y mira, inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre", y, si esto haces, "deseará el Rey tu hermosura."¹⁶ Ovó, pues, y vio, no como algunos que oyendo no oyen y viendo no entienden,¹⁷ sino que oyó y creyó; vio y entendió. Inclino su oído a la obediencia y su corazón a la enseñanza, y se olvidó de su pueblo y de la casa de su padre. Porque no pensó en aumentar su pueblo con la sucesión ni se preocupó de dejar herederos a la casa de su padre, sino que todo el honor que pudiera tener en su pueblo, todos los bienes que pudiera tener de la casa paterna, los abandonó como si fueran basura con tal de ganar a Cristo.¹⁸ No la engañó su intención, pues logró, sin violar el propósito de virginidad, tener a Cristo por Hijo suyo. Con razón se llama *llena de gracia*, pues tuvo la gracia de la virginidad y además consiguió la gloria de la fecundidad.

4. *Salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* No dijo el ángel: "El Señor está en ti", sino: "*El Señor es contigo*"; porque, aunque Dios está igualmente en todas partes por su simplísima sustancia, está de diferente modo en las criaturas racionales que en las demás; y en aquellas mismas todavía está en otra suerte en los buenos que en los malos, por su eficacia. Está en las criaturas irracionales de tal modo, que no puede caber en ellas; en las racionales puede caber por el conocimiento, pero, por el amor, sólo halla cabida en los buenos. Así, sólo en los buenos está de tal manera que también está con ellos por la concordia de la voluntad; porque, cuando sujetan sus voluntades a la justicia de tal modo que no es indecente para Dios querer lo que ellos quieren, por lo mismo que no se apartan de su voluntad, se juntan espiritualmente con Dios. Pero, aunque así está con todos los santos, particularmente lo está con María; con la cual tuvo tanto consenso que no sólo juntó su voluntad a sí mismo, sino también su misma carne, y de su sustancia y de la de la Virgen hizo

10 Cf. Col. 2, 9.

11 Hch. 2, 4; 6, 5. 8.

12 Cant. 1, 11.

13 Cant. 3, 6.

14 Sal. 18, 6. 7.

15 Cant. 2, 8.

16 Sal. 44, 11-12.

17 Cf. Mc. 4, 12.

18 Cf. Fil. 3, 8.

un solo Cristo o, mejor, se hizo un solo Cristo; el cual no es todo de Dios ni todo de la Virgen, sino todo de Dios y todo de la Virgen; no siendo por eso dos hijos, sino sólo un Hijo de uno y otra. Dice, entonces: “*Salve, llena de gracia, el Señor es contigo.*” No solamente el Señor Hijo es contigo, al cual diste tu carne, sino también el Señor Espíritu Santo, de quien concibes, y el Señor Padre, que engendró al que tú concibes. Es contigo, repito el Padre, que a su Hijo lo hace también tuyo. Es contigo el Hijo, quien para obrar en ti este admirable sacramento se reserva de modo asombroso el secreto de la generación y a ti te guarda el sello virginal. El Espíritu Santo es contigo, pues con el Padre y con el Hijo santifica tu seno. *El Señor, pues, es contigo.*

[*Jesús, causa y bendición de María*]

5. “Bendita tú entre las mujeres.”¹⁹ Quiero agregar lo que Isabel, a quien pertenecen estas palabras, prosiguiendo, añadió: “Y bendito es el fruto de tu vientre.”²⁰ No es bendito el fruto de tu vientre porque tú eres bendita, sino que eres bendita porque él te previno con bendiciones de dulzura. Verdaderamente es bendito el fruto de tu vientre, en quien son benditas todas las gentes,²¹ de cuya plenitud también recibiste tú con los demás,²² aunque de un modo totalmente diferente. Por lo cual sin duda eres tú bendita, pero entre las mujeres; en cambio él es bendito, no entre los hombres ni entre los ángeles, sino que es, habla el Apóstol, “Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos.”²³ Suele predicarse del hombre que es bendito; del pan, de la mujer, de la tierra y de las criaturas que se recuerda que han sido bendecidas. Pero, singularmente, “es bendito el fruto de tu vientre”, siendo él Dios, bendito sobre todas las cosas por los siglos.

19 Lc. 1, 42.

20 Ib.

21 Gál. 3, 8.

22 Jn. 1, 16.

23 Rom. 9, 5.

6. “Bendito, pues, es el fruto de tu vientre.” Bendito en el olor, bendito en el sabor, bendito en la hermosura. Percibía la fragancia de este odorífero fruto aquel que decía: “He aquí que el olor de mi hijo es semejante al de un campo lleno que bendijo el Señor.”²⁴ ¿No será bendito aquel a quien bendijo el Señor? El sabor de este fruto volvía al paladar de uno que lo había gustado [*taliter eructabat*] y decía de este modo: “Gustad y ved que suave es el Señor”;²⁵ y en otra parte: “¡Qué grande es, Señor, la abundancia de tus delicias que reservaste para los que te temen!”²⁶ Y otro también: “Si es que habéis gustado qué dulce es el Señor.”²⁷ Y dice el mismo Fruto de sí mismo, convidándonos: “El que me come tendrá todavía hambre; y el que me bebe tendrá todavía sed.”²⁸ Sin duda decía esto por la dulzura de su sabor,²⁹ que, gustado, excita el apetito. Buen fruto el que es comida y bebida para los hambrientos y sedientos de justicia.³⁰ Oíste sobre su olor y su sabor, oye también sobre su hermosura. Si aquel fruto de muerte³¹ no sólo fue suave al paladar, sino también, según testimonio de la Escritura, agradable a la vista,³² ¿cuánto más cuidadosamente debemos averiguar la vivificante hermosura de este fruto vital, “a quien —es testigo otro pasaje de la Escritura— los mismos ángeles desean contemplar”?³³ Aquel que decía: “De Sión viene el esplendor de su hermosura”,³⁴ miraba en espíritu su belleza y lo deseaba ver en el cuerpo. Y, para que no te parezca que alaba una belleza mediocre, acuérdate de lo que lees en otro salmo: “Eres el más bello de los

24 Gén. 27, 27.

25 Sal. 23, 9.

26 Sal. 30, 30.

27 I Pe. 2, 3.

28 Eclo. 24, 29.

29 Cf. Sab. 16, 20.

30 Cf. Mt. 5, 6.

31 Cf. Gén. 3, 3.

32 Cf. Gén. 3, 6.

33 I Pe. 1, 12.

34 Sal. 49, 2.

hombres, en tus labios se derrama la gracia, por eso Dios te bendijo para siempre.”³⁵

[Alabanza y admiración ante la virginidad escogida por María]

7. “Bendito, pues, el fruto de tu vientre,” bendito de Dios por siempre,³⁶ por cuya bendición también tú eres bendita entre las mujeres, porque no puede un árbol malo llevar fruto bueno.³⁷ “Bendita tú entre las mujeres”, pues evadiste esta maldición general: “En tristeza darás a luz”,³⁸ y también aquella que la siguió: Maldita la estéril en Israel, y conseguiste una singular bendición por la que ni permaneces estéril³⁹ ni das a luz con dolor. ¡Dura necesidad y yugo grave sobre todas las hijas de Eva! Si dan a luz, son atormentadas con los dolores;⁴⁰ si no dan a luz, son maldecidas. El dolor prohíbe el parto; la maldición, el no dar a luz. ¿Qué harás, virgen, que oyes esto y que lees esto. Si das a luz, padecerás angustias; si permaneces estéril, serás maldecida. ¿Qué escoges, virgen prudente?⁴¹ “Por todas partes —dice— me cercan angustias.”⁴² Sin embargo, mejor es para mí incurrir en la maldición y permanecer casta, que concebir primero por la concupiscencia lo que después, justamente, habría de dar a luz con dolor.⁴³ En esto veo la maldición, pero no el pecado; en lo otro veo, juntamente, el pecado y el dolor.⁴⁴ En fin, esta maldición ¿es algo más que el impropio de los hombres? No por otra

35 Sal. 44, 3. Todo el párrafo es un nuevo mosaico compuesto por nueve citas y cuatro alusiones bíblicas.

36 Cf. Ib.

37 Cf. Mt. 7, 18.

38 Gén. 3, 16.

39 Cf. Deut. 7, 14.

40 Cf. Gén. 3, 16.

41 Cf. Mt. 25, 2.

42 Cf. Dan. 13, 22.

43 Cf. Dan. 13, 22-23.

44 En el siglo XII se estaba aún muy lejos de afirmaciones como las siguientes: “Este amor [conyugal] se expresa y perfecciona singu-

cosa se llama a la estéril maldita, sino porque los hombres la llenarán de oprobio y desprecio como inútil e infructuosa, y esto, sólo en Israel. Pero no me importa desagradar a los hombres⁴⁵ si puedo presentarme ante Cristo como virgen casta.⁴⁶ ¡Oh virgen prudente, virgen devota! ¿Quién te enseñó que agradaba a Dios la virginidad? ¿Qué ley, qué norma, qué página del Antiguo Testamento manda, aconseja o exhorta a no vivir carnalmente en la carne⁴⁷ y a llevar en la tierra una vida angélica? ¿En dónde has leído, virgen devota, que “la sabiduría de la carne es muerte” y [aquello de]: “No queráis contentar vuestra sensualidad satisfaciendo a sus deseos”?⁴⁸ ¿En dónde has leído que los vírgenes “cantan un cántico nuevo que nadie puede cantar y que siguen al Cordero a dondequiera que vaya”?⁴⁹ ¿En dónde has leído que son alabados “los que se hicieron eunucos por el reino de Dios”?⁵⁰ ¿En dónde has leído [que] “aunque caminamos en la carne, no militamos según la carne”?⁵¹ ¿Y [que] “el que casa a su hija hace bien, y el que no la casa hace mejor”?⁵² ¿Dónde has oído [decir]: “Querría que todos fuerais como yo”,⁵³ y: “Bueno es para el hombre si permaneciere como le aconsejó”?⁵⁴ “En cuanto a las vírgenes —dice—, no he recibido precepto [del Señor], pero doy consejo.”⁵⁵ Pero tú, no digo precepto, no tenías ni consejo ni ejemplo, sino que la unción te lo enseñaba

larmente con la acción propia del matrimonio. Por ello los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí son honestos y dignos, y, ejecutados de manera verdaderamente humana, significan y favorecen el don recíproco, con el que se enriquecen mutuamente en un clima de gozosa gratitud” (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 49).

45 Cf. I Cor. 11, 2.

46 Cf. II Cor. 11, 2.

47 Cf. Rom. 8, 8.

48 Rom. 13, 14.

49 Apoc. 14, 3 s.

50 Mt. 19, 12.

51 II Cor. 10, 3.

52 I Cor. 7, 38.

53 I Cor. 7, 7.

54 I Cor. 7, 40.

55 I Cor. 7, 25.

todo⁵⁶ y la palabra de Dios, viva y eficaz,⁵⁷ haciéndose primero tu maestro que tu hijo, instruyó tu mente antes de vestirse de tu carne. Haces voto de presentarte virgen a Cristo⁵⁸ ignorando que conviene que te muestres al mismo tiempo también como madre. Escoges ser despreciable en Israel e incurrir en la maldición para agradar a aquel Señor ante cuyos ojos obras lo más perfecto. Pero he aquí que la maldición se trueca en bendición y la esterilidad es recompensada con la fecundidad.

8. Abre, Virgen, el seno, dilata el regazo, prepara tus castas entrañas, pues va a hacer cosas grandes el que es todopoderoso en tal medida que, en vez de la maldición de Israel, te llamarán bienaventurada todas las generaciones.⁵⁹ Virgen prudente, no tengas por sospechosa la fecundidad, porque no te quita la integridad. Concebirás, pero sin pecado; grávida estarás, pero no agravada; parirás, pero no con tristeza; no conocerás varón y engendrarás un hijo. ¿Qué hijo? Serás Madre de aquel de quien Dios es Padre. El Hijo de la claridad paterna será la corona de tu caridad. La sabiduría del corazón del Padre será el fruto de tu seno virginal; a Dios, en fin, darás a luz y de Dios concebirás. Ten ánimo, Virgen fecunda, casta parturienta, madre intacta, porque no serás maldecida jamás en Israel ni contada entre las estériles. Y si con todo el Israel carnal te maldice,⁶⁰ no porque te vea estéril, sino porque envidie tu fecundidad, acuérdate de que Cristo también, maldecido, aguantó la cruz, el mismo que a ti, su Madre, bendijo en los cielos, como en la tierra te bendice el ángel. Con razón eres llamada bienaventurada por todas las generaciones. "Bendita —pues— eres tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre."



⁵⁶ Cf. I Jn. 2, 27.

⁵⁷ Heb. 4, 12.

⁵⁸ II Cor. 11, 2.

⁵⁹ Lc. 1, 48.

⁶⁰ Cf. I Cor. 10, 18.

[La turbación serena]

9. *Habiendo oído tales palabras, se turbó y estaba dentro de sí pensando en la salutación.*⁶¹ Suelen las vírgenes que verdaderamente son tales ° estar siempre temerosas y nunca seguras. Y, para precaverse de lo que en realidad es temible, suelen temer aun lo que no tiene riesgo, considerando que llevan un tesoro precioso en vaso de barro⁶² y que es muy arduo vivir como los ángeles entre los hombres, conducirse en la tierra según costumbres celestes y en la carne vivir cénlibe. Por consiguiente, al ver una cosa nueva o repentina, sospechan asechanzas y piensan que todo se maquina contra ellas. Por eso María se turbó ante las palabras del ángel. Se turbó, pero no se perturbó. “Me turbé —dice el profeta— y no hablé,” sino que “medité los días antiguos y tuve en mi pensamiento los años eternos.”⁶³ De este modo María se turbó y no habló, sino que *pensaba dentro de sí qué salutación sería esta*. Haberse turbado fue pudor virginal; no haberse perturbado, fortaleza; haber callado y pensado, prudencia. *Estaba dentro de sí pensando en la salutación*. Sabía esta virgen prudente que muchas veces Satanás se transforma en ángel de luz;⁶⁴ y, porque era humilde y sencilla, no esperaba cosa semejante de un ángel santo. Por eso *estaba dentro de sí pensando que salutación sería esta*.⁶⁵

10. Entonces el ángel, mirando a la Virgen y advirtiendo fácilmente que daba vueltas en su corazón pensamientos varios, la consuela en sus temores, la fortalece en sus dudas y, llamándola familiarmente con su propio nombre, benignamente la persuade de que no tema: “No temas, dice, *María, porque hallaste gracia ante Dios*.”⁶⁶ Nada hay aquí de dolo, nada

⁶¹ Lc. 1, 29.

⁶² II Cor. 4, 7.

⁶³ Sal. 76, 5-6.

⁶⁴ II Cor. 11, 14.

⁶⁵ Índice de la prudencia de María; cf. Sup Cant 33, 13; Div 52; etcétera.

⁶⁶ Lc. 1, 30.

° Cf. I Tim. 5,3 y 16. (N. del E.)

de engaño, no sospeches fraude, no receles alguna asechanza: no soy hombre, soy espíritu y ángel de Dios, no de Satanás.

[El santo Nombre del Redentor]

"No temas, María, porque hallaste gracia ante Dios." ¡Oh, si supieras cuánto agrada a Dios tu humildad, cómo está ante su presencia tu sublimidad, no te juzgarías indigna de que te saludase y obsequiase un ángel! ¿Por qué has de pensar que te es indebida la gracia que te adjudica el ángel cuando *has hallado gracia ante Dios*? Hallaste lo que buscabas,⁶⁷ hallaste lo que antes de ti ninguno pudo hallar, *hallaste gracia ante Dios*. ¿Qué gracia? La paz de Dios y de los hombres, la destrucción de la muerte, la reparación de la vida. Esta es la gracia que hallaste ante Dios. Y esta es la señal que te dan: ⁶⁸ "*Sabe que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús.*" ⁶⁹ Entiende, Virgen prudente, por el nombre del Hijo que te prometen, qué grande y especial gracia has hallado ante Dios. "*Y le llamarás Jesús.*" La razón de este nombre se halla en otro evangelista; lo interpreta el ángel así: "Porque él salvará a su pueblo de sus pecados."⁷⁰

11. Leo que dos Jesús lo precedieron prefigurándolo y ambos mandaron a los pueblos. Uno sacó a su pueblo de Babilonia;⁷¹ el otro introdujo al suyo en la tierra de promisión.⁷² Defendieron de sus enemigos a los pueblos que gobernaban, pero, ¿acaso los salvaron de sus pecados? Mas este Jesús nuestro salva a su pueblo de sus pecados y lo introduce en la tierra de los vivientes, porque "él salvará a su pueblo de sus pecados." "¿Quién es este, que también perdona los pecados?"⁷³ ¡Ojalá que también a mí, pecador, se digne el Señor Jesús

67 Cf. Mt. 7, 7.
68 Cf. Lc. 2, 12.
69 Lc. 1, 31.
70 Mt. 1, 21.
71 Esd. 5, 5-8.
72 Jos. 24, 8.
73 Lc. 7, 49.

contarme entre su pueblo para salvarme de mis pecados! Dichoso de verdad el pueblo de quien este Señor Jesús es su Dios,⁷⁴ pues él salvará a su pueblo de sus pecados.⁷⁵ Pero recelo que muchos profesen ser de su pueblo y que, sin embargo, él no los tenga por pueblo suyo. Recelo que a muchos que parecen ser los más religiosos entre su pueblo diga él mismo alguna vez: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí."⁷⁶ Sabe el Señor Jesús quiénes son suyos, sabe quiénes son los que eligió desde el principio. "¿Por qué me llamáis —dice— *Señor, Señor*, y no hacéis lo que yo os digo?"⁷⁷ ¿Quieres saber si perteneces a su pueblo o, más bien, quieres ser de su pueblo? Haz lo que dice el Señor Jesús, lo que manda en la ley y en los profetas,⁷⁸ lo que manda por sus ministros que están en la Iglesia, obedece a tus prelados, que son vicarios suyos, no sólo a los buenos y modestos, sino aun a los gravosos.⁷⁹ Aprende del mismo Jesús a ser manso y humilde de corazón⁸⁰ y serás del bienaventurado pueblo suyo que él eligió por su heredad.⁸¹ Serás del laudable pueblo suyo a quien el Señor de los ejércitos bendijo diciendo: "Tú eres obra de mis manos, y mi heredad, Israel".⁸² de quien, para que no imites al Israel carnal, afirma con su testimonio: "Un pueblo que yo no había conocido se ha sujetado a mí; me ha obedecido al punto que oyó mi voz."⁸³

[El anonadamiento y su paradoja]

12. Pero oigamos lo que siente el mismo ángel de aquel a quien, antes de ser concebido, pone tal nombre: "*Este será*

74 Cf. Sal. 143, 15.
75 Mt. 1, 21.
76 Mt. 15, 8.
77 Lc. 6, 46.
78 Cf. Lc. 24, 44 ss.
79 Cf. I Pe. 2, 18.
80 Cf. Mt. 11, 29.
81 Sal. 32, 12.
82 Is. 19, 25.
83 Sal. 17, 45.

grande y se le llamará Hijo del Altísimo."⁸⁴ Con razón se dice que será grande el que merecerá ser llamado *Hijo del Altísimo*. ¿No es grande aquel cuya grandeza no tiene fin? Y "¿quién es tan grande como nuestro Dios?"⁸⁵ Enteramente grande es el que es tan grande como el Altísimo, pues él también es Altísimo. El Hijo del Altísimo no se juzgará a sí mismo usurpador por considerarse igual al Altísimo; como usurpador y ladrón se debería juzgar a sí mismo aquel que, habiendo sido formado ángel de la nada, comparándose, lleno de soberbia, a su Hacedor, pretendía apoderarse de lo que es propio del Hijo de Dios; el cual no fue hecho en naturaleza divina, sino engendrado por Dios. Pues el Altísimo Padre, aunque es omnipotente, no pudo, con todo, hacer una criatura igual a sí mismo o engendrar un Hijo que le fuese desigual. Así, hizo grande al ángel, pero no tanto como es él; y, por consiguiente, no lo hizo altísimo. Que el Unigénito, a quien no hizo, sino que engendró omnipotente, siendo él omnipotente, altísimo, siendo él altísimo, coeterno, siendo él eterno, se compare en todo a él mismo, esto es lo único que no reputa usurpación ni lo tiene por injuria. Con razón, pues, será grande quien será llamado *Hijo del Altísimo*.

13. Pero ¿por qué afirma que *será*, y no dice más bien que "es" grande el que —siempre igualmente grande—no crece ni ha de ser mayor después de su concepción que antes? ¿Acaso se dice que *será* porque el mismo que era Dios grande ha de ser grande hombre? Bien se dice entonces: *Este será grande*. Grande hombre, doctor y profeta. De él se dice en el evangelio: "Un profeta grande ha surgido entre nosotros";⁸⁶ y por otro profeta menor que él, es, igualmente, prometido como un profeta grande que habría de venir: "Mira —dice— que vendrá un profeta grande y él mismo renovará a Jerusalén."⁸⁷

⁸⁴ Lc. 1, 32.

⁸⁵ Sal. 112, 5; 144, 13.

⁸⁶ Lc. 7, 16.

⁸⁷ Antifona *Eccce Veniet* de Adviento.

De veras que tú, oh Virgen, darás a luz un niño, criarás a un niño, amamantarás a un niño. Pero al verlo niño, piénsalo grande. *Será grande* porque el Señor lo engrandecerá delante de los reyes, de modo que todos los reyes lo adorarán, todas las gentes le servirán.⁸⁸ Engrandezca tu alma al Señor,⁸⁹ porque *será grande y se le llamará Hijo del Altísimo*. Grande será y hará cosas grandes el que es poderoso y cuyo nombre es santo.⁹⁰ ¿Qué nombre más santo que llamarse *Hijo del Altísimo*? Sea también engrandecido por nosotros, que somos niños, el Señor grande que, por hacernos grandes, se hizo niño. Dice el profeta: "Un niño nos ha nacido y un hijo se nos ha dado."⁹¹ Nació para nosotros, no para sí, pues, nacido de su eterno Padre más noblemente ante de los tiempos, no necesitaba nacer de una Madre en el tiempo. No nació tampoco para los ángeles, que poseyéndolo grande no lo solicitaban niño. Para nosotros, pues, nació, a nosotros se nos ha dado porque no nos es necesario.

[Exhortación a imitar a Cristo y a esperar su misericordia]

14. Con el que nació para nosotros y se nos dio, hagamos aquello para lo cual nos nació y se nos dio; usemos del que es nuestro en utilidad nuestra, saquemos del Salvador la salud.⁹² He aquí que el niño está puesto en medio de nosotros.⁹³ ¡Niño, deseado de los niños! ¡Eres verdaderamente niño, pero en la malicia, no en la sabiduría!⁹⁴ Procuremos hacernos como este niño, aprendamos de él a ser mansos y humildes de corazón,⁹⁵ no sea que el Dios grande se haya hecho sin fruto hombre pequeño, no sea que en balde haya muerto.⁹⁶

⁸⁸ Cf. Sal. 71, 11.

⁸⁹ Cf. Lc. 1, 46.

⁹⁰ Cf. Lc. 1, 49.

⁹¹ Is. 9, 6.

⁹² Cf. Fil. 2, 12.

⁹³ Cf. Mt. 18, 2.

⁹⁴ Cf. I Cor. 14, 20.

⁹⁵ Cf. Mt. 11, 29.

⁹⁶ Cf. Gál. 2, 21.

no sea que inútilmente haya sido crucificado por nosotros. Aprendamos su humildad, imitemos su mansedumbre, abracemos su amor, tomemos parte en sus penas,⁹⁷ lavémonos en su sangre.⁹⁸ Ofrezcámoslo a él mismo como propiciación por nuestros pecados, pues para esto nació y se nos dio. Ofrezcámoslo a los ojos de su Padre, ofrezcámoslo a los suyos mismos ya que el Padre no perdonó ni a su propio Hijo,⁹⁹ sino que por nosotros lo entregó y el mismo Hijo se abatió hasta el extremo de tomar la forma de esclavo.¹ Él entregó su vida a la muerte y fue incluido en el número de los malhechores, llevó sobre sí los pecados de muchos y oró por los transgresores para que no pereciesen.² No pueden perecer aquellos por quienes el Hijo ruega que no perezcan, por quienes el Padre entregó a su Hijo a la muerte para que vivan. Debemos esperar el perdón de ambos igualmente; en los cuales es igual la misericordia en su piedad, igual en la voluntad el poder, una misma sustancia en la deidad, donde, juntamente con ellos vive y reina el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

⁹⁷ Cl. 1 Pe. 4, 13.

⁹⁸ Cf. Apoc. 22, 14.

⁹⁹ Rom. 8, 32.

¹ Fil. 2, 7.

² Cf. Is. 53, 12.



CUARTA HOMILIA

DONDE CONTINÚA LA DEVOTA EXPOSICIÓN
HASTA ACABAR EL PASAJE EVANGÉLICO

NO hay duda de que cuanto proferimos en alabanza de la Virgen María pertenece al Hijo; y que igualmente cuando honramos al Hijo no nos apartamos de la gloria de la Madre. Porque si, como dice Salomón, “el hijo sabio es gloria del padre”,¹ ¿cuánta mayor gloria será ser Madre de la misma Sabiduría? Pero ¿qué intento yo en las alabanzas de aquella Señora a quien publican digna de alabanza los profetas, lo expresa el ángel y lo narra el evangelista? No soy yo quien la alaba porque no me atrevo, sino que repito con devoción lo que ya explicó por la boca del evangelista el Espíritu Santo. Luego dice: “Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre.”²

[El verdadero Rey Ungido en la Jerusalén verdadera]

Son palabras del ángel a la Virgen sobre el Hijo prometido, y en ellas se asegura que éste ha de poseer el reino de David. Nadie duda de que el Señor Jesús tuviera su origen en el linaje de David. Pero deseo saber cómo le dio el Señor el trono de su padre David, no habiendo reinado en Jerusalén, ya que, queriéndole hacer Rey de las turbas, no lo con-

¹ Prov. 10, 1.

² Lc. 1, 32.

sintió,³ y aun delante de Pilato protestó diciendo: "Mi reino no es de este mundo."⁴ En fin, ¿qué cosa grande se promete para quien se sienta sobre los querubines, para quien el profeta vio sentado sobre un excelso y elevado solio,⁵ en el hecho de que ha de sentarse en el trono de David, su padre? Pero sabemos que hay otra Jerusalén significada por ésta,⁶ en que reinó David, y que es aquella mucho más noble y rica. Juzgo que esa misma se entiende aquí, según el frecuente modo de hablar de la Escritura, en que se pone muchas veces lo que significa por el significado. En verdad, le dio Dios el trono de David, su padre, cuando lo constituyó Rey sobre Sión, su monte santo.⁷ Y aquí el profeta parece haber explicado más claramente de qué reino habla, porque no dice "en" Sión, sino "sobre Sión." Dice "sobre" porque ciertamente en Sión reinó David, pero está "sobre" Sión el reino de aquel de quien se dijo a David: "Del fruto de tu vientre pondrá sobre tu silla";⁸ de quien se dijo también por otro profeta: "Sobre el solio de David y sobre su reino se sentará."⁹ ¿No ves cómo en todas partes hallas [la preposición] *sobre*? *Sobre Sión, sobre la silla, sobre el solio, sobre el reino.* Entonces, *el Señor Dios le dará el trono de David, su padre.* No el figurativo, sino el verdadero. No el temporal, sino el eterno. No el terreno, sino el celestial. El cual por eso, como se ha explicado, se dice haber sido de David, porque este [trono] en que él reinó temporalmente es imagen del eterno.

[El verdadero Israel. Invocación por la venida liberadora de Jesús]

2. "Y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin."¹⁰ Si aquí igualmente entendiéramos la casa

3 Jn. 6, 15.

4 Jn. 18, 36.

5 Is. 6, 1.

6 Gál. 4, 25.

7 Sal. 2, 6.

8 Sal. 131, 11.

9 Is. 9, 7.

10 Lc. 1, 32.

temporal de Jacob ¿cómo, no siendo eterna, había de reinar en ella eternamente? Se ha de buscar, pues, una casa eterna de Jacob, en que reine eternamente aquel cuyo reino no tendrá fin. ¿Acaso aquella provocadora casa de Jacob no lo negó impiamente y lo desechó con necedad delante de Pilato, cuando diciendo él: "¿Yo he de crucificar a vuestro Rey?", respondió gritando a una voz: "No tenemos más Rey que el César"?¹¹ Busca al Apóstol y te distinguirá al que es judío en lo oculto, de aquel que lo es en lo manifiesto; y la circuncisión que es según el espíritu, de aquella que se hace según la carne; al Israel espiritual, del carnal; a los hijos de la fe de Abrahán, de los hijos de la carne. "No todos los que son de Israel son israelitas, ni todos los que son de la sangre de Abrahán son hijos suyos",¹² dice. Prosigue tú y di: igualmente, no todos los que descienden de Jacob son de la casa de Jacob, puesto que Jacob es lo mismo que Israel. Reputa como de la casa de Jacob sólo a aquellos que se encuentran perfectos en la casa de Jacob o, más bien, sabe que estos mismos son la casa espiritual y eterna de Jacob, en que el Señor Jesús reinará para siempre. ¿Quién de nosotros es el que, según la interpretación del nombre de Jacob,¹³ hace caer con industria de su corazón al diablo¹⁴ y lucha contra sus vicios y deseos malos¹⁵ para que no reine el pecado en su cuerpo mortal, sino Jesús en él, ahora por la gracia y después eternamente por la gloria? Dichosos aquellos en quienes Jesús reine eternamente, porque ellos también reinarán con él, y "su reino no tendrá fin."¹⁶ ¡Qué glorioso es aquel reino donde se congregaron los reyes, concurrieron unánimes a alabar, sin duda, y glorificar al que es sobre todos Rey de reyes y Señor de los señores,¹⁷ cuyo resplandeciente rostro contemplarán los

11 Jn. 19, 15.

12 Rom. 2, 28.

13 Gén. 27, 16. Jacob significa "suplantador".

14 Cf. Lc. 8, 12.

15 Cf. Gál. 5, 24; Rm. 6, 12.

16 Lc. 1, 33.

17 Apoc. 19, 16.

justos y brillarán como el sol en el reino de su Padre.¹⁸ ¡Ah!, si de mí, pecador, se acordará también Jesús, según la bondad que se ha dignado manifestar a su pueblo, cuando venga a su reino.¹⁹ ¡Ah!, si en aquel día en que ha de entregar el reino a Dios su Padre,²⁰ quisiera visitarme con su asistencia saludable, para verlo ya colmado de los bienes de sus escogidos, para gozarme en la alegría que es propia de su pueblo, a fin de alabarle en compañía de su heredad. Ven, entre tanto, Señor Jesús, y quita los escándalos de tu reino,²¹ que es mi alma, para que reines, como es razón, en ella. Porque viene la avaricia y quiere asentar en mí su trono; la jactancia quiere dominarme, la soberbia quiere ser mi rey, la lujuria dice: "Yo he de reinar";²² la ambición, la detracción, la envidia y la ira combaten en mí mismo, sobre mí mismo, disputando entre sí de cuál de ellas debo ser esclavo principalmente.

Resisto cuanto puedo, me esfuerzo cuanto puedo; a mi Señor Jesús doy voces, con él me defiendo porque reconozco que tiene en mí todo derecho. A él tengo por mi Dios, a él tengo por mi dueño y digo: No tengo otro Rey que Jesús.²³ Ven, pues, Señor, dispérsalos con la fuerza de tu poder y reinarás en mí, pues "mi Dios y mi Rey eres tú que das la victoria a Jacob."²⁴

[Entrega y confianza total de María]

3. Dijo, pues, María al ángel: "*¿Cómo se hará esto, si yo no conozco varón?*"²⁵ Primero, sin duda, calló como prudente, cuando todavía dudosa pensaba entre sí qué salutación sería esta, queriendo más por su humildad no responder, que ha-

18 Mt. 13, 43.

19 Cf. Lc. 23, 42.

20 Cf. I Cor. 15, 29.

21 Cf. Mt. 13, 41.

22 I Re. 1, 5.

23 Cf. Jn. 12, 15.

24 Sal. 43, 5.

25 Lc. 1, 34.

blar temerariamente lo que ignoraba. Pero ya confortada y habiéndolo premeditado bien, hablándole por cierto exteriormente el ángel, pero persuadiéndola interiormente Dios, pues estaba con ella, según lo que dice el ángel: "*El Señor es contigo*"; así, confortada, expeliendo la fe al temor y la alegría a la vergüenza, le dijo al ángel: "*¿Cómo se hará esto, si no conozco varón?*" No duda del hecho, pregunta acerca del modo y del orden; porque no pregunta si se hará esto, sino cómo.

Casi como si dijera: sabiendo mi Señor, testigo de mi conciencia, que su esclava tiene hecho voto de no conocer varón, ¿con qué disposición, con qué orden le agradará que se haga esto? Si conviniera que quebrase mi voto para tener tal Hijo, me alegro del Hijo, pero me duele que el voto sea dispensado; sin embargo: hágase su voluntad. Pero, si he de concebir virgen y virgen también he de dar a luz, lo que, ciertamente, no le es imposible si le agrada, entonces verdaderamente conoceré que miró la humildad de su esclava.²⁶ "*¿Cómo, entonces, se hará esto, si no conozco varón?*" Y respondiendo el ángel, le dijo: "*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*"²⁷ Había dicho antes que estaba llena de gracia; ¿cómo dice ahora: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra?* ¿Acaso podría estar llena de gracia y no tener todavía el Espíritu Santo, siendo él el dador de las gracias? Y si el Espíritu Santo estaba en ella ¿cómo se lo vuelve a prometer, como si fuera a venir otra vez a ella? Por eso, quizá, no dijo, en forma absoluta, "Vendrá a ti", sino *sobre ti*; porque, aunque primero estuvo con María por su copiosa gracia, ahora se le anuncia que vendrá sobre ella por la más abundante plenitud de gracia que en ella ha de derramar. Pero, estando llena, ¿cómo podía caber en ella aquello más? Y si todavía puede caber más en ella, ¿cómo se ha de entender que antes estaba llena de gracia? Acaso la primera gracia había llenado sólo su alma y la siguiente había de llenar también su seno, a fin de que la plenitud de la divinidad, que ya antes habitaba

26 Lc. 1, 48.

27 Lc. 1, 35.

espiritualmente en ella, al igual que en muchos de los santos, como en ninguno de los santos comenzase a habitar en ella corporalmente también.

[La ciencia del Espíritu y lo que sabía María]

4. Dice, pues: "*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*" ¿Qué quiere decir: *Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*? El que pueda entender que entienda.²⁸ Porque, ¿quién, exceptuada acaso la que sola mereció experimentar en sí esto, felicísimamente, podrá percibir con el entendimiento, discernir con la razón de qué modo aquel esplendor inaccesible del Verbo eterno se infundió en las entrañas vírgenes y, para que pudiese sostener que el inaccesible se acercase a ella, de la porcioncita del mismo cuerpo, a la cual, estando animada, se unió él mismo, hizo sombra a la demás masa? Quizá por esto principalmente se dijo: *Te cubrirá con su sombra*, porque sin duda la cosa era un misterio, y lo que solamente la Trinidad por sí misma, en sola y con sola la Virgen quiso obrar, sólo se concedió saberlo a quien sólo se concedió experimentarlo. Dígase, pues: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*, el cual con su poder te hará fecunda, y *la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*; este es el modo con que del Espíritu Santo concebirás y que Cristo, virtud y sabiduría de Dios,²⁹ haciéndole sombra encubrirá y ocultará en su secretísimo consejo, sólo conocido de él y de ti. Es como si el ángel respondiera a la Virgen: "¿Qué me preguntas a mí lo que experimentarás en ti? Lo sabrás, lo sabrás, siendo tu doctor el mismo que es el autor. He sido enviado a anunciar la concepción virginal, no a crearla. No puede ser enseñada sino por quien la da, ni puede ser aprendida sino por quien la recibe. Y *por eso*, también, *lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.*"³⁰ Equivale a decir: porque has de concebir, no del hombre, sino del Es-

28 Mt. 19, 12.

29 I Cor. 1, 24.

30 Lc. 1, 35.

píritu Santo, y has de concebir al que es virtud del Altísimo, es decir, al Hijo de Dios; *por eso*, también, *lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*. Esto es, no sólo el que viniendo del seno del Padre a tu seno te cubrirá con su sombra, sino también lo que de tu sustancia unirá a sí desde entonces se llamará Hijo de Dios, del mismo modo que el que es engendrado del Padre antes de todos los siglos se reputará desde ahora Hijo tuyo. Pero lo que nació del Padre, de tal suerte será tuyo y será suyo lo que nacerá de ti, que, a pesar de eso, no serán dos hijos, sino uno solo. Y aunque en verdad una cosa sea de ti y otra de él, sin embargo, ya no será de cada uno el suyo, sino que un solo Hijo será de ambos."

5. Y *por eso*, *lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*. Atiende, te ruego, con cuanta reverencia dijo el ángel: *Lo santo que nacerá de ti*. ¿Por qué dice *santo* absolutamente y sin añadir otra cosa? Creo que porque no tenía palabra para nombrar propia y dignamente aquello singular, aquello magnífico, aquello venerable, que de la purísima carne de la Virgen con su alma se había de unir al Único del Padre. Si dijera "carne santa", "hombre santo", "santo niño" o cualquier otra cosa semejante, le parecería que dice poco. Dijo, pues, *santo*, indefinidamente; porque lo que fuere que la Virgen engendró, santo sin duda, y singularmente santo es, tanto por la santificación del Espíritu³¹ como por la asunción del Verbo.

[María, partícipe de la intimidad del designio divino]

6. Añadió el ángel: "*Y se sabe que Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su senectud.*"³² ¿Qué necesidad había de anunciar a la Virgen la concepción de esta estéril? ¿Acaso por estar dudosa todavía e incrédula al oráculo quiso el ángel confirmarla con este prodigio? Nada de eso. Leemos que la

31 Cf. I Pe. 1, 2.

32 Lc. 1, 31.

incredulidad de Zacarías fue castigada por este mismo ángel,³³ pero no leemos que María fuese reprendida en cosa alguna; por el contrario, reconocemos su fe alabada al profetizar de ella Isabel: "Bienaventurada eres por haber creído, porque todo lo que te ha sido dicho de parte del Señor se cumplirá en ti."³⁴ Por eso se participa a la Virgen la concepción de la prima estéril, para que, añadiéndose un milagro a otro milagro, se aumente su gozo con otro gozo. Ciertamente era preciso que fuera inflamada anticipadamente con un no pequeño incendio de alegría y amor la que había de concebir luego al Hijo del amor paterno en el gozo del Espíritu Santo.³⁵ Y no podía caber sino en un devotísimo y jubiloso corazón tanta afluencia de dulzura y gozo. Por eso la concepción de Isabel se pone en conocimiento de María, porque era razón que un prodigio que se había de divulgar luego por todas partes lo supiera la Virgen por el ángel, antes que lo oyese de los hombres, para que no pareciera que la Madre de Dios estaba apartada de los consejos del Hijo, si de las cosas que se hacían tan cerca en la tierra permanecía ignorante. O, mejor, se anuncia a María la concepción de Isabel para que, siendo instruida tanto de la venida del Salvador como de la venida del Precursor y fijando en la memoria el tiempo y el orden de las cosas, refiera después mejor la verdad a los escritores y predicadores del Evangelio, como quien ha sido informada por noticias que el cielo le ha comunicado de todos los misterios, desde el principio. También puede ser que le anuncie la concepción de Isabel para que, oyendo hablar de una parienta suya anciana y embarazada, piense ella, que es joven, en obsequiarla, y, dándose prisa en visitarla, de este modo se dé lugar y ocasión al niño profeta de ofrecer las primicias de su oficio a su Señor, menor que él,³⁶ y, fomentándose mutuamente la devoción de ambas madres, excitada por uno y otro infante, se haga más admirable un milagro con otro milagro.

³³ Cf. Lc. 1, 18-20.

³⁴ Lc. 1, 45.

³⁵ Cf. I Tes. 1, 6.

³⁶ Cf. Lc. 1, 39 ss.



[*La omnipotencia de Dios en las palabras, los hechos y los modos*]

7. Pero mira que estas cosas tan magníficas que escuchas anunciadas por el ángel no las esperes cumplidas por él. Y si preguntas por quién, oye al ángel mismo: "*Porque no será imposible para Dios toda palabra.*"³⁷ Como si dijera: "Esto que tan firmemente prometo, lo presumo del poder de quien me envió, no del mío; *porque no será imposible para Dios toda palabra.*" ¿Qué palabra será imposible para aquel Señor que hizo todas las cosas con el poder de su Palabra?³⁸ Me llama la atención, en las palabras del ángel, que no diga "*porque no será imposible para Dios todo hecho*", sino *toda palabra*. ¿Acaso dijo *palabra*, porque tan fácilmente como pueden hablar los hombres lo que quieren, aun aquello que de ningún modo pueden hacer, puede Dios, tan fácilmente y sin comparación con mayor facilidad, cumplir con obras todo lo que ellos pueden explicar con las palabras? Lo diré más abiertamente: si fuera tan fácil a los hombres hacer como decir lo que quieren, tampoco para ellos sería imposible toda palabra. Pero, así como es cierto el proverbio vulgar: "Del dicho al hecho hay mucho trecho", no para Dios, sino para los hombres, sólo para Dios, en quien es lo mismo hacer que hablar y lo mismo hablar que querer, con razón *no será imposible toda palabra*. Por ejemplo: pudieron prever y predecir los profetas que la Virgen o la estéril había de concebir y dar a luz,³⁹ pero, ¿pudieron acaso hacer que concibiese y diera a luz? Mas Dios, que a ellos les dio entonces el poder predecirlo, con la facilidad con que antes pudo predecirlo por medio de ellos, pudo ahora, cuando quiso, cumplir por sí mismo lo que había prometido. Pues en Dios la palabra no se diferencia de la intención, porque es Verdad; ni el hecho de la palabra, porque es Poder; ni el modo del hecho, porque es Sabiduría; y por eso *no será imposible para Dios toda palabra*.

37 Lc. 1, 37.

38 Cf. Sab. 9, 1.

39 Cf. Is. 7, 14 ss.; 54, 1.

[*Anhelante súplica de la respuesta de María*]

8. Oíste, Virgen, el hecho; oíste el modo también; lo uno y lo otro son cosa maravillosa; lo uno y lo otro son cosa jubilosa. Gózate, hija de Sión, grita exultante, hija de Jerusalén.⁴⁰ Y pues a tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oigamos nosotros de tu boca la respuesta de alegría que deseamos, para que con ella entre la alegría y el gozo en nuestros huesos humillados.⁴¹ Oíste, vuelvo a decir, el hecho, y lo creíste; cree también lo que oíste acerca del modo. Oíste que concebirás y darás a luz un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo de que se vuelva al que lo envió.⁴² Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia, nosotros, condenados a muerte por la sentencia divina. Mira que se pone en tus manos el precio de nuestra salud; inmediatamente seremos librados si consientes. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos criados, y a pesar de ello morimos; pero por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para no volver a morir. Esto te suplica, piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David con todos los santos Padres tuyos, los cuales habitan en la región de la sombra de la muerte; ⁴³ esto mismo te pide el mundo entero prostrado a tus pies. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salud, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

Virgen, da pronto tu respuesta. Señora, responde aquella palabra que esperan la tierra, el infierno y también los ciudadanos del cielo. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó tu hermosura,⁴⁴ tanto desea ahora la respuesta de tu con-

40 Zac. 9, 9.

41 Sal. 50, 10.

42 Cf. Tob. 12, 20.

43 Cf. Is. 9, 2 (Vulg.); Lc. 1, 79.

44 Cf. Sal. 44, 12.

sentimiento, en la cual, sin duda, se ha propuesto salvar el mundo.⁴⁵ A quien agradaste por tu silencio, agradarás ahora mucho más por tus palabras, pues él te habla desde el cielo diciendo: "Hermosa entre las mujeres,⁴⁶ hazme oír tu voz."⁴⁷ Si le haces oír tu voz, te hará ver nuestra salud. ¿Acaso no es esto lo que buscabas, por lo que gemías, por lo que, orando día y noche, suspirabas? ¿Qué haces? ¿Eres tú aquella para quien se guardan estas promesas o debemos esperar a otra? ⁴⁸

No; no. Tú misma eres, no otra. Insisto, tú eres aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada, de quien tu santo padre Jacob, estando por morir, esperaba la vida eterna diciendo: "Tu salud esperaré, Señor."⁴⁹ En quien y por la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso antes de los siglos obrar la salud en medio de la tierra. ¿Por qué esperarás de otra lo que a ti misma se ofrecen? ¿Por qué aguardarás de otra lo que en seguida se hará por ti, si das tu consentimiento y respondes una palabra? Responde ya al ángel o, mejor, al Señor por el ángel; responde una palabra y recibe la Palabra. Pronuncia la tuya y recibe la divina. Emite la transitoria y admite en ti la eterna. ¿Por qué tardas?, ¿qué recelas?

Cree, di que sí y recibe. Cobre aliento ahora tu humildad, y tu vergüenza, confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. Sólo en este negocio no temas, Virgen prudente, la presunción, porque, aunque es agradable la vergüenza en el silencio, más necesaria ahora es la piedad en las palabras. Abre el corazón a la fe, Virgen bienaventurada, los labios al consentimiento, las entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta.⁵⁰ ¡Ay si, deteniéndote en abrirle, pasa adelante, y después vuelves con dolor a buscar

45 Cf. Jn. 3, 17.

46 Cant. 1, 7.

47 Cant. 8, 13.

48 Cf. Mt. 11, 3.

49 Gén. 49, 18.

50 Cf. Apoc. 3, 20; Cant. 5, 2.

al amado de tu alma! ⁵¹ ¡Levántate, corre, abre! ⁵² Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

[*María, humildísima en la gloria, denuncia a los clérigos que se ensalzan*]

9. “*He aquí, dice la Virgen, la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*” ⁵³ Siempre suele ser familiar a la gracia la virtud de la humildad, pues “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.” ⁵⁴ Responde, pues, humildemente, para preparar de este modo conveniente trono a la divina gracia. “*He aquí, dice, la esclava del Señor.*” ¿Qué humildad es esta tan alta que no se deja vencer de las honras ni se engrandece en la gloria? Es escogida por Madre de Dios, y se da el nombre de esclava. No es pequeña muestra de su humildad no olvidarse de la humildad en medio de tanta gloria como le ofrecen. No es cosa grande ser humilde en el abatimiento, pero es muy grande y muy rara ser humilde en el honor. Y sin embargo, a vista de esto, yo, hombre miserable y de ningún mérito, si me eleva la Iglesia, engañada por mis simulaciones, a algún honor, aunque no sea de los mayores, permitiéndolo Dios por mis pecados o por los de mis súbditos, me olvido al momento de quien he sido ⁵⁵ y me reputo tal en mi interior cual me han reputado los demás hombres que no ven mi corazón. ⁵⁶ Creo a la fama, no atiendo a la conciencia y, juzgando no la virtud honor, sino el honor virtud, me tengo por más santo cuando me veo más elevado.

Verás a muchos en la Iglesia que, hechos nobles de inobles, de pobres ricos, se ensalzan repentinamente y se olvidan de su antigua bajeza; se avergüenzan de su mismo linaje y menosprecian a sus humildes padres. Verás también hombres adinerados volar a todo honor eclesiástico y luego aplaudirse a sí mismos como santos por haber mudado los vestidos y

51 Cf. Cant. 3, 1.

52 Cf. Cant. 2, 10; 5, 5.

53 Lc. 1, 38.

54 Prov. 5, 34; Sant. 4, 6; I Pe. 5, 5.

55 Cf. Sant. 1, 24.

56 Cf. I Sam. 16, 7.

no precisamente las almas; y juzgarse merecedores de la dignidad a que llegaron por la ambición, y lo que (si me atrevo a decirlo) alcanzaron con el dinero, atribuirlo a su mérito. Paso en silencio a otros a quienes ciega la ambición y el mismo honor les sirve de materia para la soberbia.

[*Contra los que relajan la observancia monástica*]

10. Pero ⁵⁷ veo —no sin mucho dolor— a algunos que, después de haber dejado la pompa del siglo, aprenden a ser soberbios en la escuela de la humildad y bajo las alas del manso y humilde Maestro ⁵⁸ muestran mayor altivez y se vuelven más impacientes en el claustro de lo que lo habrían sido en el siglo. Y, lo que es todavía más fuera de razón, muchos no sufren ser despreciados en la casa de Dios, cuando no podrían ser sino despreciados en las suyas, pretendiendo sin duda así, ya que no pudieron tener lugar en donde los honores eran apetecidos de todos, a lo menos parecer dignos de honor en donde todos menosprecian los honores.

Veo también a otros —lo cual no se puede ver sin sentimiento—, después de haber comenzado la milicia de Cristo, volver otra vez a los negocios mundanos, sumergirse otra vez en los deseos de la tierra; levantar con gran cuidado muros y descuidar las costumbres; con pretexto de la utilidad común, vender sus adulaciones a los ricos y frecuentar a las mujeres poderosas; y, todavía, contra lo mandado por el Emperador del Cielo, codiciar lo ajeno y querer reintegrarse lo suyo con litigios; no atendiendo al Apóstol, que en nombre del Rey levanta la voz: “Es ya un pecado entre vosotros el tener pleitos unos con otros; antes, ¿por qué no toleráis el agravio?” ⁵⁹

57 El pasaje es una enérgica disgresión apuntada a los monjes que no han abandonado de corazón el siglo, sino de palabra. Hay que entenderlo a la luz de la Regla de san Benito (especialmente el Prólogo, el capítulo 7 y el capítulo 33) y de las controversias de Bernardo como reformador, no sólo monástico, sino incluso eclesiástico.

58 Cf. Mt. 11, 29.

59 I Cor. 6, 7.

Pues, ¿qué?, ¿de tal modo han crucificado al mundo a sí mismos y a sí mismos al mundo, que los que antes en su lugar o aldea apenas eran conocidos, ahora, rodeando las provincias y frecuentando las cortes, han conseguido el conocimiento de los reyes y la familiaridad de los príncipes?

¿Qué diré del hábito mismo en el que ya no se busca el calor, sino el color, y se cuida más del lustre de los vestidos que de las virtudes? ¡Avergüenza decirlo! Queda muy atrás la viva afición a adornarse, propia de las mujeres del siglo, cuando con tanto cuidado solicitan los monjes el precio en los vestidos, no la necesidad; por lo menos, dan a entender en esto que, despojándose de la forma de religión, desean no ser armados, sino adornados, los mismos que hicieron profesión de soldados de Cristo.⁶⁰ Los cuales, cuando deberían prevenirse para la batalla y poner delante, contra las potestades del infierno,⁶¹ las insignias de la pobreza —que ciertamente les son muy temidas—, mostrando más las señales de la paz en la molicie de sus vestidos,⁶² voluntariamente se entregan al enemigo, sin haber recibido herida y desarmados. Semejantes males no tienen otra causa que esta: desamparando aquella humildad con que habíamos dejado el siglo, impelidos ya por esto mismo a seguir los frívolos cuidados de los hombres mundanos, nos hacemos semejantes a los animales que vuelven al vómito.⁶³

[Por el deseo purísimo de María, la Palabra de Verdad cobra carne verdadera]

11. Oigamos, pues, los que somos así, lo que responde aquella Señora que era elegida para Madre de Dios, pero que no se olvidaba de su humildad. “*He aquí, dice, la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*” Esta palabra, *hágase*, significa el deseo que la Virgen tenía de este misterio y no

60 Cf. II Tim. 2, 3.

61 Cf. Ef. 2, 2; 6, 12.

62 Cf. Mt. 11, 8.

63 Prov. 26, 11.

una duda de lo prometido. Por lo cual, el *hágase en mí según tu palabra*, debe entenderse más como expresión del afecto de la persona que desea, que como indagación del modo como se realizará el efecto en la persona que duda. Aunque nada impide que digamos que es palabra de oración, pues nadie pide orando sino lo que cree y espera. Quiere Dios que le pidan aun aquello que promete. Y por eso, acaso, muchas cosas que dispuso dar, las promete primero, para que se excite la devoción por la promesa; y de tal forma lo mismo que había de dar gratuitamente sea merecido por la oración devota. Así, el piadoso Señor, que quiere que todos los hombres se salven,⁶⁴ saca de nosotros, para nosotros mismos, los méritos, y, anticipándose a darnos aquello con que nos recompensa, gratuitamente hace que esto no sea de balde.

Esto sin duda entendió la Virgen prudente cuando, al anticipado don de la gratuita promesa, juntó el mérito de su oración diciendo: “*Hágase en mí según tu palabra.*” *Hágase en mí del Verbo, según tu palabra.* El Verbo que en el principio estaba en Dios,⁶⁵ *hágase carne de mi carne según tu palabra.* *Hágase en mí, suplico, la Palabra; no pronunciada, que pase, sino concebida, que permanezca; vestida ciertamente no de aire, sino de carne.* *Hágase en mí no sólo perceptible al oído, sino también visible a los ojos, palpable a las manos, fácil de llevar en mis hombros.* No se haga en mí palabra escrita y muda, sino encarnada y viva; esto es, no escrita en mudos caracteres, en pieles muertas,⁶⁶ sino impresa vitalmente en forma humana en mis castas entrañas, y esto no con el rasgo de una pluma, sino por obra del Espíritu Santo.

Para decirlo de una vez, *hágase para mí de aquel modo con que para ninguno se ha hecho hasta ahora antes de mí y para ninguno después de mí se ha de hacer.* “De muchos y varios modos habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por sus profetas”,⁶⁷ y también se hace mención en las Escrituras de

64 I Tim. 2, 4.

65 Jn. 1, 1.

66 Los pergaminos.

67 Heb. 1, 1.

que la Palabra de Dios se hizo para unos en el oído, para otros en la boca, para otros aun en la mano; pero yo pido que para mí se haga en mi seno según tu palabra. No quiero que se haga para mí predicada retóricamente, o significada figuradamente, o soñada imaginariamente, sino inspirada silenciosamente, encarnada personalmente, entrañada corporalmente. El Verbo, pues, que ni puede hacerse en sí mismo ni lo necesita, dignese en mí, dignese también para mí ser hecho según tu palabra. Hágase desde luego generalmente para todo el mundo, pero hágase para mí, particularmente, según tu palabra.



EXCUSA

HE expuesto la lección del Evangelio como he podido. No ignoro que no a todos agradará este mi pensamiento, sino sé que por esto me he expuesto a la indignación de muchos, y que reprendrán mi trabajo por superfluo o me juzgarán presumido; porque, después que los Padres han explicado exhaustivamente este asunto, me he atrevido yo, como nuevo expositor, a poner mi mano en lo mismo. Pero si he dicho algo después que los Padres que, sin embargo, no es contra los Padres, juzgo que ni a los Padres ni a otro alguno debe desagradar. Donde he dicho lo mismo que he tomado de los Padres, esté muy lejos de mí el aire de presunción para que no me falte el fruto de la devoción, y yo con paciencia oiré a los que se quejaren de la superfluidad de mi trabajo.

Con todo esto, sepan los que me reprenden de una ociosa y nada necesaria exposición, que no he pretendido tanto exponer el Evangelio como tomar ocasión de éste para hablar lo que era deleite de mi alma. Pero si pequé en haber antes excitado en esto mi propia devoción que buscado la común utilidad, poderosa será la Virgen para excusar este pecado mío delante de su misericordioso Hijo, a quien he dedicado este opúsculo, tal cual sea, con toda mi devoción.

SAN BERNARDO DE CLARAVAI.

COMENTARIO AL MAGNIFICAT

Introducción:

P. Bernardo Olivera, o.c.s.o.

Traducción:

Monjas benedictinas de
Rafaela, R. Argentina

INTRODUCCION

UNA OBRA DESCONOCIDA EN ESPAÑOL

EL comentario al *Magnificat* —que se publica por primera vez, según nuestro conocimiento, en traducción castellana— tiene una cierta semejanza con *Missus est*. En ambos casos se trata de un comentario detallado, verso por verso, de un texto evangélico sobre María.

Sólo en estos últimos años se ha reconocido su paternidad bernardina. Anteriormente fue atribuido a Guigo II, a un pseudo-Alberto Magno y a Hugo de San Víctor. No obstante, tanto el testimonio de numerosos manuscritos antiguos cuanto el testimonio interno de la obra permiten atribuirlo al abad de Claraval.

En efecto, los procedimientos literarios, la doctrina, la manera de utilizar y comentar la Escritura, llevan la impronta de san Bernardo. El comentario al *Magnificat* es indudablemente fruto de su enseñanza y de su arte.

Es fácil apreciar que no todos los párrafos poseen la misma calidad. Algunos se asemejan a las mejores páginas de los grandes sermones, otros son esquemáticos como las Sentencias o los sermones *De Diversis*. Esto nos permite hacer una última afirmación: Bernardo no ha dado los últimos toques a esta obra que, no obstante, resulta espléndida.

BERNARDO OLIVERA, O.C.S.O.

CANTO DE LA MISERICORDIA

MI ALMA engrandece al Señor. Lo engrandece con la voz, lo engrandece con las obras, lo engrandece con el afecto; lo engrandece alabando, amando, proclamando. Lo engrandece ofreciendo la forma y la materia para alabar, amar y engrandecer.

1. *Mi alma engrandece al Señor* porque fue engrandecida en gran manera por el gran Señor. Al principio mi alma fue admirablemente creada por el Señor a imagen y semejanza de Dios, pero luego en Adán fue miserablemente deformada; ahora, de un modo más admirable, más glorioso, más grandioso, ha sido renovada por el Señor. *Mi alma engrandece al Señor*. Todas las criaturas engrandecen al Señor, pero mucho más que todas ellas, mi alma engrandece al Señor. Pues en ninguna otra criatura Dios hizo algo tan grande como en mi alma. Pero esto es obra del Señor; como él quiso, así se hizo. *Mi alma engrandece al Señor*. Engrandece al Señor, no a sí misma. El que se engrandeció a sí mismo, en

° Para la autenticidad del comentario al *Magnificat* y todo lo referente al mismo, ver: H. Rochais, "Enquete sur les sermons divers et les sentences de Saint Bernard", ASOC XVIII (1962), págs. 1-183; en especial el cap. VII, págs. 104-109.

cuanto estuvo de su parte deshonró a Dios y por eso no se elevó, sino que se precipitó. Es propio de tí humillarte; del Señor, elevarte.

2. *Y mi espíritu se alegra.* Fijate en el orden. Primero tocó la cítara, luego el salterio; primero puso el alma, luego el espíritu; porque no es primero lo espiritual, sino lo animal; luego, lo que es espiritual. *Y mi espíritu se alegra*, por la inmensidad de su gozo está como fuera de toda criatura, también exulta fuera de sí. ¿En quién se alegra? No en mí, sino en Dios, mi creador, al gozar con fruición de su conocimiento y amor, y esto, no por mí, sino por la mediación y salvación de mi salvador Jesús, hijo mío, singularmente mío. Es mi Dios, es mi salvador, es mi hijo. Es el Creador de todos y Creador mío, pero hijo es sólo mío, y por mediación mía es la salvación de todos.

3. *Porque miró la humildad de su esclava.* Su esclava ni siquiera se atrevería a levantar sus ojos hacia él si primero él no se hubiese dignado mirar a su esclava. Primero nos miró su misericordia, porque nuestra miseria nos había tornado despreciables en extremo. Entre todos me miró a mí de modo particular, porque sobre todos me concedió un privilegio singular. Y fíjate cómo ella no se contentó con decir: "Me miró", o "Miró a su esclava", o "Miró mi humildad", sino que se abajó a sí misma en gran manera y colocó firmísimos fundamentos para poder recibir y conservar los ornatos de tan admirable grandeza y hermosura. *Miró*, dice, *la humildad de su esclava*. Cada palabra tiene su peso. Hay esclavas que no son humildes. Agar fue esclava, pero soberbia: ¹ despreció a su señora. Hay muchas que son humildes, pero no son esclavas del Señor. Lo propio de la humildad es el desprecio de sí, lo propio de la esclava es servir mediante una entrega total. *Miró la humildad de su esclava*. Mirándome por su gracia, me hizo humilde y me hizo su esclava. Suya, dice, me hizo suya el que de mí y en mí hizo su obra privilegiada.

¹ Gén. 16, 4.

4. *He aquí que me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* ¡Corazón dilatado!, ¡con qué ojos luminosos vislumbraste a un tiempo a todas las criaturas que iban a ser colocadas en la verdadera bienaventuranza! *He aquí*, dice. Esta es la palabra de una que ve y que muestra. He aquí que veo lo que me sucederá en el futuro, qué fruto procederá de mí, cuáles y cuán grandes bienes dimanarán, por mi intermedio, no sólo para mí sino para todas las generaciones. *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* No me llamarían bienaventurada a menos que alcanzaran algo de la bienaventuranza que yo poseo. Pues ¿cómo rebosará el que no come? *Me llamarán bienaventurada* los que participen de mi fruto bienaventurado. Todas las generaciones serán bendecidas por mi fruto y si bien todas recibirán la bienaventuranza, sin embargo todas me llamarán singularmente bienaventurada; lo repito, todas las generaciones: las generaciones del cielo y las generaciones de la tierra, todos los ángeles y todos los elegidos. Porque también en los ángeles hay generaciones. Por eso se habla del Padre de los espíritus, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra.² En el cielo unos son padres de otros, presiden con amor paterno a aquellos en quienes engendran y a quienes expresan el afecto de la verdadera paternidad. La paternidad de todos ellos deriva del soberano Padre de todos. Porque así como el soberano y verdadero Padre ama a todos paternalmente, los instruye y los guía, así ellos, según el don de la paternidad que han recibido, aman, instruyen y guían paternalmente a sus súbditos. Así también los padres buenos que están en la tierra reciben del soberano Padre la misión de la paternidad en la medida en que se acercan más o menos al conocimiento y amor de la soberana paternidad. *Todas estas generaciones me llamarán bienaventurada.* Porque, gracias al que yo he engendrado, las generaciones de los ángeles completarán su número y la generación de los hombres, maldecida en Adán, será regenerada por el fruto bendito de mi vientre con una bendición eterna. Entre estas y sobre todas estas generaciones,

² Ef. 3, 15.

me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Con razón, Señora, te llamarán bienaventurada todas las generaciones a ti, que a todas ellas las engendraste para la bienaventuranza verdadera y eterna.

5. *Porque el Poderoso hizo en mí grandes cosas.* Que todas las generaciones me llamen bienaventurada, no me lo atribuyo a mí misma, no lo arrego a mis méritos, sino a aquel que hizo en mí grandes cosas. Todos me llaman bienaventurada porque fui glorificada [*beatificada*] por él y he sido propuesta a todos como espejo de la bienaventuranza. *Porque hizo en mí grandes cosas.* No hizo en mí sólo una, sino muchas cosas grandes. Ya es cosa grande que yo sea virgen, grande es que yo sea madre, grande que sea a la vez virgen y madre. ¿Y madre de quién? Del Hijo Único de Dios, creador y salvador de todos. *Hizo en mí grandes cosas.* Es imposible decir, imposible pensar la grandeza y multitud de bienes que hizo en mí. Y ¿quién es el que tan grandes cosas hizo en ti? *El Poderoso, y su nombre es Santo.* No os admiréis, no digáis: ¿cómo pueden hacerse estas cosas? Poderoso es quien las hizo; es poderoso, más aún, todopoderoso. Considerad su poder: es poderoso para hacer todo lo que quiere. Grandes son las cosas que veis en mí, pero mayor es el poder que tan grandes cosas obró en mí. Por las cosas grandes y admirables que hizo en mí, considerad cuán grande y admirable es su poder. ¿Y por qué hizo en ti cosas tan grandes? Porque *su nombre es Santo.* Esta es la única causa por la que hizo en mí tan grandes cosas su santo nombre. Por su nombre, no por mis méritos, hizo en mí tan grandes cosas. Quiso manifestar en mí su nombre, que es admirable, santo e inefable. ¿Cuál es este nombre? Bueno. Porque nadie es bueno, sino sólo Dios.³ Por sola su bondad hizo en mí cosas tan grandes, porque quiso manifestar en mí su poder y su bondad. *Es singularmente Poderoso, y su nombre es Santo.* Pero así como en él su nombre es santo, así también debe ser santificado en nosotros. Así como en él fue predestinado desde toda la eternidad, así debe cumplirse en nosotros.

3 Mc. 10, 18.

6. *Y su misericordia de generación en generación.* He aquí su nombre. ¿Cuál? Su misericordia. ¿Dónde? De generación en generación, desde Judea a todos los pueblos, o bien desde el comienzo del mundo hasta su fin, su misericordia alcanza no a todos en general, sino a los que le temen. No hay acepción de personas en Dios. El judío y el griego, el bárbaro y el escita, el esclavo y el hombre libre, el varón y la mujer,⁴ en todos los pueblos y generaciones, si teme a Dios y obra la justicia, es acepto ante él. *Su misericordia sobre los que le temen.* Comienza con el temor para llegar al amor. No desesperen lo que aún temen a causa de sus pecados, porque su misericordia se derrama sobre los que le temen; el perdón de los pecados alimenta el amor de los que tienen sed de él; mas lo que lo aman conocen su nombre. El mismo amor es conocimiento.⁵ Pero cuanto más alejados estamos de su conocimiento, tanto menos lo amamos. Si aún no podemos amarlo perfectamente porque aún no lo conocemos perfectamente, temámosle con amor. El que teme sin amor no es hijo, sino esclavo, y este temor acarrea pena, no misericordia.

7. *Desplegó la fuerza de su brazo.* Por naturaleza éramos hijos de ira,⁶ pero por la redención de Jesucristo llegamos a ser hijos de misericordia; porque *desplegó la fuerza de su brazo* atando al fuerte y llevándose sus cosas.⁷ Por otra parte, si el Hijo no nos hubiera librado y por su muerte no nos hubiese reconciliado con Dios, no existiría una misericordia que acaricia a los que le temen, sino una justicia que castiga a los que no le temen.

8. *Dispersó a los soberbios en la mente de su corazón.* Porque todos los caminos del Señor son misericordia y verdad,⁸ así como antes obró con misericordia, por la cual redime a los humildes, ahora juzga con justicia a los soberbios, y de ambos

4 Col. 3, 11.

5 S. Gregorio Magno, *In Ev. Hom.* 27, 4.

6 Ef. 2, 3.

7 Mt. 12, 29.

8 Sal. 24, 10.

constituyó como una pared doble, ejerciendo alternativamente una y otra. *Dispersó a los soberbios*. Desde el comienzo del mundo, tanto los hombres como los ángeles soberbios fueron dispersados. Fue arrojado del cielo el dragón grande,⁹ Satanás, y dispersado por este aire tenebroso, porque no quiso mantenerse en la unidad de la verdad. El que no está recogido en la verdad de Dios es dispersado en su propia vanidad. Dispersados fueron los soberbios que edificaron la torre de Babel,¹⁰ porque la unidad de sus lenguas quedó desgarrada en una multitud. Todo soberbio, por lo mismo que es soberbio, ya es dispersado. Pues ¿qué es la soberbia, sino polvo elevado a lo alto y dispersado por el viento? *Dispersó a los soberbios en la mente de su corazón*, es decir, a los que se ensoberbecen en la mente de su corazón. ¡Cuán manifiestamente descubrió el oculto escondrijo del orgullo!

Existe cierta soberbia que podríamos llamar animal y vil, que es manifiesta a todos, también a los necios, y que reside principalmente en la voluptuosidad de los sentidos carnales, como complacerse en la belleza del propio cuerpo, o bien en la hermosura del vestido, o en la satisfacción de la voluptuosidad respecto del alimento o de algún deseo impuro. Existe otra, que parece una soberbia más hermosa y sin embargo es mucho peor, que hace elevarse sobre los demás en razón de la propia ciencia, poder o sutileza del ingenio, y considerar a los otros como animales, comparados con uno mismo; y esta soberbia suele apoderarse de los inteligentes de este mundo. Existe una tercera clase, la más temible de todas, por la cual uno se gloria ante sí mismo a causa de sus propias virtudes, milagros, conocimiento de las lenguas de los ángeles¹¹ y de los misterios celestiales. Estos son los que se ensoberbecen en la mente de su corazón, que por fuera tienen ojos humildes, por dentro, altivos. ¿Qué es, en efecto, *en la mente de su corazón*? La mente es la sutileza de la inteligencia, el corazón, el afecto a la vanagloria. Y con razón se agre-

⁹ Apoc. 12, 9.

¹⁰ Gén. 11.

¹¹ I Cor. 13, 1-2.

ga [el posesivo]: *su* porque si bien tienen de Dios alguna ciencia, sin embargo de sí mismos tienen la arrogancia. Dispersó a toda clase de soberbios: "Bestias del campo, aves del cielo y peces del mar."¹² Estos son los peces que rompen las redes, que indagan sutilezas, que parecen humildes entre los fieles como en medio del agua, pero que sin embargo provienen no de la dulzura del río, sino de la amargura del mar. Son peces del mar; por eso no recorren las sendas del cielo, sino las del mar.¹³ Porque, si bien perciben algo del cielo, como si saltaran en el aire, todo lo sumergen consigo en la profundidad del mar. Por el contrario los pájaros del cielo se elevan con soberbia manifiesta, porque parecería que casi tocan la cumbre de los astros en busca de una gloria temporal. De qué índole fueron Antíoco¹⁴ y Herodes¹⁵ lo narra la Sagrada Escritura; de qué índole son muchos aún hoy, no necesitamos leerlo, sino deplorarlo y verlo. Las bestias de la tierra, esto es, los hombres entregados solamente a la gula y a la lujuria, escapan con más facilidad de los lazos del diablo que los que son prudentes a sus propios ojos. *Dispersó, pues, a los soberbios en la mente de su corazón*, es decir, a toda clase de soberbios; pero a algunos los abate para que perezcan por siempre y a otros los humilla para que vuelvan a la vida.

9. *Derribó del trono a los poderosos*. Primero debilitó el poder de los demonios soberanos de este mundo de tinieblas,¹⁶ que eran poderosos por la eficacia de su malicia y, exterminando a los jebuseos de Jerusalén, colocó en ella el trono de su reino. *Derribó del trono a los poderosos* cuando su palabra llegó hasta el rey de Nínive,¹⁷ es decir, hasta los emperadores de este mundo; y bajó de su solio y se vistió de saco y ceniza; se humilló para escapar a la ira de Dios. Derribó a Saúl y elevó a David.¹⁸ Derribó de su trono también al soberbio

¹² Sal. 8, 8-9.

¹³ Sal. 8, 9.

¹⁴ I Mac. 1.

¹⁵ Hech. 12.

¹⁶ Ef. 6, 12.

¹⁷ Jon. 3.

¹⁸ II Re. 6.

Ajab, como dijo a su profeta: "¿No has visto cómo Ajab se ha humillado ante mí?"¹⁹ Pero como no permaneció en la humildad, no elevó al humilde, sino que condenó al soberbio. Cada día derriba asimismo a los poderosos de este mundo; a algunos para el suplicio eterno, a otros para el reino de la humildad. Tiene en su mano su balanza y de quien él quiere tiene misericordia y endurece el corazón de quien él quiere.²⁰ ¿Por qué condena a este a quien ha derribado y salva a aquel a quien ha elevado? El se mantiene oculto en sus designios. Sólo una cosa sabemos con seguridad: si no nos humillamos, no seremos salvados.

10. *Colmó de bienes a los hambrientos.* Primero humilló, luego alimentó. El espíritu del profeta relata las cosas futuras como ya pasadas. Aún no han sido colmados de bienes los hambrientos; pues, si hubieran sido colmados de bienes, ¿cómo estarían hambrientos? Y si están hambrientos, ¿cómo están colmados de bienes? A menos que digamos, según lo que está escrito: "A quien los ángeles desean mirar,"²¹ los cuales, sin embargo, ven el rostro del Padre;²² están hambrientos y están colmados de bienes. Tienen su deseo saciado y su saciedad es desear. Pero esta saciedad nunca los harta, ni el hambre los acucia; más aún, esa hambre feliz siempre los sacia. Pero no sucede en el camino como en la patria. En el camino tienen hambre y sed de justicia; en la patria serán saciados cuando se manifieste la gloria. Y, con todo, también aquí en el camino los hambrientos son colmados de bienes, porque él les da la comida a su tiempo.²³ Son colmados de bienes, vaciados de males. Son colmados de bienes, esto es, de los dones del Espíritu Santo. Los hambrientos son colmados, no así los satisfechos; son saciados los pobres, pues *a los ricos los despidió con las manos vacías*. Rico era Esaú; por eso no aceptó los

19 1 Cró. 21, 29.

20 Rom. 9, 18.

21 1 Pe. 1, 12.

22 Mt. 18, 10.

23 Sal. 144, 15.

dones de su hermano. Tengo, dijo, "muchas cosas; lo tuvo sea para ti."²⁴ Rico era el sacerdote Jetró, pariente de Moisés; por eso no consintió en ir con él en busca de los bienes que Dios había prometido a Israel.²⁵ Rico era Hiram, rey de Tiro; por eso consideró de poca monta las ciudades que Salomón le había reservado.²⁶ Nunca te consideres rico y colmado, para que no seas despedido con las manos vacías. Di siempre al Señor Dios tuyo: "Soy desdichado y pobre."²⁷ En tus manos, Señor, están el pan y la vestidura de mi alma. Si me dieras pan para comer y vestidos con qué cubrirme, serás mi Dios y esta piedra será testimonio de ello.²⁸ Pero si extendemos nuestras manos hacia Egipto y Asiria para saciarnos de pan,²⁹ ya hemos extendido nuestras manos a un Dios extraño.³⁰ Dios nos alimenta y nos viste en este camino, y a los hambrientos los colma con los bienes de sus consuelos, para que lleguemos a ser Israel, es decir, contemplativos.

11. Y aquí, es decir, en la contemplación, recibe a Israel su siervo. Mientras es llamado Jacob, se fatiga en múltiples trabajos, sirve a un amo extraño, pero lo sirve con fidelidad. Por el contrario, cuando regresa a la casa de su padre con todos sus bienes, ya es llamado con otro nombre, a saber, Israel, porque el Señor *recibió a Israel, su siervo*. Recibe al que regresa de Mesopotamia de Siria,³¹ al que, fatigado por los trabajos y tribulaciones, suspira por ver el rostro de su padre. Recibe al que va a alimentar, recibe al que va a perfeccionar y conducir hasta la visión de su rostro. *Recibió a Israel, su siervo*, no al soberbio, sino al humilde, no al velludo, sino al lampiño, no al cazador, sino al pastor. ¿Y por qué lo recibe? Porque *se acordó de su misericordia*. Esta es la única causa

24 Gén. 33, 11.

25 Núm. 10, 29-30.

26 1 Cró. 9.

27 Sal. 69, 6.

28 Gén. 28, 20-22.

29 Lam. 5, 6.

30 Sal. 143, 21.

31 Gén. 35, 10.

por la que lo recibió, para manifestar las riquezas de su gloria en vasos de misericordia que preparó para la gloria.³² Parecía que Dios se había olvidado de ser misericordioso cuando difirió hasta el fin de los tiempos el enviar a su Hijo; pero se acordó de lo que nunca había olvidado, para que nosotros recordemos siempre y cantemos eternamente las misericordias del Señor.³³ *Recibió a Israel, su siervo.* Recibió su naturaleza, recibió su causa, recibió su negocio, recibió el Padre a su Hijo, recibió en el Hijo a su siervo Israel, a todo su cuerpo desde el primer justo hasta el último. Lo recibió en olor de suavidad,³⁴ como sacrificio vespertino.³⁵ Lo recibirá para la herencia inmarcescible e incontaminada reservada en el cielo.³⁶ *Se acordó de su misericordia.* Observa que el final de este canto es la misericordia. Comienza por la misericordia, termina con la misericordia, todo gira en torno a la misericordia.

12. *Como había hablado a nuestros padres.* Este último versículo es el que completa el decálogo, el que perfecciona el tabernáculo como con diez cortinados. En este versículo se comprueba la verdad de las promesas de Dios, la autoridad de ambos Testamentos y la unidad de todos los creyentes, y, convenientemente, se hace referencia a todas y a cada una de las cosas dichas más arriba. Como si dijera: esto y esto hizo por mí el que es poderoso, misericordioso, justo y veraz en todas sus palabras y obras. Así, digo, cumplió con obras todo lo que *había hablado a nuestros padres.* Dios, que creó todas las cosas, habló una sola vez, pero lo que se hizo en él una vez eternamente, no pudo ser indicado de una vez en el transcurso de los tiempos. Por eso habló de muchos modos y en muchas ocasiones³⁷ a los padres; pero muy pocos de ellos conocieron esta palabra, y aun esto escasa y oscuramente, has-

32 Rom. 9, 23.

33 Sal. 88.

34 Lev. 2, 9.

35 Sal. 140, 2.

36 I Pe. 1, 4.

37 Heb. 1, 1.

ta que en los últimos tiempos nos habló por su Hijo,³⁸ que se manifestó a sí mismo con mayor claridad. Sin embargo, esa palabra es vista sólo por pocos, y en espejo y por enigma.³⁹ hasta que finalmente será conocida por los elegidos en el esplendor de los santos, engendrada del seno del Padre antes de la aurora.⁴⁰ Al principio, pues, habló a nuestros padres lo que al fin de los tiempos comenzó a declarar manifiestamente, para que una y la misma piedra uniera a los antiguos padres y a los nuevos hijos en una trabazón de fe y caridad, y fuera una paloma y una hermosa⁴¹ la que creyera en el que había de venir y recibiera al que venía. Entré esos padres el más insigne, el principal y el más grande fue *Abrahán*, en cuya *descendencia* son contados todos los creyentes,⁴² a quienes también ahora habla Dios mediante la columna de nube durante el día y la columna de fuego durante la noche;⁴³ y en los siglos venideros hablará, no como en espejo, ni en figuras, ni en sueños, sino que hablará por sí mismo una sola vez a todos, cara a cara,⁴⁴ cuando entregue el reino a Dios Padre⁴⁵ y Dios será todo en todos.⁴⁶ Amén.

38 Heb. 1, 2.

39 I Cor. 13, 12.

40 Sal. 109, 3.

41 Cant. 6, 8.

42 Rom. 4.

43 Ex. 13, 21.

44 I Cor. 13, 12.

45 I Cor. 15, 24.

46 I Cor. 15, 28.

SAN AMADEO DE LAUSANA

**OCHO HOMILIAS
MARIANAS**

Introducción y traducción:
P. Enrique Contreras, o.s.b.

INTRODUCCION

I. SAN AMADEO DE LAUSANA: VIDA Y OBRA

SAN AMADEO pertenece a aquel numeroso grupo de monjes cistercienses que la Iglesia, de un modo u otro, llamó a su servicio de los claustros monacales a las sedes episcopales. Miembro de una de las familias más antiguas e ilustres del Delfinado, nació en Chatte, en el castillo de los Clermont, hacia 1110.

Cuando el joven Amadeo no contaba aún diez años de existencia, su padre, Amadeo de Hauterives o también Amadeo el Anciano, tomó a su hijo y, junto a dieciséis compañeros de la nobleza, pidió su ingreso en la incipiente abadía de Bonneveaux en la diócesis de Vienne. Deseaba que su hijo recibiera una buena formación de estos nuevos monjes venidos de Cîteaux, que, a orillas del Gire, en 1117, comenzaban a hacer realidad aquella nueva manera de seguir a Cristo que surgía del Cister y que tanto admiraba a sus contemporáneos.

La vida en Bonneveaux no resultaba fácil; sus tierras eran tan pobres como los recursos de la comunidad. A la austeridad cisterciense se sumaban los extraordinarios esfuerzos que implica levantar una abadía. Si bien este programa de vida era muy loable y conveniente para la santidad de señores y caballeros, estaba muy lejos de satisfacer las necesidades educacionales de un joven noble. Nos cuenta la crónica que el antiguo señor de Hauterives, ahora humilde monje en Bonne-

veaux, se consumía de angustia viendo la insuficiente formación que los monjes proporcionaban a su hijo; esto lo determinó en un momento de debilidad a abandonar su monasterio y llevar al joven Amadeo a la célebre abadía benedictina de Cluny. Allí fueron recibidos con honores y la esmerada formación cluniacense pronto comenzó a cultivar la rica personalidad de Amadeo. Sin embargo, beneficiado con una segunda gracia de conversión, el gran señor de Hauterives regresó prontamente arrepentido a Bonneveaux, donde llevó una vida humilde y ejemplar hasta el fin de sus días.¹

De Cluny pasa san Amadeo a Alemania, a la corte de su pariente Conrado de Hohenstauffer, el futuro emperador Conrado III; pero luego de tres años, y ya en madura disposición de sí mismo, decide seguir a Cristo pidiendo su ingreso en Claraval en 1125. Esta abadía estaba por entonces en pleno apogeo; san Bernardo crecía y desarrollaba la multiplicidad de sus talentos humanos y espirituales; un nuevo estilo de ser cristiano florecía en la sociedad medieval. Nuestro autor convivirá en este ambiente —semillero de abades y obispos, entre los que sobresalía Bernardo Paganelli, el futuro papa Eugenio III— hasta que en 1139 san Bernardo lo nombra abad de Hautecombe, en Saboya, a los veintinueve años de edad. Entre los fieles y el clero, así como frente a san Bernardo y el papa Lucio III, su renombre fue grande; de tal modo, a pedido de estos últimos aceptó en 1145 abandonar la vida cisterciense y ser ordenado obispo de Lausana.

Su vida episcopal estuvo signada por no pocos conflictos eclesiásticos y seculares; en medio de ellos y de las señoriales prerrogativas que el episcopado solía proporcionar entonces, siempre permaneció hombre de Dios y del Evangelio. Con alma de monje buscó la paz, el progreso espiritual de sus fieles y el respeto de los justos derechos de la Iglesia y de los desprotegidos. Como tantos otros obispos de origen cisterciense, Amadeo no cambió sus ropas ni costumbres monacales,

1 Cf. Dimier, A., *Un grand seigneur Dauphinois, humble moine cistercien*, Ed. Paillet (Bourgoin, 1968); Waddell, Ch. "La simplicité de l'ordinaire", en *Collectanea Cisterciensia*, t. 41, 1 (1979), págs. 11-18.

en la medida que éstas podían compagiarse con su nueva situación; siempre sobresalía en él el hombre de oración y estudio, deseoso de soledad e íntima unión con Dios. Su diócesis contaba con varios monasterios, entre ellos tres cistercienses: Hauterive, cerca de Friburgo, Hautcrét en las proximidades de Palizieux y Montheron sobre el Jorat; siempre que podía, Amadeo gustaba de retirarse a ellos, particularmente al segundo.

Pocos son los recuerdos personales que nos ha dejado el mismo Amadeo. De su formación en Bonneveaux, Cluny y Claraval, nos dice que fue una educación basada en la confianza en Dios (*Hom. III*, pág. 181). De la corte imperial alemana su espíritu quedó fuertemente impactado por su esplendor; el fausto imperial no dejará de resonar en sus alabanzas a la Virgen. Hijo de su tiempo, las peregrinaciones a Tierra Santa y a los santuarios alimentaron el fervor de su piedad. Sus escritos nos dan cuenta de su sólida cultura clásica; Amadeo hace uso de un refinado lenguaje mediante un amplio y rico vocabulario, expresándose a través de los recursos estilísticos de la época. El empleo de algunos términos y la aplicación de elementos mitológicos griegos corroboran la amplitud de su conocimiento. Pero la Escritura es sin lugar a dudas su dominio preferido, juntamente con los Padres de la Iglesia. Su admiración por la naturaleza se vio enriquecida por lo que era común en la época: la lectura de "bestiarios"² e Historias Naturales; el Cantar de los Cantares fue el complemento escriturístico de este amplio espectro de su cultura.

Son escasas las obras de Amadeo que nos han llegado. Exceptuando aquellas de tipo jurídico que luego mencionaremos, se ha conservado una carta pastoral desde el exilio: *Epistula ad filios suos Ecclesiae Lausanensis*,³ en que se narran los padecimientos y sentimientos pastorales del obispo;

2 "Bestiarios" eran escritos de naturalistas antiguos acerca de los animales y su significación simbólica. En la antigüedad era común su empleo, lo mismo que al tratarse de plantas, piedras y colores, elementos todos que ayudaban a comprender el significado de muchas pasajes bíblicos. Formaban parte de la cultura.

3 PL 188, 1299-1304.

un acta de donación a la abadía de San Mauricio en Vallais; una carta al joven Humberto de Saboya y las *Ocho Homilías Marianas*.

Hombre de oración, no lo fue menos de acción. Al igual que su padre, poseyó una eficaz capacidad organizativa. Como abad estableció su comunidad de Hautecombe al pie de la Charve, en el terreno que en 1137 le ofreció su tío Godofredo de Clermont. Como obispo fue múltiple su labor. Su época era, un poco como la nuestra, de intensa renovación social y cristiana. La Reforma Gregoriana irrumpía en el seno de un mundo que buscaba ya un nuevo equilibrio; lo religioso y lo temporal se amalgamaban de tal suerte que a menudo se confundían los intereses de Dios y los de los hombres. El declinante reinado de Borgoña favorecía las crecientes y muchas veces brutales aspiraciones de los nobles laicos, quienes en su avidez no respetaban Iglesia, reino o desamparados.

Al comenzar su servicio episcopal, Amadeo tuvo que enfrentar la reorganización de su diócesis. Su predecesor, el obispo Guy de Maligny, debió de renunciar luego de catorce años de episcopado como consecuencia de crónicas tensiones entre la Iglesia y las autoridades seculares, además de una vida privada irregular. Amadeo procuró una mejor gestión de los bienes temporales diocesanos, reformó las costumbres y abolió abusos del clero y de algunos fieles, promoviendo el fervor cristiano, de lo cual él mismo dio ejemplo. A partir de 1144 emprendió una significativa labor jurídica, redactando los estatutos concernientes al obispo y su Capítulo,⁴ lo cual puso término a un sinnúmero de malentendidos, y codificó las antiguas costumbres de Lausana, estableciendo también los derechos del obispo y de los burgueses de la villa; este documento será la base de la futura constitución de la ciudad de Lausana, promulgada en el siglo XIV.

Su cargo y autoridad moral lo constituyeron árbitro y conciliador de conflictos, no sólo de su diócesis, sino también más allá de sus fronteras. Los eclesiásticos, nobles, príncipes y el papa mismo le confiaron espinosas causas. Canciller del

4 PL 188, 1283-1288.

reino de Borgoña y vicario imperial, tenía derecho a citar a su "corte". Siempre se le vio promotor de la paz y la justicia, valores por los cuales no escatimó esfuerzos y sacrificios personales aun cuando el sanguinario atropello viniera de su propio pariente y protector: Amadeo, conde de los ginebrinos, quien indebidamente se atribuía derechos sobre la ciudad de Ginebra, por lo que el obispo, además de ser ultrajado en Moudon, hubo de padecer el exilio; de esta época se nos conserva la Carta pastoral de la pascua de 1156, antes mencionada. Algunos documentos nos revelan su presencia junto al emperador en Spira (1146 y 1154), Besançon (1153), Worms (1154) y es posible que también haya asistido a la Dieta de Roncaille (1158), presidida por Federico Barbarroja.

La muerte sorprendió a Amadeo a los cuarenta y nueve años de edad y catorce de obispo, el 27 de agosto de 1159. Su cuerpo fue enterrado en la catedral de Lausana y fue reconocido en 1911, oportunidad en que sus restos fueron trasladados a la sacristía de la iglesia de Nuestra Señora de Lausana, en Valentin, en la diócesis de Friburgo. La Iglesia celebra su fiesta el 30 de agosto.

II. LA OBRA

1. Propósito y perspectiva

Al comienzo de la segunda homilía nos revela Amadeo el propósito de su obra: "Cantar las alabanzas de la Santísima Virgen María." Se trata de contemplar, dentro de lo humanamente posible, los "misterios" divinos realizados en favor de la Madre de Dios; de descubrir la belleza, la alegría y los secretos de su corazón (*Hom. I*, pág. 156), lo que da origen a un verdadero tratado sobre las glorias de María.

La alabanza será el tono propio de las homilías. Ellas brotan del amor profundo por santa María, activamente presente e íntimamente descubierta, que desempeña un singularísimo papel en el misterio redentor de Dios. Esta actitud

sitúa al lector en la adecuada perspectiva desde la cual debe considerarlas.

2. El plan

Esta alabanza tiene desde un comienzo un plan perfectamente definido en la mente del autor. En la segunda homilía Amadeo nos presenta a la Virgen en el dinamismo de su misterio. María no es desde un principio una realidad acabada e inmutable, sino que, a medida que el plan salvífico del Padre se va cumpliendo, ella también va perfeccionándose de gloria en gloria; en palabras del obispo de Lausana: "Nos esforzaremos por explicar... los progresos y crecimientos de su ruta, para que su gloria sea reconocida en sus etapas y proclamada en cada una de ellas."⁵ Así establece la materia de las homilías relacionando sus "progresos o glorias" con los siete dones del Espíritu Santo presentados por Isaías 11, 2, y con lo que él denomina "siete grados" de perfección mariana, comparables a los peldaños de la escala de Jacob, todo lo cual nos señala un itinerario espiritual.⁶ Veamos un esquema:

PROGRESOS o GLORIAS	GRADOS	DONES	HOM.
1 ^o Adornada de todas las virtudes	<i>Justificación o adorno</i>	Temor de Dios	Ia. Intr.
2 ^o Unida al Espíritu. Alianza nupcial	<i>Unión o alianza</i>	Piedad	IIa.
3 ^o Reconocida Madre del Salvador	<i>Parto o nueva descendencia</i>	Piedad	IIIa.
4 ^o Martirio del Corazón	<i>Fuerza del alma</i>	CIENCIA	IVa.
5 ^o Alegría por la resurrección de Cristo	<i>Gozo o admiración</i>	Fortaleza	Va.
6 ^o Ascensión	<i>Asunción o exaltación</i>	Consejo	VIa.
7 ^o Perfecta cuando todos se salven	<i>Plenitud o perfección</i>	Inteligencia	VIIa.
		Sabiduría	VIIIa.

⁵ Hom. II, pág. 166.

⁶ Hom. II, págs. 166-168.

3. Características de contenido

• La Escritura

Como es habitual en los escritores cistercienses del siglo XII, toda la reflexión del misterio cristiano encuentra su apoyo en la Escritura. San Amadeo no es excepción, aunque su propósito no sea hacer de las homilías un tratado exegético sobre la Virgen María, ni siquiera —como san Bernardo en su *En Alabanza de la Virgen Madre*— un comentario a determinados pasajes bíblicos sobre ella; en esto se aparta de su maestro. Amadeo reflexiona a partir de la fe de la Iglesia de su época, encontrando en la Escritura el fundamento de su pensamiento, teniendo en cuenta la tradición que ha recibido de los Padres y la intuición personal que en la asimilación de la Palabra el Espíritu le ha ido dejando entrever. Pretende hacer teología, no exégesis, pero su aproximación al misterio mariano es fundamentalmente escriturística, a tal punto que la relación entre María y la Palabra es tan íntima que, como concluye André Louf,⁷ sólo la Palabra de Dios es el instrumento apto para transmitirnos la comprensión que Amadeo tiene del misterio de María; ella es la clave de su exégesis.

Esta exégesis se basa en una profunda visión unitaria de los dos Testamentos, el triple sentido de la Escritura común a su época y lo que hoy podríamos denominar el "sentido pleno"⁸ de la misma. "El fin de los dos Testamentos es anunciar a Cristo... y también a la Virgen María."⁹ En la sexta homilía, al disertar sobre los pechos de la esposa de que habla el Cantar, nos indica el triple fenómeno de la Palabra en relación con su comprensión espiritual y la caridad;¹⁰ su intención es superar los sentidos literal y moral para alcanzar

⁷ Louf, A., "Marie dans la Parole de Dieu selon S. Amédée de Lausanne", en *Collectanea Ord. Cist. Ref.*, t. XXI, n. 1 (1950), pág. 61.

⁸ "Sentido pleno" de un texto bíblico es aquel cuyo completo significado no se descubre por la significación inmediata de sus palabras ni por el contexto en que está inserto, sino a la luz de toda la revelación.

⁹ Hom. I, pág. 161.

¹⁰ Hom. VI, págs. 228-229.

el sentido místico, porque en él a los dos Testamentos se le une el "don de inteligencia y el perfume del amor",¹¹ que posibilitan el "conocimiento del amor". A partir de esta comprensión totalizante del Misterio y la Palabra, don íntimo del Espíritu, innumerables pasajes de la Escritura arrojan su luz y descubren —cada uno a su manera— el inefable misterio de la Virgen Madre en la variada policromía de sus glorias. Este proceder, muchas veces abusivo y hasta chocante para nuestras críticas exigencias exegéticas, no es un arbitrario juego de imágenes que faciliten retóricamente el pensamiento, sino que responde a realidades teológicas profundamente intuitas por el autor; ¹² las mismas exigen una adecuación mental por parte del lector contemporáneo.

Junto a los temas tradicionales que Amadeo muchas veces completa, las homilias nos ofrecen innovaciones propias del autor; por ejemplo, la aplicación a María del texto de Lamentaciones 1,12 de la liturgia de Semana Santa (*Hom. V*, pág. 221), la del Salmo 15, 8-11, que Hechos 2,25-31 refiere a Cristo (*Hom. VII*, pág. 250); o bien Hebreos 7,25 en la *Hom. VIII* (pág. 255) al hablar de las mediaciones de Cristo y María; véase asimismo la "marianización" de textos cristológicos sobre la cual hablaremos luego.¹³ Su interpretación mariológica del Cantar lo aparta de la escuela cisterciense, la cual, a pesar de su predilección por este libro, fue muy cauta en aplicarlo a la Virgen; en esto el santo obispo sigue a Ruperto de Deutz, quien antes que él escribió un comentario sistemático a esta obra, desde una perspectiva mariana.¹⁴

• La teología

Al observar el plan que Amadeo nos traza de las homilias y su contenido, comprobamos que ellas constituyen una

11 *Hom. VI*, pág. 229.

12 Louf, A., art. cit., págs. 39-41; cf. Bavaud, G., en "Introduction", en *Huit Homélies Mariiales*, SC 72; págs. 18-22.

13 Cf. págs. 150-151 en esta Introducción.

14 PL 168, 839 ss.; cf. Louf, art. cit., págs. 45-49.

síntesis teológica sobre la Virgen María, fruto de una reflexión más teológica que exegética y de los datos que aporta la revelación en el contexto de una tradición viviente, en un ambiente determinado.

En efecto, las homilias pretenden ser una "alabanza de la Santísima Virgen María" para que, "fijando [nosotros] la mirada sobre su gloria y penetrando en el abismo de esa inmensa luz, corramos... por sus senderos".¹⁵ Se trata de "explicar... los progresos y crecimientos de su ruta [la de María]".¹⁶

La reflexión teológica del obispo de Lausana corresponde a lo que se ha dado en llamar "teología monástica", acorde con su formación cisterciense y con su ambiente. Esta teología, nacida de las precisas necesidades de los claustros monásticos, no busca tanto la perfección de la inteligencia mediante la clara, precisa y sistemática búsqueda de la verdad como lo hará luego la teología escolástica mediante la *quaestio*, sino que más bien subraya primariamente la búsqueda del amor, la experiencia cristiana del Misterio, la contemplación *sabrosa y admirativa* de la verdad, la cual es intelectualmente buscada en la medida en que contribuye a la unión de amor;¹⁷ de aquí su valor altamente personalizante e integrador.

El método empleado también lo hallamos enunciado por Amadeo al comienzo de la segunda homilía. Se tratará de un gozoso caminar por la gloria de María, reconociendo y proclamando cada una de sus etapas; será un peregrinar "desde el fondo del corazón y por medio de la palabra" (*Hom. II*, pág. 166). El uso del adverbio latino *luti* con más detalle,¹⁸ que caracteriza el método, nos indica que las homilias han de

15 *Hom. II*, pág. 166.

16 *Ibid.*

17 Entre lo mucho escrito acerca de la "teología monástica", puede consultarse provechosamente a Leclercq, J., "La teología monástica", en *Cultura y vida cristiana*, Sígueme (Salamanca, 1965), págs. 231-280. Sobre su empleo en las homilias, cf. la excelente Introducción de C. Bavaud, o. cit., págs. 16-18, donde también podrá hallarse una exposición doctrinal mariana sobre las mismas.

18 *Hom. I*, pág. 157.

ser una vasta búsqueda de textos escriturísticos que aportarán su luz mediante abundantes símbolos y razones de conveniencia, más que una argumentación teológica formal, tal como los teólogos la realizarán posteriormente. Esta es la causa del papel fundamental que desempeña la Escritura en la teología de la obra.

Junto a la Palabra, el lector encontrará el recurso a textos de la liturgia, a pasajes o ideas de san Bernardo, san Agustín, Pedro el Venerable, san Ambrosio, san Anselmo, Pascasio Radbert, etc. Igualmente el conocimiento que el obispo tiene de los "bestiarios" y compendios contemporáneos de Historia Natural sella con su cósmica impronta el contenido de la obra y permite el abundante despliegue de la imaginación, típico de la época, aunque exija del lector no sólo paciencia en la lectura, sino también el empleo *co-creativo* de su imaginación.

Doctrinalmente, los temas de la Trinidad, encarnación, redención, misterio pascual, eucaristía, mediación de María, escatología... se suceden en el desarrollo de las homilias. Su mayor mérito sea tal vez la afirmación del misterio de la Asunción de María, tan propio de Amadeo, que mereció ser citado explícitamente por el papa Pío XII al definir este dogma mariano en su bula *Munificentissimus Deus* del 1º de noviembre de 1950.¹⁹

• Algunas notas mariológicas

Realidad personal de María. San Amadeo es un ser profundamente mariano. María no es para el obispo de Lausana un tema de disertación, sino una madre íntimamente querida que lo guía a través de la existencia. Su presencia es una realidad vivencial. Tal vez uno de los valores de las homilias sean aquellos pasajes más personales del autor, en los que, veladamente muchas veces, nos descubre con vibrante sensibilidad el amor con que contempla a María. Su fe canta en la

poesía de un alma delicada que ha descubierto el "camino" al corazón de María, y en él, con empatía cordial, late según el eco de la alegría, el dolor y la gloria de esta Madre.

Esta "realidad personal" que es María para nuestro autor, es también característica de la época. En opinión de R. Laurentin,²⁰ el siglo XII se caracterizó por un cambio de perspectiva mariana; a partir de él comenzó a considerarse la "persona" de María más que la objetividad de su misterio. Desde entonces dejará de considerarse tanto su papel en el misterio de la Encarnación para mirar más bien su relación en el misterio de la Redención; María es presentada como asociada a Cristo en la obra de la salvación. Esto explica la abundante consideración que Amadeo presta a los aspectos subjetivos de María —sentimientos, virtudes, belleza, acciones...— y su participación en la obra de Cristo, principalmente junto a su Hijo en el Calvario (*Hom. V*, págs. 211 ss.), y el rol que ella desempeña ahora desde el cielo (*Hom. VII y VIII*, págs. 239-261).

Su "*centralidad*" en el Misterio. María ocupa un puesto central en el plan redentor del Padre. La primera homilía nos traza las coordenadas marianas de este Misterio. Ella "trasciende en poder y majestad a las falanges de querubines y serafines",²¹ y la dimensión terrestre de su misterio se nos expresa plásticamente mediante la combinación de dos figuras: María entre los dos canastos y como árbol del Paraíso (*Hom. I*, págs. 157 ss.).

La riqueza simbólica de estas imágenes es muy grande; ellas son como un telón de fondo sobre el cual se desarrollan las homilias. Para nuestro propósito baste indicar que la Virgen en medio de los dos canastos —el antiguo y el nuevo Testamento— define las relaciones de María y la Palabra; su centralidad queda subrayada mediante la determinación plástica que Amadeo hace en la figura, la cual corresponde a Cristo, plenitud intertestamentaria. María, nuevo árbol del Paraíso, se halla en el centro de éste, que es la Iglesia; ella es el árbol

²⁰ Laurentin, R., "La Virgen María" en *Iniciación Teológica*, t. III, Herder (Barcelona, 1961), págs. 212-213.

²¹ *Hom. I*, pág. 155.

más grande y de mejor fruto: Fruto que da la Vida. La causa de su mayor gloria es la maternidad divina.²²

Marianización de fórmulas cristológicas. A poco que se comienza la lectura de las homilias, nos encontramos con frases como esta: "El fin de los dos testamentos es anunciar a Cristo, mostrar a Cristo, proclamar a Cristo, y también a la Virgen María";²³ o bien con desdoblamientos tipológicos marianos en textos claramente cristológicos; así Romanos 5,12: "Porque así como por una mujer la muerte entró en el mundo, así también era conveniente que por una mujer entrara la vida. Y así como en Eva todos murieron, en María todos revivieron";²⁴ o también el desempeño de funciones semejantes a las de Cristo, por ejemplo, la intercesión de Cristo ante el Padre en favor de los hombres, según Hebreos 7,25, aparece "marianizada" en la octava homilia: "La bienaventurada Virgen, única por su mérito sin igual, está en presencia del Creador e intercede siempre en nuestro favor con su poderosa oración."²⁵

¿Es que Amadeo exalta tanto a la Virgen María que pierde de vista al Hijo? De ningún modo; el obispo de Lausana no cae en una "mariolatría". La preeminencia de Cristo sobre María queda de manifiesto a cada paso; las homilias comienzan afirmando: "Toda alma santa... descubre... —*después del Redentor*— a la Mujer bendita entre las mujeres."²⁶ Por otra parte, toda la obra es fuertemente cristocéntrica; María aparece siempre referida directa o indirectamente a Cristo; su alabanza no se aparta de su adoración a Dios. A María se la conoce y comprende a la luz de Cristo; en palabras de san Bernardo: "Toda alabanza de la Madre pertenece al Hijo." Si bien el siglo XII fue fuertemente mariano, la piedad a la Virgen gozó siempre de una salud cultural paralela a su importancia en la vida de aquellos cristianos.

²² Para un estudio de estas figuras puede consultarse el análisis de A. Louf, art. cit. págs. 49-60.

²³ *Hom.* I, pág. 161.

²⁴ *Hom.* II, pág. 173.

²⁵ *Hom.* VIII, pág. 255.

²⁶ *Hom.* I, pág. 155.

¿Cómo explicar esto, que parece tan propio de Amadeo de Lausana? Creemos que es una prueba más de la profunda comprensión del misterio mariano a que ha llegado el autor. A partir de una profundización teológica de la Palabra de Dios, Amadeo llega a una inteligencia precisa de la extensión y del papel de la Virgen María en el misterio de su Hijo, más allá de los límites aparentes que pueda indicarnos el lenguaje de las fórmulas bíblicas. Por eso Amadeo prefiere alabar y expresarse mediante imágenes; ellas pueden decir a nuestro espíritu lo que las palabras son incapaces de darnos a conocer. Recurriendo —entre otras— a la imagen de María como árbol del Paraíso, el santo nos expresa todo esto en la recíproca compenetración —que no es sustitución o confusión— del árbol y el fruto: "Es que, en efecto, todo árbol se reconoce por su fruto y se aprecia según su fecundidad... así también la alabanza del Hijo reverbera sobre la Madre, y el parto divino colma de gloria a la Mujer que da a luz."²⁷

Estos desdoblamientos y extensiones de fórmulas cristológicas en cuanto tales ya los había practicado san Agustín respecto a Cristo y la Iglesia;²⁸ a nuestro entender, el valor de Amadeo radica en la intuición y afirmación de su nuevo contenido, el cual manifiesta la transparente correspondencia entre Cristo, María y la Iglesia.

4. *Características literarias*

Amadeo de Lausana es un buen escritor. Su pensamiento se expresa mediante un lenguaje elegante y pulido, fluye con belleza en períodos balanceados, siendo particularmente cuidadoso el ritmo de las cadencias; ello confiere a las homilias una "agradable musicalidad", como ha observado Ch. Waddell.²⁹ La exuberancia de sus imágenes corre pareja con su vocabu-

²⁷ *Hom.* I, pág. 164.

²⁸ Cf. Louf, art. cit., págs. 37-61.

²⁹ Waddell, Ch., "Introduction", en *Magnificat*, CF 18 (Michigan, 1979), pág. xxvii.

lario; Amadeo dispone de una rica cultura que coloca al servicio de su enseñanza.

Podemos preguntarnos si las homilias fueron predicadas o no. Su forma, la complejidad y riqueza de su contenido, el trabajo literario que supone el estado en que se nos han transmitido, inducen a pensar que ellas fueron compuestas para ser leídas, más que para un auditorio. Según A. Dumas, ellas constituirían un género literario intermedio entre la sistematización teológica y el sermón litúrgico propio del Tiempo.³⁰ Por nuestra parte preferimos pensar que sustancialmente fueron predicadas; al menos son fruto de la predicación del obispo de Lausana, y luego han de haber sido paulatinamente redactadas en la forma en que las conocemos.³¹

Como es de esperar, los procedimientos literarios de la época condicionan su estilo; no obstante, podemos afirmar, siguiendo a Dumas,³² que el autor sabe desembarazarse de esa servidumbre utilizando aquellos recursos como medios de expresión de un poderoso espíritu religioso y poético.

Es frecuente el empleo de *ritmos ternarios* por medio de los cuales se subrayan las asonancias de las palabras, se enriquece el pensamiento y se aportan nuevas luces a un tema; son distintas maneras de proclamar un misterio, que corresponden a una concepción trinitaria de la realidad, propia del pensamiento agustiniano.

Las *digresiones* son, a nuestros ojos, un mal de la época; con todo, Amadeo es singularmente sobrio y cuando en alguna oportunidad la profundización de un tema parcial del asunto en consideración lo lleva a dejar un tema por otro, pronto retoma el hilo de su disertación. Esto generalmente es motivado por otro procedimiento usual en estos autores: la *asonancia*. Las resonancias que un término provoca llevan al obispo a abordar otro tema, especialmente cuando la evocación es bíblica; Amadeo es un maestro del estilo "catenario".

30 Dumas, A., "S. Amédée de Lausanne. Le personnage à travers son oeuvre", en *Collectanea Ord. Cist. Ref.*, t. XXI, n. 1 (1959), págs. 32-33; cf. nota 3 en pág. 12.

31 Cf. Bavaud, G., o. cit., págs. 11-12 y nota 4.

32 Dumas, A., art. cit., págs. 12-18.

Los *paralelismos antitéticos*, como Eva-María, María-Lucifer, etc., son muy de su gusto; además de incrementar nuestro conocimiento por vía negativa, evidencian el misterio mariano en el juego simbólico de las figuras.

Las homilias son una fiesta para los sentidos; la prodigiosa imaginación de los autores medievales es un desafío a nuestra fantasía y nuestros sentimientos. Amadeo no vacila en apelar a todos los recursos de que dispone el hombre para darle a conocer a la Virgen María, la más bella criatura salida de las manos de Dios. Los recursos dramáticos no escapan tampoco a su pluma, de tal modo que, mediante precisas *repeticiones de palabras* o *acumulaciones de términos*, logra movilizar los sentimientos del lector.

5. El texto

Hasta el presente sólo tres manuscritos se nos han transmitido de las *Ocho Homilias Marianas*: el Manuscrito L. 303 de la Biblioteca cantonal de Friburgo, del siglo XIII; el de Aoste, del siglo XV, y el Manuscrito L. 125, de la misma Biblioteca cantonal de Friburgo, pero del siglo XV.

Varias ediciones divulgaron la obra a través de los siglos. Mención especial merece la bilingüe que publicaron en 1960 Dom Jean Deshusses y Dom Antoine Dumas, o.s.b., en la colección "Sources Chrétiennes", n. 72, Ed. du Cerf (París); la cual ha tomado como base el texto del manuscrito de Friburgo del siglo XIII, notando las variantes del de Aoste y de la *editio princeps*, Bale, de 1957.

En castellano —según nuestro conocimiento— sólo se han editado algunos pasajes en la revista *Cistercium*, XI, págs. 63 ss. (1959), que tradujo para la misma fray María Alberto Gómez de las Bárcenas, o.c.s.o. Nuestra traducción la hemos realizado a partir del texto latino presentado en la edición bilingüe francesa publicada por Ed. du Cerf.

6. Su empleo para la oración

En fidelidad al propósito de san Amadeo y de sus fuentes, estas líneas introductorias serían incompletas si no indicáramos un posible uso de las homilias para la oración. Teniendo en cuenta el puesto singular que ocupa el rezo del rosario en la vida de oración de gran número de fieles, proponemos el siguiente esquema, correlacionando los misterios contemplados en el rosario y las homilias:

HOMILIAS MARIANAS

SANTO ROSARIO

Hom. I: <i>Introducción</i>	— Preparación al rezo del rosario
Hom. II: <i>Justificación de María</i>	— Meditación sobre la grandeza de María y la vida futura
Hom. III: <i>Concepción virginal</i>	— Los dos primeros misterios gozosos
Hom. IV: <i>Nacimiento</i>	— Tercer misterio gozoso
Hom. V: <i>Pasión</i>	— Misterios dolorosos
Hom. VI: <i>Pascua</i>	— Primer misterio glorioso
Hom. VII: <i>Ascensión de Cristo y Asunción de su Madre</i>	— Segundo y cuarto misterios gloriosos
Hom. VIII: <i>La mediación de María</i>	— Tercero y quinto misterios gloriosos

ENRIQUE CONTRERAS, O.S.B.

Monje de Los Toldos, República Argentina

HOMILIA PRIMERA

LOS FRUTOS Y LAS FLORES DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

TODA alma santa y espiritual¹ que examina los misteriosos secretos del cielo y escruta la jerarquía de los espíritus descubre, en primer lugar —después del Redentor—, a la mujer bendita entre las mujeres, llena de gracia,² la que dio a luz a Dios y no perdió la gloria de su virginidad.³ Esta bienaventurada Virgen, más brillante que toda luz, más deleitable que toda dulzura y más sublime que toda potestad, ilumina el mundo entero y, renovando todas las cosas con el excelente perfume que difunde,⁴ trasciende en poder y majestad a las falanges de querubines y serafines.⁵

¹ Rom, 12, 1.

² Lc. 1, 28.

³ Profesa la fe católica la *virginidad perpetua de María*, esto es, la virginidad “antes del parto, en el parto y después del parto”, según la célebre fórmula empleada por Paulo IV (Dz. 1880). Amadeo se refiere aquí a la virginidad “en el parto”, tema que luego expondrá en la *Hom. IV*; sobre todo al hablar de la mano de Dios, págs. 194 y 197.

⁴ Is. 39, 2; Am. 6, 6. Es común entre los autores cistercienses primitivos encontrar metáforas sensoriales; la asidua frecuentación del Cantar de los Cantares inspiró muchas de ellas; Amadeo tiene predilección por sabores y perfumes. Cf. *Introducción*, pág. 146.

⁵ María en la concepción de Amadeo ocupa un lugar preeminente entre los seres creados; ella está por encima de los ángeles y los santos. Cf. *Introducción*, págs. 148-151; *Hom. II*, pág. 177; *Hom. VII*, pág. 250; *Hom. VIII*, pág. 255.

Que por sus gloriosos méritos el Rey nos introduzca en su habitación⁶ y nos descubra los secretos más recónditos, ese hijo de David que cierra y nadie abre, que abre y nadie cierra.⁷ Que él nos revele las alegrías de aquella que lo trajo al mundo, la belleza que él se eligió por madre.

Moisés y los profetas han dado testimonio de él. Más tarde, los evangelistas y doctores, recogiendo las lecciones de su vida, de sus costumbres y de su gracia, han sacado a la luz las armonías profundas de la verdad. Lo que los primeros habían anunciado anticipadamente, los segundos lo han recolectado ya cumplido. Nosotros, entonces, estimulados por tantos y tales anuncios, corramos hacia el olor de sus perfumes y respiremos el aroma de sus gracias.⁸ Si la felicidad de verla nos es diferida y postergada, reposemos entre las flores en las que ella encuentra sostén, cuando dice en el Cantar: "Sostenedme con flores, fortificadme con frutos, porque desfallezco de amor."⁹

Y ¿cuáles son esas flores, sino los misterios divinos realizados en su favor y los secretos en otros tiempos ocultos y que ahora, manifestados en la carne y en el espíritu,¹⁰ han dado lugar a la aparición de los oráculos de los Padres como si se tratase de los brotes de un árbol? En cuanto a los frutos, el Apóstol nos los explica así: "Los frutos del Espíritu son la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la benignidad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad."¹¹

Ella es sostenida por las flores cuando se cumplen las profecías anunciadas y es fortificada por los frutos cuando se realiza lo que está escrito: "Dadle del fruto de sus manos y que a las puertas de la ciudad sus obras proclamen su alabanza."¹² Pero ya que hemos llegado a hablar de las verda-

6 Cant. 1, 3; 2, 4.

7 Apoc. 3, 7.

8 Cant. 1, 3.

9 Cant. 2, 5.

10 Col. 1, 26; 1 Tim. 3, 16.

11 Gál. 5, 22-23.

12 Prov. 31, 31.

deras flores y del fruto eterno de la justicia, es necesario que busquemos con más detalle,¹³ con la ayuda del Espíritu, qué son esas flores y esos frutos.

[*María entre los dos Testamentos*]

Consideremos esos dos canastos de oro, rebosantes de frutas y adornados con flores: el Nuevo y el Antiguo Testamento, dispuestos uno a la derecha y otro a la izquierda de la Virgen. De los dos, el Antiguo está a la izquierda y la gracia del Nuevo resplandece a la derecha. Porque conviene que la ley de la muerte se encuentre a la izquierda y la ley de la vida a la derecha, pues la primera hace al transgresor y la segunda borra la transgresión. La Virgen de las vírgenes aparece en medio, entre el esplendor primaveral de las flores y la exquisita dulzura de los frutos. Como el árbol plantado en el centro del Paraíso,¹⁴ ella levanta la cabeza hasta las alturas del cielo¹⁵ y del rocío de lo alto concibe y da a luz un fruto de salvación, un fruto de gloria, un fruto de vida: quien lo coma vivirá eternamente.¹⁶

Para que lo expuesto resulte más claro, puede añadirse que el Paraíso es ese jardín al que la Iglesia invita a su Amado: "Que venga mi Amado a su jardín y coma del fruto de los árboles."¹⁷ Porque ella se presenta como el jardín del Amado, ella que es regada por las fuentes del Salvador, ella a quien los ríos colman con sus dones,¹⁸ a tal punto que, desposada en el amor del Espíritu, se alegra y, fecundada por las gotas del rocío,¹⁹ encuentra su felicidad en la generación de numerosos hijos, como en la profusión de sus brotes. Ella llama a su Amado para que coma del fruto de sus árboles,

13 "Con más detalle" (*latius*) indica el método exegético empleado. Cf. Introducción, págs. 147 s.

14 Gén. 2, 9; 3, 3.

15 Cf. san Bernardo, Adv 2,4 (BAC: t. I, pág. 165).

16 Gén. 3, 5; Jn. 6, 50.

17 Cant. 5, 1.

18 Is. 12, 3.

19 Sal. 64, 11.

pues ha guardado para él frutos nuevos y viejos,²⁰ es decir, los oráculos de uno y otro Testamento; o los sentimientos perfectos de su corazón,²¹ que son como sus pechos, según se lee: "Tus pechos son cual dos racimos de uvas";²² o también las almas santas de los ángeles y de los hombres, entre los cuales algunos perseveran en la vida nueva, mientras que otros encuentran el sufrimiento en su vetustez y en su pecado.

También se puede ver en estos frutos nuevos y viejos a los Padres, nuevos y viejos,²³ entre los que se apacienta el amor del Esposo²⁴ hasta que despunte el día y las sombras se disipen. Entre ellos y en medio de ellos se eleva el árbol del cual hemos hablado, árbol de la salvación que produce el alimento de vida y el maná del cielo, maná que posee toda la dulzura y toda la suavidad.²⁵ Si el primer Adán lo hubiera conocido, jamás habría gustado la muerte. Que él mismo sea ese pan lo atestigua el Hijo del Hombre cuando dice en el evangelio: "Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente."²⁶

[La armonía de los dos Testamentos]

Volvamos a los canastos de los que ya hemos hablado. Consideremos las flores de la izquierda y los frutos de la derecha. Porque lo que la ley había prometido en flores, la gracia lo ha mostrado en actos. Allí está profetizado lo que será; aquí es alabada la virtud consumada. Allí está el signo, aquí la realidad significada. Señalemos que esos canastos representan la gloria de Cristo y la concepción de la Virgen.

²⁰ Cant. 7, 13.

²¹ Sab. 6, 16.

²² Cant. 7, 8.

²³ Es decir, las generaciones que han precedido a Cristo y las que lo han seguido. En el centro de ambas vertientes de la Historia, María domina con su Hijo. Cf. Introducción, págs. 149 s.

²⁴ Cant. 2, 16-17.

²⁵ Sab. 16, 20.

²⁶ Jn. 6, 51-52.



Porque el fin de los dos Testamentos es anunciar a Cristo, mostrar a Cristo, proclamar a Cristo, y también a la Virgen María.²⁷

[1. El Antiguo Testamento anuncia a Cristo y a su Madre]

Todo esto, ora está oculto bajo los signos, ora envuelto por misterios y figuras, ora celebrado por las fiestas rituales, ora figurado por los sacrificios, ora revelado por las profetas, ora confirmado por las afirmaciones del Evangelio. Y en la espesura de los bosques del Líbano,²⁸ en ese monte espeso y sombreado, se nos revela la majestad del Esposo y el lecho del que salió; [y también se nos revela] el Salvador de las naciones²⁹ y la tierra que produce al Salvador, la estrella de Jacob, el jefe de Israel,³⁰ la vara de la raíz de Jesé y la flor de esa raíz.³¹ Por un lado, en efecto, leemos que el Cristo debía nacer de una virgen, sufrir en su carne, resucitar en gloria, ascender entre gritos de júbilo,³² sentarse a la derecha del Padre y distribuir a los creyentes los dones del Espíritu. Por otro lado, leemos su nacimiento, su pasión, su resurrección, su ascensión y cómo infundió a los suyos los dones del Espíritu.

Igualmente, en la Escritura de verdad se anuncia de su santa madre que una virgen concebirá y que —virgen— dará a luz a un hijo a quien pondrá por nombre Emmanuel,³³ y su aparición tendrá lugar desde el principio y desde los días eternos.³⁴ Sólo la Virgen mereció concebirlo, sólo ella mereció darlo a luz, sólo ella mereció amamantarlo, según los deseos y la espera ardiente de la Iglesia que suplica diciendo: “¿Quién me concederá tenerte por hermano, alimentándote de los pe-

27 Cf. Introducción, pág. 145.

28 I Re. 10, 17.

29 Sal. 18, 6.

30 Is. 45, 8; Núm. 24, 17.

31 Is. 11, 1.

32 Sal. 46, 6.

33 Is. 7, 14.

34 Miq. 5, 2.

chos de mi madre, para poder encontrarte afuera y darte un beso, y entonces va nadie me despreciará?"³⁵

"Poder encontrarte", dice ella, afuera, a la luz, a ti que eres el secreto del Padre; que yo te encuentre manifestándote en la carne, tú que te ocultas en una invisible majestad; que te encuentre cual esposo que abandona su lecho matrimonial,³⁶ tú que has sido concebido en el seno de una virgen. "Y que yo te dé un beso." Te daré un beso en la carne que has tomado para unirla a ti; te daré un beso unido a ti en la recepción de tu carne y tu sangre, para que no seamos dos, sino una sola carne.³⁷ Yo te daré un beso adherido a ti en un solo espíritu, porque el que se adhiere a Dios es un solo espíritu con él.³⁸ "Entonces nadie me despreciará", ni Dios Padre que ve a su propio Hijo encarnado; ni el ángel santo que adora al Dios hecho hombre; ni el orgulloso demonio que siente el dolor de haber sido vencido por Cristo.

[2. El Nuevo Testamento revela a Cristo y a su Madre]

Ahora detengámonos en algunos hechos tomados del Evangelio. Leemos que la Virgen, saludada por el ángel y desposada por Dios,³⁹ concibió del Espíritu Santo y engendró a aquel que es verdadero Dios y verdadero hombre, que debía salvar a su pueblo de sus pecados y cuyo reino no tendría fin.⁴⁰ En él se cumple la promesa hecha a Abrahán: "En tu descendencia se bendecirán todas las naciones."⁴¹ De él, el Apóstol dice muy acertadamente: "Ved que grande es",⁴² él, que entra para salvar a las naciones. Sí, él es grande, ese Hijo Único que el Padre ha enviado al mundo, que la Virgen —por

35 Cant. 8, 1.

36 Sal. 18, 6.

37 Gén. 2, 24; 1 Cor. 6, 16.

38 1 Cor. 6, 17.

39 Lc. 1, 26-38.

40 Mt. 1, 21; Lc. 1, 33.

41 Gén. 22, 18.

42 Heb. 7, 4.

obra del Espíritu— ha engendrado; siendo virgen concibió y dio a luz, y después del parto permaneció virgen.

Fue anunciado por el arcángel, fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen santa y Juan, estando aún en el seno materno, lo señaló por adelantado.⁴³ El anciano Simeón lo recibió con gozo inefable y lo proclamó "luz de las naciones y gloria del pueblo de Israel".⁴⁴

¿No adviertes que la Sabiduría abarca de un extremo a otro con fuerza y dispone todas las cosas con suavidad,⁴⁵ ella que, desde el niño que aún no ha nacido hasta el anciano decrepito,⁴⁶ presenta tantos testimonios en favor propio y con dulce armonía toca tan variados instrumentos de verdad? Así, el profeta dice: "Nadie puede sustraerse a su calor."⁴⁷ Él viene del Padre, él vuelve al Padre; una excursión a los infiernos, y el retorno al trono de Dios.⁴⁸ ¿Quién podrá sustraerse al calor de aquel que un niño —estando aún en el seno materno— alcanzó a percibir y que en el templo inflamó al anciano moribundo? Aquél saltó y se movió como pudo para mostrar que deseaba correr delante del Señor. Éste recibió en sus brazos a ese Jesús que aguardaba con inexorable anhelo; de esa manera recogió en el fondo de su corazón el amor divino y, no soportando en su frágil carne el suavísimo ardor del Ser que está más allá de los cielos, ni en sus huesos la fuerza del Verbo de fuego, pidió ser librado de su cuerpo, para que —libre ya de esta morada mortal— pudiera gozar más libremente de la suavidad pregustada y anunciar al Salvador recién nacido —que él proclamaba entre los vivientes— a los que habitan en la región de sombras de muerte.⁴⁹

Pero, ¿qué estamos haciendo? ¿Adónde hemos sido conducidos? He aquí que, deseando exaltar a la que es bendita

43 Lc. 1, 41.

44 Lc. 2, 28-32.

45 Sab. 8, 1.

46 Cf. Sermón 330 atribuido a san Agustín (PL 39, 1658).

47 Sal. 18, 7.

48 Cita libre del himno *Veni Redemptor Gentium* de san Ambrosio; igualmente en *Hom. III* y *Hom. IV*; cf. SC 72, págs. 15-16.

49 Lc. 1, 79.

entre todas las mujeres, estamos celebrando el fruto bendito de su seno. Deseando alabar la belleza del árbol, nos hemos quedado en la inmensa dulzura del fruto.

En efecto, todo árbol se reconoce por su fruto⁵⁰ y se aprecia según su fecundidad. Porque así como la palmera se valora en la dulzura de sus dátiles, la viña en el mosto de sus uvas, el olivo en el aceite de sus aceitunas, así también la alabanza del Hijo reverbera sobre la madre y el parto divino colma de gloria a la mujer que da a luz.⁵¹

[Figuras de Cristo y de su Madre]

Nos place, mis hermanos, retomar en otro sentido lo que precede y probarlo nuevamente con una exposición nueva, a fin de que la incredulidad ciega sea convencida por la luz, y la fe en Cristo se torne palpable y sin obstáculos.

Entremos entonces en el santo de los santos y contemplemos el propiciatorio. Tiene encima dos querubines, que están uno frente al otro, mirando al propiciatorio y cubriéndolo con la sombra de sus alas desplegadas. Allí, entre otras cosas, resplandece la urna de oro que contiene escondido el maná. Allí está la vara de Aarón que reverdecía.⁵² Por propiciatorio hay que entender: aquel del que dice el Apóstol "que es propiciación por nuestros pecados".⁵³ Los dos querubines significan los dos Testamentos, pues querubín quiere decir plenitud de conocimiento y la plenitud del conocimiento se encuentra en los dos Testamentos. Es muy justo que los querubines —que están uno frente al otro— miren al propiciatorio y lo cubran, porque los Testamentos, que concuerdan en proclamar a Cristo, lo velan con figuras y enigmas.

La urna de oro es la bienaventurada María, de oro por la excelencia de su vida, de oro por la integridad y la pureza, de

⁵⁰ Mt. 7, 17.

⁵¹ Adviértase la íntima reciprocidad entre la Madre y el Hijo en el pensamiento de Amadeo; cf. Introducción, págs. 150 s.

⁵² Núm. 17, 7-10; Heb. 9, 1-5.

⁵³ I Jn. 2, 2.

oro por la plenitud de la gracia.⁵⁴ Esa urna contiene escondido el maná, porque ha llevado en su seno sacrosanto el pan de los ángeles que descende del cielo y da la vida al mundo.⁵⁵

La vara del sumo sacerdote significa esa Virgen gloriosa que descende de la tribu real y sacerdotal, la que ha dado a luz al Rey de los santos, Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.⁵⁶ Se llama vara pues es graciosa y recta, sutil y alta. Graciosa por el pudor y la belleza, recta por el juicio y la equidad, sutil por el espíritu de contemplación, alta por el mérito de vida. Ella ha florecido merced a la acción del Espíritu Santo, así como la vara de Aarón había florecido por milagro.⁵⁷ La vara había producido una almendra. La Virgen ha dado la mejor de las almendras, con semilla y carozo. Una semilla para morir, un carozo para cubrir. Semilla en la divinidad, carozo en la humanidad.

[El fruto de María]

¿Quieres conocer la semilla? Escucha: "Al principio existía el Verbo."⁵⁸ ¿Quieres conocer el carozo? Escucha: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros."⁵⁹ Ves entonces que la semilla dentro del carozo es el Verbo hecho carne. Y como el carozo posee también una corteza, reconoce la corteza en el amargo dolor de la carne, el carozo en la resurrección y la semilla en la divinidad. Por la corteza Cristo nos cura, por el carozo nos fortifica y por la semilla nos sirve de alimento eterno.

Que esa semilla, que ese Verbo, nos ilumine ahora y siempre, y que nos introduzca en la habitación de su madre.⁶⁰ Él, que vive y reina con Dios Padre en unión con el Espíritu Santo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

⁵⁴ Ex. 16, 32-34; Heb. 9, 6.

⁵⁵ Sal. 77, 25; Sab. 16, 20; Jn. 6, 50; Apoc. 2, 17.

⁵⁶ Sal. 109, 4.

⁵⁷ Núm. 17, 8.

⁵⁸ Jn. 1, 1.

⁵⁹ Jn. 1, 14.

⁶⁰ Cant. 3, 4.

HOMILIA SEGUNDA

EL ADORNO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

PUESTO que ya hemos comenzado, con la ayuda de Dios, a cantar las alabanzas de la santísima Virgen María, nos resta ahora proseguir su elogio desde el fondo del corazón y por medio de la palabra. Fijemos nuestra mirada sobre su gloria y una vez que hayamos penetrado en el abismo de esa luz inmensa corramos, con el corazón dilatado y henchido de indecible gozo, por los espléndidos y brillantes senderos, diciendo con Salomón: "Sus caminos son caminos de belleza y todas sus sendas conducen a la paz."¹ Porque si, al decir del mismo profeta, "el sendero de los justos avanza como una luz resplandeciente y crece hasta alcanzar la plenitud del día",² ¿quién será capaz de expresar la luminosidad y el brillo de sus caminos? Nosotros nos esforzaremos por explicar, al menos en parte, los progresos y crecimientos de su ruta, para que su gloria sea reconocida en sus etapas y proclamada en cada una de ellas.

[*Los progresos de María. Materias de estas homilias*]

Ella ha conocido, ciertamente, progresos y crecimientos distintos. Ella marchaba según el más bello orden: el del

¹ Prov. 3, 17.

² Prov. 4, 18.

HOMILIA SEGUNDA

167

amor,³ y, progresando de virtud en virtud, veía en Sión⁴ al Dios de los dioses, llevada de gloria en gloria como por el Espíritu del Señor.⁵

Así, en primer lugar, mereció ser adornada con la belleza de todas las virtudes.

En segundo lugar, fue unida al Espíritu Santo por una alianza nupcial.

En tercer lugar, fue reconocida como madre del Salvador.

En cuarto lugar, una espada traspasó su alma y por la carne nacida de su carne el mundo perdido es levantado de las ruinas.

En quinto lugar, ella exulta por su Hijo que resucitó y subió más allá de los cielos más sublimes, a la derecha del Padre.

En sexto lugar, ella fue arrebatada de este mundo, y el Señor la precede para ubicarla por encima de todos los habitantes del cielo.

En séptimo lugar, ella alcanzará la perfección cuando la totalidad de las naciones haya entrado [al cielo] y todo Israel se haya salvado.⁶ Porque ella se alegra, más de lo que se puede decir o pensar, de la salvación de todos los elegidos, sabiendo que por ellos tomó de ella carne el Hijo del hombre. Entonces será perfecta, pues Dios proveerá lo mejor para que ella no alcance la plenitud sin nosotros.⁷

[*Los siete grados y los siete dones*]

Consideremos ahora los nombres de esos grados.⁸ Al primero se le puede llamar justificación o adorno; al segundo, unión o alianza; al tercero, el parto de la virgen o la nueva descendencia; al cuarto, fuerza del alma o martirio; al quin-

³ Cant. 2, 4.

⁴ Sal. 83, 8.

⁵ II Cor. 3, 18.

⁶ Rom. 11, 25-26.

⁷ Heb. 11, 40.

⁸ Is. 11, 2.

to, gozo o admiración; al sexto, asunción o exaltación; al séptimo, plenitud o perfección.

Su justificación o adorno procede del temor de Dios. Su unión, que es también una alianza, proviene de una inaudita piedad. En cuanto al parto de la virgen y la nueva descendencia, ambos han infundido sobre el universo la luz de la ciencia. La obra de la fuerza se hace manifiesta en Cristo agonizante y en la madre que lo contempla. Pero cuando él resucita, el designio profundo e inescrutable por el cual derrotó al astuto enemigo y redimió al mundo, se derrama en alegría y admiración. Luego, una vez abiertos los cielos, son revelados los bienes invisibles y sucede algo admirable: del mismo modo que Dios en el hombre había conocido por experiencia los sufrimientos del hombre, el hombre elevado a Dios percibe la gloria de Dios con plena inteligencia. Y, finalmente, la sabiduría conducirá a la plenitud y la perfección, de modo que ella aparezca perfecta en el perfecto y sea glorificada en la plenitud.

[La belleza de María]

Retomemos lo ya dicho y, deteniéndose otro poco en esos grados, contemplemos al Señor apoyado sobre la escalera y a los ángeles subiendo y bajando hacia la Virgen.⁹ Ellos admiran, en efecto, a la castísima muchacha que pronto será la madre del Señor y la reina del cielo, y prorrumpen en gritos de admiración y alabanza: "¿Quién es la que, blanquísima, asciende?"¹⁰

Y, ¿qué significa ser blanquísima, sino estar ataviada con blancas vestiduras, es decir, engalanada con un adorno de belleza y pureza, de justicia y santidad? Resplandeciente con

⁹ Gén. 28, 12. A partir de aquí comienza Amadeo a tratar propiamente del "Adorno de la bienaventurada Virgen María", tema de la homilía. La realidad personal de María es descubierta a partir de la alegorización de su figura. Sobre el procedimiento, cf. Leclercq, *Cultura y Vida cristiana*, Sígueme (Salamanca, 1965), págs. 96-103.

¹⁰ Cant. 3, 6.

el adorno de estos vestidos, el más grande de los profetas decía: "Con gozo me alegraré en el Señor y mi alma exultará en mi Dios, porque me ha revestido con el vestido de la salvación y me ha ceñido la corona de la justicia, al igual que el esposo se ciñe una corona y la esposa se adorna con sus joyas."¹¹ Asimismo, dice Dios por el salmista: "Que tus sacerdotes se revistan de justicia."¹² E Isaías exhorta a Jerusalén a sacudirse el polvo y a revestirse con las ropas de su gloria.¹³ También se le dice al primer ángel a manera de reproche: "Y tú, sello de la semejanza, tú estabas en el paraíso de las delicias de Dios; todas las piedras preciosas formaban parte de tu vestido: sardónica, topacio, jaspé, crisólito, ónix y beril, zafiro, carbúnculo y esmeralda."¹⁴

[Las ropas de María]

Es necesario saber que esas ropas son blancas y perfumadas, preciosas y variadas. Blancas en razón de la inocencia, de la pureza, del brillo de la luz eterna. Perfumadas por el perfume de la estima y del buen nombre. Preciosas por su belleza y elegancia. Variadas por sus diversos usos y distintas formas.

[1. Su blancura]

Ya antes hemos hablado de la blancura. "¿Quién es la que, blanquísima, sube?"¹⁵ Y en otro lugar leemos: "¿Quién es esa que surge cual la aurora, bella como la luna, resplandeciente como el sol?"¹⁶ "Surge cual la aurora" de las tinieblas a la luz, del error a la fe, del mundo a Dios. Desde las primeras horas de su nacimiento aparece coloreada con el rojo del

¹¹ Is. 61, 10.

¹² Sal. 131, 9.

¹³ Is. 52, 2.

¹⁴ Ez. 28, 12-13.

¹⁵ Cant. 3,6 (LXX: "Blanca cual árbol en flor").

¹⁶ Cant. 6, 10.

pudor, unido a la amable palidez de la humildad.¹⁷ “Bella como la luna”, porque permaneciendo casta por los siglos de los siglos es bañada por el resplandor de una luz que viene de lo alto y se regocija de ser protegida por ella. Todo subraya el resplandor, todo subraya el esplendor, todo subraya la blancura de sus ropas.

Aun habría mucho que decir sobre esta blancura, por ejemplo, lo que el Señor dice de sus discípulos: “Caminarán conmigo cubiertos con blancas ropas porque son dignos.”¹⁸ O también: “El vencedor será revestido con blancas vestiduras.”¹⁹ Pero nos apremia el deseo de ser breves.

[2. Su perfume]

Ahora, a propósito del perfume de esos vestidos, escuchemos las palabras de alabanza que el Esposo dirige a la esposa en el canto nupcial: “El perfume de tus ropas es como el perfume del incienso.”²⁰ Aseguran que el olor del incienso pone en fuga a los demonios, excita las lágrimas y que, por esas lágrimas, Dios es aplacado. Por mi parte diré de buena gana que, ante el perfume de las virtudes de santa María, los ángeles de las tinieblas son puestos en fuga y arrastrados de un lado a otro, como por un remolino, de suerte que en ellos se cumple lo que está escrito: “¡Que sean como el polvo agitado por el viento!”²¹ Este perfume excita a los que yacen como muertos en sus pecados, fortalece las almas débiles, estimula a los buenos a ser mejores y a los mejores a ser perfectos. Buen olor porque la Virgen ha provocado al Rey en

17 Amadeo, si bien no se plantea explícitamente el problema de la Inmaculada Concepción de María, ubica su pensamiento en la línea de san Bernardo y san Agustín, para quienes la Virgen no cometió ningún pecado personal, pero sí fue purificada, en el momento de su nacimiento, del pecado original. En este texto el paso “de las tinieblas a la luz...”, del mundo a Dios” nos señala esta purificación.

18 Apoc. 3, 4.

19 Apoc. 3, 5.

20 Cant. 4, 11.

21 Sal. 34, 5.

su lecho,²² para que —viniendo a nosotros— reciba lo que es nuestro y nos dé lo que es suyo, estableciendo con nosotros —por medio de una ley indisoluble— una alianza y una paz sempiternas. De modo que los perfumes de los vestidos de santa María ponen en fuga a los enemigos, invitan a los buenos y aplacan a Dios.

[3. Su precio]

Su riqueza y variedad el salmista las ha cantado cuando, dirigiéndose a aquella cuya belleza supera a la de los hijos de los hombres,²³ dice en alabanza de su esposa: “La reina está a su derecha ataviada con vestidos de oro, con brocados de variados colores.”²⁴ Y más adelante añade: “La hija del rey viene en medio de toda esa gloria, rodeada por ornamentos recamados de oro.”²⁵ Pero no solamente está adornada con un vestido de oro con brocados de oro, sino también con un manto que, según las palabras de Salomón, se ha hecho ella misma.²⁶

También está cubierta de toda clase de piedras preciosas,²⁷ porque ninguna gema, ninguna pedrería, ninguna perla de valor falta en ese vestido, a tal punto que no se puede llamar simplemente precioso, sino preciosísimo, por encima de todo precio. En efecto, así como al comunicarse fragmento con fragmento, y aun más allá de toda idea de fragmento o de parcela de fragmento, una sola riqueza enriquece una multitud de objetos, de la misma manera una multitud de riquezas puede unirse en una fortuna sola, para hacer una única cosa en la que todas participan.

Ahora bien, esta riqueza es la caridad, es decir, el traje nupcial, vestido sin mancha ni arruga,²⁸ vestido que no puede

22 Cant. 1, 11.

23 Sal. 44, 3.

24 Sal. 44, 10.

25 Sal. 44, 14-15.

26 Prov. 31, 22.

27 Ez. 28, 13.

28 Ef. 5, 27.

ser repartido, inconsútil, de una sola pieza.²⁹ Es por ella, para ella y en ella³⁰ que todas las cosas son amables, que son buenas todas las cosas buenas. Y éstas son una en la unidad, idénticas en la identidad, simples en la simplicidad. En el todo ellas poseen todo y de todo se alegran, exentas de toda disminución y repetición, de toda diversidad y multiplicidad.

[4. Su variedad]

Habiendo hablado ya del precio de los ornamentos, discurremos ahora sobre su variedad, de la que más arriba hemos dado ejemplos. Ella es de dos especies: una según los colores, otra según los usos.

La variedad que reside en los colores se divide en blanco y negro, rojo y verde. Se dice que estos son los colores fundamentales y —efectivamente— son los colores que adornan el vestido del que ya hemos hablado. Este es verde como el laurel y el olivo, como el arcoíris que verdea las nubes. Es verde por la fe y la esperanza en los bienes eternos, por la obediencia a los mandamientos, por la contemplación del verde eterno³¹ y por el verdor de la eternidad. Es rojo como una esfera de fuego, como la púrpura del rey, como la escarlata por dos veces teñida, signo del amor de Dios³² y del prójimo. Su negrura es como la del cuerno, como la de las primicias de la palmera y también como el marfil teñido, y como la pureza del cielo en plena noche. Este color está puesto como base, sirve de fondo a los otros colores para mostrarnos que la virtud de la humildad debe ser colocada como fundamento. Si buscamos la blancura: brilla en la virginidad y la pureza perfecta. Por la suavidad de su belleza dobléga al fuerte rinoceronte³³ y atrae al Dios de majestad. Muchas otras cosas sobre la variedad y el sentido de los

²⁹ Jn. 19, 23.

³⁰ Rom. 11, 35.

³¹ Cf. Pascasio Radberto, Ep. *Cogitis me* (PL 30, 126).

³² Ex. 25, 4.

³³ Job 39, 9-10. Para los Padres, el rinoceronte de la Biblia, en razón de su fuerza, simbolizaba a Cristo. Los medievales, siguiendo a san

colores pueden ser halladas por los espirituales en un sentido espiritual.

En cuanto a la variedad en el terreno de los usos, también se manifiesta de variadas formas. Algunos ornamentos cubren y protegen la sublime cabeza, así como el cuello, de la bienaventurada Virgen; otros los cabellos y las orejas; otros el pecho y los brazos; otros las manos y los dedos. Algunos cubren el cuerpo entero, tales ciñen la cintura, cuales protegen los pies.

[Simbolismo de las partes del cuerpo]

La cabeza significa su espíritu. Porque así como la cabeza dirige los miembros del cuerpo, así también el espíritu rige y gobierna los sentimientos del alma. El cuello, que domina a los otros miembros y transmite a las demás partes del cuerpo el influjo vital de la cabeza, expresa su elevación, por la que, presidiendo a los miembros de la Iglesia, une la cabeza al cuerpo, pues une a Cristo con la Iglesia e infunde en los otros miembros la vida que ella recibió primero. Porque así como por una mujer la muerte entró en el mundo, así también era conveniente que por una mujer entrara la vida. Y así como en Eva todos murieron, en María todos revivieron.³⁴ La primera, desgraciadamente crédula a las palabras de la serpiente, preparó el veneno mortal. La segunda, quebrantando la cabeza de la serpiente, a todos sirvió el remedio de vida³⁵ para matar la muerte y restaurar la vida.³⁶

Los cabellos de la cabeza son los pensamientos del corazón; las orejas, el oído interior. En el pecho late el secreto y se gesta el pensamiento, por eso es costumbre que los culpables se golpeen el pecho y confiesen su injusticia, como deseando destruirla. El pechó designa, pues, los secretos de

Gregorio Magno (*Moralia in Job*, L. 31, c. 15, 29, PL 76, 589; ed. Piolet: t. 4, pág. 394), lo confunden con el unicornio, al cual sólo es posible cazar mediante la presentación de una doncella virgen, ante cuya virginidad depone su fuerza.

³⁴ Rom. 5, 12.

³⁵ I Cor. 15, 22.

³⁶ Gén. 3, 15.

ese corazón glorioso; los brazos, la virtud de las obras; las manos, esas mismas obras; los dedos, las diversas clases de obras. Su cuerpo es todo el conjunto de sus obras; los riñones son sus voluntades; los pies, sus sentimientos, por los que —penetrando en las sendas de la justicia— ha dejado huellas preclaras para los que vendrán después de ella.

[Simbolismo de las diversas partes del vestido]

Sus pies están calzados con pieles de animales muertos, porque están provistos de los ejemplos de los santos Padres que la precedieron. En la cintura lleva el cinturón de la justicia y el ceñidor de la fe.³⁷ El cuerpo está cubierto con ese vestido del que dice el Apóstol: “Todos vosotros que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo.”³⁸ Y él también nos exhorta a revestirnos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera.³⁹

Mira, oh hombre, y admírate de tanta novedad, cuando Jeremías declara: “El Señor hará algo nuevo sobre la tierra: una sola mujer rondará a un hombre.”⁴⁰ La misma que rondaba ha sido rondada; rondando por la carne, ha sido rondada por el Espíritu; rondando un hombre nuevo, ha sido rondada por el hombre nuevo. Ella ronda al engendrar y es rondada al ser reengendrada; engendrando según la forma humana, reengendrando según la nueva forma.

Prosigamos. Los anillos adornan sus dedos, porque cada una de sus obras por la fe y el amor brillan. El anillo, en efecto, simboliza la fe y el amor casto. Sus manos han sido modeladas en el torno —en oro— y están llenas de jacintos. Torneadas a causa de la perfección de la obra; en oro, en razón del fulgor de su sabiduría; llenas de jacintos, a causa

37 Is. 11, 5.

38 Gál. 3, 27.

39 Ef. 4, 24.

40 Jer. 31, 22. *Rondará* significa en Jeremías la reanudación de las relaciones entre Israel y su Esposo. Amadeo sigue aquí el texto de la Vulgata, el cual confiere un alcance mesiánico al texto al traducir “la mujer rodeará al varón”, con lo que se evoca la concepción virginal de Cristo.



de la intención pura y ferviente. Con el jacinto —azul y rojo— designa la obra llena de luz y de fuego.

Sus brazos están marcados con el sello del cual habla el Esposo en el Cántico: “Ponme como un sello en tu brazo.”⁴¹ Y, ciertamente, la ley de fuego cubre su derecha y su izquierda está teñida con la púrpura de la pasión del Señor. De sus orejas penden los aros de la obediencia; la cinta de la disciplina sujeta sus cabellos. Las joyas de los pensamientos más puros y más brillantes adornan su pecho; en el cuello luce un collar de oro. En los reinos se acostumbra a coronar al segundo personaje; es la segunda corona. La primera resplandece en la terrible cabeza del Soberano de toda la tierra, la segunda la comparte con su madre. Ella tiene, en efecto, un lugar singular en el reino de Cristo y de Dios.⁴² En seguida, debajo de ella y después de ella, están los santos más grandes.

Su cabeza está recubierta de lag loria de la virginidad y del velo purpúreo de la caridad. Sobre esa cabeza reposa la bendición del Señor y sobreabunda la bendición de todas las naciones.⁴³ Lleva también las coronas de todas las naciones, avanza entre las aclamaciones de todos los pueblos. Reconoce en la belleza de su diadema la asamblea de los santos que exulta en vibrante y repercutiente luz. En las piedras preciosas, las gemas resplandecientes, las estrellas brillantes, reconoce a los patriarcas que la esperan, a los profetas que la anuncian, los apóstoles que la acompañan, los mártires que triunfan, los confesores y las vírgenes que exultan. Esta corona posee el rojo resplandor de las rosas y la blancura de los lirios. Tiene la palidez de las violetas, el verdor de los laureles, la negrura de las palmeras, el aceite de los olivos. Está repleta de todos los frutos, rica de toda dulzura.

He aquí, queridos míos, lo tocante a la justificación o adorno de la Virgen. Faltaría aún que su santa mano nos condujese y preparase para tratar los misterios más profundos y escondidos, hasta la visión del Señor. Amén.

⁴¹ Cant. 8, 6.

⁴² Ef. 5, 5.

⁴³ Gén. 27, 29.

LA ENCARNACIÓN DE CRISTO Y LA CONCEPCIÓN VIRGINAL

S EÑOR, conocimos tus obras y hemos quedado atemorizados,¹ contemplamos tus maravillas y hemos desfallecido.² Cuando descendió tu Verbo, nuestro corazón se hizo como agua³ y todas nuestras entrañas, temblorosas, se abrieron ante ti. En efecto, mientras el silencio envolvía todas las cosas y la noche ya había cumplido la mitad de su curso, tu Palabra llegó desde los palacios reales.⁴ Porque tú, Padre, has derramado sobre nosotros las entrañas de tu caridad y no has podido retener por más tiempo la multitud de tus misericordias.⁵ Has difundido la luz en las tinieblas, el rocío en la esterilidad, y has encendido el más ardiente fuego en el frío insoportable.

[*La venida del Salvador: plan de la homilía*]

Tu Hijo se nos ha manifestado como una abundancia de víveres cuando amenaza un hambre gravísima y como una

1 Hab. 3, 2.

2 Sal. 118, 18.

3 Jos. 7, 5.

4 Sab. 18, 14-15.

5 Lc. 1, 78; Sal. 50, 3.

fuelle de agua viva para el alma que sufre y desfallece de sed en medio del calor. O también como se manifiesta habitualmente el salvador poderoso y el libertador⁶ a los sitiados que van a lanzarse al combate con la muerte ante la vista, bajo la amenaza de una espada enemiga y de una mano armada, ávida de sangre. Así se nos ha aparecido y se ha comportado nuestra salvación.⁷

Nos es, pues, harto beneficioso y saludable remontarnos a los orígenes de aquel que es nuestra salvación y revisar su encarnación, recordar de dónde ha venido, de qué forma ha descendido y cómo ha sido concebido. Por último hablaremos del modo de su concepción, de suerte que —según nuestro propósito— expondremos al final más extensamente esa inefable unión por la cual el seno de la bienaventurada María floreció del Espíritu Santo. Porque, a pesar de que tal unión sea inefable, de ella se puede sacar gran abundancia de alegría, así como una maravillosa y sorprendente dulzura. Allí está el todo de nuestra fe, el honor de nuestra naturaleza, la raíz de la vida, la luz de la ciencia, el indisoluble lazo de amor y el acceso abierto a la eternidad.

[*Origen divino del Verbo encarnado*]

Dirijámonos ahora al bienaventurado David,⁸ para que él nos diga de dónde viene: “Ha salido de lo alto del cielo.”⁹ ¿Qué significa “de lo alto del cielo”? De Dios, que es el ser supremo, el supremo bien y la suprema beatitud.

6 Sal. 69, 6; 70, 7.

7 Is. 12, 2.

8 Obsérvese la puesta en escena de personajes bíblicos y el diálogo que se establece entre ellos y el orador. Este procedimiento pedagógico, muy empleado por san Bernardo (cf. Introducción a Miss en este volumen, Tercera Parte, págs. 38 ss.), confiere un tono vivaz al estilo de san Amadeo. Cf. Dumas, A., “S. Amédée de Lausanne...”, en *Collectanea Ord. Cist. Ref.*, t. XXI (1959), n. 1, págs. 24 s.

9 Sal. 18, 7.

El es el supremo ser a quien ningún lugar circunscribe, ningún cambio mueve, ningún tiempo encierra. Por la inmensidad de su majestad, él contiene todos los lugares; por su propia inmutabilidad mueve todo lo que cambia; en la infinitud de su eternidad encierra todos los tiempos.

El bien supremo es también el mismo ser. No un ser que proviene de otro, ni un bien que procede de otro. Y esto no solamente en razón de la inmensidad, de la inmutabilidad y de la infinitud de que ya hemos hablado, sino también en virtud de la eterna magnificencia de la creación, que él produjo en el tiempo; de la infinita sabiduría por la que, antes que algo existiera, él todo lo dispuso en la eternidad; y del amor inefable con el que rodeó su obra antes que fuese manifestada en la creación.

Igualmente la felicidad suprema consiste en el supremo bien y hace verdaderamente felices a quienes la reciben. En efecto, participar en esa felicidad es adquirir la vida eterna, es recibir la sabiduría perfecta, es poseer la plenitud del amor; se encuentra así la plena seguridad en la eternidad de la vida, la plena alegría en la luz de la sabiduría, la plena santidad en la dulzura del amor. Lo que acabamos de decir sobre el ser supremo, el supremo bien y la felicidad suprema, puede hacernos entrever qué es lo alto del cielo, de donde viene Cristo.

[La encarnación, obra de la Trinidad]

Pero así como lo alto del cielo es el Padre, así también lo alto del cielo es el Verbo y es el Espíritu Santo. Cristo ha venido del Padre, ha venido también —en un cierto modo— del Verbo, ha venido del Espíritu Santo. ¿Cómo ha venido del Padre, él, que jamás ha dejado al Padre? ¿Cómo ha venido del Verbo, él, que jamás ha dejado de ser Verbo? ¿Cómo ha venido del Espíritu Santo, siendo que el Espíritu Santo procede del Padre y del Verbo? Es una cuestión difícil que exige ser profundizada con sumo cuidado.

[1. El hombre no puede sondear los misterios divinos]

¿Cuál va a ser nuestro camino hacia estos santos misterios de Dios? ¿En qué orden seguiremos el camino emprendido? He aquí que a un mismo tiempo una nube espesa y una nube muy luminosa impiden nuestra marcha. El agua que san Ezequiel vio salir del Templo, cubriendo no solamente los talones y las rodillas, sino también la cintura y el cuello,¹⁰ se derrama sobre nosotros para que no podamos atravesar. Pero está presente aquel en quien confiamos, en quien —desde nuestra adolescencia— hemos aprendido a esperar. Él puede conducir nuestras almas y elevarnos por encima de nosotros mismos, haciendo nuestros pies semejantes a los de los ciervos¹¹ para así llevarnos a las alturas, estableciéndonos en un observatorio sobre la montaña con Moisés y Elías,¹² de tal suerte que podamos contemplar con el rostro descubierto aquello que los talones y las rodillas, sino también la cintura y el cuello,¹⁰ allí seremos perfectamente instruidos en la visión de Dios.

Si deseamos alcanzar la penumbra en que él habita, penetremos en medio de la nube.¹⁵ Estupefactos ante la gloria de tanta majestad y asombrados por la inmensidad de esa infinitud, no podremos subsistir y seremos como nada. Dios habita, en efecto, en una luz inaccesible;¹⁶ su fuego devora las carnes como si se tratara de paja; nadie puede ver su rostro y sobrevivir.¹⁷ Los ángeles son impotentes para sondear su abismo. Ninguna potestad se le aproxima, excepto aquella que está unida al Verbo en unión de persona. Demos gloria a Dios y, cayendo rostro en tierra, adoremos de lejos las huellas de la Trinidad, creyendo con el corazón y confesando con

10 Ez. 47, 1.

11 Hab. 3, 19.

12 Mt. 17, 3.

13 II Cor. 3, 18.

14 Otra traducción: "Que es bueno estar allí."

15 Mt. 17, 4.

16 Ex. 24, 18.

17 I Tim. 6, 16.

la boca,¹⁸ porque todo lo que pensemos y digamos de él está por debajo de él.

[2. Cristo procede de la Trinidad]

Fortificados con esa fe, volvamos a la solución de la cuestión propuesta. Cristo ha venido del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, porque toda la Trinidad ha realizado su concepción y su encarnación.¹⁹ Puesto que venir de la cima de la Trinidad no es otra cosa que haber sido concebido y haberse encarnado bajo la acción de esa misma Trinidad. Por eso se dice: "Ha salido de lo alto del cielo."

[3. Cristo viene de cada una de las personas de la Trinidad]

El Hijo único ha venido del Padre y, de distinto modo, también de sí mismo. También ha venido del Espíritu Santo. De un modo, sin embargo, del Padre y de otro del Espíritu Santo.

En efecto, engendrado por el Padre en la eternidad, de su madre nació engendrado en el tiempo. Permaneciendo invisible junto al Padre, visiblemente vivió entre los hombres. Para él, salir del Padre fue entrar en nuestra historia, aparecer visiblemente y hacerse lo que él no era por naturaleza,²⁰ dada su relación con el Padre. Pero, ¡cosa admirable!, vino de aquel del que no se alejó, saliendo de aquel en quien moraba, permaneció sin división todo en la eternidad y todo en el tiempo. Se lo encuentra todo en el Padre, al mismo tiempo que todo en la Virgen, todo en su majestad y en la del Padre, al mismo tiempo que todo en nuestra humanidad.

Si buscas saber cómo, una comparación te lo hará comprender. La palabra engendrada en un comienzo en el cora-

18 Is. 5, 24; Ex. 33, 20.

19 Rom. 10, 10.

20 Sal. 18, 7.

zón pasa toda entera a la voz,²¹ de tal forma que llega perfectamente a los otros y —sin embargo— permanece toda entera en el corazón. Asimismo, el Verbo de bondad salido del corazón del Padre, del Padre salió sin dejar al Padre.

El Verbo viene también de sí mismo y desciende por debajo de sí mismo cuando se hace carne y habita entre nosotros,²² cuando se despoja de sí mismo, tomando la condición de servidor.²³ Su despojamiento fue un descenso. Pero descendió de forma de no ser privado de sí mismo, se hizo carne sin dejar de ser Verbo, sin disminuir —al asumir la humanidad— la gloria de su majestad.

También es necesario saber cómo vino del Espíritu Santo, aun cuando el Espíritu Santo proceda de él. En efecto, el Espíritu Santo procede de él en virtud de una procesión eterna. Pero Cristo, nacido de la Virgen María, procede del Espíritu Santo en virtud de una concepción temporal. De la procesión eterna dice el Espíritu Santo por boca del salmista: "Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos y toda su fuerza proviene del soplo de su boca."²⁴ Llama "boca" del Señor al Verbo del Padre por medio del cual Dios —una vez— nos habló.²⁵ Llama soplo de su boca al Espíritu Santo, diciéndole "soplo de la boca", pues de la boca procede.

Por otra parte, que el Verbo procede del Espíritu Santo lo atestigua [el profeta] Habacuc: "Dios viene desde el viento del mediodía y el Santo del monte Farán."²⁶ Como viento del mediodía, en el que se encuentran el calor de la vida y la fuerza germinativa, se designa al Espíritu que confiere una vida nueva, haciendo nacer las semillas de las virtudes. Y si bien san Jerónimo —a quien nosotros deseamos seguir—²⁷ llama monte Farán al Padre, también es posible admitir que el Espíritu Santo sea designado como el monte Farán. Se dice

21 Cf. san Agustín, *De Trinitate* IX, 12 (BAC: t. V, pág. 559).

22 Jn. 1, 14.

23 Fil. 2, 7.

24 Sal. 32, 6.

25 Heb. 1, 2.

26 Hab. 3, 3.

27 In *Abac.* II (PL 25, 1374 B).

que es una montaña en virtud de su excelentísima caridad y Farán porque concede los diversos dones. En efecto, Farán se traduce por división, y el Espíritu del Señor distribuye sus dones a cada uno según su voluntad.²⁸ Dios procede del vientro del mediodía porque ha sido concebido por un calor vivificante y generador de nueva vida, porque ha descendido de la cima inefable de la cual proceden los diversos carismas.

[Figuras de la encarnación]

[1. La piedra]

Dinos, bienaventurado Daniel, cómo ha descendido de esa montaña. "Una piedra, nos dice Daniel, se desprendió de la montaña sin intervención humana."²⁹ ¿Qué piedra? "La piedra que rechazaron los constructores", la piedra angular, la piedra ungida por Jacob, la piedra sobre la que se encuentran los siete ojos.³⁰ Esta piedra se ha desprendido de la montaña sin humana intervención, porque la Virgen santa la ha recibido no de un hombre ni por un hombre, sino del Espíritu Santo.

[2. El retoño]

Dinos, bienaventurado David, cómo fue ese descenso. "Descenderá como la lluvia sobre el retoño, como el rocío que empapa la tierra."³¹ Será necesario, pues, comenzar diciendo cuál es ese retoño y cuál esa tierra; y en seguida cómo la lluvia desciende sobre el tronco y cómo el rocío empapa la tierra.

El retoño, aunque proceda de la carne, crece fuera de la carne e ignora los sufrimientos de la carne.³² Suave al tac-

²⁸ 1 Cor. 12, 11.

²⁹ Dan. 2, 34.

³⁰ Sal. 117, 22; Ef. 2, 20; Gén. 28, 18; Zac. 3, 9.

³¹ Sal. 71, 6.

³² Pascasio Radberto, Ep. *Cogitis me* (PL 30, 127).

to, de un color neutro, anuncia la mansedumbre y la humildad. La delicadeza de su forma expresa la simplicidad e inocencia. Es también el natural vestido que protege los miembros más débiles. Designa a la Virgen gloriosa, que, permaneciendo en la carne, se elevó por encima de la carne y en virtud de la fuerza del espíritu inmoló las pasiones de la carne.³³ Es bien sabido que ella no tuvo parangón en mansedumbre y humildad; y nadie puede hablar correctamente de su simplicidad e inocencia. Además, su caridad, que sin cesar protege y resguarda al género humano, la inteligencia del espíritu no la puede comprender.

[3. La tierra]

La tierra, de la que antes hemos hablado, significa esa misma Virgen, así llamada en razón de una cierta analogía.³⁴ Porque de la misma manera que el viejo Adán fue formado a partir de una tierra incorrupta y perfectamente sana, una tierra virgen produjo para la tierra al nuevo Adán.

Si no me crees cuando declaro que el hombre nuevo ha salido de la tierra, cree al menos en el salmista que dice: "La verdad ha brotado de la tierra."³⁵ ¿Acaso puede darse mayor novedad que que quien brotó de la tierra sea el mismo que es la verdad? Cree, pues, en el sonido tan dulce y armonioso de la trompeta de Isaías: "Cielos, derramad vuestro rocío, y que las nubes lluevan al Justo. Que se abra la tierra y produzca al Salvador"³⁶ Y también dice: "La semilla será magnífica y gloriosa, y el fruto de la tierra será sublime."³⁷ La semilla del Señor se ha mostrado magnífica y gloriosa cuando, concebida por el Espíritu Santo y nacida de la raíz

³³ Según creencia de la época, Amadeo piensa que María debió luchar contra la concupiscencia; entonces era desconocida la doctrina de la Inmaculada Concepción de María. Cf. *Hom.* II, nota 17, pág. 170.

³⁴ Gén. 2, 7.

³⁵ Sal. 84, 12.

³⁶ Is. 45, 8.

³⁷ Is. 4, 2.

de Jesé,³⁸ cubrió totalmente al árbol de flores; más aún, ella misma fue la flor. "Y el Espíritu del Señor reposó sobre él; espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad. Y lo inundó el Espíritu de temor del Señor."³⁹ Sublime fue el fruto de la tierra porque el fruto bendito de María mereció ser elevado a las cimas de la divinidad. Todo esto lo hemos dicho para mostrar que cuando hablamos de tierra nos referimos a María.

[*El Verbo se hizo carne*]

Queda por exponer cómo descende la lluvia sobre el retoño y cómo el rocío empapa la tierra. Desciende la lluvia sobre el retoño sin estrépito, sin turbulencia, sin ninguna separación ni división. Penetra con suavidad, es recibida con mansedumbre y bebida con fruición. Las gotas horadan la tierra lentamente, poco a poco, de modo tan asombroso y sutil que apenas si se la ve penetrar, pero ella cumple su fin haciendo germinar las plantas. Igualmente el rocío que viene de más arriba de las aguas celestiales descendió sobre la concupiscencia, respetando su integridad y dejando intacto el seno de la Virgen sin humano concurso, sin movimiento del sello de su virginidad. Penetró con suavidad, con mansedumbre fue recibido, se encarnó de manera inefable. Cayó gota a gota sobre la tierra, sin darse a conocer al llegar, pero cumpliendo su cometido al producir el nacimiento.

Aun hay otras imágenes de tan sublime realidad. Del mismo modo que un rayo de sol penetra un vidrio sin romperlo⁴⁰ y que el rayo de la vista se posa sobre un líquido puro y tranquilo sin separarlo ni dividirlo para sondear todas las cosas hasta el fondo, igualmente el Verbo de Dios llegó a la morada virginal y salió de ella, permaneciendo cerrado el seno de María. Es evidente que quien fácilmente pudo,

38 Is. 11, 1.

39 Is. 11, 2-3.

40 Comparación frecuentemente aplicada a la Virgen.

sin la Virgen, crear de la nada un cuerpo, con igual facilidad pudo sacar de la Virgen, sin lastimar su carne, un cuerpo. Porque él no se sometió a la ley natural, sino que la ley natural se le sometió.

[*La Virgen concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo*]

Acabamos de decir cómo descendió el Verbo de Dios. En cuanto al lugar donde descendió, es manifiesto que en el seno de la Virgen, seno que permaneció intacto e inmaculado, consagrado por efecto de la unción divina. Fue en el seno donde, unido a nuestra carne y asociado a nuestra naturaleza, realizó ese muy santo y escondido misterio: que los dos no sean sino una sola carne y gocen de una única intimidad.⁴¹

El Dios invisible se hizo hombre visible; impassible e inmortal, se mostró pasible y mortal. El que supera los límites de nuestra naturaleza se sometió a ellos. Fue encerrado en el seno de una madre aquel cuya inmensidad abarca todo el ámbito del cielo y la tierra. Y al que no pueden contener los cielos de los cielos, lo contuvieron las entrañas de María.

Si quieren saber cómo ocurrió esto, escucha al arcángel explicar a María el desarrollo del misterio: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra."⁴² Regocíjate y alégrate, oh María, porque concebirás de un soplo. Alégrate, pues te encontrarás encinta del Espíritu Santo.⁴³ Tú eras la esposa de José, pero el Espíritu Santo te poseyó primero. Tu Creador te eligió y te reservó para él. El mismo Creador se hizo Esposo tuyo;⁴⁴ se enamoró de tu belleza. Y es ese Creador quien te llama diciendo: "Ven, amiga mía, hermana mía, paloma mía, porque ya ha pasado y se ha retirado el invierno. Ven."⁴⁵ El ha deseado tu belleza.

41 Gén. 2, 24.

42 Lc. 1, 35.

43 Mt. 1, 18.

44 No todos los autores medievales coincidían en pensar que el Espíritu Santo era el esposo de la Virgen Madre.

45 Cant. 2, 10-11.

desea unirse a ti. No soporta dilaciones, se apresura a llegar junto a ti.

Levántate, pues, revístete con los vestidos de tu gloria,⁴⁶ adórnate con las joyas más preciosas,⁴⁷ porque el Señor se ha complacido en ti. Levántate y sal al encuentro de tu Esposo y Dios, y dile: "He aquí la esclava del señor."⁴⁸ Apresúrate, no tardes, porque él no tardará,⁴⁹ sino que se presentará cual un atleta que corre una carrera.⁵⁰ Tú también date prisa; olvida tu pueblo y la casa paterna.⁵¹ Ve a su encuentro para recibir un beso⁵² de los labios de Dios y sumergirte en sus brazos bienaventurados.

Sal, pues ya está preparado el lecho nupcial y va a llegar el Esposo, el Espíritu Santo va a visitarte. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra.⁵³ Repentinamente, inesperadamente, mientras deploras las molestias de la tardanza y te inquietas por la ausencia del Amado, de golpe, sin previo aviso, él se te acercará para que disfrutes de una insospechada felicidad y seas colmada de una nueva alegría.

No sólo vendrá sobre ti, sino en ti, para contemplarte de cerca e inspirarte un amor pleno de gratitud. Y depositará en tu seno, por medio de íntima aspersión, al Verbo bondadoso, al Verbo pleno de felicidad y admiración, lleno de consejo, de alegría, desbordante de salvación. "El Espíritu Santo vendrá sobre ti", para que a su contacto se conmuevan tus entrañas, sea fecundado tu seno, se alegre tu corazón y florezca tu vientre. ¡Serás glorificada, es decir, engrandecida aun más, tú que serás colmada de semejante dulzura, que serás digna del celestial beso, que serás unida a tan gran Esposo, que serás fecundada por tal marido!

46 Is. 52, 1.

47 Is. 62, 4.

48 Lc. 1, 38.

49 Hab. 2, 3.

50 Sal. 18, 6.

51 Sal. 44, 11.

52 Cant. 1, 1.

53 Lc. 1, 35.

[Llena de gracia y Madre de Dios]

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti." También ha venido sobre otros santos, y seguirá viniendo sobre otros. Pero vendrá sobre ti de un modo muy especial.⁵⁴ Porque antes que a todos y por encima de todos, fue a ti a quien él eligió para que superes por la plenitud de la gracia a todos los que antes y después que tú han sido y serán.

Ciertamente ha colmado a Abel con una tan grande inocencia que, asesinado por su hermano, pudo morir con las manos puras y el corazón lleno de paz.⁵⁵ Pero tu inocencia le devolvió la inocencia y la salvación a miles de culpables. El Espíritu Santo llevó a Henoc,⁵⁶ pero cuando sea elevada la carne que vas a engendrar, atraerá todo hacia ella.⁵⁷ Colmó a Abrahán de una fe y una obediencia de las que obtendría beneficio su descendencia,⁵⁸ pero salvado por tu fe y tu obediencia el mundo entero te da gracias. Robusteció a Moisés y lo estableció como portador de la ley, no de la gracia;⁵⁹ pero tú nos has dado no solamente al portador de la ley, sino también al portador de la gracia y la gloria.⁶⁰ Eligió a David como profeta y rey, pero David escribió para ti y llamó a tu Hijo su Señor.⁶¹ ¿Para qué decir más? Tú a todos los superas, a todos los precedes, no sólo a todos los hombres, sino también a las más altas potestades celestiales.

Por eso heredarás un nombre más glorioso que el de ellos. En efecto, si uno es llamado ángel de Dios, otro profeta, otro heraldo, y si cada uno es estimado de acuerdo a su nombre, según su orden y dignidad, a ti se te llamará conforme a un único y particular nombre: madre de Dios y, en consecuencia, madre de la salvación, madre de la gracia, madre de la misericordia.

54 Lc. 1, 35.

55 Gén. 4, 8; Sal. 23, 4.

56 Gén. 5, 24.

57 Jn. 12, 32.

58 Gén. 22, 17.

59 Cf. Ex. 19.

60 Jn. 1, 17.

61 Sal. 109, 1.

[Acción del Espíritu y del Verbo en María]

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti." Vendrá a través de la fecundidad, de la abundancia, de la plenitud y de la efusión de la carne y del alma. Y cuando te haya plenificado, permanecerá sobre ti y volará sobre tus aguas para hacer en ti una obra mejor y más admirable que cuando —al principio— planeaba sobre las aguas con intención de hacer evolucionar la materia creada hacia diversas formas.⁶²

"Y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra." Cristo, fuerza y sabiduría del Altísimo,⁶³ te cubrirá con su sombra. Él tomará la naturaleza humana; y la plenitud de la divinidad, que tú no podrías llevar, la conservará al asumir la carne.⁶⁴ Te cubrirá con su sombra porque la humanidad asumida por el Verbo se colocará delante de la luz inaccesible, y esa luz, filtrada por su presencia, penetrará tus castísimas entrañas.

[Sentimientos de María en la encarnación]

Nos place, queridísimos, en esta solemnidad de tanta alegría, extendernos un poco más y buscar algo nuevo sobre la concepción. Esa estatua divina, ese vaso tan precioso y santísimo en el que fue concebido el Verbo de Dios, nos agrada interrogarla diciéndole: Te rogamos, Soberana muy digna, madre de Dios, que no desprecies a quienes te supliran con temor, buscan con piedad y golpean con amor.⁶⁵ Dinos, ¿qué sentimientos te conmovieron, qué amor te embargó, qué temores se agitaron en tu interior cuando aquello se realizó en ti y el Verbo de ti tomó carne? ¿Dónde estaban tu alma, tu corazón, tu espíritu, tus sentidos, tu razón? Ardías como la zarza, que en otros tiempos fue a Moisés mostrada,⁶⁶ y no te consumías. Ardiente, te fundías bajo el

62 Gén. 1, 2.

63 I Cor. 1, 24.

64 Col. 1, 19.

65 Mt. 7, 7-8.

66 Ex. 3, 2.

calor de los fuegos de lo alto. Fundida por el fuego, del fuego recuperabas tus fuerzas, a fin de siempre ser ardiente y dejarte fundir.

Ese fuego producía un rocío luminoso, el rocío luminoso provocaba una impregnación y ésta suscitó el santo germen del que se le había dicho a Abrahán que en él serían bendecidas todas las naciones.⁶⁷ Tú te has unido en estrechísimo abrazo, Virgen bellísima, con el autor de la belleza, y permaneciendo virgen —¿qué digo?—, más que virgen, Virgen y Madre, recibiste el santísimo germen de Dios que en ti fue derramado. Salve, llena de gracia,⁶⁸ el Señor está contigo, tú eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.⁶⁹

67 Gén. 22, 17-18.

68 Lc. 1, 28.

69 Lc. 1, 42.



LA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN
O EL NACIMIENTO DE CRISTO

A MADISIMOS, nuestra reunión de ayer [en la que hablamos] sobre la unión con el Espíritu y la concepción virginal se vio obligada a concluir con [el tema de] la concepción y la proclamación de que María concibió del Espíritu Santo, dando a luz al que es verdadero Dios y verdadero hombre. Transformada en madre trajo al mundo al Hijo de Dios; de tal modo que, en virtud de una admirable condescendencia y un sorprendente e inigualable amor, Dios descendió en un cuerpo y —asumiendo la carne— visitó a los hijos de Adán caídos.

[El nuevo Orfeo]

El Hijo de Dios se hizo, por tanto, Hijo del hombre, tan admirablemente que en la unidad de una sola persona era a la vez Dios y hombre. Dios engendrado de la substancia del Padre antes de todos los siglos. Hombre nacido de la substancia de su madre en el transcurso de los siglos.¹ Este gigante de dos naturalezas² se alegró de poder cantar con me-

¹ San Ambrosio, *Veni Redemptor Gentium*, SC 72, pág. 226.

² Según un conocido tema del arte cristiano, Cristo es comparado con Orfeo. Eusebio de Cesárea desarrolló este tema en *De laudibus Constantini* XIV (PG 20, 1410-1411).

lodiosas palabras y muy armoniosos acentos sobre la cítara de nuestro cuerpo.³ Produciendo así sonidos dulcísimos en el instrumento que es nuestro cuerpo; haciendo resonar una música de inexpresable armonía capaz de conmover a las piedras y conducir a las alturas a los hombres liberados de su carne.

En efecto, merced a la dulzura de esa admirable música suscitó hijos de Abrahán de las piedras y a los árboles de los bosques, es decir, los corazones de los paganos, los puso en movimiento hacia la fe. Los animales feroces, esto es, las pasiones descontroladas y la ruda barbarie, también las ordenó según las buenas costumbres. Y a hombres salidos de entre los hombres los elevó al rango de dioses. Con justicia, pues, David, cuyos cantos resuenan hasta los confines del orbe, ejerció el oficio de cantor, porque de su descendencia debía nacer el gran maestro de coro.

[La concepción virginal: Eva y María]

Consideremos ahora cómo lo trajo al mundo la bienaventurada Virgen. Ella dio a luz conservando su virginidad, porque lo concibió sin perder la pureza. Dio a luz siendo aún virgen, pues sin mancha lo engendró. Y la que concibió sin pecado, dio a luz sin dolor. No mantuvo contacto carnal en la concepción y por eso no padeció ningún sufrimiento al dar a luz. Si, por el contrario, ella lo hubiera concebido con placer de la carne —lo que no nos está permitido ni siquiera pensar—, seguramente habría sufrido en el parto, porque la Escritura dice: “La voluptuosidad comporta la pena.”⁴

Por eso la primera madre, al olvidar la verdadera y eterna alegría que podía gozar en el amor y contemplación de Dios, se dejó abatir por los deseos de la carne, a la que cedió. Sufríó así, a causa de su intemperancia vergonzosa, los dolores del sufrimiento y los tormentos de una muerte cruel. Por esa causa hasta el presente las hijas de Eva dan a luz entre dolo-

³ Mt. 3, 9.

⁴ No se encuentra esta cita en la Biblia, pertenece a la RB 7, 33.

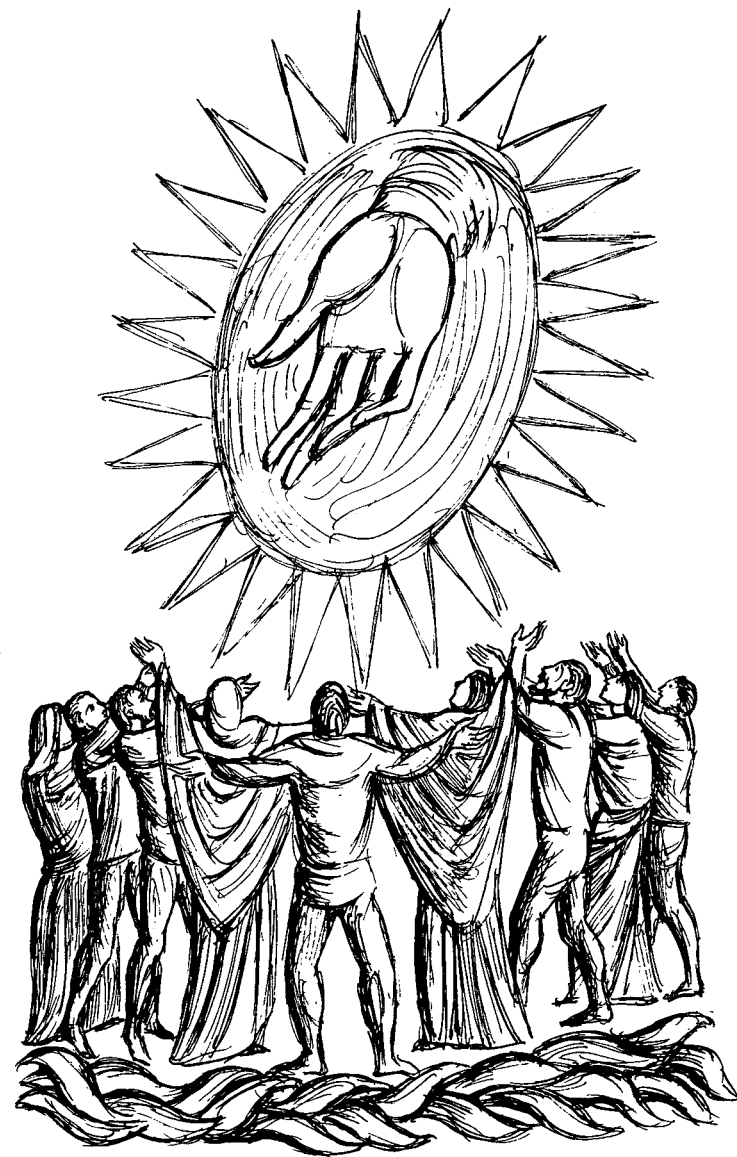
res y traen al mundo en medio de un gran padecimiento a aquellos que habían engendrado en el placer.⁵

Pero no solamente ellas, sino también todos los hijos de Adán que, deleitándose en la carne, son torturados en ella; de tal suerte que, torturados por aquella en la que se deleitan, experimentan en las heridas la audacia de sus delitos. Aprenden así a no amar la carne y a no realizar sus deseos.⁶

Pues "quien siembra en la carne, dice el Apóstol, de la carne recogerá corrupción". Pero la Madre de Dios no se deleitó en la carne y no fue torturada en la carne. La concepción reforzó su virginidad y el parto fortificó su pureza, porque fue asistida por esa mano de la que el salmista dice a Dios: "Que venga tu mano en mi ayuda."⁷

[La mano de Dios]

Se llama mano de Dios al Hijo único del Padre; para él creó el Padre los siglos. Esta mano actuó al encarnarse,⁸ no solamente no causándole ninguna herida a la madre, sino también —según el testimonio del profeta— cargando sobre sí nuestras enfermedades y nuestros sufrimientos.⁹ Ciertamente esa mano rebosante de remedios, plena de medicamentos, curó todas nuestras enfermedades,¹⁰ alejó las causas de la muerte y resucitó a los muertos, rompió las puertas del infierno, encadenó al fuerte y se llevó sus armas, abrió los cielos¹¹ e inundó el Espíritu de amor en los corazones de los suyos. Esa mano libera a los cautivos, devuelve la luz a los ciegos, levanta a los que están caídos, ama a los justos, protege a los extran-



5 La explicación responde a la concepción agustiniana de la generación humana y al papel que en ella desempeña la concupiscencia desquiciada por el pecado original.

6 RB 4, 59; cf. Gál. 5, 16.

7 Sal. 118, 173.

8 Heb. 1, 2.

9 Is. 53, 4.

10 Mt. 4, 23.

11 Mt. 12, 29.

jeros, acoge al huérfano y a la viuda.¹² Ella libra de la tentación a los que son tentados, restaura a los que sufren consolándolos, devuelve la alegría a los afligidos, cubre con su sombra a los que pasan fatigas, escribe para aquellos que meditan sus leyes, toca y bendice los corazones de quienes oran para que por su contacto sean consolidados en el amor y su bendición los haga progresar y perseverar en la acción. Y, finalmente, los conduce a la patria y los devuelve al Padre.

Porque si esa mano se hizo carne, fue para atraer la carne con la carne y, muriendo la carne a la carne, llevar la oveja perdida —por el vínculo de la caridad— a los invisibles misterios de Dios y al invisible Padre todopoderoso.¹³ Y como al dejar a Dios había caído en su carne, era necesario que el misterio de la encarnación de esa mano, cual una especie de vehículo, la levantara y la llevara al Padre.

[La puerta sellada]

María, asistida por esa mano, no sólo no sufrió, sino que también permaneció virgen después de concebir. Ella es la puerta de la que leemos en el libro de Ezequiel: "Esa puerta permaneció cerrada para el príncipe, pero por ella saldrá el príncipe."¹⁴ Y verdaderamente por ella salió Cristo, Príncipe de los reyes de la tierra,¹⁵ y, como al entrar no la abrió, tampoco al salir la abrió. Pasó con suavidad, sin dejar rastros.

Si te asombras de que Dios haya nacido, de que el seno de la Virgen haya permanecido cerrado y sellado en su pureza virginal, asómbrate también de que por la abertura del sepulcro cerrado y sellado haya vuelto a habitar entre los vivientes y que —estando las puertas cerradas— haya entrado al lugar en que se hallaban los discípulos.¹⁶ No pretendemos suprimir vuestra admiración, sino evitar vuestra incredulidad.

¹² Sal. 145, 7-9.

¹³ Lc. 15, 5-6.

¹⁴ Ez. 44, 2-3.

¹⁵ Apoc. 1, 5.

¹⁶ Jn. 20, 19.

[*Misterios insondables de la sabiduría divina. Exhortación a los incrédulos*]

El Señor realizó todo lo que se propuso¹⁷ y todas sus obras pueden ser admiradas, pero no penetradas. "Todas las cosas son difíciles, dice Salomón, la palabra del hombre no las puede explicar."¹⁸ ¿Qué decir del modo como sale de un pequeño grano una inmensa cantidad de árboles, o del modo como nació de la semilla de Adán y Eva la multitud del género humano? Dejando de lado otros muchos ejemplos, ¿quién explicará cómo nace el mosquito de la tierra?; ¿por qué razón se extienden sus alas y se mueven sus patitas?; ¿de dónde vienen sus pequeños ojos y la forma de su cabeza?; ¿de dónde procede la forma de su cuerpo?; ¿y su aguijón, tan pequeño que escapa a la vista, pero sin embargo tan penetrante y adecuado para llenar con la sangre que succiona el pequeño cuerpo de ese minúsculo animal?

Si al examinar un mosquito, ¡oh hombre!, desfallece tu razonamiento, avergüénzate de buscar realidades más altas que tú, de escrutar realidades más poderosas que tú. Porque si no puedes examinarte a ti mismo ni a la íntima profundidad de tu espíritu, ¿cómo te elevarás a la infinita majestad de Dios? El que no sabe contar hasta uno, ¿cómo podrá juzgar sobre aritmética? El que no sabe qué es un punto o una línea, ¿podrá ser un experto en geometría? El que no sabe producir un sonido, ¿podrá enseñar música? ¿O será un hábil astrónomo el que ignora lo que es el movimiento? Así el que a sí mismo no se conoce, tampoco puede penetrar en las profundidades de Dios.

Pero, ¿qué es, en efecto, la humana sabiduría comparada con la sabiduría divina? A su lado, aquella no ocupa ni el espacio de un punto, ni siquiera de una fracción de punto. Ciertamente, para adelantar alguna cosa sorprendente, el ojo del mosquito puede ser comparado con la inmensidad del cielo —según una cierta relación—, pero la medida del hombre

17 Sal. 134, 6.

18 Ecl. 1, 8.

no tiene proporción con la inmensidad divina. ¿Qué relación puede haber entre lo finito y lo infinito? ¿Entre lo mensurable y lo incommensurable? ¿Entre lo efímero y lo eterno? ¿En virtud de qué multiplicación o de qué número puede la criatura compararse con el Creador? Si multiplicas hasta el infinito millares de millares, te agotarás en una vana tarea y no podrás comparar la ciencia de los hombres con la sabiduría divina, ni siquiera en la más pequeña, en la mínima proporción.

Si se contempla, pues, la esencia de Dios, no se encuentra en el hombre ninguna consistencia, según el testimonio del profeta: "Todas las naciones están frente a él como si no existieran. Son consideradas como un instante y como nada."¹⁹ Y el Señor le dice a Moisés: "Esto les dirás a los hijos de Israel: 'El que es, me ha enviado a vosotros.'"²⁰ Al declarar que él es, de los otros descarta el ser.

Ten confianza en Dios, pequeñez humana —¿qué digo?, nada humana—, y que su sabiduría absolutamente todopoderosa sea la firmísima base de tu argumentación. Que sea tu mayor, tu menor y tu conclusión. Cree que todos los que se adhieren perfectamente a su Creador no han de verse sometidos a la ley de la naturaleza, sino que se encontrarán por encima de la naturaleza, porque se hallarán sostenidos por el Autor de la naturaleza. No es, en efecto, la naturaleza la que impone su ley a su Autor, sino su Autor quien le ha dado las leyes que ha querido. Y cuando lo desea cambia esas leyes, como cuando convirtió el agua en vino y con el barro formó ojos,²¹ o cuando poniéndose a sí mismo en sus manos se entregó a sus discípulos para ser comida y bebida,²² permaneciendo todo entero fuera de ellos y, en ellos, alimentando a quienes lo comían. Así, volviendo a nuestra materia, salió al exterior, permaneciendo cerrado el seno de la virgen. Hemos dicho esto contra los incrédulos y para los incrédulos.

19 Is. 40,17.

20 Ex. 3,14.

21 Jn. 2, 11; 9, 6.

22 Mt. 26, 26.

[Exhortación a los judíos]

No seguiré adelante sin antes hablar de vosotros, los judíos, que habéis matado a los profetas que os enviaron y habéis condenado a muerte al Hijo de Dios que vino a salvaros.²³ También preparasteis para el Señor de los Profetas el mismo brebaje que ya habíais dispuesto para los profetas. Habéis dicho: "He aquí el heredero. Venid, matémoslo, y la herencia será para nosotros."²⁴ Pero, por haber matado al heredero, perdisteis la herencia. Ya no se puede considerar vuestra esa herencia que después de mil años bien contados habéis perdido.

¿Por qué entonces decís que el Mesías aún no ha venido, que el Cristo aún no ha nacido?²⁵ O bien vosotros mentís, o bien hacéis mentirosa a la verdad, ella que en el salmo habla de David en estos términos: "Por los siglos de los siglos estableceré su descendencia, y su trono como los días del cielo."²⁶ Y también: "Por mi santidad juré una vez no mentirle a David. Su descendencia permanecerá eternamente, su trono será como el sol en mi presencia y como la luna que siempre permanece; y el testigo que está en el cielo es fiel."²⁷ Os ruego que me digáis: ¿dónde está esa promesa?, ¿dónde está el trono de David, perfecto como el sol en presencia de Dios y que permanece como los días del cielo? La Verdad no puede engañar ni engañarse, sobre todo cuando el bienaventurado Jacob dice: "No le será quitado el cetro a Judá, ni el bastón de entre sus pies, hasta que venga el que debe ser enviado. Aquel que es la esperanza de las naciones."²⁸ Venid, pues, a la Iglesia de Dios, y veréis [en ella] al Hijo y Señor de David sentado sobre su trono con gran poderío y majestad.

23 Mt. 23, 37.

24 Mt. 21, 38.

25 Cf. Pedro el Venerable, *Contra Judaeos* (PL 189, 558).

26 Sal. 88, 30.

27 Sal. 88, 36-38.

28 Gén. 49, 10.

Si aún discutís sin razón y sin pudor diciendo: "Cuando Cristo venga, nuestro pueblo reinará con él", mirad a la Iglesia primitiva, compuesta por vuestra misma gente. Ved cómo vuestros mismos hermanos reinan con Cristo. Daos cuenta de que sus corazones viven por los siglos de los siglos.²⁹ Los pueblos anuncian su sabiduría³⁰ y toda la Iglesia de los santos proclama su alabanza. Tribus y pueblos le suplican y los hijos de su madre³¹ —es decir, la Iglesia— se prosternan delante de ellos. Enrojeced de vergüenza, enemigos de Cristo, de ser hollados por los pies de aquel a quien le dijo el Padre: "Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies."³² Comenzad a formar parte de sus miembros, para beber la sangre de la redención que vuestros padres derramaron para su perdición.

[Exhortación a los gentiles]

Y de vosotros los gentiles, ¿qué diré? Sois de nuestra misma carne y huesos.³³ Por eso estamos más ansiosos por vuestra salvación. ¿Por qué no creéis que Cristo es Dios? Estáis en lo cierto al creer que él nació y, nacido de la Virgen, vivió sin pecado. Pero, al no aceptar que él es Dios, os equivocáis peligrosamente y pecáis gravemente. Vosotros decís: "Hemos aprendido de nuestro profeta a creer así." Si deseáis saber que vuestro gran profeta no es más que un falso profeta,³⁴ condenémoslo por sus mismas palabras y de su propia boca saquemos pruebas de su necedad. Él afirmó que Cristo nació verdaderamente de la Virgen y vivió sin mentira y sin pecado. Ahora bien, ese Cristo, que según su testimonio fue

29 Sal. 21, 27.

30 Eclo. 39, 14.

31 Gén. 27, 10.

32 Sal. 109, 1.

33 Gén. 2, 23.

34 Se trata de Mahoma. Al parecer, Amadeo se inspira para este llamado a los musulmanes en Pedro el Venerable (cf. PL 189, 673-674), acentuando el peso de su argumentación en la pertenencia común a la "gentilidad".

siempre veraz, claramente profesó en el Evangelio, según el testimonio de los profetas y apóstoles, que él era Dios e Hijo de Dios. En consecuencia, quien sostuvo que Cristo no es Dios, fue un mentiroso.

Refugiaos, pues, junto a la Iglesia católica y apostólica, porque así como en otros tiempos —durante el diluvio— no era posible hallar ningún lugar de salvación fuera del arca de Noé,³⁵ igualmente ahora no hay donde refugiarse, excepto la Iglesia de Cristo.

[Nuevo paralelo entre Eva y María]

Pero dejemos este tema y volvamos a nuestra materia examinando la diferencia entre la concepción de Eva y la de María. Aquella dio a luz en la corrupción, ésta engendró intacta. Eva es el dolor, María es la salud. Eva es la vetustez, María es la novedad. Eva concibió un esclavo, María, un Señor. Eva concibió un pecador, María, al que justifica del pecado. El parto de Eva es la fuente de todas las muertes; el de María salva de la muerte. Cuando Eva dio a luz, el dragón le tendió sus redes; María fue asistida en el parto por los ángeles. El temor estremeció el corazón de Eva en el momento del parto; en cambio, la fuerza divina alegró a María en ese mismo momento.

Eva, al que das a luz, a muchos peligros lo expones. El que tú das a luz, María, lo salvas de todos los males. La malicia abundó en Eva parturienta; pero en María sobreabundó la gracia.

[La alegría del universo]

En el parto de María se alegran los cielos y exulta la tierra; hasta el mismo infierno, conmovido, se aterrorizó. En su alegría, los cielos regalaron la estrella luminosa³⁶ y la glo-

³⁵ Gén. 7.

³⁶ Mt. 2, 2.

riosa armada de los ángeles canta esta alabanza: “Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.”³⁷ En su alegría, la tierra entregó a los pastores que glorifican³⁸ y a los magos que adoran ofreciendo sus presentes: oro, incienso y mirra.³⁹ El infierno, en su turbación, engendró al rey impío e incitó la cólera de los soldados, lanzándolos a la masacre de los inocentes, sin piedad por aquellos que sus madres mantenían ocultos, asesinando a los que arrancaban del seno materno.⁴⁰ Así el parto de María alegró a los buenos y turbó a los malos, pues nacía el que daría bienes a los buenos y haría perecer por medio de justa venganza a los malvados.

[La noche de Navidad]

Piensa que cuando esa madre dio a luz se alegró el rostro del universo y, gozoso, el mundo aplaudió a su Señor. Piensa que el cielo, sin ninguna nube, fue revestido de belleza y las estrellas dijeron: “Aquí estamos”, y brillaron alegremente en su honor.⁴¹ Piensa que la noche derramó la luz en las tinieblas y que en lugar de la oscuridad entregó una esplendorosa luz. Esa noche vio la luz antes de la salida del sol, luz que por su resplandor extraordinario eclipsa el resplandor del sol. Es de esa noche que dice el salmista: “La noche será como el día para mí en medio de mis delicias.”⁴² Y luego, vuelto hacia el Señor, prosigue: “Para ti las tinieblas no serán oscuras y la noche será clara como el día. Para él las tinieblas son como el día.”⁴³

La suavidad del aire que corría, agradable y sereno, todas las cosas en paz y en su lugar, testimoniaban que el autor

³⁷ Lc. 2, 14.

³⁸ Lc. 2, 20.

³⁹ Mt. 2, 11.

⁴⁰ Mt. 2, 16.

⁴¹ Bar. 3, 35.

⁴² Sal. 138, 11.

⁴³ Sal. 138, 12.

de la suavidad y la paz había venido. ¿No crees tú que todas las cosas se pacificaron al nacer Cristo, cuando lees que a su muerte se turbaron todas las cosas?⁴⁴ ¿Se turbaron al morir y no se iban a llenar de paz al nacer? Sensibles hasta el punto de sentir su muerte, ¿ignorarían su nacimiento?

[La felicidad de María]

Pero si todo en su nacimiento estaba alegre, ¿cuál no sería el gozo de su madre! Si todo estaba feliz, ¿de qué felicidad no gozaría ella! ¡Y qué alegría tendría su madre, si todas las cosas se alegraban hasta tal extremo! La lengua balbucea, el corazón desfallece, el espíritu se conmueve ante la intensidad de semejante felicidad. ¿Cómo, en efecto, un vaso aún frágil, hecho de barro y mortal, podía subsistir ante tan gran torrente de alegrías? Es que la protegía con su sombra al nacer Cristo aquel que la había cubierto con su sombra en la concepción. Le permitía soportar las alegrías aquel que las concede en profusión. Y a aquella que la gloria de la majestad inundó con indecible abundancia, la fuerza de la divinidad la sostuvo con su admirable poder.

Cuando puso en el mundo al niño prometido y dio a luz al día que viene del día, para darnos el día, ella —vuelta hacia Dios de todo corazón— hizo oír en las alturas el clamor de su acción de gracias y de su alabanza.⁴⁵ Ofreció el sacrificio agradable de sus labios,⁴⁶ inmoló la hostia de su júbilo,⁴⁷ entregó los holocaustos pacíficos del corazón e hizo subir el incienso de suave perfume, ofrenda grata al Señor.⁴⁸ Al recibir al Emmanuel, recién nacido, ella contempla una luz incomparablemente más bella que el sol y siente un fuego que las aguas no podrían extinguir. Recibe en el recipiente de barro que ella dio a luz al esplendor que ilumina todas las

44 Mt. 27, 51-52.

45 Sal. 105, 2.

46 Sal. 26, 6.

47 Deut. 27, 7.

48 Lev. 4, 31.

cosas, y es digna de llevar en sus brazos al Verbo que sostiene el universo.

[La contemplación de María]

Llena de la ciencia del Señor, como las aguas del mar cuando se desbordan, es arrebatada fuera de sí misma y, mientras el espíritu se eleva hacia las alturas, ella permanece en la más sublime contemplación. Se asombra, la virgen, de ser madre se asombra gozosa, de ser la madre de Dios. Comprende que en ella se cumplen las promesas hechas a los patriarcas, los oráculos de los profetas, los deseos de los antiguos Padres, que habían anunciado que Cristo nacería de una virgen y que con todas sus fuerzas aguardaban su nacimiento.

Ella vio que era enviado el Hijo de Dios y se alegró de que se le confiara la salvación del mundo. Oyó al Señor Dios⁴⁹ hablar en ella y decirle: "He aquí que te he elegido entre toda carne y te he bendecido entre todas las mujeres.⁵⁰ He aquí que te envío a mi Hijo, te confío a mi Unigénito. No temas amamantar al que has engendrado, educar al que has dado a luz. Reconócelo no solamente como Señor, sino también como Hijo. Es mi Hijo, es tu Hijo. Mi Hijo por la divinidad, tu Hijo por la humanidad que ha tomado."

¡Con qué afecto y con qué cuidado, con qué humildad y respeto, con qué amor y devoción respondió María a ese llamado! Los hombres no lo saben, Dios lo sabe. Él escruta las entrañas y el corazón;⁵¹ Dios lo sabe, él pesa las almas.⁵²

A menudo, creemos nosotros, olvidándose de comer y beber, despreciando las necesidades de la carne, pasaba ella las noches sin dormir meditando acerca de Cristo en espíritu, contemplando a Cristo en la carne, ella que ardía de su deseo,⁵³

49 Ecl. 45, 4.

50 Lc. 1, 28.

51 Sal. 7, 10.

52 Prov. 16, 2.

53 Cf. san Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* 25, 1; PL 76, 1189.

que se inflamaba en su servicio. A menudo también hacía lo que está escrito en el Cantar de los Cantares: "Yo duermo, pero mi corazón vigila."⁵⁴ Porque, durmiendo en la carne, velaba en espíritu, soñando durante el reposo de la noche en aquel en quien meditaba día tras día. Al despertarse, se reencontraba con él; y, abandonando sus miembros al sueño, reposaba, durmiéndose en seguida en paz.⁵⁵

[*La intimidad de Jesús y María*]

Donde esté su tesoro, allí también estará su corazón;⁵⁶ donde esté su gloria, allí también estará su conciencia. Ella amaba a su Señor y a su Hijo con todo su corazón,⁵⁷ con todo su espíritu y con todas sus fuerzas. Con todo su corazón, porque lo amaba con todo su cariño; con todo su espíritu, porque lo amaba con toda su inteligencia; con todas sus fuerzas, porque ponía todo su corazón en el cumplimiento de todos los mandamientos. Ella veía con sus ojos y tocaba con sus manos al Verbo de vida.⁵⁸ ¡Feliz ella, a quien le fue concedido educar al que protege y alimenta todo, llevar al que sostiene el universo, amamantar al Hijo que derrama la leche en el seno de las madres, alimentar al que alimenta todo y les procura su sustento a los pájaros!⁵⁹

De su cuello está suspendida la Sabiduría del Padre⁶⁰ y reposa en sus brazos la fuerza que lo mueve todo. El niño Jesús descansa sobre el seno de su madre. Aquel que es el descanso de las almas santas⁶¹ reposa sobre las rodillas de la Virgen.⁶² Cada tanto, apoyando su cabeza sobre uno u otro brazo de su madre, la contempla con aire tranquilo, él, a quien

54 Cant. 5, 2.

55 Sal. 4, 9.

56 Mt. 6, 21.

57 Mt. 22, 37.

58 I Jn. 1, 1; Cf. san Gregorio de Nyssa, *De occursu Domini*, PL 46, 1171.

59 Sal. 146, 9.

60 I Cor. 1, 24.

61 Mt. 11, 29.

62 Cf. Pascasio Radberto, Ep. *Cogitis me*, PL 130, 126.

los ángeles desean contemplar,⁶³ y la llama con un suave murmullo, él, a quien todo espíritu invoca en la tribulación.

Ella, llena del Espíritu Santo, estrecha contra su pecho el santísimo pecho del niño y aprieta contra su rostro el de él. A menudo le besa las manos y los brazos y, haciendo uso con confianza de sus derechos de madre, deposita sobre la santísima boca dulces besos. No se sacia de verlo, no se cansa de oírlo, pues ve y oye lo que muchos reyes y profetas quisieron ver y no vieron, quisieron oír y no oyeron.⁶⁴

[*La perfección de María*]

Ella crece más y más en el amor y su espíritu, ardiendo en su alma, siempre despierta, se entrega de lleno a la contemplación divina. Penas, dolores, peligros, privaciones y necesidades, amenazas y muertes, furor de un rey asaz impío, huida a Egipto, regreso, ella nada teme por amor al niño. Amabilísima en sus obras, era muy alegre en la acción, pronta en la acción, pronta en la obediencia, devotísima en el servicio, muy humilde en la sumisión. En todas las cosas obraba con acierto y dirigía su casa con diligencia y sabiduría. Realizaba todas las obras de la humana naturaleza con el rostro calmo y el espíritu tranquilo. De hecho, así como ella fue incomparable en la vida contemplativa, así también lo fue en la vida activa.

Pero, ¿adónde va nuestra disertación? Hemos sido vencidos, y estamos felices de haberlo sido. Lo que hemos intentado está muy por encima de nosotros, que yacemos muy por debajo. Volvamos a nosotros y borremos nuestras faltas con lágrimas. Oremos a la madre del amor, por las secretas alegrías y los inefables amores merecidos por inaudito privilegio; que vuelva hacia nosotros su amor maternal e interceda por nuestros pecados ante su propio Hijo.

63 I Pe. 1, 12.

64 Lc. 10, 24.

[Apéndice: temas de las cuatro últimas homilías]

Al final de este sermón, debe el lector saber que aún restan cuatro homilías, conforme a lo que se anunció sobre los cuatro últimos grados de la ascensión de la bienaventurada María. La primera homilía describirá la pasión y la espada que experimentó la gloriosa Virgen al morir Cristo; la segunda expondrá la gloria que recibió cuando él resucitó; la tercera tratará su asunción y exaltación; en cuanto a la cuarta, versará sobre la plenitud de la perfección que ella poseerá un día con nosotros, así lo esperamos, y aun gracias a nosotros.



HOMILIA QUINTA

EL MARTIRIO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

RECORDANDO nuestra promesa y sabiendo que solos nada podemos hacer, pues no somos capaces de obra ninguna que surja de nuestro propio poder, sino que nuestra capacidad procede de Dios,¹ suplicamos al Padre de las luces² que ilumine nuestro corazón y abra nuestra boca.

[Martirio del cuerpo y martirio del corazón]

Es necesario saber que hay dos clases de martirio: uno manifiesto y el otro secreto; uno visible, el otro escondido; uno en la carne y otro en el corazón.³ Los santos apóstoles y los mártires sufrieron en la carne; ellos se inmolaron por amor a la verdad y para dar testimonio de Jesús,⁴ y, transformados en hostia de Cristo, bebieron el cáliz del Señor⁵ para subir por la cruz a la gloria, para obtener mediante la muerte temporal su parte en la vida eterna. Ellos son los que en el Cantar de los Cantares suben a la palmera para tomar de sus frutos;⁶ por escalones de púrpura suben para reunirse en tor-

¹ II Cor. 3, 5.

² Sant. 1, 17.

³ Cf. Pascasio Radberto, Ep. *Cogitis me* (PL 30, 138).

⁴ Apoc. 1, 9.

⁵ Mt. 20, 22.

⁶ Cant. 7, 8.

no al banquete del verdadero Salomón y recostándose en su lecho de oro son inundados con toda clase de manjares, comiendo y bebiendo en el reino de Dios, servidos por Cristo.⁷

Pero los santos que han sufrido el martirio del corazón, padecieron en su alma un tormento más duro que el sufrimiento corporal. Abrahán sufrió en el corazón cuando recibió la orden de inmolar a su hijo Isaac, a quien amaba con un amor único. Fue la prueba más grande de su cariño paterno, que lo conmovió hasta lo más profundo del amor por su hijo.⁸ A pesar de todo, ejecutor diligente, deseaba cumplir lo que le había sido encomendado y urgido por obedecer la orden divina llegó al monte Horeb en tres días de marcha. Allí, conforme a la orden recibida, hizo una pira con la leña, colocó a Isaac luego de haberlo atado y sacando la espada habría inmolado a su hijo si no hubiera sido detenido por una voz del cielo que le dijo: "No sacrifiques a tu hijo. Ahora si que temes a Dios."⁹ Este hombre, más que en la carne, ha sufrido en su fe y en su devoción; no vaciló en ofrecer a su hijo, al que amaba más que a su propia carne, mostrando —el tercer día— que estaba totalmente decidido.

Igualmente Moisés, el legislador, sufrió en su corazón cuando se mantuvo en la brecha frente a Dios¹⁰ y para obtener la salvación del pueblo desechó su propia salvación diciendo: "O les perdonas esta falta, o me borras del libro en que me has inscrito."¹¹ ¡Oh flechazo en pleno corazón! ¡Oh herida más dolorosa que cualquier otra herida! ¡Oh dolor abierto en lo más íntimo del alma! "O les perdonas esta falta, o me borras del libro en que me has inscrito." Deseaba ser anatema, lejos de Cristo, por sus hermanos,¹² y haciendo suya la salvación de los demás se afligía más por la condenación de los otros que por la suya propia. Pues no pensaba que todo le iría bien si estando los demás muertos él vivía y estando

los otros caídos él entraba solo en el reino. Porque ciertamente la caridad no busca su propio bien,¹³ sino que prefiere el bien común al particular y no el bien particular al común.

Por eso David, sufriendo en su espíritu al ver que el ángel castigaba al pueblo, se puso a gemir y, volviéndose hacia Dios de todo corazón, confesó que había pecado, que había obrado mal, y suplicó que la espada se volviera contra él.¹⁴ Excusó a Israel y solicitó, ser destruido junto con su descendencia, con tal que la espada empapada de sangre dejase de matar y que la cólera vengadora no hiciese perecer más inocentes. Por medio de estos ejemplos podemos advertir claramente, pienso yo, que el martirio del corazón es superior a los tormentos de la carne.

[El martirio de María al pie de la cruz]

Así la gloriosa Virgen triunfó en este tipo de sufrimiento, tanto más glorioso cuanto que muy próxima, unida a la adorable cruz de la pasión del Señor, apuró el cáliz, bebió la pasión y, en el torrente de los dolores, soportó un dolor sin parangón. Siguió a Jesús no solamente por el aroma de sus perfumes, sino también en la abundancia de sus dolores;¹⁵ no sólo en la alegría de las consolaciones, sino también en el desborde de los sufrimientos. Como Madre veía a su Hijo, el verdadero Salomón, con la diadema con que ella lo había coronado;¹⁶ y, coronada ella misma con una corona de aflicción, marchaba en su seguimiento.

Ella estaba de pie junto a la cruz,¹⁷ observando —triste espectáculo— la dulcísima cabeza de su Hijo, ungida con aceite de júbilo entre todos sus compañeros,¹⁸ golpeada con una caña y coronada de espinas. Veía al más bello de los hijos de los

⁷ Lc. 22, 30.

⁸ Gén. 22.

⁹ Gén. 22, 12.

¹⁰ Sal. 105, 23.

¹¹ Ex. 32, 31-32.

¹² Rom. 9, 3.

¹³ I Cor. 13, 5.

¹⁴ II Sam. 24, 17.

¹⁵ Cant. 1, 3.

¹⁶ Cant. 3, 11.

¹⁷ Jn. 19, 25.

¹⁸ Sal. 44, 8.

hombres,¹⁹ que ya no tenía ni esplendor ni belleza. Veía despreciado y relegado al último lugar²⁰ al que es exaltado por encima de todos los pueblos. Veía al Santo de los santos crucificado con los malvados e impíos. Veía apagarse los ojos de ese hombre sublime, y la cabeza del que todo lo sostiene pender inclinada entre los hombros. Veía marchitarse el sereno rostro de Dios y desaparecer la belleza de su faz.

[*El Dios escondido. Las llagas de Jesús*]

Por eso dice el profeta: “Verdaderamente tú eres un Dios escondido.”²¹ ¿Por qué escondido? Pues ya no le quedaba ni esplendor ni belleza²² y sin embargo el poder estaba en sus manos. Allí estaba oculta su fuerza.²³ ¿Acaso no estaba escondida cuando entregaba sus manos a los brutos²⁴ y sus palmas eran transpasadas por los clavos? La herida de los clavos resplandecía en sus manos y su costado inocente se ofrecía para ser vulnerado. Aprisionados con cadenas, el hierro atravesó la planta de sus pies,²⁵ fijaron sus pies contra el madero. Tales son las heridas que en su propia casa y de manos de los suyos Dios sufrió por nosotros.²⁶

¡Oh! ¡Qué nobles son esas llagas que curaron las llagas del mundo! ¡Qué victoriosas son esas llagas por las que él mató la muerte y destruyó el infierno! ¡Oh muerte, dice él, yo seré tu mordedura!²⁷ El Leviatán cayó en la red²⁸ y, en el momento en que abría la boca para comer,²⁹ ese gusano que en el salmo exclama: “Soy un gusano y no un hombre”,³⁰



19 Sal. 44, 3.

20 Is. 53, 2-3.

21 Is. 45, 15.

22 Is. 53, 2.

23 Hab. 3, 4.

24 Prov. 31, 19.

25 Sal. 104, 18.

26 Zac. 13, 6.

27 Os. 13, 14.

28 Job 40, 20.

29 Cf. san Agustín, *Serm.* 263, 2 (BAC: t. VII, pág. 389).

30 Sal. 21, 7.

fue inmovilizado, aprisionado por el hierro de esas llagas. Por esas preciosísimas llagas el diablo cayó en la red y fue librado el hombre.

[*La derrota de Satán*]

Tú tienes, oh Iglesia, tú tienes, oh paloma, las cuevas de la roca y los agujeros de la muralla para reposar.³¹ No temas a Goliath enfurecido, al alma cruel, al rostro atrocemente amenazante, ahora que él ha sido derrotado con su propia espada por el verdadero David. Él deseaba golpear y fue golpeado; intentaba herir y fue herido gravemente. Fue atrapado por sus mismas trampas y cayó por su propio esfuerzo.³² Se precipitó sobre lo que no era suyo y abandonó lo que le pertenecía. Se lanzó sobre los bienes de otro y perdió los propios.

La sangre de Cristo fue puesta sobre la balanza e, inclinando el juicio del Padre, destruyó todos los pecados de los hombres y las redes del diablo. Así, despojado de sus bienes más preciosos como también de todo aquello que era su gloria y de las armas en que depositaba su confianza,³³ el antiguo enemigo es reservado para el juicio a fin de que sufra los eternos castigos por haber derramado la sangre del Hijo de Dios. Y vosotros, judíos ingratos, blasfemadores, parricidas, vosotros arderéis con él. De esa manera los ayudantes que él encontró para el crimen serán sus acompañantes en el fuego.

[*Repaches a los judíos. El duelo del universo*]

“Yo he criado y alimentado hijos, dice el Señor, pero ellos —con menosprecio— me han despreciado.”³⁴ Sí, él os ha criado y alimentado, y por vuestro crimen ha sido levantado so-

³¹ Cant. 2, 14.

³² I Sam. 17.

³³ Lc. 11, 22.

³⁴ Is. 1, 2.

bre la cruz. Él os ha ~~revestido~~ ^{revestido} de púrpura entre deleites, os ha revestido con un ~~ornamento~~ ^{ornamento} de gloria,³⁵ y vosotros en vuestra locura lo habéis desnudado. Con ínclita corona os ha ceñido,³⁶ y vosotros habéis colocado una corona de espinas sobre su cabeza. Él os alimentó con flor de harina,³⁷ y vosotros le habéis dado hiel por toda comida. "Pusieron hiel en mi comida, dice él, y para mi sed me dieron vinagre."³⁸ Él dilató los límites de vuestra heredad³⁹ y afianzó las estacas de vuestras carpas. Pero vosotros lo habéis extendido y sus manos —que habían resucitado muertos— las habéis fijado con clavos.

El cielo se llenó de estupor y como de un cilicio se cubrió de tinieblas. El sol y la luna velaron su esplendor y, cubiertos con un ropaje de duelo, pareció que lloraban a su Creador. El aire se oscureció⁴⁰ y se aglomeró en densas tinieblas. La tierra tembló y se sacudió.⁴¹ Las rocas se partieron, las tumbas se abrieron y en el infierno surgieron los muertos.⁴² El mismo infierno se horrorizó de ese crimen y sus furias se turbaron. Pero el judío, más insensible que la tierra, más duro que las rocas, más cruel que el infierno, más incrédulo que los demonios, no escuchó al Señor, no convirtió su corazón, no tuvo horror del crimen, no quiso creer.

[Condenación y castigo]

¿Y tú que harás, pueblo malvado, raza criminal,⁴³ casa que has derramado la sangre del crucificado, cuando él venga

35 II Sam. 1, 24.

36 Prov. 4, 9.

37 Sal. 147, 14.

38 Sal. 68, 22.

39 Is. 54, 2.

40 Mt. 27, 45.

41 Sal. 76, 19.

42 Mt. 27, 51-52.

43 Amadeo no siente odio por los judíos. Estos fuertes pasajes son producto de la retórica; más adelante presentará a María intercediendo por el pueblo judío.

sobre las nubes con gran poder y majestad?⁴⁴ El descenderá en medio del incendio del cielo y de la tierra, y los elementos se disolverán ante el terror de su venida. Cuando venga él, aparecerá en el cielo el signo de la cruz y el Bienamado mostrará las cicatrices de las llagas y el lugar de los clavos⁴⁵ por medio de los cuales —en su propia casa— tú lo clavaste.

Entonces te lamentarás por tu suerte como se lamenta el hijo único⁴⁶ y dirás a las montañas: "Cubridnos", y a las colinas: "Caed sobre nosotros",⁴⁷ ante la espada de la paloma y el furor del Señor irritado.⁴⁸ Él te pondrá en el horno de fuego el día de su venida, te triturará en su cólera y el fuego te devorará.⁴⁹ Un violento torbellino te arrastrará, una tempestad furiosa te devorará, un fuego eterno te quemará y te absorberá el abismo del infierno a pesar de tus tardías súplicas. Y no digas como de costumbre: "Es para un futuro lejano que profetizaba."⁵⁰ Porque he aquí que el Señor te hace llevar como se lleva una gallina⁵¹ y te levantará como un manto para que, despreciada y exiliada, mueras en un país que no es el tuyo; para que así, contrita con doble contrición,⁵² al menos recibas por medio de esa pena la inteligencia perdida y aprendas del castigo la gravedad de tu falta.

[Dolor y oración de María]

La perdición de los judíos como así también la muerte de su Hijo quemaban el corazón de la gloriosa Virgen con inexpressable dolor; herida de la más profunda piedad, suspiraba entre angustias. Ella bebió un cáliz más amargo que la misma muerte y lo que el género humano no podía soportar, pudo

44 Mt. 24, 30.

45 Jn. 20, 25.

46 Jer. 6, 26.

47 Lc. 23, 30.

48 Jer. 46, 16.

49 Sal. 20, 10.

50 Ez. 12, 27.

51 Is. 22, 18.

52 Jer. 17, 18.

soportarlo una mujer apoyada en el auxilio divino. Ella venció su sexo, venció la naturaleza humana, sufrió por encima de las fuerzas del hombre. Estaba, en efecto, torturada más que si lo hubiera sido en su propio cuerpo, pues amaba incomparablemente más que a sí misma al que era la causa de su sufrimiento.

Pero dejemos un poco esta tristeza tan amarga, causada por la muerte de su Hijo. ¿Quién podría describir el dolor que padecía la bienaventurada Virgen, las angustias que la embargaban cuando con los ojos puestos en el futuro veía la condenación de casi toda su raza, la desaparición de su nación, la caída de su pueblo, la ruina de su patria, la destrucción de esa ciudad que otrora había sido la santa Jerusalén? Es verdad, los profetas, conocedores del futuro, predijeron la desgracia de los judíos y lloraron grandemente esa ruina. El mismo Señor derramó lágrimas sobre Jerusalén⁵³ y largo tiempo lloraron los apóstoles a su incrédula patria. Pablo, en su desbordante piedad, suspira por ser anatema, lejos de Cristo, por sus hermanos carnales, a fin de moverlos a la salvación y a la emulación.⁵⁴ ¿Cuánto más no haría la madre de piedad, cuánto más no soportaría con grandeza su corazón, librándose a toda clase de penas y aun a la misma muerte, con tal de apartar de su pueblo la ruina y la muerte inminentes? Pero el honor del Rey ama la justicia⁵⁵ y la justicia insobornable del Dios supremo dispone justísimamente aquello de lo cual la santa madre del Redentor se lamentaba con compasión.

[El amor de María por su pueblo]

Pero que nadie suponga que la madre de Dios sintió odio contra los judíos porque ellos habían condenado a la muerte más infame a su Hijo. En efecto, viéndolos en el umbral de la muerte eterna, los estimó dignos, no de odio y des-

precio, sino de su más grande compasión, de sus abundantes lágrimas y de su profunda piedad. Por eso, comulgando con la caridad de Jesús, como así también de su cruz, se puso a orar por ellos y golpeando con todo su corazón los oídos de la compasión paternal dijo: "Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen."⁵⁶ Este grito de su Hijo fue también su deseo, de modo que con más seguridad llegara a oídos del Espíritu inasible que llena el universo y escucha en todas partes.

[María sufre según la medida de su amor]

Vosotros todos que amáis a la madre del Señor, deteneos y considerad en el fondo del corazón quién era aquella que lloraba por sus enemigos, considerad lo que le fue exigido cuando murió su Hijo. La tristeza que le causó la pasión de su Hijo escapa a toda comprensión, sobrepasa todo entendimiento humano. Nada comparable hay; nada comparable a semejante amargura de dolor.

¿Qué madre, en efecto, amó a su hijo tanto como ella? Pues ella no lo concibió por casualidad como las otras mujeres, sino que el Hijo único del Padre penetró en las entrañas de su madre por efecto de una elección amorosa y de una bondad gratuita. Y él, a diferencia de otros, no le causó a su madre ninguna pena, sino que la colmó con las riquezas de su gracia, según la palabra de la Escritura que dice: "Él no cometió pecado y no se halló engaño en su boca."⁵⁷ Igualmente, en lo referente a la gracia: "Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia se derrama en tus labios; Dios te bendice eternamente."⁵⁸ Esta es la razón por la que ella lo amaba tanto. El mismo que era Dios, era su Hijo, pues un hombre de ella nació,⁵⁹ y el Altísimo lo había creado. Por eso lo amaba incomparablemente más. Sólo ella desde toda la eternidad mereció tener por hijo al mismo que era su Dios.

⁵⁶ Lc. 23, 34.

⁵⁷ I Pe. 2, 22.

⁵⁸ Sal. 44, 3.

⁵⁹ Sal. 86, 5.

⁵³ Lc. 19, 41.

⁵⁴ Rom. 9, 3.

⁵⁵ Sal. 98, 4.

Y así como un abismo llama a otro abismo,⁶⁰ esos dos amores convergieron en uno solo, y de los dos nació uno, porque la Virgen María amaba a su Hijo como se ama a Dios y amaba a Dios amando a su Hijo. Por eso, porque mucho amó, mucho sufrió, y la intensidad de su amor atizó el fuego de su sufrimiento.

[*La compasión de María*]

¿Qué hará ella cuando se encuentre en el Calvario y vea la cruz, los clavos, las heridas del que moría inocente, sin que se hartara la crueldad del fariseo, furioso de envidia? Él estaba suspendido, pagando la culpa de nuestros pecados, no de los suyos. Y los fariseos se burlaban con los escribas, golpeaban su cabeza y le daban vinagre aromatizado con hiel para beber,⁶¹ para que se cumpliera en Cristo la profecía de David: "Han aumentado el dolor de mis heridas."⁶²

Entre tanto, la madre de Dios estaba con el espíritu abatido y la estremecían los dolores del parto. No se experimentan sino gemidos, sollozos,⁶³ suspiros, tristeza, dolores, agonía, turbación del espíritu, llamas, muerte más cruel que la muerte, cuando hay que padecer la angustia de la muerte sin perder la vida. ¡Oh venerable recuerdo, pleno de devoción y de lágrimas, rememorar los gloriosos sufrimientos de tan santa alma y las angustias que la rodearon cuando murió Cristo! El rostro lívido de Jesús hizo palidecer el rostro de su madre. Él sufrió en su cuerpo, ella en su corazón. Las burlas y las injurias de los impíos cayeron sobre su cabeza de madre. La muerte del Señor le resultó más amarga que su propia muerte. Instruida por el Espíritu, no dudaba de que él resucitaría, y sin embargo debió beber el cáliz del Padre⁶⁴ y conocer la hora de su pasión.⁶⁵ El venerable anciano Simeón se lo había pro-

60 Sal. 41, 8.

61 Jn. 19, 29.

62 Sal. 68, 27.

63 Cf. san Anselmo, *Oratio XX* (BAC: t. II, pág. 429).

64 Jn. 18, 11.

65 Jn. 12, 27.

fetizado en estos términos: "Y a ti misma una espada te atravesará el corazón."⁶⁶ ¡Oh Señor Jesús, más fuerte en tus decisiones que los hijos de los hombres,⁶⁷ no perdonaste a tu madre, a quien una espada le atravesó el alma!⁶⁸ Todos nosotros, pues, deberemos pasar por esa espada de fuego que nos capacita para llegar al árbol de vida que se encuentra en el centro del paraíso.⁶⁹

[*"Mater dolorosa"*]

Pero sigamos con nuestro tema. La bienaventurada María podría hacer suya esta exclamación que se aplica especialmente a Cristo: "Vosotros todos los que pasáis, ved si hay dolor como el mío."⁷⁰ ¡Oh qué dolor y qué grande! Y ante tal dolor, ¡qué Madre y cuán grande! ¡Ved qué diferencia entre lo que ella es ahora y lo que antes era, cuando le brindaba sus cuidados a su Hijo, entre coros de ángeles, cantos de alabanza de los pastores y homenajes de los magos que ofrecían sus preciosos misterios! Diferencia no ciertamente de virtud, sino de tristeza; no de gracia, sino de angustia. Porque ella había crecido en la virtud y fructificado en gracia. Así, en medio de semejante adversidad, no abandonaba su discreta reserva y no perdía su fiel constancia.

[*El ejemplo de María: constancia y reserva*]

De ella dice san Ambrosio, obispo de Milán: "Leo que se mantenía en pie junto a la cruz del Señor, no leo que ella llorara."⁷¹ Mantenerse en pie con esa amargura en el corazón es

66 Lc. 2, 35.

67 Sal. 65, 5.

68 Cf. Sal. 104, 18.

69 Gén. 3, 24.

70 Lam. 1, 12.

71 *De obitu Valentiniano Consolatio* 39 (PL 16, 1431). El autor yuxtapone dos tradiciones, aquella que presenta a María reteniendo sus lágrimas y la otra que enfatiza su sentimiento de dolor.

signo de una gran constancia. Abstenerse de llorar denota una enorme reserva. Ella retenía sus lágrimas por pudor; se mantenía de pie merced a una sublime grandeza de alma. De modo que ni el dolor le arrancaba lágrimas, ni la pena abatía su alma. Porque por una parte una virtuosa reserva y por la otra una firme constancia la sostenían en la lucha.

Sepamos, pues, queridísimos, a imitación de la madre del Señor, no olvidar la reserva y acordarnos de la constancia. No faltarán tristezas ni dificultades; no faltarán las pruebas y hasta la misma muerte se nos atravesará. Fortifiquemos nuestra alma por medio de una humilde reserva y una firme constancia. Que en el momento de nuestra muerte esté viva nuestra reserva y que en medio de las espadas permanezca firme la constancia de nuestra alma. Hagámonos, pues, semejantes a la madre de Dios a través de una conducta parecida; entonces seremos llevados —tras ella— al templo del Rey, por el mismo Cristo nuestro Señor.⁷²

72 Sal. 44, 15-16.



HOMILIA SEXTA

LA ALEGRÍA DE MARÍA EN LA RESURRECCIÓN

COMED, amigos míos, bebed y embriagaos, mis amadísimos.¹ Os invito a la mesa de la sabiduría² y a las libaciones con vino que ella os ha preparado en su copa. Os invito al festín de la Virgen gloriosa, al banquete de la madre de Dios. Felices los que, admitidos a ese banquete, brillarán con sus vestidos blancos delante de los comensales.³ Les será servido el pan de vida, pan que fortifica, que colma y sacia con maravillosa dulzura; y el vino de la alegría, que brota del fruto de la vid, verdadero vino de la resurrección, extraído del árbol de la pasión del Señor. Este vino procede del racimo⁴ que, arrebatado de la tierra prometida, fue suspendido en un pedazo de madera.

[Prosigue la descripción del banquete celestial]

Además, el invitado comerá el ternero cebado, ataviado con su mejor ropa y con el anillo de paz.⁵ Ceñido con el cinturón de la fe y de la castidad, calzado con sandalias a fin de

1 Cant. 5, 1.

2 Prov. 9, 5.

3 Mt. 22, 11.

4 Núm. 13, 24.

5 Lc. 15, 22.

estar preparado para toda obra buena,⁶ comerá el cordero pascual asado en las brasas.⁷ Y si él lo desea, este banquete contará también con el pequeño cervatillo de la graciosa gacela⁸ y el ciervo que brinca sobre los montes aromáticos,⁹ el ciervo que salta del valle de los infiernos hasta la montaña del cielo. Luego, tomando el pescado que estaba sobre las brasas al borde del mar,¹⁰ cuando el Señor se apareció a sus discípulos después de la resurrección, lo comió,¹¹ junto con el panal de miel. Entonces dirá él, repitiendo el poema del Cantar de los Cantares: "He comido mi panal con miel, he bebido buen vino con mi leche."¹² Rebosando de toda clase de delicias,¹³ invitará a los otros al festín: "Comed, amigos míos, bebed y embriagaos, mis amados."¹⁴

Y yo también, hermanos míos, os invito al festín: "Comed, amigos míos, bebed y embriagaos, mis amados." Comed el pan de la vida, bebed el vino de la alegría, embriagaos de la alegría de la resurrección. Esta embriaguez es la suprema sobriedad, borra el recuerdo del mundo e imprime sin cesar en el espíritu la idea de la presencia de Dios. Quien así está ebrio olvida todo y sólo se acuerda de la caridad divina. Vosotros también embriagaos de esta forma, queridos míos, embriagaos con la madre de Dios y regocijaos. Regocijaos de su alegría, vosotros que habéis sufrido con su sufrimiento.

[*La alegría pascual*]

"Hay un tiempo para la alegría, dice Salomón, y un tiempo para la tristeza."¹⁵ La tristeza ha pasado, ha llegado el tiem-

6 II Tim. 3, 17.

7 Ex. 12, 9.

8 Prov. 5, 19.

9 Cant. 2, 8.

10 Jn. 21, 9.

11 Lc. 24, 42.

12 Cant. 5, 1.

13 Cf. Cant. 8, 5.

14 Cant. 5, 1.

15 Ecl. 3, 4.

po de la alegría, la verdadera alegría que proviene de la resurrección de Cristo. Pues, en efecto, él se ha levantado y ha levantado el alma de su madre. Ella yacía en la estrechísima tumba del dolor, en tanto que el Señor yacía en el sepulcro. Pero al resucitar él, el alma de ella retornó a la vida y, como despertando de un sueño profundo, percibió la luz matinal del sol de justicia¹⁶ y los rayos de luz del resucitado; contempló el nacimiento de la nueva aurora y la futura resurrección de la carne, cumplida —en primer lugar— en su Hijo. Sus ojos se saciaban del cuerpo refulgente del resucitado y su alma contemplaba la gloria de la divinidad. Así, por dentro y por fuera, saliendo y entrando, ella gozaba de los pastos de la felicidad verdadera y eterna.¹⁷ Por encima de sí misma y olvidándose de sí en su alegría, se adhería con dilatado corazón al Padre de los espíritus y —fija en Dios— era toda entera transportada por aquel cuyo amor infinito la llenaba totalmente.

[*Cristo, corona de María*]

Señor, en tu fuerza ella se alegró inmensamente y exultó vivamente por tu salvación. Tú le has concedido el deseo de su corazón y no le has negado la oración de sus labios, porque la has colmado con dulces bendiciones. Has puesto en su cabeza una corona de oro fino.¹⁸ La corona de su cabeza es Cristo, conforme a las palabras del gran sabio: "Un hijo sabio es la corona de su madre." Y ¿hubo jamás alguien más sabio que él, que es la sabiduría del Padre? Esta es una corona de piedra, porque en el Antiguo y en el Nuevo Testamento Cristo es designado bajo el nombre de piedra:¹⁹ piedra a causa de su poder y piedra preciosa a causa de su gloria. El salmista ha reunido estos dos aspectos diciendo brevemente: "El Señor de los ejércitos es el Rey de la gloria."²⁰ Es piedra

16 Mal. 4, 2.

17 Jn. 10, 9.

18 Sal. 20, 2-4.

19 Sal. 117, 22; Mt. 21, 42.

20 Sal. 23, 10.

porque es el Señor de los ejércitos; es piedra preciosa porque es el Rey de la gloria. Nada más fuerte que esta piedra, nada más precioso que esa gloria.

[*María comparte la victoria de su Hijo*]

Oh bienaventurada Virgen, ahora ya estás en posesión de tu alegría. Se ha cumplido tu deseo. Y Cristo, corona de tu cabeza, te ha traído la soberanía del cielo por la gracia, el reinado del mundo por la misericordia, la dominación del infierno por la venganza. Por ti subió victorioso de los infiernos, derribó las puertas de bronce, rompió las cadenas de hierro,²¹ se apoderó de las fortalezas del infierno, aplastó las cabezas del dragón. Realizó una enorme masacre con tus enemigos; arrojó en la fosa al príncipe de los infiernos. Mató la muerte y encadenó al autor de la muerte; con cadenas de fuego fue apresado el autor de la muerte.

Después sacó a los suyos de las tinieblas y rompió sus ataduras. Se asoció a las almas de todos los justos que marchan a la luz de su rostro y exultan en su nombre.²² Ellas, que habían sido humilladas por sus injusticias, fueron exaltadas por su justicia. En su paso por los infiernos, el Señor Jesús entró solo, así como lo cantó David de sí al decir: "Estoy solo, mientras sigo mi camino."²³ Pero si entró solo, no salió solo, pues llevó consigo innumerables millares de santos. Cayó en tierra y murió, y así dio mucho fruto.²⁴ Se dejó caer como una semilla para recoger en cosecha al género humano.

[*María, tierra o germen de la humanidad nueva*]

¡Bienaventurado el seno de María, en el que tal semilla echó raíces!²⁵ Bienaventurada aquella a quien se le dijo:

21 Sal. 106, 16.

22 Sal. 88, 16-17.

23 Sal. 140, 10.

24 Jn. 12, 24-25.

25 Se trata de la semilla del Cuerpo místico de Cristo, que echó raíces en el seno de María.

"Tu vientre es como un cúmulo de trigo, rodeado de lirios."²⁶ ¿Acaso no es como un cúmulo de trigo ese vientre que crece bajo la acción de ese grano y en el que nace toda la cosecha de los rescatados? Sí, muertos a los pecados en nosotros mismos —en la fuente bautismal—, por el baño de la regeneración renacemos en Cristo,²⁷ para vivir en aquel que murió por todos.²⁸ Por ello dice el Apóstol: "Vosotros todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo."²⁹ De un solo grano provienen, pues, numerosas cosechas, y del seno de la Virgen sale ese grano. Por eso se habla, en virtud de la fuerza de la semilla, de cúmulo, no siendo causa el número, y en virtud de la eficacia, no a causa de la multiplicidad.

[*Los lirios, palabras de Dios*]

Por otra parte, está escrito: "Rodeada de lirios", porque la perpetua integridad de ese seno materno está atestiguada por los santos oráculos de la Escritura. ¿Qué son, en efecto, las divinas palabras, sino lirios que irradian la blancura de la pureza y despiden un agradable perfume de suavidad?³⁰ Así el Verbo y Sabiduría del Padre es llamado resplandor de la luz eterna.³¹ Y de las palabras divinas dice el salmista: "Las palabras del Señor son palabras castas, como la plata pasada por el fuego, probada en el crisol, purificada siete veces."³²

De su perfume está escrito en el Cantar: "Corremos tras el aroma de tus perfumes." Es la voz de las jóvenes doncellas exultando ante el perfume de las palabras del Esposo. "Corremos tras el aroma de tus perfumes",³³ es decir, tras el conocimiento de tus palabras. Porque las palabras del Señor

26 Cant. 7, 3.

27 Tit. 3, 5.

28 II Cor. 5, 15.

29 Gál. 3, 27.

30 San Bernardo, Sup Cant 70, 5 (BAC: t. II, pág. 465).

31 Sab. 7, 26.

32 Sal. 11, 7.

33 Cant. 1, 3.

son perfumes preciosísimos que expulsan las enfermedades del alma, que dan a las heridas el remedio conveniente. Son el antídoto que elimina los temibles venenos de la serpiente, el fomento que alivia las crueles heridas, la ayuda que cura al herido asaltado por los ladrones mientras descendía de Jerusalén a Jericó.³⁴ A su perfume también se aplica lo que le dice el Esposo a la esposa en el Cantar: "El aroma de tus perfumes supera todos los aromas."³⁵ Y más adelante: "Tus pechos son mejores que el vino, perfumados como los mejores ungüentos."³⁶

[*Los pechos de la esposa*]

La Iglesia, esposa de Cristo, tiene sus pechos en los dos Testamentos, por medio de los cuales les da a los pequeños la leche de la consolación y a los perfectos la leche de la exhortación.³⁷ Que nadie se asombre si los perfectos son alimentados con la leche de aquella que dice: "Yo soy un muro y mis pechos son como una torre. Así soy a sus ojos como quien ha hallado la paz."³⁸

Se afirma que sus pechos son mejores que el vino porque, según el testimonio del Apóstol Pablo, "lo que es locura de Dios es más sabio que la sabiduría de los hombres."³⁹ Esos pechos son, pues, mejores que el vino de la vana filosofía, que el vino de la ciencia del siglo, que el vino de la concupiscencia del mundo,⁴⁰ un vino que no proviene de la viña de Soreth ni de la viña de Chipre o de Engadí,⁴¹ sino de la ciudad de Sodoma y del territorio de Gomorra⁴² o, en todo caso, de una cepa de hiel y un racimo de amargura. Así las jóvenes

34 Lc. 10, 30.

35 Cant. 4, 10.

36 Cant. 1, 1-2.

37 Cf. san Bernardo, Sup Cant 10, 2 (BAC: t. I, pág. 53).

38 Cant. 8, 10.

39 I Cor. 1, 25.

40 Cf. san Bernardo, Sup Cant 9, 7 (BAC: t. II, pág. 50).

41 Cant. 1, 13.

42 Deut. 32, 32.

doncellas, al recordar los pechos de la esposa, desean ser alimentadas con la abundancia de su leche más que de vino, para que de esa forma puedan crecer en la salvación. "Tus pechos son mejores que el vino, perfumados como los mejores ungüentos."⁴³

Estos pechos están perfumados como los mejores ungüentos porque los Testamentos de la Iglesia se manifiestan en palabras perfectas y, según la capacidad de las inteligencias, alimentan a unos con el envoltorio exterior del sentido literal e instruyen a otros con la suavidad del sentido moral, levantando a otros hacia las cumbres por medio de la comprensión del sentido místico. Exhalan, pues, como los mejores perfumes, porque a estos dos Testamentos se unen la gracia de la comprensión espiritual y la virtud de la caridad divina, que tienen la blancura de los lirios por el don de la inteligencia y exhalan el suave perfume del amor.

Entre estos lirios pastorea el Amado, como lo dice la voz de la amada: "Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado; él pastorea entre los lirios."⁴⁴ Sí, él pastorea entre los lirios porque la íntima suavidad de su palabra colma el alma del que lee las Escrituras. Por tanto, rodeada por estos lirios, oye la madre de Dios de boca de Salomón las palabras: "Tu vientre es como un cúmulo de trigo, rodeado de lirios."⁴⁵

[*Los lirios, almas de los santos*]

También se puede entender por lirios a las almas de los santos,⁴⁶ blancas por el mérito de su vida, olorosas por su ejemplo. De la blancura el salmista le dice a Dios: "Me rociarás con el hisopo y quedaré limpio; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve."⁴⁷ Y del perfume dice: "De mi corazón brota una palabra amable."⁴⁸ Y el Apóstol dice: "So-

43 Cant. 1, 1-2.

44 Cant. 2, 16.

45 Cant. 7, 2.

46 Cf. san Bernardo, Sup Cant 71, 14 (BAC: t. II, pág. 479).

47 Sal. 50, 9.

48 Sal. 44, 2.

mos el buen olor de Cristo para Dios, en todas partes.”⁴⁹ Rodeada, pues, de los lirios que son los redimidos, la madre de Dios puede decirles con toda justicia esta acertadísima palabra: “Vosotros sois mi alegría y mi corona, todos vosotros que habéis sido redimidos por la sangre de mi sangre y por la carne de mi carne.”⁵⁰

Asimismo es de esos lirios que se halla rodeado Cristo, cuando saca de los infiernos a las almas de los justos y los premia con la riqueza de su gloria. El verdadero Jacob pasa el Jordán de la muerte con el bastón de la cruz y regresa con dos rebaños.⁵¹ Para mí esos dos rebaños son los circuncisos y los incircuncisos, los que estuvieron bajo la ley y antes de la ley. Él murió solo, pero volvió a la vida trayendo a muchos. Porque es la vida de todos, y la vida de todos resucitará con él. Así como en Adán todos murieron, de la misma manera en Cristo todos serán vivificados.⁵² Por su muerte nosotros nos hemos multiplicado, por su sangre nuestra raíz ha brotado, por su resurrección nuestro cuerpo ha florecido.

[Cristo vive y reina eternamente]

Ahora bien, ha florecido no como la hierba, sino como el Verbo, no como los días del siglo, sino como los días del cielo.⁵³ Y la voz del supremo Padre dice de la descendencia le David: “Yo estableceré su descendencia por los siglos de los siglos y su trono será duradero como el cielo.”⁵⁴ Del retoño de Jesé ha brotado una flor eterna⁵⁵ que la pasión ha marchitado, pero que volvió a florecer en la resurrección.⁵⁶ Ha vuelto a florecer, y no para secarse como la flor del campo,⁵⁷

49 II Cor. 2, 14-15.

50 Fil. 4, 1.

51 Gén. 32, 10.

52 I Cor. 15, 22.

53 Is. 40, 8.

54 Sal. 88, 30.

55 Is. 11, 1.

56 Cf. san Bernardo, Sup Cant 58, 8 (BAC: t. II, pág. 386).

57 Sal. 27, 7.

sino para permanecer eternamente⁵⁸ como la Palabra del Señor. Porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.⁵⁹ Por eso Daniel, varón de deseos, asegura que el Hijo del hombre llegó junto al Anciano de días para mostrar que él era el Hijo del hombre.⁶⁰ Esto lo vio bien el salmista al decir: “Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos. El cetro de tu reinado es un cetro de justicia. Has amado la justicia y odiado la impiedad. Por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo de alegría, por sobre tus compañeros.”⁶¹ He aquí, pues, que lo llama Dios y recuerda que su trono permanece por los siglos de los siglos.

Luego dice que fue ungido por Dios con el óleo de alegría, sobre sus compañeros. Como Dios, en efecto, reina con el Padre desde la eternidad y por los siglos de los siglos. Como hombre, fue ungido en el tiempo, con el óleo de alegría por encima de sus compañeros. Y verdaderamente está sobre sus compañeros porque el Padre le dice: “Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado.”⁶² Y también: “Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”⁶³ Para que comprendas que es igual al Padre por la divinidad, escúchale decir en el Evangelio: “El Padre y yo somos uno”;⁶⁴ y también: “El que me ve, ve al Padre.”⁶⁵

[El triunfo universal de Cristo]

Es de él que dice el Apóstol: “Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos.”⁶⁶ Sí, los infiernos doblan la rodilla delante de

58 Is. 40, 8.

59 Jn. 1, 14.

60 Dan. 9, 23; 7, 13.

61 Sal. 44, 7-8.

62 Sal. 2, 7.

63 Sal. 109, 1.

64 Jn. 14, 9.

65 Jn. 14, 9.

66 Fil. 2, 9-10.

él por temor, la tierra por su redención, los cielos por felicidad. A los primeros —en efecto— les inflige suplicios, arranca a los segundos de la miseria y a los últimos los lleva a la gloria. Para los primeros es terrible en el juicio; para los segundos, misericordioso en el auxilio; para los últimos, generoso en la recompensa. Porque a los demonios los derrotó con su espada, mientras que a los hombres los redimió con su sangre y sació a los ángeles con la contemplación de su rostro. Los infiernos se arrodillan, se postran aterrorizados ante su poder. Sobre la tierra se dobla la rodilla en alabanza por su clemencia y en el cielo se arrodillan exclamando: “Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos. Los cielos y la tierra están llenos de su gloria.”⁶⁷

[El triunfo universal de María]

Ese es tu hijo, ¡oh María! Es él, que por ti ha resucitado de entre los muertos el tercer día y —en la carne— ha subido más allá de los cielos para colmar todo el universo.⁶⁸ Ahora estás en posesión de tu alegría, oh bienaventurada, y has recibido en heredad el objeto de tu deseo y la corona de tu cabeza. Él te ha traído la soberanía del cielo por la gloria, el reinado del mundo por la misericordia y la dominación sobre el infierno por el poder. Con diversos sentimientos todas las criaturas responden a tu gloria tan grande e inefable. Los ángeles con honor, los hombres con amor, los demonios con temor. Porque tú eres venerable para el cielo, amable para el mundo, terrible para el infierno.

Alégrate y sé feliz, porque ha resucitado el que te recibe, el que es tu gloria y realza tu cabeza.⁶⁹ Te alegraste en su concepción, te apenaste en su pasión.⁷⁰ Ahora nuevamente alégrate en su resurrección y nadie te podrá quitar esa alegría, pues Cristo resucitado de los muertos no muere

67 Is. 6, 3.
68 Ef. 4, 10.
69 Sal. 3, 4.
70 Jn. 16, 22.

más, la muerte ya no tiene potestad sobre él.⁷¹ El Espíritu te llama y Dios te dice: “Levántate, avanza, amada mía, mi paloma, hermosa mía, y ven. Pues ya ha pasado el invierno; la lluvia se va, ha cesado; aparecen las flores en nuestra tierra, ha llegado el tiempo de la siega.”⁷²

[Invitación a la alegría. La primavera eterna]

Mi amiga por la alianza, mi paloma por la unión, mi hermosa por la belleza y la figura. Levántate de la tristeza, de la aflicción, de la humillación y del polvo, que son las señales del dolor; avanza, no te demores, arroja el fardo, despréndete de la carga, revístete de ligereza, apura la marcha, toma alas y ven. Ven a alegrarte, tú, que poco antes te afligías. Ven a ver la gloria de Dios, las primicias de la resurrección, el primogénito de entre los muertos.⁷³ Ya ha pasado el invierno en que Pedro —adornecido—⁷⁴ renegó.⁷⁵ El invierno en que los corazones de los judíos —fríos— apagaron el sol de Justicia,⁷⁶ atizando los carbones de sus pasiones. La lluvia se va, ha cesado, la lluvia tempestuosa, turbia, perjudicial, mezclada con nieve y granizo, se ha ido, ha cesado. La lluvia de los que vociferaban diciendo: “Crucificadle, crucificadle”,⁷⁷ se ha ido, ha cesado. Ha pasado también la lluvia con que mereció ser penetrado el aire de las naciones, mientras que el retoño del pueblo judío permaneció seco.⁷⁸

Han aparecido las flores sobre nuestra tierra; las flores, evidentemente, los espíritus bienaventurados y los ángeles que florecen alternativamente y esparcen un muy suave per-

71 Rom. 6, 9.
72 Cant. 2, 10-12.
73 Col. 1, 18.
74 Cf. san Bernardo, Sup Cant 58, 8 (BAC: t. II, pág. 386).
75 Mt. 26, 70.
76 Mal. 4, 2.
77 Jn. 19, 6.
78 Jue. 6, 40.

fume en el lugar donde ha sido depositado el Señor.⁷⁹ Estos espíritus el Antiguo Testamento los designa simbólicamente cuando habla de los dos querubines cincelados sobre el propiciatorio en los dos extremos,⁸⁰ o cuando los ubica con palmas en las puertas del tabernáculo.⁸¹ La realidad es manifiesta; velada en aquel entonces por figuras, ahora se ha manifestado abiertamente. Las palmas son signo de la resurrección, las puertas y el propiciatorio significan al que abrió el acceso al reino y expió por los pecados de los hombres.⁸² Respecto a los querubines, son los dos ángeles de los cuales uno está sentado a la cabeza y otro a los pies, en el lugar donde fue depositado el cuerpo de Cristo.⁸³

Justo es que sean llamados flores, porque la eternidad del Dios supremo les vale una eterna primavera; siempre en flor, jamás se marchitan, jamás se caerán, permanecen inmutables en su inalterable belleza. Las flores aparecieron también sobre nuestra tierra cuando en la ascensión del Señor dos hombres se aparecieron junto a los apóstoles y les dijeron: "Hombres de Galilea, ¿por qué miráis al Cielo? Ese Jesús que os ha sido quitado vendrá de la misma manera que lo habéis visto partir."⁸⁴

[El juicio final]

Ha llegado el tiempo de la siega. El infierno ha sido segado y el diablo arrancado del corazón de los creyentes. La boca del Señor ha separado lo valioso de lo despreciable, cortando los sarmientos muertos de las viñas,⁸⁵ recogiendo la cizaña separada de las espigas para reunir el grano en los silos y arrojando la cizaña al fuego para que arda.⁸⁶ ¡Oh

79 Mt. 28, 6.

80 Ex. 37, 3-9.

81 I Re. 6, 29.

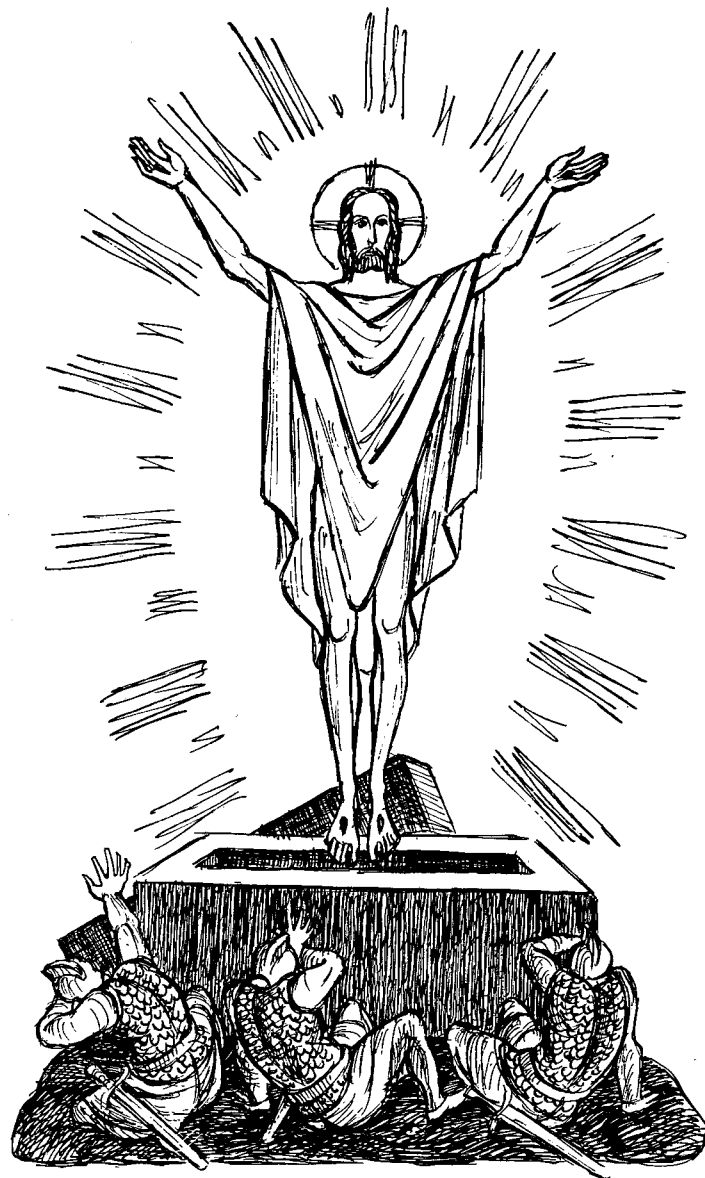
82 I Jn. 2, 2.

83 Jn. 20, 12.

84 Hech. 1, 11.

85 Cf. Jn. 15, 2. 4. 6.

86 Mt. 13, 30.



triste separación, duelo y alegría mezclados por todos lados! ¡Oh día dulce y amargo, cuando el justo juez —volviendo de los infiernos— le dé la espalda a unos y les muestre a otros su faz anhelada, abandonando a unos al suplicio, llevando a otros para que sean coherederos del reino, dejando a unos para que sean quemados con el diablo,⁸⁷ elevando a los otros con él para que sean coronados en el cielo!

Los impíos vieron y gimieron sin esperanza. Los buenos vieron y se alegraron de todo corazón. ¡Oh miserables, los que no son socorridos por la misericordia! ¡Oh bienaventurados, aquellos que por ella son recibidos en la gloria! ¡Oh miserables, aquellos para quienes la pasión del Señor no les fue de ningún provecho! ¡Oh bienaventurados, aquellos a quienes arrancó de la muerte eterna! Los impíos vieron y gimieron sin esperanza. Los buenos vieron y a coro han lanzado gritos de júbilo.⁸⁸

[María contempla y comparte la gloria de su Hijo]

Y tú, gloriosa Virgen, has visto a tu Hijo vuelto de los infiernos; con tus beatísimos ojos has contemplado la gloria de tu Hijo, has visto y has desfallecido. Tu carne y tu corazón desfallecen,⁸⁹ has desfallecido al oír la voz de tu Hijo querido⁹⁰ que hablaba contigo. Su palabra ha llegado a ser como una llama ardiente en tus huesos. Abrasada por estos divinos coloquios, toda entera te has transformado en fuego y te ofreces a Dios en suavísimo holocausto. ¡Oh fénix que exhala un perfume más agradable que la canela y el bálsamo,⁹¹ más dulce que el nardo y que deleita al Rey con su presencia! ¡Oh fénix que reúne todas las más sublimes bellezas y que, envuelto en un fuego supersubstantial, llena con un maravilloso incienso de suavidad el cielo de los cielos y las

87 Mt. 25, 41.

88 Sal. 106, 42.

89 Sal. 72, 26.

90 Cant. 5, 6.

91 Eclo. 24, 20.

potestades angélicas de los cielos! Este incienso es el más suave,⁹² esta goma aromática —bien compuesta— procede del incensario de María y excede en suavidad todo otro perfume.

Finalmente, el incensario sigue al incienso; elevado por la mano del Señor, asciende hasta el trono de Dios.⁹³ Sube rodeado por una escolta de espíritus angélicos que canta en las alturas diciendo: “¿Quién es la que sube a través del desierto, como una columna de humo que exhala perfumes de mirra e incienso y toda clase de aromas?”⁹⁴

Pero concluyamos aquí este discurso que hemos guiado hasta su subida al cielo, a fin de describir más acabadamente —en otra ocasión— esta subida, con la ayuda de Dios. Amén.

92 Ex. 30, 34-38.

93 Apoc. 4, 9.

94 Cant. 3, 6.

HOMILIA SEPTIMA

LA MUERTE DE LA VIRGEN Y SU ASUNCIÓN

CUANDO medito y reflexiono en mi espíritu sobre la asunción de la madre de Dios, se me presenta una cuestión digna de examen, de útil dilucidación y que os parecerá muy dulce cuando os la haya comunicado. Uno se pregunta, en efecto, por qué después de la ascensión del Señor su madre, que tanto lo amaba, no lo siguió inmediatamente. Ninguna sombra de pecado la oscureció, ninguna mancha empañó su vida; ¹ su caridad la hacía más ardiente que un brasero, su castidad más brillante que la luz, su asombrosa concepción virginal más radiante que los mismos habitantes del cielo. Parece, pues, asombroso que no haya sido llevada por los aires con su Hijo.

[*Henoc, Elías y la Madre de Dios*]

Sin duda Henoc fue hacia Dios con el corazón puro y no se lo vio más porque Dios lo arrebató.² Igualmente se nos cuenta que Elías, inflamado del celo ardiente de la caridad, fue llevado en un carro de fuego tirado por caballos de fuego.³ Pero ella, que superaba a Henoc por la pureza de corazón y era más grande que Elías por el privilegio del amor, ¿por

1 Aunque Amadeo no enseña la doctrina de la Inmaculada Concepción, aquí afirma que María no ha cometido ningún pecado personal.

2 Gén. 5, 24.

3 II Re. 2, 11.

qué no fue llevada al cielo inmediatamente, con aquel que ella había engendrado? Ella era, en efecto, la llena de gracia y bendita entre las mujeres.⁴ Sólo ella mereció concebir al verdadero Dios del verdadero Dios. Virgen, trajo un hijo al mundo; virgen, ella lo amamantó, estrechándolo contra su seno, y lo alimentó en todo con la devota solicitud de una esclava.⁵ Asimismo, ella sufrió con él cuando murió, más en espíritu que en la carne, y revivió en espíritu con él cuando resucitó. ¿Por qué, pues, no subió con él cuando él subió? Ciertamente su santísima carne quedó preñada por obra del Espíritu Santo, creció con el germen del gran Rey, en ella Dios se hizo hombre, el Verbo se hizo carne⁶ y —por mediación de Cristo— la plenitud de la divinidad habitó corporalmente;⁷ ¿no debía entonces ella haber sido introducida en el cielo cuando el Señor ascendió? ¿Por qué, entonces, se postergó su ascensión y fue separada de su Hijo? ¿Por qué su santísimo deseo, más ardiente que el fuego, fue diferido?

[¿Por qué permaneció María aquí abajo después de la Ascensión?]

Porque esta dilación fue un gran consuelo para los discípulos de Cristo. Esta dilación nada quitó a la madre y otorgó al mundo los remedios de la salvación. El Señor Jesús quiso, en efecto, que luego de su retorno junto al Padre, los apóstoles pudiesen gozar de la asistencia y la educación maternas. A pesar de que ya habían sido instruidos por el Espíritu Santo, aún tenían que aprender de aquella que le dio al mundo el Sol de justicia⁸ e hizo brotar para nosotros de su seno inmaculado, como de un prado virginal, la fuen-

4 Lc. 1, 28.

5 Esta y la frase precedente se encuentran citadas por la bula *Munificentissimus Deus* de Pío XII, del 1º de noviembre de 1950, en que se declaró el dogma de la Asunción de María. Cf. A.A.S. 1950, 763-764.

6 Jn. 1, 14.

7 Col. 2, 9. En esta transposición del texto paulino se está indicando el misterio de la maternidad divina.

8 Mal. 4, 2.

te de la Sabiduría.⁹ Y en su admirable bondad la Providencia ha querido que la Iglesia primitiva, que ya no veía a Dios presente en nuestra carne, pudiera ver a su madre y fuera reconfortada por tan maravillosa visión.

[La presencia de María consuela a la Iglesia]

¿Qué hay, en efecto, más amable, más bello y más deleitable que la visión de la madre del Creador y Redentor de todos? Si tanto se desea ver con los propios ojos el sepulcro del Redentor, aún en pie en nuestros días; si la piedra sobre la que reposó la santa estirpe de Jesé¹⁰ ejerce una atracción tan fuerte y goza de tal renombre que atrae los sentimientos y los pensamientos de todos, ¿qué alegría —y de qué calidad— no será la de ver a la madre de Dios, mientras la misericordia divina permita que ella permanezca con nosotros en la tierra, según la suerte común?

¡Bienaventurada la nación y feliz la generación¹¹ que mereció ser iluminada con tal espectáculo! Sí, bienaventurada esa generación fiel y alegre en medio de la cual fue plantado el árbol que produce el fruto de la vida;¹² ha brillado la madre de la luz verdadera, ha aparecido el pozo de agua cerrado y sellado¹³ del que brotó la fuente de la casa de David,¹⁴ abierta para la purificación de los pecados y las manchas. Esta insignia privilegiada, este don celestial, esta gracia especial fueron concedidos a la Iglesia de los primeros cristianos.

[La presencia de María instruye a la Iglesia]

Asimismo, la Virgen madre abre el acceso a todos los carismas que están en ella. Con la primera mirada, brillando

9 Eclo. 1, 5.

10 Is. 11, 1.

11 Sal. 32, 12.

12 Gén. 3, 3. 22.

13 La metáfora expresa claramente la mediación de María.

14 Zac. 13, 1.

con los fuegos del amor santo, ella quema suavemente el corazón de los que se aproximan, inspirando la fe a las almas, aconsejando la modestia, embelleciendo el pudor, atrayendo a la piedad. Ella exhala la flor de la virginidad, siembra el campo nuevo de la castidad, ofreciendo a los ojos la virtud de la humildad y mostrando los surcos de la sinceridad. Alrededor de ella, esplendor sin ocaso, y en su rostro un fuego ardiente.¹⁵ Un rápido río de fuego sale de ella para quemar a sus enemigos,¹⁶ para reconfortar a sus amigos, socorrer a los próximos y reducir a cenizas a los que no la aman. Los naturalistas afirman que por su sola visión y su aliento mortal la serpiente venenosa aniquila todo lo que se le aproxima.¹⁷ Lo mismo puede decirse de ella: abrasada por el calor ardiente del fuego divino y penetrada por las llamas del Verbo flamígero, exhala el perfume¹⁸ de la gracia de la resurrección para los que están lejos y para los que están cerca.

[La nueva Eva. Su belleza y su realeza]

Si para los enemigos ella es olor de muerte, para los que creen en su Hijo¹⁹ es olor de vida para la vida. Porque así como en Eva todos murieron, así también en María todos serán vivificados. Y de la misma manera que por la falta de Eva fue condenado el mundo, por la fe de María fue redimido el universo.²⁰ La primera fue envenenada con mortal veneno que transmitió a sus descendientes. La segunda fue inoculada con un remedio de vida que transmitió a todos los fieles. La otra se levantó y, según la promesa de Dios en el Génesis, aplastó la cabeza de la serpiente.²¹ Anunciada desde el principio y ahora concedida a la Iglesia de los

15 Sal. 17, 9.

16 Dan. 7, 10.

17 Cf. Plinio el Anciano, *Hist. Nat.* VIII, 33.

18 Is. 57, 19.

19 II Cor. 2, 16.

20 Gén. 3, 16-19.

21 Gén. 3, 15.

primeros cristianos; desde siempre prometida y manifestada al fin de los tiempos.²²

¿Quién, pues, no se apresurará, quién no correrá desde los confines del orbe para contemplar la belleza de esa venerable majestad y ver ese rostro adornado con especial amabilidad, de una dignidad soberana y de un poder sin igual? Ciertamente no se puede hallar nada que se le parezca entre los hijos e hijas de Adán, nada comparable entre los profetas, los apóstoles o los ángeles. Los cielos y la tierra no han producido nada que se le pueda comparar. ¿Quién sobre las nubes se le podrá comparar o podrá parecerse a la madre del Señor entre los hijos de Dios?²³

Piensa entonces por qué era necesario que desde antes de la ascensión su nombre brillara admirable sobre toda la tierra y su renombre ilustrísimo se expandiera por todos lados,²⁴ antes que su magnificencia fuera elevada más allá de los cielos. Era conveniente, en efecto, que la Virgen madre, por el honor de su Hijo, reinase primero sobre la tierra y finalmente pudiese recibir gloriosamente los cielos; que fuese colmada aquí abajo para penetrar en lo alto con una santa plenitud. Y así como había sido transportada de virtud en virtud, también lo fuese de claridad en claridad por el Espíritu del Señor.²⁵

[Reina del cielo y de la tierra]

Presentada en la carne, ella gustó por anticipado de las primicias del reino futuro, ya sea elevándose hacia Dios con una inefable sublimidad, ya sea condescendiendo con el prójimo en una indecible caridad. Por una parte, pues, es rodeada de los homenajes de los ángeles; y, por la otra, es venerada por el servicio de los hombres. Entre los ángeles era el para-

22 Cf. Pascasio Radberto, *Ep. Cogistis me* (PL 30, 126).

23 Sal. 88, 7.

24 Sal. 8, 2.

25 II Cor. 3, 18.

26 Cf. Pascasio Radberto, *Ep. Cogistis me* (PL 30, 124).

ninfa Gabriel quien la asistía.²⁶ Y Juan, feliz de verse confiado a ella, él, que también era virgen,²⁷ era servido, al igual que los otros apóstoles, por la Virgen madre. Todos ellos se alegraban de verla; para unos era su reina y para otros su señora; y todos por igual se apresuraban a manifestarle su cariñosa devoción.

A través de ella, establecida en la más sublime fortaleza de virtudes cual el océano desbordante de dones divinos, se derrama sobre el pueblo creyente y sediento —en copioso torrente— la multitud de las gracias en las que ella supera a toda otra criatura. Ella consigue, en efecto, la salud para el cuerpo y el alma. ¿Quién alguna vez salió de su presencia enfermo o triste, o sin haber sido instruido en los misterios celestiales? ¿Quién regresó sin sentirse totalmente feliz de haber obtenido lo que deseaba de María, la madre del Señor?

[*Los perfumes de María*]

La presencia de María ofrece el agradable dulzor de la primavera, y, cuando se vuelve para conceder su gracia, entonces es el paraíso. “Tus brotes, dice el Esposo, son un paraíso de granados con frutos exquisitos. Flores de alheña y nardos, nardo y azafrán, caña aromática y canela con todos los árboles del Líbano, la mirra y el áloe con los bálsamos elegidos. Es la fuente de los jardines, el pozo de las aguas vivas, corrientes que del Líbano fluyen.”²⁸ El paraíso de la Virgen gloriosa también cuenta con sus granadas en la variedad de virtudes y con sus frutos exquisitos en la perfección de las obras. Tiene asimismo flores de alheña y nardos. Las primeras, cargadas de racimos; las segundas, flores de hierbas aromáticas, de maravilloso perfume, en virtud de la sobria ebriedad de los sentidos y de la deliciosa y perfumada reputación de las virtudes. Y aun debe añadirse el azafrán de la alegría, la caña aromática del desprendimiento de la carne,

la canela de la suavidad y todos los árboles del Líbano que simbolizan el conjunto de las virtudes; la mirra de la mortificación así como el áloe de la incorruptibilidad, con todos los bálsamos elegidos, sin omitir aquel bálsamo que, derramado sobre la cabeza, desciende por la barba, la barba de Aarón.²⁹ No el antiguo Aarón, que era un signo, sino el nuevo, que es un símbolo. Y desciende por el borde de la túnica que es la Iglesia, la que —según san Pablo— fue presentada sin mancha ni arruga a ese verdadero Aarón.³⁰

[*Reina de la paz*]

Desbordante de sus inmensos bienes, la esposa, madre del único Esposo, dulce y amadísima por sus delicias, como la fuente de los jardines espirituales y los pozos de aguas vivas y vivificantes que brotan en torrentes del Líbano divino,³¹ hace correr desde el monte Sión hacia todas las naciones que la rodean, y aun hacia las que están alejadas,³² ríos de paz y arroyos desbordantes de gracias celestiales. Por eso, el bienaventurado David, cuando habla de su Hijo, nuestro Señor, dice: “Habrá en esos días justicia y paz en abundancia.”³³ Y, hablando de ella, añade con mucha exactitud: “Hasta que no haya más luna.”³⁴ La luna, en efecto, es ella, la Virgen, que iluminando el cielo y la tierra resplandece mucho más que los astros, que son los santos. “Hasta que no haya más luna”,³⁵ porque después de la salida del sol de justicia se ha detenido aquélla y ha sido la primera en brillar sobre la Iglesia de los primeros cristianos.

La fe de los antiguos afirma, según la verdad histórica, que, luego del nacimiento del Salvador y hasta la partida de

²⁹ Sal. 132, 2.

³⁰ Ef. 5, 27.

³¹ Cant. 4, 15.

³² Is. 66, 12.

³³ Sal. 71, 7.

³⁴ Sal. 71, 7.

³⁵ Mal. 4, 2; Jos. 10, 13.

²⁷ Jn. 19, 27; cf. san Ambrosio, *De Instit. Virg.* (PL 16, 332-333).

²⁸ Cant. 4, 13-15.

la gloriosa Virgen, los habitantes de la tierra, apaciguando el furor de las armas, vivieron en medio de una paz tranquila y continua. Todo lo cual responde a la cuestión planteada y demuestra con cuánto provecho fue retrasada la partida de la madre de nuestro Rey.

[La ancianidad de María, ejemplo de perseverancia]

También es posible extraer otra lección de esta postergación: toda alma fiel, vulnerada por la caridad y transpasada por las flechas del amor, debe aprender a no murmurar si acaece que no emigra de esta tierra según sus deseos. Ved que hay una postergación aun para la madre del Señor. ¿Quién, pues, osará murmurar? Postergación que permite progresar, progresar perseverando. Porque la perseverancia unida al amor o a las obras crea la plenitud, engendra la perfección. Por eso se dice del justo, por boca del salmista: "El justo florecerá como la palmera y se multiplicará cual cedro del Líbano."³⁶ Se dice que la palmera tarda largo tiempo en florecer y que el cedro del Líbano no se multiplica sino después de haber crecido durante varios años. Así también el justo sólo florecerá como la palmera después de un prolongado tiempo, cuando su alma ya blanquee de ancianidad.

Tiene, pues, razón el salmista al añadir estas palabras: "Se multiplicarán —no cabe ninguna duda de que se trata de los justos— en una ancianidad fecunda."³⁷ Por tanto, se debe concluir que María, de mérito excelente y de justicia sin parangón, habiendo merecido ser exaltada por encima de los ángeles, debía multiplicarse aquí abajo en fecunda ancianidad. Cuando Dios le dio su ser oculto³⁸ y la belleza que ella lleva en lo secreto —los cuales llegaron a ser más brillantes que la luz y superiores a cualquier belleza—, convergieron sobre ella los rostros y las almas de los habitantes del cielo, en maravillosa dilección.

³⁶ Sal. 91, 15.

³⁷ Sal. 91, 13.

³⁸ I Pe. 3, 4.

[María pasa de la tierra al cielo]

Y ahora, ¿quién cantará dignamente las alabanzas de su santísima ascensión? ¿Quién podrá decir con cuánto gozo salió ella del cuerpo, con qué gozo vio a su Hijo, rodeada por coros de ángeles, acompañada por el ardiente celo de los apóstoles, mientras contemplaba al Rey en toda su belleza³⁹ y veía a su Hijo esperarla en la gloria, libre ella ya de todo sufrimiento, así como había estado exenta de todo pecado? Ella deja la morada de su cuerpo para morar eternamente con Cristo. Ella marcha hacia la visión de Dios⁴⁰ y su bienaventurada alma, más brillante que el sol, más alta que el cielo, más noble que los ángeles, ella la exhala hacia el Señor. Ciertamente, su glorioso tránsito constituye la gloria del monte Sión en el que —al término de sus días— murió ella en feliz ancianidad. Fue allí donde terminó el don de su vida, dando perfecto acabamiento a todas sus virtudes. Fue allí donde, naciendo más que muriendo, pasando más que terminando, fue recibida por los ejércitos de Dios, y las tropas de las milicias celestiales marchan delante de ella.⁴¹

¡Oh, qué preciosa ante la mirada del Señor⁴² la muerte de su madre! ¿Qué vida igualará esa muerte? ¿Qué alegría podrá compararse a su muerte? Pueden juntarse todos los amores del mundo, acumularse los festines y las fiestas triunfales, todo lo que atrae y encanta al universo, y sin embargo esa muerte es más alegre y más dulce que todo eso. Porque es la liberación de la carne, camino hacia la vida, sin dolor, sin crueldad, sin temor. En lugar de dolores, da caricias; en lugar de crueldades, delicias; en lugar de temor, la segura confianza de quien se encuentra a salvo sobre la otra orilla. Ella no trae tinieblas, sino que descubre la luz eterna; no expulsa la vida, sino que conduce al Autor de la vida.

Por esta muerte se fue la Virgen, si puede llamarse muerte al tránsito hacia la vida. Más aún, para hablar rectamente,

³⁹ Is. 33, 17.

⁴⁰ II Cor. 12, 1.

⁴¹ Lc. 2, 13.

⁴² Sal. 115, 15.

es la vida donde finalmente la muerte es muerta, donde es arrojado el cuerpo de la muerte,⁴³ donde la vida de la carne —abandonada a un piadoso reposo— es reservada para dar en el futuro un fruto multiplicado. ¿Acaso no es la vida cuando se va a la fuente de la vida? ¿Y cuando de la vida se puede beber la vida eterna en incesante flujo? Antes de su partida, la Virgen madre ya bebió de esta fuente inagotable para que, en su mismo tránsito, no fuera tocada por el gusto de la muerte, ni siquiera un poco. Por eso al salir ella vio la vida, a tal punto que no vio la muerte. Ella vio a su Hijo y no sufrió la separación de la carne. Lanzándose, pues, liberada, a la bienaventurada visión y saciándose de la contemplación del deseado rostro de Dios, halló a los venerables habitantes del cielo prontos a servirla y conducirla.

[La perfección de María asombra al cielo y alegra a Cristo]

Los habitantes del cielo se admiran de esa alma de mérito sin igual y purificada de la culpa eterna, que no tiene mancha ninguna de la carne y del mundo.⁴⁴ Se asombran por el hecho de que, libre de sus miembros, ella brille por la gracia de una pureza perfecta. Pero, ¿qué alaban en primer lugar? ¿La integridad o la humildad, la prudencia o la caridad, la fuerza del alma o la longanimidad, la gloria maternal o la novedad del alumbramiento? Lo que más se alaba en ella es la virtud perfecta y la gracia plena.

Por eso el Señor, presente cuando ella salía de su cuerpo, proclama sus alabanzas diciendo: “Eres bellísima, oh madre mía, y no hay mancha en ti. Tú eres bellísima”,⁴⁵ dice él. Bella en tus pensamientos, bella en tus palabras, bella en tus acciones, bella desde tu nacimiento hasta la muerte, bella en la concepción virginal, bella en el divino parto, bella en la púrpura de mi pasión y particularmente bella en el esplendor de

⁴³ Rom. 7, 24.

⁴⁴ Para Amadeo, al igual que para san Bernardo, María fue simplemente purificada del pecado original.

⁴⁵ Cant. 4, 7.

mi resurrección. ¡Levántate, pues, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, levántate, y ven! Porque ha pasado el invierno de mi ausencia, la lluvia de tus lágrimas se ha retirado, ha cesado. Al volver el sol aparecen para ti las flores angélicas. Tu voz, oh castísima paloma, ha sido escuchada.⁴⁶ El tiempo de la ascensión ha llegado.

[El recibimiento triunfal]

Cuando la Virgen de las vírgenes fue conducida por su Dios y su Hijo, el Rey de los reyes, en medio del regocijo de los ángeles, la alegría de los arcángeles, entre las aclamaciones del cielo, entonces se cumplió la profecía de David que decía al Señor: “La reina está a tu derecha, vestida de oro y adornada con joyas.”⁴⁷ Entonces, conforme a las palabras de Salomón, “las doncellas se levantaron y la proclamaron bienaventurada y las reinas a su vez cantaron su alabanza”.⁴⁸ “¿Quién es esa, preguntan las virtudes celestiales, que sube blanquísima, apoyada sobre su Amado?”⁴⁹ Y también: “¿Quién es la que sube como el amanecer, hermosa como la luna, brillante como el sol?”⁵⁰ Las virtudes se preguntan: “¿Quién es la que sube a través del desierto, cual columna de humo que se eleva con perfumes de mirra e incienso y todas las clases de esencias del perfumista?”⁵¹ Para nosotros ese esplendor es nuevo y admirable; nueva y gloriosa su ascensión; nuevo y delicioso su suavísimo perfume.

[La acción de gracias de María]

Conducida entre tantas alabanzas, ella no podía cesar de dar gracias, ella que veía al Hijo de Dios —nacido de ella—

⁴⁶ Cant. 2, 10-12.

⁴⁷ Sal. 44, 10.

⁴⁸ Prov. 31, 28.

⁴⁹ Cant. 6, 8; 8, 5.

⁵⁰ Cant. 6, 9.

⁵¹ Cant. 3, 6.

sentado a la derecha de la majestad del Padre, y que allí la llamaba junto a él para compartir la gloria. "Tú has tomado, dice ella, mi mano derecha y me has conducido según tu voluntad, me has recibido en tu gloria."⁵² Y también: "Él está a mi derecha para que yo no vacile. Por eso se me alegra el corazón y canta mi lengua; y ahora también mi carne descansa en la esperanza. Porque no me has dejado en el mundo y no permitirás que el cuerpo de tu madre experimente la corrupción."⁵³

Pero, ¿para qué alargarse más? Resumamos mucho en pocas palabras: había en la muy gloriosa Virgen una palabra simple y múltiple, una palabra de inteligencia que contenía todas las palabras de alabanza y por medio de la cual ella honraba a su Señor e Hijo con inefable alabanza.

[Cuerpo y alma en la gloria del cielo]

Llevada en medio de las aclamaciones de alegría y alabanza, fue conducida junto a Dios, colocada en un trono de gloria, por encima de todos los habitantes del cielo. Allí, reencontrando la substancia de su carne, pues no nos está permitido pensar que su cuerpo haya experimentado la corrupción,⁵⁴ y revestida con doble manto, contempló con los ojos del alma y del cuerpo al Hombre Dios en sus dos naturalezas, con ardor tanto más vivo cuanto que su mirada era la más límpida de todas.

[María, en la tierra como en el cielo]

Luego, inclinándose hacia el género humano con indecible caridad y dirigiendo hacia nosotros esos sus misericordiosos ojos,⁵⁵ que son la luz del cielo, ella hace subir una oración

⁵² Sal. 72, 24.

⁵³ Sal. 15, 8-10.

⁵⁴ Prov. 31, 21. Pío XII cita esta frase en la bula *Munificentissimus Deus*, A.A.S. 1950, 763.

⁵⁵ Cita de la *Salve Regina*.

universal por el clero y el pueblo, hombres y mujeres, vivos y difuntos. Desde el cielo la gloriosa Virgen nos viene a socorrer y por su oración todopoderosa aleja todos los males y nos obtiene todos los bienes. Y para aquellos que la invocan desde el fondo del corazón, se convierte en su protección para la vida presente y futura.

Teniendo siempre presente para qué fin se transformó en madre del Redentor, recibe con benevolencia las oraciones de todo pecador e implora ante su Hijo por todas las faltas de los penitentes. Seguramente obtendrá lo que desea, esa querida madre, cuyas entrañas castísimas fueron el camino por el que el Verbo de Dios llegó hasta nosotros para lavar con su sangre los pecados del mundo y la caución del antiguo pecado;⁵⁶ Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

56 Apoc. 1, 5; Col. 2, 13-15.

LA GLORIA DE LA BIENAVENTURADA MARÍA

VARIOS días han transcurrido, queridísimos, durante los cuales, cargado con el peso del episcopado e incomodado por innumerables preocupaciones, no he podido servir el alimento prometido a vuestra santa avidez: la alabanza de la bienaventurada María. Pero ahora, con la ayuda de la bienaventurada Virgen, no os haré esperar más, sustrayéndome un poco a mis asuntos para satisfacer vuestros piadosos deseos.

[María en la gloria]

Honremos con asiduo homenaje a la reina del cielo, madre de la vida, fuente de la misericordia, desbordante de delicias y recostada sobre el Amado,¹ y alabémosla aunque nuestra alabanza resulte insuficiente. Elevémonos en espíritu a las alturas, considerando atentamente que la elegantísima vara salida del tronco de Jesé² se extendió por toda la tierra,³ merced a un admirable desarrollo de sus ramas, para proteger con la anhelada sombra a los dispersos hijos de Adán contra el calor, los vientos y la lluvia, y saciar su hambre con un alimento

1 Cant. 8, 5.

2 Is. 11, 1.

3 Sal. 79, 12.

muy saludable. Levantada⁴ por encima de todos los árboles del paraíso y exaltada por encima de las grandes cumbres de las más altas montañas, ella penetra en los mismos cielos con increíble majestad, acompañada por los coros de las jerarquías celestiales y rodeada por las danzas de las vírgenes.

¡Ah honor! ¡Oh gloria! ¡Oh magnificencia de ese árbol de fruto imperecedero, cuyo alimento inmortal provee a los habitantes del cielo y de la tierra de un festín perpetuo, de una alegría permanente, de una alabanza bienaventurada y eterna! ¡Felices los que comen en tu reino!⁵ ¡Felices los que habitan en tu casa! Te alabarán por lo siglos de los siglos.⁶ En ti será alabada no ya Eva, que derramó el veneno, sino María, que dio la vida, que es madre y nodriza de todos, la vida de los vivientes. En ti será alabada tu madre.⁷

[Triunfo de María y derrota de Satanás]

¡Que oigan los mansos y se regocijen! Cae herido en las profundidades el soberbio y arrogante Lucifer.⁸ ¡Que oigan los orgullosos y sean humillados! La humilde María —coronada— sube hasta el trono de gloria, ¡que lo oigan los humildes y se alegren! Lucifer se hunde; él, que se había elevado enaltecíéndose grandemente a sí mismo.⁹ María, en cambio entró en los holocaustos librándose por entero a la plenitud de la gracia. Aquél, endurecido por la malicia, no se levantará más.¹⁰ Ella, afianzada por la caridad, no será derribada.¹¹ En efecto, adhiriéndose a un centro fijo con firmeza inquebrantable, jamás podrá ser conmovida por ningún cambio. Satanás, por el contrario, saliendo de los muy nobles límites de la dignidad angélica, buscando aquello a lo que un espíritu

4 Cf. Pascasio Radberto, Ep. *Cogitis me* (PL 30, 126).

5 Lc. 14, 15.

6 Sal. 83, 5.

7 Gén. 3, 20; Sal. 33, 3.

8 Is. 14, 12.

9 Sal. 65, 13.

10 Sal. 40, 9.

11 Sal. 61, 3.

creado no puede tener acceso y corriendo hacia el abismo, fue conducido a través de los precipicios, cubierto de horribles tinieblas, y cayó en el fondo de la fosa para sufrir eternamente y pagar por medio de los tormentos el castigo de una justísima condena.

[*Satanás cae con aquellos que tienta*]

Se lo llama muy acertadamente el diablo, es decir, aquel que cae de lo alto,¹² porque cayó de las alturas y, envidioso de los que practican el bien, hunde con él en los abismos a los que puede. Les sugiere, a los que se fían de él, que deseen honores, dignidades, jerarquías; que amen las grandezas, que levanten la cabeza bien alto, que amen las aclamaciones populares¹³ y el ser saludados en público, los primeros lugares en las asambleas,¹⁴ que desprecien a sus subalternos, que se consideren por encima de sus pares, que envidien a sus superiores, que olviden la gloria de Dios, que se sirvan de unos valiéndose de halagos, de otros con amenazas o violencias, que se erijan a sí mismos en ídolos, que todo lo hagan para ser vistos y alabados por los hombres.

Entonces, una vez que ha llevado a estos hombres hasta las nubes, soberbios, hinchados, aturdidos y delirantes, termina por inclinarlos —ya debilitados— hacia todo lo vergonzoso y deshonesto que existe; y, una vez inclinados, los precipita con él, sin piedad ninguna, en los abismos de los infiernos.

[*María sube al lugar de Satanás*]

La muy gloriosa Virgen, por el contrario, sin mancha en el cuerpo y pura de alma, la más dulce entre los vivientes, es elevada por encima de todos, tanto más cuanto que ella es

12 Etimología tomada de Isidoro de Sevilla, *Etymologiarum*, 1. VIII, 11, 18 (PL 82, 316).

13 Sal. 74, 6.

14 Mt. 23, 7; Lc. 14, 7.

más humilde y más santa que todos. Recibida en el cielo por los ciudadanos del cielo con los más grandes honores, cual una soberana, es invitada por el Padre supremo a sentarse en el reino de la luz eterna, por sobre la más excelsa gloria, junto al Hijo que ella engendró, que de ella tomó carne.

¡Oh Dios grande, terrible y fuerte, inefablemente bondadoso!¹⁵ tú levantas y exaltas a tu humilde servidora al lugar del que habías expulsado al enemigo envidioso, para que triunfe la humildad, por ti enriquecida con multitud de gracias y una ilustre corona;¹⁶ y para que el vano y tenebroso orgullo caiga por tierra.

[*María conoce nuestras necesidades y ora por nosotros*]

La bienaventurada Virgen, única por su mérito sin igual, está en presencia del Creador, intercediendo siempre en nuestro favor con su poderosa oración.¹⁷ En efecto, alertada por esa luz para la que todo está al descubierto y a la vista,¹⁸ ella ve todos nuestros peligros y, cual bondadosa y clemente soberana, con maternal corazón de nosotros se apiada.

Los animales sagrados de los que leemos en Ezequiel que están cubiertos de ojos por delante y por detrás, por abajo y por encima,¹⁹ y por todos lados, pueden escrutar las penas de los hombres, sus dolores, sus faltas, sus desfallecimientos, sus cegueras, sus debilidades, sus peligros extremos, los inciertos destinos de sus vidas y todos los males del género humano. Pero, a pesar de todo eso, conocen mucho menos que la madre de Dios. Y aunque pueden escrutar las penas de los hombres, sin embargo no pueden suprimirlas ni alejarlas. Ella por el contrario tiene piedad de los afligidos y socorre a los desgraciados, por la gracia de la divina caridad, de una forma

15 Neh. 1, 5.

16 Prov. 4, 9.

17 Heb. 7, 25.

18 Heb. 4, 13.

19 Ez. 1, 18.

tanto más completa cuanto que ella contempla más perfectamente el corazón del Rey eterno.

[*Estrella del mar*]

Así, ella fue llamada —por un designio de la Providencia— María, es decir, estrella del mar,²⁰ para manifestar por medio de su nombre lo que muestra más claramente en la realidad. Porque después que subió a los cielos para reinar con su Hijo, revestida de belleza, también fue revestida de fuerza, y se ciñó para apaciguar con un solo gesto los formidables torrentes del mar.²¹ Los que navegan en el mar del mundo presente y la invocan con plena confianza, por ella son salvados del viento de la tempestad y del furor de los huracanes, y ella los conduce triunfantes al puerto de la patria bienaventurada. No se puede decir, amadísimos, cuántas veces algunos habrían chocado contra las rocas más peligrosas, con riesgo de hundirse; y otros se habrían estrellado contra los arrecifes de los que ya no hubieran podido escapar jamás. Cuántas veces el abismo de Escila * habría tragado a algunos en su terrible remolino y cuántas los dulces cantos de las sirenas habrían retenido a otros para perderlos si la estrella del mar, María siempre virgen, no hubiera interpuesto su poderoso auxilio y hubiese guiado a los suyos, roto el timón y averiada la embar-

20 La imagen de la estrella aplicada a María es anterior a san Bernardo; se encuentra en el himno *Ave Maris Stella*, probablemente compuesto por Venancio Fortunato entre los años 530-600. Cf. SC 72, pág. 212, nota 1.

21 Sal. 92, 1. 4.

* Escila, el engendro de seis cabezas y fauces de escualo, cubierto de testas de canes furiosos, que atacó a Ulises en uno de sus viajes, personificaba frecuentemente, a diferencia de lo que expone Amadeo, los riesgos de las rompientes y rocas semisubmarinas de la Magna Grecia. En la mitología clásica aparece unida a Caribdis, que era la personificación de un remolino, eterna amenaza de las embarcaciones que atravesaban lo que hoy es el Estrecho de Mesina. Una y otra constituían la expresión poética de los peligros enfrentados por los navegantes griegos de la antigüedad al aventurarse en las aguas poco familiares del Mediterráneo occidental. (*N. del E.*)

cación, privados de todo socorro humano, para llevarlos al fin, bajo la protección de su celestial conducción, al puerto de la paz interior.

[*Las victorias de María*]

Ante la alegría de obtener nuevas victorias —la nueva liberación de los condenados y los nuevos crecimiento de los pueblos—, María se regocija en el Señor. Y, sin contentarse con los trofeos ya logrados, sino ávida de salvar a los hombres, no cesa de rechazar muy lejos al enemigo envidioso, para así adquirir trofeos sin cuento. Con mano fuerte y brazo extendido,²² invade el territorio de los tiranos, ataca todas las plazas fortificadas de los demonios, haciendo temblar a los infiernos bajo sus pies y poniendo en fuga al príncipe de la muerte, presa de extremo terror. A su orden, Behemot vomita la víctima que había engullido para saciar el vientre de su malicia²³ y vomita con dolor lo que retenía con desmesurado orgullo. Los que habían caído se levantan y hacen penitencia. El impío lo verá y se irritará. Destruída su quijada por el martillo de la cruz del Señor, deja en libertad a los que antes mantenía cautivos, rechina sus dientes y se consume de cólera.²⁴ La madre los reconcilia con su Hijo, la Virgen los reconcilia con Dios y les da la vida, arrancándolos definitivamente de la muerte.

El deseo de los pecadores perecerá,²⁵ pero el deseo de la bienaventurada María se cumplirá cuando, cada día, los encadenados sean sacados de la miserable fosa y del negro pantano, de la prisión del pecado y del abismo de la iniquidad, para respirar, ya perdonados, el gran aire de la libertad eterna. Así, ella reúne a los dispersos, vuelve a la senda a los descarriados, liberando a los que son conducidos a la muerte y salvando a quienes ve al suplicio llevados continuamente.

22 Sal. 135, 12.

23 Job 40, 15 ss.

24 Sal. 111, 10.

25 Sal. 135, 12.

[Medianera de todas las gracias]

Pero no es solamente a la salud del alma, sino también a las necesidades del cuerpo humano que en su amante vigilancia ella provee y aporta remedio. En efecto, en los lugares consagrados a la memoria de su santidad, ella consigue que los lisiados caminen, que los ciegos vean, que los sordos oigan, que los mudos hablen, curando toda clase de enfermedades y obteniendo el beneficio de innumerables curaciones.²⁶

Vienen a sus puertas los culpables, golpeándose el pecho, confesando sus pecados, y una vez que han sido perdonados vuelven alegres. Vienen también los dementes, los débiles mentales, los frenéticos, los maníacos, los posesos, los trastornados por temores nocturnos, por alguna alucinación o por un verdadero ataque del maligno. Y todos obtienen al ser curados la prodigalidad del don divino. También vienen a sus pies los que están amargados y tristes, los indigentes, afligidos, desolados, cubiertos de deudas y —lo que es más grave— los que viven en la deshonra y están manchados con alguna infamia que los marca.

De todos estos hombres, y de todos aquellos que claman desde el fondo de no importa qué tribulación, ella recibe alegremente las oraciones y, suplicando a su Hijo, en su misericordia aleja de ellos todo mal. Porque así como al contacto del fuego la cera se derrite y el hielo se funde con los rayos del sol, del mismo modo el ejército enemigo perece ante su rostro y ante su palabra nada subsiste del adversario.

[La caridad de María; sus beneficios para con todos]

Hay que hacer notar y reflexionar sobre el amoroso cuidado y la bondad con que María rodea y ama a los que están unidos por la pureza de alma a ella, cuya intervención libra sin cesar —como ya lo hemos dicho— a los hombres malva-

26 Mt. 11, 5. El cartulario de Lausana da cuenta de varios milagros acaecidos en la Catedral.

dos e impíos de la muerte del pecado y de los castigos eternos. Ella resplandece y se distingue por su doble caridad: por una parte, está firmemente unida a Dios, a quien ella adhiere, formando un solo espíritu con él.²⁷ Por otra parte, atrae y consuela dulcemente los corazones de los elegidos y les participa los dones excelentes que provienen de la liberalidad de su Hijo. Excediendo en rapidez las seis alas del serafín, ya sea en la fuente de la vida, en que goza del amor de la divinidad,²⁸ ya sea iluminando la tierra con signos y milagros, ella acude en todas partes junto a los suyos, como una madre, llena de gozo y generosidad.

A unos su presencia los convierte en vencedores, triunfando sobre los vicios; a otros su intercesión maternal les asegura la posesión de las más altas virtudes; a algunos les abre el secreto de la contemplación interior; a los demás les concede —al término de su vida— un camino seguro, a tal punto que ninguna fuerza del enemigo podrá atemorizar a los que conduce hacia Cristo la madre del Hijo único de Dios.

No faltan numerosos ejemplos para apoyar estas aserciones; son suficientemente conocidos y difundidos, de manera que los podemos pasar por alto a fin de no alargarnos demasiado. Es necesario saber con certeza que los muy frecuentes milagros, los innumerables beneficios, las visiones espirituales, las revelaciones celestiales, las sublimes consolaciones de la santa madre del Señor resplandecerán siempre en el universo, hasta que este mundo envejecido llegue a su fin; a la aurora del reino que no tiene fin.²⁹

[El último acontecimiento]

Pero todo esto nos lleva a pensar en el famoso día del juicio, del que el santo David decía temer su grandeza;³⁰ día que se acerca cada vez más, ningún fiel lo ignora. En ese

27 I Cor. 6, 17.

28 Is. 6, 2.

29 Lc. 1, 33.

30 Sal. 55, 4.

momento de terrible examen, escoltado por los ángeles, los arcángeles y todo el ejército de la milicia celestial, el Rey de los cielos estará allí, con su madre bondadosísima, para juzgar el universo en la justa y a los pueblos en la equidad.³¹

[Gloria de María y felicidad de los elegidos]

Ella resplandecerá entonces en todo su esplendor, aquella desde cuyo seno virginal, sellada la puerta, hizo Dios irradiar al mundo el Rey de la gloria. En ese momento se manifestará la veracidad del testimonio que en otro tiempo dieron los patriarcas y los profetas sobre el alumbramiento divino de la Virgen. También los Apóstoles —sus hijos—, testigos e imitadores de sus virtudes, le tributarán gloria y honor porque, iluminados por su enseñanza y confirmados por el Espíritu de sabiduría que desde el cielo irrumpió sobre ellos, llenaron la Iglesia con los esplendores del Sol verdadero. Los mártires exultarán en la gloria por la gracia de la sangre derramada, recibiendo por perfecta recompensa al Dios que de ella se dignó nacer.

Los confesores se regocijarán viendo a la gloriosa Virgen que sobre la tierra ellos amaron y a la que honraron con las alabanzas de sus ilustres méritos a lo largo de sus vidas. Se alegrarán viendo esa diadema única que en el día de la solemnidad y de la alegría, en el día de la asunción y de la gloria, Cristo colocó a su amadísima madre, recordando aquella otra diadema con la que ella había sido coronada el día de los esponsales.³²

Las vírgenes correrán en pos del olor de sus perfumes,³³ esforzándose por entrar con ella a la fiesta de bodas para que, eternamente unidas al verdadero Esposo en la celestial habitación nupcial,³⁴ canten el cántico nuevo entonado por

31 Sal. 97, 9.

32 Cant. 3, 11.

33 Cant. 1, 3.

34 Mt. 22, 2.

María,³⁵ el que nadie puede cantar si no es virgen de cuerpo y espíritu. Todo sexo, toda edad, todo rango y toda dignidad la proclamarán aun más que bienaventurada, y un pueblo innumerable la aclamará con júbilo, salvada por sus méritos y oraciones, sentada a la derecha de Dios y coronada por el Señor misericordioso.

[Oración final]

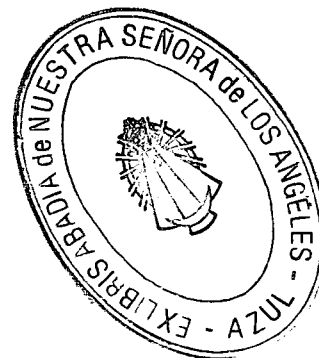
Que se nos conceda ser de los tuyos y estar en tu compañía, oh clemente, oh piadosa, oh dulce María,³⁶ para que el día de la cólera, de la tribulación y la angustia³⁷ no seamos castigados conforme a nuestras culpas, sino que por ti, Señora nuestra, seamos hallados dignos de la misericordia de aquel que subió junto al Padre para prepararles una morada a sus servidores.³⁸ Que él los ponga entre las piedras de fuego que brillan, en el amable país del cielo, en las moradas resplandecientes del paraíso; nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dado el esplendor, el honor, el poder, la gloria y la majestad, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

35 Apoc. 14, 3.

36 Final del antiguo texto de la antifona *Salve Regina*; cf. SC 72, pág. 220, nota 1.

37 Sof. 1, 15.

38 Jn. 14, 2.



SAN BERNARDO DE CLARAVAL

1. Fuentes

- S. *Bernardi Opera*, J. Leclercq - (C. H. Talbot) - H. M. Rochais (Edts.), 8 Vols. (Roma: Editiones Cistercienses, 1957 en adelante).
- Obras Completas de San Bernardo*, Edición Española preparada por el P. Gregorio Díez Ramos, 2 Vols. (Madrid: BAC, 1953-1955).
- S. Bernardo, *Homilias sobre la Santísima Virgen María* (Buenos Aires: Cursos de Cultura Católica, 1941).
- S. Bernardo, *Obra Mariana de San Bernardo*, Introducción, notas y compilación de E. Vanini, traducción del P. A. de Huerta (Buenos Aires: Editorial Theotocos, 1947).
- S. Bernardo, *La Virgen Madre*, Presentación de J. M. Canal; traducción del P. A. de Huerta (Madrid: Ediciones Rialp, 1957).
- Aubron, P., *L'Oeuvre Mariale de St. Bernard* (Paris: Editions du Cerf-Juvisy, 1953).
- Martelet, M. B., *Saint Bernard et Notre-Dame*. Étude d'âme, textes authentiques et traduction (Paris: Desclée de Brouwer-Abbaye de Sept-Fons, 1953).

2. Estudios

- Barré, H., "S. Bernard Docteur Marial", en: S. *Bernard Théologien*, ASOC IX:3-4 (1953), págs. 92-113.
- "Dans la lumière de Saint Bernard", *Lumen Vitae* VIII (1953), págs. 175-182.
- Leclercq, J., "S. Bernard et la dévotion médiévale envers Marie", RAM XXX:120 (1954), págs. 361-375.

- "La Bible dans les Homélies de S. Bernard sur *Missus est*" en: *Recueil d'Études sur Saint Bernard et ses Ecrits* III, págs. 213-248 (Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1969).
- Nogues, D., *Mariologie de Saint Bernard* (Paris-Tournai: Editions Casterman, 1935).
- Roschini, G., *Il Dottore Mariano* (Roma: Seir-Edizioni Cattoliche, 1953).
- Varios, "La Mariología de San Bernardo", *Estudios Marianos* XIV (1954).
- "Marie et Saint Bernard", *Marie* VII:6 (1954).

SAN AMADEO DE LAUSANA

1. Fuentes

- Amédée de Lausanne, *Huit homélies mariales* (Introducción y notas por G. Bavaud, texto establecido por J. Deshusses, traducción de A. Dumas), SC 72, París 1960.
- Amédée de Lausanne, *Huit homélies mariales* (Introducción, traducción y notas por R. Thomas), PdeC 7 (Chambarand, 1960).
- Amadeus of Lausanne, "Eight Homilies on the Praises of the Blessed Mary", en *Magnificat* (Introducción de Ch. Waddell; traducción de M-B Saïd y G. Perigo), CF 18; págs. xxiii-xlv; 59-135.

2. Estudios

- Canivez, J. M., Art "Amédée", en *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. I, cols. 469-471.
- Clair, R., "Saint Pierre II de Tarentaise et Saint Amédée de Lausanne", en *Collectanea Cisterciensia* 36 (1974), págs. 272-284.
- Dumas, A., "Amédée de Lausanne. Le personnage à travers son oeuvre", en *Collectanea Cisterciensia* 21 (1959), págs. 11 ss.
- Dimier, A., "Le père de S. Amédée de Lausanne", en *Collectanea Cisterciensia* 21 (1959), págs. 6 ss.
- "Vita Venerabilis Amadaei", en *Studia Monastica* 5 (1963), págs. 265-304.
- Gómez de las Bárcenas, A., "Ocho homilias de san Amadeo de Lausana", en *Cistercium* 11 (1959), págs. 123-129; 295-296; *ibid.* 12 (1960), págs. 17-21; 66-69; *ibid.* 13 (1961), págs. 191-193. (Se trata de fragmentos.)
- Louf, A., "Marie dans la Parole de Dieu selon S. Amédée de Lausanne", en *Collectanea Cisterciensia* 21 (1959), págs. 22 ss.

<i>La Anunciación</i>	57
<i>El sueño de José</i>	73
<i>María y el Niño</i>	93
<i>El Niño Jesús en el Templo</i>	109
<i>María entre los dos Testamentos</i>	159
<i>María con el Niño Jesús entre los ángeles</i>	175
<i>La mano de Dios</i>	195
<i>Encuentro en el camino al Calvario</i>	213
<i>Resurrección</i>	237

INDICE DE CITAS BIBLICAS

EN ALABANZA DE LA VIRGEN MADRE

Homilía I		40,8	55	2,51	60;
		45,8	52		61
<i>Génesis</i>		53,7	61	11,21-22	53
50,23	54	66,2	59		
<i>Exodo</i>		<i>Joel</i>		<i>Juan</i>	
2,24	54	3,18	52	1,46	54
3,8	52			<i>Romanos</i>	
<i>Deuteronomio</i>		<i>Malaquías</i>		2,23	55
32,13	52	4,2	52	9,29	54
<i>Salmos</i>		<i>Mateo</i>		<i>I Corintios</i>	
18,11	52	1,20	54	1,24	53
66	52	2,23	54	7,31	55
67,5-8	54	6,26	51	10,6	54
77,3	56	10,29	51	10,11	55
77,5	56	16,23	61	13,12	54
84,11	52			<i>II Corintios</i>	
84,13	54	<i>Mateo</i>		4,6	52
89,6	55	18,3-4	56		
103,4	60	19,12	56	<i>Gálatas</i>	
113,1	54	<i>Lucas</i>		4,4	55
131,11	54	1,26	52;	6,8	62
147,18	52		54;		
<i>Cantar de los</i>			56	<i>Colosenses</i>	
<i>Cantares</i>		1,26-27	51	2,15	60
4,16	52	1,30	53		
		1,35	59	<i>Hebreos</i>	
<i>Isaías</i>		1,48	59	1,7	60
40,7	55	2,48	59		

<i>Apocalipsis</i>		<i>Cantar de los</i>		2,52	71
14,4	60	<i>Cantares</i>		3,23	80
21,5	55	2,3	68	4,1	71
		3,4	64	5,8	78
Homilía II		3,11	75	8,8	78
<i>Génesis</i>		<i>Sabiduría</i>		<i>Juan</i>	
3,12	65	8,1	77	1,16	69;
3,15	66	16,20-21	68		71
37-50	80			3,4	70
<i>Exodo</i>		<i>Isaías</i>		5,35	70
3,2	67;	7,14	72;	6,41	81
	75		75	6,51	81
14,16	68	11,1	67	8,41	76
17,16	68	11,2-3	71	12,31	76
				20,25	76
<i>Números</i>		<i>Jeremías</i>		<i>Hechos</i>	
17,8	67;	31,22	69;	2,22	71
	75		72;		
24,17	82		75	<i>Romanos</i>	
		<i>Mateo</i>		10,21	79
<i>Jueces</i>		1,19	78	<i>I Corintios</i>	
6,36 s.	75	1,20	79;	2,7-8	81
6,37	68		81	7,34	66
			72	14,32	72
<i>I Samuel</i>		1,23	76		
16,7	81	1,24	81	<i>II Corintios</i>	
		2,14	81	11,26	83
<i>Salmos</i>		7,6	77		
16,8	68	10,27	69	<i>Efesios</i>	
18,5	69	11,29	64	3,18	70
18,7	67	13,17	81	<i>Colosenses</i>	
44,12	64	16,16	76	2,9	69
45,5	63	17,4	83	<i>II Timoteo</i>	
56,2	68	25,2	65	4,7	81
67,9	68	25,21-23	81		
67,10	69	26,14-16	80	<i>Apocalipsis</i>	
71,6	69			14,3-4	63
113B,11	76	<i>Marcos</i>			
118,93	66	10,14	68		
118,103	66				
131,11	82	<i>Lucas</i>			
138,8	77	1,26	64	Homilía III	
		1,27	80;	<i>Génesis</i>	
<i>Proverbios</i>			82	3,3	89
31,10	66;	1,28	64	3,6	89
	75	1,43	79		

3,16	90	<i>Ezequiel</i>		8,32	100
27,27	89	1,12-20	85	9,5	88
				13,14	91
<i>Deuteronomio</i>		<i>Daniel</i>		<i>I Corintios</i>	
7,14	90	13,22	90	4,3	91
		13,22-23	90	7,7	91
<i>Josué</i>		<i>Mateo</i>		7,25	91
24,8	96	1,21	96;	7,38	91
			97	7,40	91
<i>Esdras</i>		5,6	89	10,18	92
5,7-8	96	6,6	85	14,20	99
		7,7	96		
<i>Salmos</i>		7,18	90	<i>II Corintios</i>	
17,45	97	11,29	99	4,7	95
18,6-7	86	15,8	97	10,3	91
23,9	89	18,2	99	11,2	92
30,30	89	19,12	91	11,14	95
32,12	97	25,2	90		
44,3	90			<i>Gálatas</i>	
44,11-12	87	<i>Marcos</i>		2,21	99
49,2	89	4,12	87	3,8	88
49,16	84				
71,11	99	<i>Lucas</i>		<i>Efesios</i>	
76,5-6	95	1,28	85	5,2	85
112,5	98	1,29	95		
143,15	97	1,30	95	<i>Filipenses</i>	
144,13	98	1,31	96	2,7	100
		1,32	98	2,12	99
<i>Cantar de los</i>		1,42	88	3,8	87
<i>Cantares</i>		1,46	99		
1,11	86	1,48	92	<i>Colosenses</i>	
2,8	86	1,49	99	2,9	86
3,6	86	2,12	96		
		6,46	97	<i>I Timoteo</i>	
<i>Sabiduría</i>		7,16	98	2,8	85
16,20	89	7,49	96	5,3	95
		24,44 ss.	97	5,16	95
<i>Eclesiástico</i>		<i>Juan</i>		<i>Hebreos</i>	
24,29	89	1,16	88	4,12	92
<i>Isaías</i>		<i>Hechos</i>		<i>I Pedro</i>	
6,5	84	2,4	86	1,12	89
6,6-7	84	6,5-8	86	2,3	89
9,6	99			2,18	97
19,25	97	<i>Romanos</i>		4,13	100
53,12	100	8,8	91		

<i>I Juan</i>		<i>Isaías</i>		<i>Romanos</i>	
2,27	92	6,1	102	2,28	103
<i>Apocalipsis</i>		7,14 ss.	111	6,12	103
14,3 s.	91	9,2	112	<i>I Corintios</i>	
22,14	100	9,7	102	1,24	106
		54,2	111	6,7	115
Homilía IV		<i>Zacarías</i>		15,29	104
<i>Génesis</i>		9,9	112	<i>Gálatas</i>	
27,16	103	<i>Mateo</i>		4,25	102
49,18	113	11,3	113	5,24	103
<i>I Samuel</i>		11,8	116	<i>Efesios</i>	
16,7	114	11,29	115	2,2	116
<i>I Reyes</i>		13,41	104	6,12	116
1,5	104	13,43	104	<i>I Tesalonicenses</i>	
<i>Tobit</i>		19,12	106	1,6	108
12,20	112	<i>Lucas</i>		<i>I Timoteo</i>	
<i>Salmos</i>		1,18-20	108	2,4	117
2,6	102	1,31	107	<i>II Timoteo</i>	
43,5	105	1,32	101;	2,3	116
44,12	112		102	<i>Hebreos</i>	
50,10	112	1,33	103	1,1	117
131,11	102	1,34	104	<i>Santiago</i>	
<i>Proverbios</i>		1,35	105;	1,24	114
5,34	114		106	4,6	114
10,1	101	1,37	111	<i>I Pedro</i>	
26,11	116	1,38	114	1,2	107
<i>Cantar de los</i>		1,39 ss.	108	5,5	114
<i>Cantares</i>		1,45	108	<i>Apocalipsis</i>	
1,7	113	1,48	105	3,20	113
2,10	114	1,49	112	19,16	103
3,1	114	8,12	103		
5,2	113	23,42	104		
5,5	114	<i>Juan</i>			
8,13	113	1,1	117		
<i>Sabiduría</i>		3,17	113		
9,1	111	6,15	102		
		12,15	104		
		18,36	102		
		19,15	103		

COMENTARIO AL MAGNÍFICAT

<i>Génesis</i>		24,10	129	9,18	132
11	130	69,6	133	9,23	134
16,6	126	88	134	<i>I Corintios</i>	
28,20-22	133	109,3	135	13,1-2	130
33,11	133	140,2	134	13,12	135
35,10	133	144,15	132	15,24	135
<i>Exodo</i>		<i>Cantar de los</i>		15,28	135
13,21	135	<i>Cantares</i>		<i>Efesios</i>	
<i>Levítico</i>		6,8	135	2,3	129
2,9	134	<i>Lamentaciones</i>		3,15	127
<i>Números</i>		5,6	133	6,12	131
10,29-30	133	<i>Jonás</i>		<i>Colosenses</i>	
<i>II Reyes</i>		3	131	3,11	129
6	131	<i>Mateo</i>		<i>Hebreos</i>	
<i>I Crónicas</i>		12,29	129	1,1	132
9	133	18,10	132	1,2	135
21,29	132	<i>Marcos</i>		<i>I Pedro</i>	
<i>I Macabeos</i>		10,18	128	1,4	134
1	131	<i>Hechos de los</i>		1,12	132
<i>Salmos</i>		<i>Apóstoles</i>		<i>Apocalipsis</i>	
8,8-9	131	12	131	12,9	130
		<i>Romanos</i>			
		4	135		

OCHO HOMILÍAS MARIANAS

<i>Génesis</i>		3,5	157		239
1,2	190	3,15	173;	7	202
2,7	185		242	22	210
2,9	157	3,16-19	242	22,12	210
2,23	201	3,20	253	22,17	189
2,24	162;	3,22	241	22,17-18	191
	187	3,24	221	22,18	162
3,3	157;	4,8	189	27,10	201
	241	5,24	189;	27,29	177

28,12	168	<i>I Reyes</i>		44,3	171;
28,18	184	6,29	234		212;
32,10	230	10,17	161		219
49,10	200			44,7-8	231
<i>Éxodo</i>		<i>II Reyes</i>		44,8	211
3,2	190	2,11	239	44,10	171;
3,14	199				249
12,9	224	<i>Nehemías</i>		44,11	188
16,32-34	165	1,5	255	44,14-15	171
19	189			44,15-16	222
24,18	181	<i>Job</i>		46,6	161
25,4	172	39,9-10	172	50,3	178
30,34-38	238	40,15	257	50,9	229
32,31-32	210	40,20	212	55,4	259
33,20	182			61,3	253
37,7-9	234	<i>Salmos</i>		64,11	157
<i>Levítico</i>		2,7	231	65,5	221
4,31	204	3,4	232	65,13	253
		4,9	206	68,22	216
		7,10	205	68,27	220
<i>Números</i>	L	8,2	243	69,6	179
13,24	223	11,7	227	70,7	179
17,7-10	164	15,8-10	250	71,6	184
17,8	165	17,9	242	71,7	245
24,17	161	18,6	161;	72,24	250
			162;	72,26	237
<i>Deuteronomio</i>			188	74,6	254
27,7	204	18,7	163;	76,19	216
32,32	228		179;	77,25	165
			182	79,12	252
		20,2-4	225	83,5	253
<i>Josué</i>		20,10	217	83,8	167
7,5	178	21,7	212	84,12	185
10,13	245	21,27	201	86,5	219
		23,4	189	88,7	243
<i>Jueces</i>		23,10	225	88,16-17	226
6,40	233	26,6	204	88,30	200;
		27,7	230		230
<i>I Samuel</i>		32,6	183	88,36-38	200
17	215	32,12	241	91,13	246
		33,3	253	91,15	246
<i>II Samuel</i>		34,5	170	92,1	256
1,24	216	40,9	253	92,4	256
24,17	211	41,8	220	97,9	260
		44,2	229	98,4	218
				104,18	212;

	221		229	8,6	177
105,2	204	1,3	156;	8,10	228
105,23	210		211;		
106,16	226		227;	<i>Sabiduría</i>	
106,42	237		260	6,16	158
109,1	189;	1,11	171	7,26	227
	201;	1,13	228	8,1	163
	231	2,4	156;	16,20	158;
	165		167		165
109,4	257	2,5	156	18,14-15	178
111,10	247	2,8	224		
115,15	184;	2,10-12	187;	<i>Eclesiástico</i>	
117,22	225		233;	1,5	241
	178		249	24,20	237
118,18	194	2,14	215	39,14	201
118,173	169	2,16	229	45,4	205
131,9	245	2,16-17	158		
132,2	198	3,4	165	<i>Isaías</i>	
134,6	257	3,6	168;	1,2	215
135,12	203		169;	4,2	185
138,11	203		238;	5,24	182
138,12	226		249	6,2	259
140,10	197	3,11	211;	6,3	232
145,7-9	206		260	7,14	161
146,9	216	4,7	248	11,1	161;
147,14		4,10	228		186;
<i>Proverbios</i>		4,11	170		230;
3,17	166	4,13-15	244		241
4,9	216;	4,15	245	11,2	167;
	255	5,1	157;		252
4,18	166		223;	11,2-3	186
9,5	223		224	11,5	174
16,2	205	5,2	206	12,2	179
31,19	212	5,6	237	12,3	157
31,21	250	6,8	249	14,12	253
31,22	171	6,9	249	22,18	217
31,28	249	6,10	169	33,17	247
31,31	156	7,2	229	39,2	155
<i>Eclesiastés</i>		7,3	227	40,8	230;
1,8	198	7,8	158;		231
3,4	224		209	40,17	199
		7,13	158	45,8	161;
<i>Cantar de los</i>		8,1	162		185
<i>Cantares</i>		8,5	224;	45,15	212
1,1	188		249;	52,1	188
1,1-2	228;		252	52,2	169

53,2	212	3,2	178	26,70	233
53,2-3	212	3,3	183	27,45	216
53,4	194	3,4	212	27,51-52	204;
54,2	216	3,19	181		216
57,19	242			28,6	234
61,10	169	<i>Sofonías</i>		<i>Lucas</i>	
62,4	188	1,15	261	1,26-28	162
66,12	245	<i>Zacarías</i>		1,28	155;
<i>Jeremías</i>		3,9	184		191;
6,26	217	13,1	241		205;
17,18	217	13,6	212		240
31,22	174			1,33	162;
46,16	217	<i>Malaquías</i>			259
		4,2	225;	1,35	187;
<i>Lamentaciones</i>			233;		188;
1,12	221		240;		189
			245		188
<i>Baruc</i>		<i>Mateo</i>		1,38	163
3,35	203	1,18	187	1,41	191
		1,21	162	1,42	178
<i>Ezequiel</i>		2,2	202	1,78	163
1,18	255	2,11	203	1,79	247
12,27	217	2,16	203	2,13	203
28,12-13	169	3,9	193	2,14	203
28,13	171	4,23	194	2,20	203
44,2-3	197	6,21	206	2,28-32	163
47,1	181	7,7-8	190	2,35	221
		7,17	164	10,24	207
<i>Daniel</i>		11,5	258	10,30	228
2,34	184	11,29	206	11,22	215
7,10	242	12,29	194	14,7	254
7,13	231	13,30	234	14,15	253
9,23	231	17,3	181	15,5-6	197
		17,4	181	15,22	223
<i>Oseas</i>		20,22	209	19,41	218
13,14	212	21,38	200	22,30	210
		21,42	225	23,30	217
<i>Amós</i>		22,2	261	23,34	219
6,6	155	22,11	223	24,42	224
		22,37	206	<i>Juan</i>	
<i>Miqueas</i>		23,7	254	1,1	165
5,2	161	23,37	200	1,14	165;
		24,30	217		183;
<i>Habacuc</i>		25,41	237		231;
2,3	188	26,26	199		240
				1,17	189

2,11	199	6,16	162	<i>I Timoteo</i>	
6,50	157;	6,17	162;	3,16	156
	165		259	6,16	181
6,51-52	158	12,11	184		
9,6	199	13,5	211	<i>II Timoteo</i>	
10,9	225	15,22	173;	3,17	224
12,24-25	226		230		
12,27	220			<i>Tito</i>	
12,32	189	<i>II Corintios</i>		3,5	227
14,2	261	2,14-15	230		
14,9	231	2,16	242	<i>Hebreos</i>	
15,2	234	3,5	209	1,2	183;
15,4	234	3,18	167;		194
15,6	234		181;	4,13	255
16,22	232		243	7,4	162
18,11	220	5,15	227	7,25	255
19,6	233	12,1	247	9,1-5	164
19,23	172			9,6	165
19,25	211	<i>Gálatas</i>		11,40	167
19,27	244	3,27	174;		
19,29	220		227	<i>Santiago</i>	
20,12	234	5,22-23	156	1,17	209
20,19	197	5,16	194		
20,25	217			<i>I Pedro</i>	
21,9	224	<i>Efesios</i>		1,12	207
<i>Hechos</i>		2,20	184	2,22	219
1,11	234	4,10	232	3,4	246
		4,24	174		
<i>Romanos</i>		5,5	177	<i>I Juan</i>	
5,12	173	5,27	171;	1,1	206
6,9	233		245	2,2	164;
7,24	248				234
9,3	210;	<i>Filipenses</i>			
	218	2,7	183	<i>Apocalipsis</i>	
10,10	182	2,9-10	231	1,5	197;
11,25-26	167	4,1	230		251
11,35	172			1,9	209
12,1	155	<i>Colosenses</i>		2,17	165
		1,18	233	3,4	170
<i>I Corintios</i>		1,19	190	3,5	170
1,24	190;	1,26	156	3,7	156
	206	2,9	240	4,9	238
1,25	228	2,13-15	251	14,3	261

INDICE GENERAL

CONTENIDO	VII
SIGLAS Y ABREVIATURAS	VIII
NOTA DE LOS EDITORES	IX

SAN BERNARDO

I. <i>Complejidad y dificultad de san Bernardo</i>	1
II. <i>Un cambio de vida</i>	2
III. <i>Un hombre de Dios que sigue siendo un hombre</i>	5
IV. <i>Análisis teológico de una experiencia</i>	7
V. <i>La "filosofía" de san Bernardo</i>	9
VI. <i>Liberación y no-violencia</i>	12
VII. <i>Conclusión: poeta y profeta</i>	15

EN ALABANZA DE LA VIRGEN MADRE

INTRODUCCION

<i>Introducción a la mariología de san Bernardo</i>	19
I. <i>"Revuelve con cuidado toda la serie de la historia evangélica"</i>	24
II. <i>"Mediadora del Mediador"</i>	31
III. <i>"Para ayudarlos adelante yo en perfección"</i>	38
IV. <i>"Pretendo... hablar un poco en alabanza de la Virgen Madre"</i>	45

PROLOGO	49
PRIMERA HOMILIA: <i>Donde comenta el envío del ángel</i>	51
Santidad de esta revelación. Pedido del Verbo y su inteligencia (51) - El ángel (52) - La Alianza Antigua, semilla del divino conocimiento (54) - Humildad y virginidad (56) - Grandeza de la humildad (59) - Nuevo motivo de alabanza: la obediencia y la humildad del Verbo (60) - María, plenitud de la humildad y cumbre de la virginidad (61).	
SEGUNDA HOMILIA: <i>Donde prosigue hasta llegar al nombre de María</i>	63
María, obra de Dios (63) - María repara la culpa de Eva y el pecado de Adán (65) - Testimonios de la Escritura (66) - Grandeza de la humildad (67) - "Luz sin esplendor, verbo infante, agua con sed, pan con hambre" (70) - Unidad de las diversas profecías (72) - El desposorio de María con José (75) - El asombro sagrado de san José (78) - Alabanza del justo Patriarca san José (80) - "Mira a la estrella, llama a María" (82).	
TERCERA HOMILIA: <i>Donde investiga el saludo del ángel y la turbación de la Virgen</i>	84
La entrada del ángel (84) - En María reside la plenitud del Dios uno y trino (86) - Jesús, causa y bendición de María (88) - Alabanza y admiración ante la virginidad escogida por María (90) - La turbación serena (95) - El santo Nombre del Redentor (96) - El anonadamiento y su paradoja (97) - Exhortación a imitar a Cristo y a esperar su misericordia (99).	
CUARTA HOMILIA: <i>Donde continúa la devota exposición hasta acabar el pasaje evangélico</i>	101
El verdadero Rey Ungido en la Jerusalén verdadera (101) - El verdadero Israel. Invocación por la venida liberadora de Jesús (102) - Entrega y confianza total de María (104) - La ciencia del Espíritu y lo que sabía María (106) - María, partícipe de la intimidad del designio divino (107) - La omnipotencia de Dios en las palabras, los hechos y los modos (111) - Anhelante súplica de la respuesta de María (112) - María, humildísima en la gloria, denuncia a los clérigos que se ensalzan (114) - Contra los que relajan la observancia monástica (115) - Por el deseo purísimo de María, la Palabra de Verdad cobra carne verdadera (116).	
EXCUSA	119

COMENTARIO AL MAGNIFICAT

INTRODUCCION

<i>Una obra desconocida en español</i>	123
SENTENCIA III: 127: <i>Canto de la misericordia</i>	125

OCHO HOMILIAS MARIANAS

INTRODUCCION

I. <i>San Amadeo de Lausana: vida y obra</i>	139
II. <i>La obra</i>	
1. Propósito y perspectivas	143
2. El plan	144
3. Características de contenido	
- La Escritura	145
- La teología	146
- Algunas notas mariológicas	148
4. Características literarias	151
5. El texto	153
6. Su empleo para la oración	154

HOMILIA PRIMERA: *Los frutos y las flores de la bienaventurada Virgen María*

155

María entre los dos Testamentos (157) - La armonía de los dos Testamentos (158) - Figuras de Cristo y de su Madre (164) - El fruto de María (165).

HOMILIA SEGUNDA: *El adorno de la bienaventurada Virgen María*

166

Los progresos de María. Materias de estas homilias (166) - Los siete grados y los siete dones (167) - La belleza de María (168) - Las ropas de María (169) - Simbolismo de las partes del cuerpo (173) - Simbolismo de las diversas partes del vestido (174).

HOMILIA TERCERA: *La Encarnación de Cristo y la Concepción virginal*

178

La venida del Salvador: plan de la homilía (178) - Origen divino del Verbo encarnado (179) - La encarnación, obra de

la Trinidad (180) - Figuras de la encarnación (184) - El Verbo se hizo carne (186) - La Virgen concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo (187) - Llena de gracia y Madre de Dios (189) - Acción del Espíritu y del Verbo en María (190) - Sentimientos de María en la encarnación (190).

HOMILIA CUARTA: *La concepción de la Virgen o el Nacimiento de Cristo* 192

El nuevo Orfeo (192) - La concepción virginal: Eva y María (193) - La mano de Dios (194) - La puerta sellada (197) - Misterios insondables de la sabiduría divina. Exhortación a los incrédulos (198) - Exhortación a los judíos (200) - Exhortación a los gentiles (201) - Nuevo paralelo entre Eva y María (202) - La alegría del universo (202) - La noche de Navidad (203) - La felicidad de María (204) - La contemplación de María (205) - La intimidad de Jesús y María (206) - La perfección de María (207) - Apéndice: temas de las cuatro últimas homilias (208).

HOMILIA QUINTA: *El martirio de la bienaventurada Virgen* 209

Martirio del cuerpo y martirio del corazón (209) - El martirio de María al pie de la cruz (211) - El Dios escondido. Las llagas de Jesús (212) - La derrota de Satán (215) - Reproches a los judíos. El duelo del universo (215) - Condención y castigo (216) - Dolor y oración de María (217) - El amor de María por su pueblo (218) - María sufre según la medida de su amor (219) - La compasión de María (220) - "Mater dolorosa" (221) - El ejemplo de María: constancia y reserva (221).

HOMILIA SEXTA: *La alegría de María en la Resurrección* 223

Prosigue la descripción del banquete celestial (223) - La alegría pascual (224) - Cristo, corona de María (225) - María comparte la victoria de su Hijo (226) - María, tierra o germen de la humanidad nueva (226) - Los lirios, palabras de Dios (227) - Los pechos de la esposa (228) - Los lirios, almas de los santos (229) - Cristo vive y reina eternamente (230) - El triunfo universal de Cristo (231) - El triunfo universal de María (232) - Invitación a la alegría. La primavera eterna (233) - El juicio final (234) - María contempla y comparte la gloria de su Hijo (237).

HOMILIA SÉPTIMA: *La muerte de la Virgen y su Asunción* 239

Henoc, Elías y la Madre de Dios (239) - ¿Por qué permaneció María aquí abajo después de la Ascensión? (240) - La presencia de María consuela a la Iglesia (241) - La presencia de

María instruye a la Iglesia (241) - La nueva Eva. Su belleza y su realeza (242) - Reina del cielo y de la tierra (243) - Los perfumes de María (244) - Reina de la paz (245) - La ancianidad de María, ejemplo de perseverancia (246) - María pasa de la tierra al cielo (247) - La perfección de María asombra al cielo y alegra a Cristo (248) - El recibimiento triunfal (249) - La acción de gracias de María (249) - Cuerpo y alma en la gloria del cielo (250) - María, en la tierra como en el cielo (250).

HOMILIA OCTAVA: *La gloria de la bienaventurada Maria* 252

María en la gloria (252) - Triunfo de María y derrota de Satanás (253) - Satanás cae con aquellos que tienta (254) - María sube al lugar de Satanás (254) - María conoce nuestras necesidades y ora por nosotros (255) - Estrella del mar (256) - Las victorias de María (257) - Medianera de todas las gracias (258) - La caridad de María; sus beneficios para con todos (258) - El último acontecimiento (259) - Gloria de María y felicidad de los elegidos (260) - Oración final (261).

BIBLIOGRAFIA SELECTA

SAN BERNARDO DE CLARAVAL

1. *Fuentes* 263

2. *Estudios* 263

SAN AMADEO DE LAUSANA

1. *Fuentes* 264

2. *Estudios* 264

LAS ILUSTRACIONES 265

INDICE DE CITAS BIBLICAS

En alabanza de la Virgen Madre 267

Comentario al Magnificat 271

Ocho Homilias Marianas 271

INDICE GENERAL 277

Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1980, en los talleres de la División Gráfica Profesional de la Institución Dr. Juan S. Fernández, Obra de Don Bosco, Avda. Bernabé Márquez 3031, Boulogne, provincia de Buenos Aires - Películas provistas por Editorial Claretiana.

